

# **Por unas ciencias sociales relacionales. Investigaciones y enfoques contemporáneos**

**Pablo Forni y Alejandro Bialakowsky**  
(compiladores)

**IDICS**   
Instituto de Investigación en Ciencias Sociales  
Unidad Asociada al CONICET - USAL



**USAL**  
UNIVERSIDAD  
DEL SALVADOR

**Por unas ciencias sociales relacionales.  
Investigaciones y enfoques  
contemporáneos**

Por unas ciencias sociales relacionales : investigaciones y enfoques contemporáneos / Pablo Forni ... [et al.] ; compilación de Pablo Forni ; Alejandro Bialakowsky. - 1a ed adaptada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad del Salvador, 2022.  
320 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-950-592-291-8

1. Ciencias Sociales. 2. Investigación Social. I. Forni, Pablo, comp. II. Bialakowsky, Alejandro, comp.  
CDD 300.72

Fecha de catalogación: 22/03/2022

Diagramación: David Nudelman

© 2022, Ediciones Universidad del Salvador  
Hecho el depósito que marca la Ley 11.723  
Impreso en Buenos Aires, Argentina.

## Índice

Pablo Forni - <i>Prólogo: ¿Siempre fuimos relacionales?</i> .....	5
Pablo Forni - Luciana Castronuovo: <i>Más allá de la agencia versus la estructura: el "giro relacional" en las ciencias sociales</i> .....	9
María del Pilar Álvarez: <i>Activismo trasnacional en el Este de Asia: una reflexión relacional sobre las teorías de los movimientos sociales</i> .....	23
María Brignardello: <i>La pertinencia de un enfoque relacional para comprender la reproducción social contemporánea. Los entramados de las familias vitivinícolas mendocinas</i> .....	51
Luciana Castronuovo: <i>Los desafíos del uso del concepto de redes y capital social en la investigación sobre trayectorias laborales de migrantes</i> .....	77
Pablo de Grande: <i>Notas sobre un marco teórico con perspectiva relacional</i> ..	99
Camila Lorenzo: <i>Redes, capital social y desarrollo local rural. Una amalgama teórica para el análisis de la educación rural bonaerense</i> .....	127
Tomás Nougués: <i>Políticas sociales de endeudamiento. Aportes conceptuales para un abordaje relacional</i> .....	155
Jimena Ramos Berrondo: <i>La trama investigativa para comprender la relación Estado-organizaciones campesinas en el Chaco, Argentina</i> .....	175
Marcelo Salas: <i>Propuesta teórica para el análisis relacional en políticas sociales. Aportes del nuevo institucionalismo sociológico a partir de casos de programas de transferencias condicionadas de ingresos en la Argentina, Brasil, Chile y México</i> .....	201
Hernán Toppi: <i>Actores civiles y actores políticos: su rol en los procesos de introducción y ampliación de los derechos políticos de las mujeres en la Argentina (desde el voto a la paridad de género)</i> .....	227

Agustina Zaros: *Redes interpersonales, sociorreligiosas y comunitarias: pensar los vínculos en familias pertenecientes a diferentes credos en Padua y en Buenos Aires* ..... 253

Alejandro Bialakowsky: *Enfoques relacionales y reclasificaciones: ejercicios reflexivos sobre las investigaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas* ..... 279

Sobre las autoras y los autores ..... 309

## ¿Siempre fuimos relacionales?

La pregunta clave que confronta a los sociólogos hoy en día no es “lo material versus lo ideal”, “la estructura versus la agencia”, “lo individual versus la sociedad”, o ningún otro dualismo tan frecuentemente notorio; más bien, es el escoger entre sustancialismo y relacionismo. Mustafa Emirbayer (1997/2009, pp. 286-287)

Me cuesta pensar en alguna investigación en la que haya estado involucrado, al menos desde mi tesis de doctorado, en la que la perspectiva no fuese relacional, ya sea que se tratara de organizaciones de la sociedad civil, plantaciones de yerba mate orgánica o movimientos sociales y religiosos. Esta mirada se encontraba implícita en los conceptos, categorías y estrategias metodológicas implementadas en cada una de estas investigaciones.

En muchos cursos, ya sea de grado o posgrado, profesores muy diversos me informaron sobre la existencia de dos posturas teórico-metodológicas en la investigación social, una centrada en la estructura y la otra en el actor o la agencia. A finales de los 80 había aprendido que existían estructuralistas e individualistas metodológicos, más allá de algunos matices. Tal criterio binario de clasificación podía aplicarse tanto a teorías como a investigaciones empíricas. Algo más tarde, en algunas materias también me ilustraron sobre alternativas planteadas a fines del siglo pasado que intentaban superar esta dicotomía en un compromiso por recuperar lo mejor de ambos polos. Así leí sobre los campos, la estructuración, el actor-red y otros neologismos. Los planteos y manifiestos por una perspectiva relacional no me llegaron hasta mucho tiempo después. Luego de años de reflexionar en torno a la “relacionalidad” de las ciencias sociales, decidí conformar un grupo de estudios relacionales junto a colegas investigadores de distintas disciplinas para darle entidad propia a estos debates.

La historia de este libro es la historia de los inicios académicos del grupo conformado por profesores e investigadores de la Facultad de

Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador vinculados de un modo u otro con el instituto de investigación (IDICSO) y/o la revista *Miríada. Investigación en Ciencias Sociales*. En 2017, envié un correo convocando a una reunión en la que se discutiría sobre la organización de un seminario o *workshop* para el año siguiente sobre una temática más bien abstracta sino arcana, la perspectiva relacional en las ciencias sociales. Aunque no incluía más que algunas referencias muy generales a ciertos autores clásicos de la Sociología y una propuesta de pensar sobre cómo ir más allá de la dicotomía entre estructura y la agencia en nuestras investigaciones; sorprendentemente, casi todos contestaron al correo y participaron de la reunión en el mes de diciembre.

El grupo incluía profesores de Sociología, Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Había investigadores y becarios doctorales del CONICET, así como profesores que se desempeñaban en diferentes universidades además de la del Salvador. Las temáticas llevaban aparentemente a una dispersión mucho mayor, de la sociología rural a los estudios urbanos, de los movimientos sociales a la historia política, de la metodología a la teoría. Las geografías aportaban otras dispersiones: parajes y localidades de las provincias de Buenos Aires, Chaco y Mendoza, ciudades del norte de Italia, países latinoamericanos y del este de Asia. No obstante, no fue complicado acordar una agenda para el año siguiente en la que cada uno expusiera sobre su investigación pensándola desde una perspectiva relacional, ya sea desde lo metodológico, lo conceptual o ambos. El *workshop* se desarrolló a través de encuentros más o menos espaciados a lo largo de 2018 y parte de 2019. De este modo las agendas de docencia, investigación, congresos y estadías internacionales se acomodaron y dejaron tiempo para la preparación de cada ponencia. Los comentarios y discusiones que siguieron a cada presentación fueron casi tan variados como estas, pero siempre centrándose en rescatar la perspectiva relacional que, a modo de hilo de Ariadna, impedía que nos perdiéramos en un laberinto de autores, teorías, historias, objetos empíricos, disciplinas y subdisciplinas.

El 2020, tan particular y complicado para los profesores universitarios e investigadores, fue propicio para que cada uno concluyera la escritura de su texto, que este fuera revisado, comentado y editado. A las reuniones presenciales sucedieron los correos, archivos, mensajes

de WhatsApp y llamadas telefónicas. La compilación de este libro fue realizada por el que escribe y Alejandro Bialakowsky. De este modo, a lo largo de los meses de pandemia tomaron forma los diferentes textos originados en las ponencias presentadas en el *workshop*. El primer capítulo (Forni y Castronuovo) y el último (Bialakowsky) son los únicos que no fueron presentados y discutidos en el marco del seminario, sino que son más bien formas de reflexión sobre este.

Una vez narrada la historia del presente libro, cabe decir que no es casual que la búsqueda de unas ciencias sociales relacionales surja en el ámbito del IDICSO pues, desde hace muchos años, se han venido realizando investigaciones, publicaciones y trabajos de tesis vinculados a tal perspectiva. Solo a modo de ejemplo vale mencionar el proyecto realizado en conjunto con investigadores de la Michigan State University en 2003 sobre capital social y organizaciones comunitarias en barrios de Cuartel V (Moreno, Buenos Aires). *Por unas Ciencias Sociales Relacionales* es un esfuerzo mucho más amplio y ambicioso que, atravesando geografías, disciplinas y teorías, busca instalar el debate relacional en el seno de nuestra academia.

No puedo cerrar este breve prólogo sin mencionar a quienes no están presentes en los capítulos, pero han sido imprescindibles en haber logrado plasmar en papel nuestra relectura relacional de las ciencias sociales. Quisiera agradecer el compromiso del rector de la Universidad del Salvador, el Dr. Carlos Salvadores de Arzuaga, en auspiciar la creación de nuevas líneas de investigación que enriquezcan y fortalezcan los trabajos de investigación realizados desde el IDICSO. Asimismo, quiero reconocer la labor de la decana de la Facultad de Ciencias Sociales, la Dra. Mariana Colotta, en avalar la publicación de este libro. Finalmente, quiero destacar la colaboración cotidiana y generosidad permanente de la coordinadora del IDICSO, la Lic. Erika Redel, cuya organización y dedicación ha sido clave en cada uno de nuestros encuentros.

Pablo Forni  
Buenos Aires, enero de 2021





## Más allá de la agencia versus la estructura: el “giro relacional” en las ciencias sociales

*Pablo Forni y Luciana Castronuovo*

La inquietud por pensar la investigación en ciencias sociales desde una perspectiva relacional parte de la actividad de diferentes investigadores de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador y del IDICSO que, desde hace muchos o pocos años, vienen encarando sus investigaciones en términos que podemos identificar como “relacionales”. Más allá de la diversidad temática y disciplinaria, se trata de proyectos que buscan enfatizar el papel de los vínculos, las relaciones, interacciones, redes variadas antes que el de actores racionales o algún tipo de estructura determinante. Ya sea que se trate del desarrollo de organizaciones de base (Forni y Longo, 2004), grupos de microcrédito (Forni y Nardone, 2005), arte comunitario (Nardone, 2010, 2012, 2013) o procesos de urbanización (Forni, Castronuovo y Nardone 2013; Forni, Nardone y Castronuovo, 2013), las relaciones y redes sociales han ocupado un papel preponderante en mucho de lo que investigamos. En todas las investigaciones mencionadas, se ha priorizado una mirada relacional, procurando comprender diferentes procesos complejos a partir de las relaciones que establecen los actores. En este análisis de configuración de distintas relaciones se incluyen organizaciones de base, organismos gubernamentales, el Estado y una diversidad de actores que permiten dar cuenta de cómo se originan y desarrollan procesos, como puede ser, la urbanización de un asentamiento informal en el Gran Buenos Aires.

Usualmente, cuando se habla de estudiar o prestar atención a redes de relaciones sociales, muchos colegas lo asocian inmediatamente al *Social Network Analysis*, de índole eminentemente cuantitativa (con *softwares* acordes, como UCINET, entre muchos otros), que ha sido desarrollado por la psicología social y la sociología hace ya muchas décadas. Esta simplificación no es estrictamente argentina ni latinoamericana, sino más bien global. En realidad, poner énfasis en las redes

de relaciones que se establecen, persisten o desaparecen no tiene que ver con la búsqueda de algún tipo de patrón estadístico ni de formatos con propiedades típicas de ciertas estructuras, sino simplemente con no considerar solo las estrategias de los actores individuales o las estructuras o sistemas generales. Es más, diferentes teóricos que piensan la sociología relacional en la actualidad remiten a una multiplicidad de autores que incluye a Bourdieu, Elias, Foucault, Goffman, Latour, Marx, Luhmann o Simmel, así como a distintos autores provenientes del pragmatismo estadounidense.

Sin embargo, más allá de los autores mencionados y sus conexiones más o menos explícitas con la necesidad de brindar especial relevancia a las relaciones en el análisis de lo social, existen desde hace varias décadas académicos abocados a investigar desde una perspectiva relacional que no implica el uso de análisis cuantitativo de redes sociales, aunque tampoco lo excluye necesariamente. Tal perspectiva considera conceptualizaciones propias del análisis de redes sociales a fin de aplicarlas a áreas tales como los estudios culturales, la historia, la economía o la política.

Los orígenes de esta perspectiva pueden establecerse en torno a lo que Mische (2011, p. 80) denomina Escuela de Nueva York (New York School) de análisis relacional durante los años noventa. Allí se generaron espacios de diálogo y debate entre investigadores de diferentes tradiciones, disciplinas y generaciones. Si bien es una afirmación algo esquemática, a los fines de este capítulo, esta Escuela de Nueva York podría resumirse en las figuras intelectuales de Harrison White y Charles Tilly (Mische, 2011).

Harrison White, autor muy poco conocido en el mundo latinoamericano, procuraba aplicar el análisis de redes sociales al desarrollo de los estudios de la cultura y de la identidad. En su libro más importante, *Identity and Control* (1992/2008), se dedica a analizar la constitución narrativa de redes sociales, a las que denomina realidades fenomenológicas y redes de significación, posicionándose de forma equidistante de la preponderancia de la agencia o de la estructura. White conceptualiza las propiedades y dinámicas presentes en los diferentes tipos de vínculos identificados por el análisis cuantitativo de redes sociales desarrollando, entre otros, el concepto de “redes de dominio” (*ne-*

*tdoms*). Sus inquietudes refieren a las aproximaciones teóricas previas de autores tales como Granovetter y Burt (Castillo Solórzano y Jaramillo Marín, 2009; Mische, 2011; White, 2008).

Charles Tilly es bastante más conocido en nuestro medio por sus textos ya clásicos sobre movimientos sociales y repertorios de protesta social. En esos años comienza a prestar especial atención a la construcción de sentido en las interacciones y relaciones sociales que, por cierto, habían ocupado un lugar central en toda su obra previa. Se trata no solo de reconocer los procesos de construcción social sino, asimismo, de explicar cómo las construcciones trabajan y producen efectos. Esta perspectiva sería, en términos del propio Tilly, un “realismo relacional” al que definía como:

la doctrina de que las transacciones, interacciones, lazos sociales y conversaciones constituyen aquello de lo que está hecha la vida social, alguna vez predominó en la ciencia social, incluso en la historia. Los economistas (neo)clásicos Karl Marx, Max Weber y George Simmel enfatizaron las relaciones sociales, considerando tanto a los individuos como a las estructuras sociales complejas como productos de regularidades en las relaciones sociales. Durante el siglo xx, sin embargo, el realismo relacional perdió mucho terreno frente al individualismo y al holismo. Solamente en el pragmatismo americano (estadounidense), prevalecieron versiones varias del análisis de redes, así como en algunos rincones de la economía organizacional o laboral. (Tilly, 2004, p. 72; traducción propia)

Durante la década del noventa, White y Tilly coincidieron en la ciudad de Nueva York, no muy lejos el uno del otro: White en Columbia University, y Tilly en la New School of Social Research. Entre 1993 y 1996, White lideró una serie de seminarios en Columbia, en torno a los temas que había tratado en su ya mencionado libro *Identity and Control*: lenguaje, identidades y redes sociales. Participaron de estos seminarios académicos de diferentes disciplinas e instituciones, incluido el propio Tilly. Este último llevaba adelante, a su vez, un seminario sobre política contenciosa (*contentious politics*) primero en la New School y, luego, también en Columbia, que también tendría impacto en el desarrollo de una perspectiva relacional.

Un joven profesor de la New School, Mustafa Emirbayer, partici-

pante de los espacios ya mencionados, así como coordinador de otros *workshops*, redactará como consecuencia de todos estos intercambios un texto que devendría “fundacional”: un primer manifiesto sobre la perspectiva relacional en sociología. El manifiesto de Emirbayer plantea en términos fundamentalmente ontológicos la existencia de dos posturas sobre el mundo social: o bien se trata de sustancias, procesos o cosas estáticas; o bien se trata de relaciones dinámicas y en desarrollo. De esta manera, Emirbayer (1997) contraponen un enfoque sustancialista a uno relacional, como una forma de ir más allá de dicotomías muy establecidas, como material versus ideal, estructura versus agencia o bien individuo versus sociedad (p. 282).

En el marco clasificatorio que formula este manifiesto, existen dos enfoques sustancialistas diferentes que se contraponen a una perspectiva relacional. Basándose en un texto de los filósofos pragmatistas Dewey y Bentley, Emirbayer (1997) define primero el enfoque sustancialista de la “autoacción” (*self-action*), que concibe las cosas como actuando bajo sus propios poderes independientemente de otras sustancias (p. 283). Podemos considerar que este enfoque comprende la teoría de la acción racional y la denominada teoría de los juegos, pero también teorías holísticas y estructuralismos que no parten del individuo, sino de la sociedad, estructura o sistemas sociales.

El segundo tipo de enfoque sustancialista es el de la “inter-acción” (*inter-action*). En este caso, las entidades no generarían su propia acción, sino, más bien, la acción relevante sucede entre las mismas entidades. Estas últimas permanecen inalteradas durante tal interacción e independientes de la existencia de otras. La investigación por encuesta o centrada en la lógica de variables es un exponente de este enfoque. También lo sería cierta investigación histórico-comparativa centrada en variables.

Finalmente, en tercer lugar y en oposición a los dos tipos anteriores, define la perspectiva de la “trans-acción” (*trans-action*), en la que las relaciones entre los elementos o entidades no son separables de estas. Para una perspectiva relacional (o transaccional en términos de Emirbayer), ni el individuo aislado ni la sociedad como un todo son puntos de partida para la investigación. En términos relacionales, las personas individuales, ya sea siguiendo normas o como actores

estratégicos, son indiscernibles de los contextos transaccionales en que se encuentran inmersos. Esta perspectiva considera a las relaciones como fundamentalmente dinámicas y en permanente desarrollo. Actores previamente existentes pueden entrar en las transacciones y alterarlas, pero ellos también serán transformados por estas, pues son indiscernibles (Emirbayer, 1997, pp. 287-289). Es importante aclarar, como hace el mismo manifiesto, que los tres enfoques que define no se ajustan con exactitud a una u otra teoría o escuela en las ciencias sociales, sino que más bien entrecruzan autores e investigaciones.

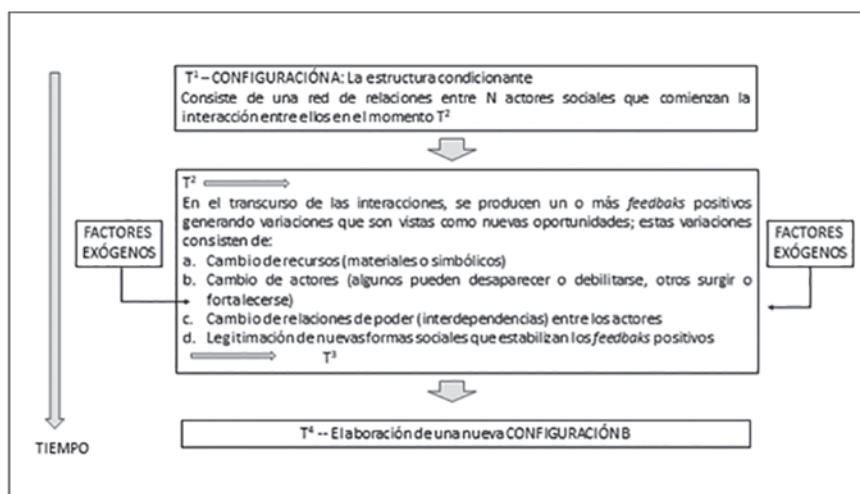
Este primer manifiesto, que fue fruto de debates y discusiones que tuvieron como epicentro a la New School for Social Research en Nueva York, reflejaba la insatisfacción ante las controversias establecidas en la teoría social de finales del siglo pasado. De hecho, devino en la referencia obligada para aquellos investigadores que pretendían definirse como relacionales. Sin embargo, en 2015, el sociólogo italiano Pierpaolo Donati (2015) publica un segundo manifiesto que resultará tan influyente como el primero. Se trata del “Manifiesto for a critical realist relational sociology” (“Manifiesto por una sociología relacional realista crítica”), que no es sino una contestación y confrontación con el primero al que hemos hecho referencia. Donati es profesor de la Universidad de Bologna y expresidente de la Asociación Italiana de Sociología. Este autor ya venía publicando textos sobre sociología relacional desde los años ochenta en idioma italiano (Terenzi, 2008). Vale la pena aclarar que el manifiesto de Emirbayer no incluye ninguna mención ni cita de Donati.

La crítica fundamental del segundo manifiesto al primero, o de Donati a Emirbayer, es que el primer manifiesto paradójicamente no define de modo claro y conciso qué es una relación social y que, en cambio, utiliza “transacción” como su equivalente. El segundo manifiesto concibe a la sociedad como la relación social y no como el espacio donde individuos o una estructura generan relaciones. Las relaciones son el hecho social que la sociología debe abordar. No se trata de meras transacciones entre individuos, sino de la constitución de la sociedad a partir de las relaciones sociales.

De acuerdo con este segundo manifiesto, para tener una sociología relacional es necesario considerar a las relaciones sociales como un

efecto emergente de un proceso de morfogénesis social. Cabe aclarar que la perspectiva que Donati desarrolla no puede comprenderse sin tener en cuenta los aportes teóricos (ontológicos y epistemológicos) de Margaret Archer. Es pertinente referirse aquí a dos elementos constitutivos del manifiesto que se originan en el pensamiento de Archer: el realismo crítico y el enfoque o paradigma morfogenético.

**Figura 1. Morfogénesis y redes sociales según Donati**



Fuente: Basado en Donati (2013, p. 216).

El “realismo crítico” que da título al manifiesto alude a una postura ontológica y epistemológica que se plantea como alternativa tanto al positivismo como a la hermenéutica. En el nivel ontológico, se afirma que la realidad existe y nos precede independientemente del conocimiento que tengamos de ella. Mientras que, para el positivismo, la realidad está regida por leyes universales independientes de los sujetos; para esta forma de realismo que se denomina crítico, la realidad se concibe conformada por estructuras y capas múltiples al modo de lo planteado por las fenomenologías.

Otro desarrollo teórico de Archer que deviene central en el mani-

fiesto y en el tipo de perspectiva relacional que formula Donati es el enfoque o paradigma morfogenético (*morphogenetic paradigm*). Esta autora se plantea superar la dicotomía entre agencia y estructura de un modo fundamentalmente diferente a las formulaciones de Bourdieu y, sobre todo, de Giddens en las últimas décadas del siglo pasado. Para Archer, lo social es fruto de un juego recíproco entre la agencia y la estructura en el que ninguna se impone a la otra. El enfoque morfogenético propone mantener estructura y agencia como dimensiones independientes. El resultado de la acción no está determinado, sino que se resuelve *in situ* en cada instancia. (Hernández-Romero, 2017)

En palabras de Donati (2015), una sociología relacional debería ser capaz de comprender y explicar las infinitas habilidades del ser humano de generar relaciones. Los individuos dan lugar a formas sociales que, sin embargo, no dependen de ellos, ya que son el producto emergente de su actuación mutua en un contexto situado (p. 88). A diferencia del primer manifiesto, este define relación social en términos analíticos y fundamentalmente ontológicos. Para Donati, “estar en relación” (*being in relation*) es una expresión con tres significados analíticos que, en realidad, están siempre presentes en todas las relaciones, en el plano empírico:

- (1) Dice que entre dos (o más) entidades hay una *cierta distancia* que, al mismo tiempo, las distingue y las conecta;
- (2) que tal relación existe —es decir, tiene una realidad— en sí misma (del latín *ex-sistere*, que significa ‘estar afuera teniendo su propia consistencia’ con respecto a sus generadores) con sus propias cualidades y poderes causales;
- (3) que tal realidad tiene su propio *modus essendi* (la modalidad del ser que está dentro de la relación), es decir, una estructura, sea esta más estable o más volátil. (2015, p. 89; traducción propia)

Para Donati la sociedad está hecha por individuos, pero no consiste de individuos; lo social pertenece a un orden de realidad que denomina como relacional, una realidad de relaciones sociales concretas. La sociología relacional que propone es original *per se* y no una tercera vía que concilie polos enfrentados.



Sin embargo, la sociología relacional no solo incluye al movimiento de New York y las respuestas a los documentos elaborados en ese espacio intelectual, sino también a una gran diversidad de autores y enfoques, con miradas más o menos estructuralistas. A partir, principalmente, de los aportes del pragmatismo norteamericano y del interaccionismo simbólico, Nick Crossley es otro de los autores que realiza importantes aportes a la sociología relacional. Este autor desarrolla sus trabajos desde la Universidad de Manchester, donde actualmente se desempeña como profesor y donde ha fundado el Mitchell Centre for Social Network Analysis. Al año siguiente que Donati publica su libro *In Relational Sociology: A New Paradigm* (2010), Nick Crossley publica *Towards Relational Sociology*, ambos publicados por Routledge. Las dos obras procuran clarificar los alcances y significados de la sociología relacional. Mientras que Donati lo hace desde el realismo crítico, Crossley plantea un enfoque que combina aportes de distintos autores y teorías como la teoría de los juegos, el análisis de redes, el interaccionismo simbólico y múltiples referencias a autores como Becker, Merleau-Ponty, Goffman y Simmel.

Crossley (2011) plantea que su finalidad no es solo señalar que los actores sociales se conforman en y de forma inseparable de las interacciones y relaciones, sino también que existen mecanismos en las interacciones, relaciones y redes que permiten explicar y comprender los eventos del mundo social. El autor plantea que al analizar las interacciones deben considerarse distintas dimensiones que incluyen lo simbólico, lo afectivo, las convenciones (incorporando aquí la importancia de la institucionalización), la estrategia (retomando con ciertas críticas, los aportes de la teoría de los juegos), el intercambio (incorporando los aportes del concepto de sociabilidad [*sociability*] de Simmel), y el poder, entendiéndolo como un atributo “genuinamente relacional”.

El autor considera a la sociología relacional como una sociología para la cual la unidad analítica más apropiada para el estudio de la vida social es la red. La forma en que las relaciones se configuran en redes más amplias afecta la dinámica de las relaciones. Diferentes redes y distintas posiciones generan diferentes oportunidades y limitantes para quienes conforman estas redes. Si bien las interacciones

y las relaciones diádicas son importantes, resulta más relevante aún poder analizar las redes en las cuáles se encuentran insertos. Crossley considera relevante analizar el concepto de red en combinación con el de mundos sociales (*social worlds*). Las estructuras, tal como las entiende el autor, son siempre estructuras de mundos sociales concretos y específicos. Los diferentes mundos sociales siempre poseen una estructura. Crossley (2011) considera que

...las estructuras deberían pensarse no cómo “cosas” propiamente dichas sino como propiedades de alguna otra cosa que tiene o manifiesta estructura, en este caso un mundo social dinámico y en evolución. Los mundos implican estructuras, están estructurados, pero también implican dinamismo interactivo, contenido cualitativo, así como un carácter concreto y procesual que a menudo está ausente en las discusiones sobre la estructura. (p. 137; traducción propia).

Los aportes de Crossley no solo apuntan a reflexionar acerca del carácter relacional de la sociología, sino que el autor también aplica este enfoque teórico a distintos objetos empíricos, como la música punk (Crossley, 2008a), los gimnasios (2008b) o la politización de los estudiantes en los campus universitarios (Crossley, 2008c; Crossley y Ibrahim, 2012).

Dentro de la multiplicidad de objetos empíricos que han sido abordados desde la perspectiva relacional, se encuentran también los discursos. Es Jan Fuhse, sociólogo alemán, quien actualmente se desempeña en la Universidad de Bremen, el principal autor que ha utilizado un enfoque relacional para pensar los eventos comunicacionales. Fuhse presenta diferencias con los enfoques anteriores y reconoce como principal influencia para desarrollar su teoría relacional a White, incorporando los aportes de Luhmann. Para el autor, la sociología relacional se encuentra íntimamente relacionada con la investigación empírica.

Fuhse parte de una ontología procesual para analizar cómo en la comunicación las redes sociales surgen, se modifican y, eventualmente, desaparecen. Desde la investigación, el autor combina distintos enfoques que involucran tanto metodologías cualitativas como cuantitativas, incluyendo el análisis conversacional, la sociolingüística y otras técnicas.

Para Fuhse, la sociología relacional se desarrolla a partir de la investigación en redes sociales y se encuentra fuertemente influenciada por esta. Según este autor, el centro del análisis son los eventos comunicacionales. Las redes sociales deben entenderse no solo como estructuras y patrones, sino como interacciones con significado: “La sociología debe centrarse en la comunicación porque las estructuras sociales y los patrones culturales consisten en significado comunicado, no en pensamiento subjetivo” (Fuhse, 2018, p. 463; traducción propia).

Tanto Donati como Fuhse y Crossley son incluidos junto a otros autores en el *Manual de sociología relacional* desarrollado por Depélteau en 2018. La obra intenta dar cuenta de la heterogeneidad de autores que pueden situarse dentro de la teoría relacional, identificando no solo aportes dentro de la sociología, sino también desde diferentes campos de conocimiento: arqueología, filosofía, psicología, y otros. Depélteau llevó a cabo su actividad en Canadá, donde focalizó su trabajo en la teoría social, los movimientos sociales y cuestiones ambientales. Reconoce como principal influencia de su teoría relacional a John Dewey y, si bien coincide con el concepto de transacción utilizado por Emirbayer, critica el uso que le da este último autor, por considerar que no llega a desarrollar la idea completamente.

La sociología relacional, tal como es vista por Depélteau y otros autores, debe entenderse como una perspectiva que no pretende fundar un nuevo paradigma, en términos kuhnianos, sino que se nutre de distintos enfoques existentes en la sociología. Retoma diferentes preguntas clásicas de la teoría social que remiten a cuestiones que pueden verse como más o menos antinómicas según el autor que las desarrolle: sustancias vs. procesos sociales, estructura social vs. agencia, objetivismo vs. subjetivismo. Desde la perspectiva de este autor, la sociología relacional debe ser vista no solo como una teoría académica, sino también como praxis.

Depélteau plantea que aquello que puede pensarse como común al pensamiento relacional es el principio de interdependencia y de rechazo a la idea de substancia, la primacía del pensamiento procesual, el abandono de los dualismos y el principio de coproducción. Estas similitudes se encuentran, sin embargo, atravesadas por diferencias entre los diferentes autores. Entre las “disonancias” que el autor reco-

noce dentro del enfoque relacional, se encuentra en primera instancia y, quizás de forma más central, el lugar que los distintos autores asignan a las estructuras sociales y al poder que estas poseen (¿cuáles son esas estructuras?, ¿de qué forma determinan al sujeto, o el sujeto las determina a ellas?). En segunda instancia, observa el vínculo que asignan a la sociología relacional respecto del cambio social, es decir, si consideran que la sociología relacional puede ser útil para pensar un mundo más colaborativo. Por último, los distintos autores “relacionales” plantean diferencias con relación a la importancia que asignan no solo a las relaciones entre humanos, sino también entre no humanos (Depélteau, 2018).

En cuanto a las aproximaciones metodológicas que supone el enfoque relacional, no existe un consenso entre los diferentes autores. Si bien existe un consenso acerca de la importancia del análisis de redes sociales, no todos entienden lo mismo por este tipo de análisis. Distintos autores coinciden en señalar la necesidad de una metodología que permita dar cuenta de cómo interactúan diferentes dimensiones que están presentes en el análisis de redes: la cultura (los significados), las relaciones, los espacios sociales, los atributos individuales y la agencia. Existe un acuerdo en considerar a las redes sociales no como estructuras fijas, sino como el resultado de una interacción constante (Prandini, 2015). Sin embargo, aún no existe un consenso y estandarización respecto a los métodos que deben utilizarse para el análisis de redes sociales.

De esta manera, la sociología relacional se presenta como un campo promisorio dentro de la teoría social e implica una forma de pensar la realidad que procura superar antinomias clásicas de la teoría social. El “giro relacional” (*relational shift*) comparte una crítica a las ontologías y metodologías que caracterizaron a gran parte de las ciencias sociales hasta la década del setenta. El final de la Guerra Fría, la idea de globalización, la irrupción de nuevas formas de comunicación e Internet y otros hechos sociopolíticos dieron lugar a la necesidad de replantear las formas más clásicas de pensar la realidad (Prandini, 2015). Este giro relacional se hace a partir de la lectura de autores clásicos de la filosofía, sociología y otras disciplinas en un intento de brindar una nueva forma de comprender la realidad que permita captar su complejidad de una

forma más acabada. Los capítulos que se incluyen en este libro comparten las premisas de este giro relacional e intentan, a través de diferentes marcos teóricos y metodologías, dar cuenta de diferentes fenómenos que abarcan objetos de estudios disímiles y diferentes áreas de estudio: sociología rural, ciencias políticas, sociología política, sociología de la religión, redes, recursos y capital social, entre otros. Gran parte de ellos reflexiona sobre la pertinencia del enfoque relacional para el análisis de sus objetos de estudio y, a su vez, permite reflexionar acerca de la conveniencia y los desafíos del uso de distintas herramientas conceptuales vinculadas al análisis de lo relacional.

### Referencias bibliográficas

- Castillo Solórzano, I., y Jaramillo Marín, J. (2009). Análisis de Redes Sociales y perspectiva relacional en Harrison White. *Trabajo Social*, 11, 175-185.
- Crossley, N. (2008a). Pretty connected: The social network of the early UK punk movement. *Theory, Culture & Society*, 25(6), 89-116.
- Crossley, N. (2008b). Social networks and student activism: on the politicising effect of campus connections. *The Sociological Review*, 56(1), 18-38.
- Crossley, N. (2008c). (Net) Working out: social capital in a private health club. *The British journal of sociology*, 59(3), 475-500.
- Crossley, N. (2011). *Towards relational sociology*. Nueva York: Routledge.
- Crossley, N., y Ibrahim, J. (2012). Critical mass, social networks and collective action: Exploring student political worlds. *Sociology*, 46(4), 596-612.
- Dépelteau, F. (Ed.). (2018). *The Palgrave handbook of relational sociology*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Donati, P. (2013) Morphogenesis and Social Networks: Relational Steering Not Mechanical Feedback (pp 205-231), M. Archer (Ed) *Social Morphogenesis*. New York: Springer.
- Donati, P. (2015). Manifesto for a critical realist relational sociology. *International Review of Sociology -- Revue Internationale de Sociologie*, 25(1), 86-109.
- Emirbayer, M. (1997). Manifesto for a Relational Sociology. *The American Journal of Sociology*, 103(2), 281-317.

- Forni, P., Castronuovo, L., y Nardone, M. (2013). Ni piqueteros ni punteros. Procesos de organización comunitaria durante el kirchnerismo. El caso de la urbanización de Villa Palito, La Matanza. *Revista POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, 18 (2), 187-214.
- Forni, P., y Longo, M. E. (2004). Las respuestas de los pobres a la crisis. Redes de Organizaciones comunitarias y la búsqueda de soluciones a los problemas de las áreas periféricas de Buenos Aires. *Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 6(2).
- Forni, P., y Nardone, M. (2005). Grupos solidarios de microcrédito y redes sociales: sus implicancias en la generación de capital social en barrios del Gran Buenos Aires. *Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 9(2).
- Forni, P., Nardone, M., y Castronuovo, L. (2013). Capital social y organización comunitaria. La urbanización del barrio Almafuerte (partido de La Matanza). *Revista Pilquen Sección Ciencias Sociales*, 16(2).
- Fuhse, J. (2018) Deconstructing and Reconstructing Social Networks. En *The Palgrave handbook of relational sociology* (pp. 457-479). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Hernández-Romero, Y. (2017). El enfoque morfo-genético de Margaret Archer para el análisis de la cultura. *Cinta de Moebio*, 60, 346-356.
- Mische, A. (2011). Relational Sociology, Culture and Agency. En J. Scott y P. J. Carrington (Comps.), *The SAGE Handbook of Social Network Analysis* (pp. 80-97). Londres: Sage Publications.
- Nardone, M. (2010). Arte comunitario: Criterios para su definición. *Miríada. Investigación en Ciencias Sociales*, 3(6), 47-108.
- Nardone, M. (2012). *Tres pinceles: organizaciones de arte comunitario y capital social* [tesis de maestría]. Buenos Aires: FLACSO, Sede Académica Argentina.
- Nardone, M. (2013). *Vínculos creativos: Las oportunidades en redes de arte comunitario y el capital social*. Buenos Aires: FLACSO, Sede Académica Argentina.
- Prandini, R. (2015). Relational sociology: a well-defined sociological paradigm or a challenging ‘relational turn’ in sociology? *Inter-*

*national Review of Sociology*, 25(1), 1-14.

Terenzi, P. (2008). Relación social y realismo crítico en la obra de Pierpaolo Donati. *RES. Revista Española de Sociología*, (10), 39-52.

Tilly, C. (2004). *Stories, Identities and Political Change*. Lanham: Rowman & Littlefield.

White, H. C. (1992/2008). *Identity & Control. How Social Formations Emerge*. Nueva York: Princeton University Press.

# Activismo transnacional en el Este de Asia: una reflexión relacional sobre las teorías de los movimientos sociales

*María del Pilar Álvarez*

## Introducción

Los movimientos sociales (MS) siempre han sido relacionales, pero no siempre han sido estudiados desde una perspectiva relacional. Comprender cómo la acción colectiva (AC) se organiza e incide en la esfera pública y por qué los individuos se unen y persisten en ella requiere del análisis de las redes dinámicas y mutantes en las que circulan los activistas redefiniéndose a sí mismos y los vínculos construidos. Si bien el motor del MS son los actores sociales y sus relaciones, los estudios sobre esta temática han estado dominados por la tensión agencia-estructura o intentos agregativos por superarla que minimizan las tramas relacionales, especialmente en las investigaciones sobre la AC transnacional.

La propuesta de este capítulo es presentar una revisión teórica sobre cómo estudiar los MS transnacionales desde una perspectiva relacional. Esta surge de mi investigación sobre el movimiento social transnacional de las “mujeres de confort”<sup>1</sup> en China, Taiwán y Corea del Sur<sup>2</sup>

<sup>1</sup> “Mujeres de confort” es la traducción literal de 慰安婦 (en kanji y chino tradicional) o 위안부 (en coreano). Es el nombre que utilizaba la Armada Imperial de Japón para referir a las mujeres esclavizadas sexualmente durante la etapa de avance imperialista de Japón en la región, en 1932-1945. Si bien se ha debatido bastante entre organizaciones y académicos mantener el uso de esta palabra, hay cierto consenso en continuar refiriendo a las víctimas con ese vocablo (colocando el nombre entre comillas), dada la popularidad del término. Su utilización no constituye una revictimización ni mucho menos una aceptación de la postura oficial japonesa al respecto.

<sup>2</sup> Este movimiento social transnacional se originó formalmente a partir del 4 de agosto de 1991 cuando una víctima de origen coreano, Kim Hak Soon, dio el primer testimonio público denunciando los horrores sexuales sufridos durante la guerra. Si bien en Japón, Corea del Sur y China se venían discutiendo en la esfera pública las atrocidades cometidas por Japón en aquella época, ese testimonio constituyó un punto de in-



(Álvarez, 2015, 2016, 2017, 2019). El trabajo de campo realizado en Shanghái, Hunan, Taipéi y Seúl, durante el período 2016-2018, me permitió participar de actividades y eventos del movimiento, y entrevistar no solo a miembros claves de las principales organizaciones sociales involucradas en el MS en cada país, sino también a voluntarios, abogados, asistentes sociales y víctimas que forman o han formado parte de la red. Asimismo, pude relevar material documental y fotos de archivo que han sido centrales en la reconstrucción de las trayectorias de los activistas y grupos que conforman el MS. Basadas en mi trabajo empírico de años, que no siempre abordé de manera relacional, esbozo aquí algunas reflexiones conceptuales.

El debate académico en torno a los movimientos sociales globales y redes transnacionales surge alineado a la aparente universalización de valores y de marcos cognitivos (feminismo, derechos humanos, ambientalismo, etc.) producida por la globalización. En los años 90, la capacidad de incidencia internacional de los actores no estatales que estructuraban sus acciones en redes transnacionales captó la atención de los teóricos de las relaciones internacionales que intentaron explicar los límites y alcances de este tipo de AC. Es así como, desde el constructivismo social, Sikkink y Keck (1999) escribieron uno de los trabajos que más impactaron en los estudios sobre la dimensión transnacional de los

flexión en la historia de las “mujeres de confort”. En noviembre de 1990, se crea en Corea del Sur el Korean Council for the Women Drafted for Militar and Sexual Slavery by Japan y, en diciembre de 1991, se funda House of Sharing. En 1992, en Filipinas, aparece el Task Force on Filipino Comfort Women (TFFCW) y, en 1994, Lola Pilipina, otra organización social alineada a TFFCW. En agosto de 1992, Corea del Norte inauguró el North Korea Compensation Measurement Committee for Japanese Military Sexual Slavery and Victims of the Pacific War. El 21 de abril de 1993 se crea en Japón el Center for Research and Documentation on Japan’s War Responsibility (JWCR) y en 1998 el VAWN-NET Japan (Violation against Women and War Networking). El 20 de febrero de 1992, surge en el seno del Taipei Women’s Rescue Foundation (TWRP), una organización civil para la defensa de los derechos de la mujer, una sección especial destinada a investigar y luchar por los derechos de las víctimas taiwanesas. En 1999, Su Zhiliang y Chen Lifei fundaron el Research Center for the Chinese “Comfort Women” (RCCCW) en la Universidad Normal de Shanghái. En la actualidad, hay organizaciones o representantes individuales de todos los países afectados y de los Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido, Australia y Alemania que participan, directa o indirectamente, de las actividades del MS transnacional.

MS. Al recuperar los aportes conceptuales de los teóricos de la *movilización de recursos*, los *procesos políticos* y el *enquadre* (*framing*), estas autoras ahondaron en la capacidad de incidencia y transformación normativa del activismo transnacional. Sikkink, en sus investigaciones posteriores (1999, 2001, 2002, 2003, entre otras), continuó profundizando en la habilidad de las redes de *advocacy* para movilizar recursos disponibles, el desarrollo de estrategias de presión en función del contexto institucional en el cual la acción tiene lugar, la profesionalización del activismo, su proliferación, el papel del agravio y la implementación de campañas como expresión racional del reclamo vigente.

Por otra parte, en el “viejo mundo”, Della Porta (1999, 2005) se convirtió en una de las referentes más destacadas del campo de estudios del activismo global. Signada por la tradición académica de los *nuevos movimientos sociales*, analiza las motivaciones que llevan a individuos y organizaciones diversas a unirse para luchar por causas globales comunes, como así también el desafío cultural y simbólico que propugnan. A tal fin, incorpora el concepto de “identidad colectiva” como elemento clave para entender la movilización sin fronteras. Al igual que Tarrow (2005), en sus escritos revaloriza la heterogeneidad de las identidades y los vínculos en las distintas dimensiones de la acción (micro, medio, macro). Esta noción de “identidad” había sido previamente discutida y repensada desde la tradición europea mencionada, con Melucci y Touraine como sus más reconocidos exponentes.

Mientras el campo de estudio de los MS se enriquecía con esos debates, la sociología se replanteaba, una vez más, la forma de superar la tensión agente-estructura. En su *Manifiesto for a Relational Sociology* (1997), Mustafa Emirbayer sugiere un cambio ontológico en la disciplina al sostener que el hecho social son las relaciones. Es decir, las relaciones son el punto de partida. Emirbayer dinamizó discusiones que circulaban en distintos centros de investigación, vinculadas a lo que hoy se denomina “sociología relacional”. Desde este paradigma, se propone una forma relacional de sociedad (Donati, 1993, 2014; Mische, 2011, etc.) que obliga, justamente, a pensar la sociedad como un problema generado por relaciones sociales. Estas relaciones —dinámicas y mutantes—, a diferencia del constructivismo, son relaciones reales, no virtuales. La perspectiva relacional plantea así nuevos desa-

fíos a las teorías de los MS. ¿Qué aspectos relacionales están presentes en los distintos debates teóricos de la MS? ¿Qué aporta una perspectiva relacional al campo de estudio de los MS? ¿Cómo investigar relacionamente los MS?

Este trabajo se divide en dos secciones. En el primer apartado, efectúo una revisión crítica de los principales marcos conceptuales de los MS. Dado que es difícil y complejo hacer una relectura exhaustiva de las diferentes corrientes teóricas en pocas páginas, tomaré aquí solamente los autores más destacados de las teorías de la movilización de recursos, los procesos políticos y los nuevos movimientos sociales. En la segunda sección, expongo los principales debates en torno a los MS transnacionales o globales. Estos aportes empíricos y analíticos han sido determinantes en mi trabajo de investigación y en la propuesta conceptual que aquí sugiero para el estudio de este tipo de movimientos. En ambas secciones, haré referencia a mi trabajo de investigación a modo ilustrativo. Finalmente, cierro el capítulo recuperando las contribuciones de las teorías clásicas de los movimientos a los MS transnacionales y del campo de estudio de la sociología relacional a la comprensión de la AC.

### **Los principales paradigmas de los MS**

La literatura sobre teorías de los movimientos sociales suele identificar dos grandes paradigmas que se desarrollan a partir de los años 70 como consecuencia de las revueltas políticas de la década previa. Estos llevaron a un profundo cuestionamiento conceptual de las teorías vigentes de los MS y del enfoque estructural funcionalista. Tanto la tradición marxista europea centrada en el estudio del movimiento obrero como la tradición estadounidense focalizada en el comportamiento desviado de los activistas entraron en crisis. Esto dio lugar a dos amplios ejes de análisis: las teorías de la movilización de recursos (MR) en los Estados Unidos y las teorías de los nuevos movimientos sociales (NMS) en Europa.

La MR es una visión basada en la racionalidad de la persona. Tal como sostienen las teorías economicistas del *rational choice* en boga por aquellos años, los académicos de la MR proponen una mirada pragmática que rechaza la subsunción de los MS al comportamiento colectivo

y enfatiza su perdurabilidad y relativa institucionalización. Las perspectivas psicológicas del comportamiento colectivo fueron desplazadas por una interpretación política de los movimientos sociales como luchas de poder sobre intereses en conflicto que compartían dinámicas organizacionales con formas de conflictos más o menos institucionalizados (Buechler, 2011, p. 111). Quienes eligen participar de una AC lo hacen por motivos prácticos en pos de alcanzar objetivos tangibles establecidos por una organización centralizada. Estas teorías identifican a los movimientos con organizaciones y, por lo tanto, estas constituyen la unidad de análisis principal de sus investigaciones.

McCarthy y Zald (1973, 1987) publicaron un ensayo sobre la movilización de recursos que sentó las bases de este nuevo paradigma. En sus escritos establecen algunos lineamientos de la MR. En primer lugar, es muy importante la capacidad de un movimiento para adquirir recursos y usarlos estratégicamente. El éxito de un movimiento depende del uso racional y estratégico de los recursos (dinero, tiempo, simpatizantes, atención de los medios, alianzas, etc.) y del reclamo (*grievance*). Los MS tienen objetivos, pero son las organizaciones las que movilizan los recursos y establecen interacciones que permiten tanto alcanzar los objetivos propuestos como transmitir el mensaje de cambio social a otras organizaciones para fortalecer así su lucha. Estas organizaciones tienen la particularidad de contar con profesionales, activistas de tiempo completo, que facilitan la institucionalización y perdurabilidad del MS, aunque generan cierta vulnerabilidad al depender de recursos externos.

Esta perspectiva está bastante alejada de una mirada relacional de la sociedad. Para estos autores, primero hay actores sociales, luego hay vínculos, y esas relaciones son un medio para alcanzar sus reclamos y no el objeto de análisis. Si bien destacan la importancia de los lazos tradicionales desarrollados en el marco de organizaciones preexistentes (Oberschall, 1973), no constituyen en sí mismos un tema relevante en las teorías de acción racional. No obstante, la falta de una perspectiva relacional tampoco es un aspecto central en las críticas a la MR. La principal crítica a esta corriente individualista de pensamiento es la ausencia de problematización de dos aspectos claves de la movilización: las identidades y los procesos políticos.

Los procesos políticos o la *estructura de oportunidad política* (EOP) incluyen a autores diversos, como Mc Adam (1982) y Tarrow (1994/2011, 1996). Ambos se enriquecieron de los aportes teóricos de Tilly para desarrollar esta nueva propuesta analítica. A diferencia de la MR, Mc Adam (1982) sostiene que hay que reconocer el papel de grupos externos y de las interacciones entre grupos formales e informales en asegurar recursos para la AC (pp. 22-23). Es decir, hay variables del sistema sociopolítico que inciden positivamente en la capacidad de los movimientos de movilizar recursos. Por lo tanto, se debe determinar cuáles son esas características estructurales y dinámicas del contexto político que le dan forma a la acción. Una acción requiere estar organizada previamente para que, frente a cambios favorables en la EPO, pueda ejercerse ya sea reduciendo las discrepancias con las elites, ya sea desafiando los códigos dominantes. Esta perspectiva de los procesos políticos reconoce, como la MR, la importancia de las organizaciones. La EPO tuvo gran influencia en los trabajos previos sobre el movimiento de las “mujeres de confort”, especialmente en Corea del Sur. Varios autores (Chou, 2001; Lee, 2015; Mitsui, 2007; Piper, 2001; Soh 1996, 2008; Tsutsui, 2006; etc.) explican el origen de este movimiento y el alto nivel de incidencia internacional mediante el análisis de factores estructurales de índole social, político y cultural que permitieron que diversas organizaciones previamente formadas — como grupos feministas, asociaciones de la mujer y coaliciones de grupos religiosos— pudieran utilizar la ventana de oportunidad que se abrió con la transición democrática en Corea del Sur y con el impacto del feminismo internacional en Japón para coordinar y movilizar acciones colectivas, las cuales posibilitaron la puesta en la agenda pública del tema de las “mujeres de confort”.

Mc Adam da un paso más en su trabajo de las EPO, al introducir el concepto de *liberación cognitiva*<sup>3</sup> para explicar la sinergia entre las oportunidades y la organización (Buechler, 2011, p. 135). La liberación cognitiva refiere a la capacidad de los individuos de desarrollar percepciones subjetivas y simbólicas del orden social que les permiten

<sup>3</sup> Como sostiene Buechler (2011, p. 135), esta noción había sido acuñada por Piven y Cloward (1979): estos autores la toman para reforzar su propuesta sobre los mecanismos de insurgencia.

diferenciar lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo que genera demandas de cambio de dicho orden mediante el establecimiento de nuevos derechos y políticas. El sentido simbólico de lo colectivo les posibilita a los actores sociales reconocer su fuerza política y aprovechar las oportunidades disponibles, en un contexto sociopolítico determinado para movilizar recursos y así alcanzar sus objetivos. Los lazos organizacionales preexistentes no solo consolidan estas percepciones subjetivas, sino que también evitan el fatalismo mediante la creación de redes de comunicación. En su famoso trabajo *Political Process and the Development of the Black Insurgency, 1930-1970*, publicado en 1982, Mc Adam construye un modelo teórico empírico para demostrar que la insurgencia negra no puede ser explicada solamente mediante el estudio de las tensiones sociales o el análisis del apoyo externo. Él observa que el aumento del número de iglesias urbanas y universidades afroamericanas contribuyó a la organización de las protestas por los derechos civiles de este grupo étnico. En esas instituciones se desarrolló un sentido compartido de eficiencia y confianza, que colaboró a desafiar el sistema social. Así, introduce la dimensión cultural y el papel de los incentivos solidarios para el estudio del MS.

Los teóricos de la EPO concuerdan en que el origen, la latencia y el declive de un MS depende de las oportunidades de los grupos sociales para cambiar la estructura institucional y los códigos dominantes. Tarrow parte de estas premisas y, al igual que Mc Adam, enfatiza las limitaciones de la lógica utilitaria de Olson reflejada en Mc Carthy y Zald. Sus estudios se focalizan en cómo, cuándo y por qué se desarrolla la AC y por qué los MS adquieren formas distintas en entornos diferentes. A diferencia de Mc Adam, propone una mirada más flexible sobre la EPO, entendiéndola como un marco para examinar las dinámicas de la acción. Tarrow sostiene:

al hablar de oportunidades políticas me refiero a dimensiones consistentes —aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales— del entorno político que fomentan la acción colectiva entre la gente [...]. No existe ninguna fórmula sencilla que nos permita saber cuándo surgirá la acción colectiva, debido a las variaciones que presenta en las diferentes circunstancias históricas y políticas y a que diversos factores pueden provocar consecuencias opuestas. Como resultado, el término *estructura de oportunidades políticas* no debería

entenderse como un modelo fijo que produce inevitablemente movimientos sociales, sino como una serie de claves para prever cuándo surgirá la acción colectiva. (2011, p. 74)

Es decir, el poder de un movimiento comienza con la estructura de oportunidad, pero esta no determina su creación. Los MS se forman solo cuando los ciudadanos responden a cambios en las oportunidades desplegando las redes sociales e identidades colectivas construidas previamente.

A lo largo de su prolífica carrera académica, Tarrow fortaleció el debate de los procesos políticos incorporando varias categorías analíticas, como los ciclos de protesta<sup>4</sup>, al mismo tiempo que enriqueció los conceptos desarrollados por sus antecesores. Entre estos se destacan sus aportes a la noción de repertorios de contención, vínculos, la relación Estado-MS, mecanismos, procesos de los MS en diferentes niveles de acción (micro, meso y macro) y el rol de los discursos simbólicos y políticas culturales. Este autor reconoce que el poder del movimiento incluye procesos de enmarcamiento (*framing*). Como sostiene Buechler (2011, p. 138), Tarrow incorpora el proceso cultural de interpretación e insiste en que los símbolos culturales requieren una agencia concreta para convertirlos en marcos de acción colectiva. Este enfoque sobre la construcción de significados está basado en las teorías de los marcos cognitivos o enmarcamiento que tuvieron lugar en esa misma época.

El “giro cultural” colocó a la cultura en el centro de los debates contemporáneos en las humanidades y en las ciencias sociales. La cultura

<sup>4</sup> El ciclo de protesta refiere “a una fase de intensificación de los conflictos y confrontaciones en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados, un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación, marcos nuevos o transformados para la acción colectiva, una combinación de participación organizada y no organizada y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades” (Tarrow, 2011, p. 342). En mi investigación publicada en 2019, recupero esta categoría para explicar el fenómeno de la militancia diaspórica. Este se visibilizó durante el ciclo de AC del movimiento de las “mujeres de confort”, producido a partir de la firma del controvertido acuerdo que pretendía resolver este conflicto, firmado entre los Gobiernos de Corea del Sur y Japón el 28 de diciembre de 2015.

se entiende como un proceso social a través del cual los individuos no solo comunican significado, sino que también, y fundamentalmente, le dan un sentido al mundo que los rodea precisando sus propias identidades, valores y creencias. A partir del trabajo de Snow y sus colaboradores, los teóricos de los MS definieron los marcos como la construcción de un esquema interpretativo que simplifica y condensa el “mundo de ahí afuera” (Tarrow, 2011, p. 251). Los marcos les permiten a los activistas interpretar la realidad, concientizarse sobre ciertas problemáticas y enmarcar sus ideas y demandas. Estos marcos interpretativos no están dados, sino que son erigidos por los actores sociales del movimiento. Snow sostiene que “lo que está en cuestión no es simplemente la presencia o ausencia de la demanda, sino la manera en que esta es interpretada y la construcción y difusión de esas interpretaciones” (Snow *et. al.*, 1986, p. 466). Es decir, la *elaboración de marcos* —término acuñado por Goffman (1974)— implica la codificación selectiva de situaciones, tensiones, dilemas, experiencias y acontecimientos presentes o pasados en un determinado contexto sociopolítico. En ese proceso, los MS identifican el agravio, establecen lo que es justo e injusto, y vinculan sus demandas a marcos cognitivos más amplios, para poder así transmitir un mensaje claro y uniforme a una sociedad determinada. También pueden intervenir otros actores sociales en el enmarcamiento, como los medios de comunicación y el Estado.

Esta perspectiva dialoga permanentemente con los teóricos de los procesos políticos, tal como se observa en los trabajos de Tarrow (2011, 2015, entre otros), Snow y Benford (1992), Gamson y Meyer (1996), entre otros. De esta articulación, ha surgido la necesidad de incorporar la cultura al estudio de los repertorios, los ciclos de protestas y la EPO. Para estos autores, las identidades, las emociones y los marcos no son independientes de las condiciones de lucha de un movimiento. Tarrow (2011) sostiene que, “para relacionar el texto con el contexto, la gramática cultural con la semántica de la lucha, es preciso un concepto adecuado a la naturaleza interactiva de los movimientos sociales” (p. 273). El texto está estrechamente vinculado a la estructura de oportunidades y a las restricciones del contexto donde opera un MS. En cierta medida, tanto la EPO como los procesos enmarcados no logran superar la tensión agencia-estructura. Los factores estructurales son claves para com-



prender el surgimiento de la acción colectiva siempre y cuando exista la voluntad organizada de los agentes para aprovechar la oportunidad que se presente. Ahora bien, desde una mirada constructiva, se destacan la circulación de ideas, valores y símbolos en las redes, formales e informales, donde los actores construyen sus marcos de acción. Si bien el eje de análisis sigue siendo los actores y las estrategias racionales que ellos impulsan en las redes que construyen, las relaciones empiezan, de a poco, a adquirir relevancia en el campo de estudio de los MS.

Es indiscutible que los autores de los procesos políticos se han nutrido de las innumerables contribuciones empíricas y conceptuales de Tilly. Dada no solo la riqueza y complejidad de su extensa obra, sino también los aportes al paradigma relacional, decidí analizar su trabajo separándolo de dicha corriente de pensamiento. Tilly ha elaborado propuestas decisivas, por un lado, para el estudio de los procesos del capitalismo y la construcción del Estado, y, por otro, para las teorías de la acción colectiva. Estas dos líneas de investigación han sido una constante en sus publicaciones, con matices significativos que reflejan los variados debates que dominaron la sociología política a lo largo de su carrera. Sus trabajos han estado estrechamente vinculados a las “modas” académicas, pasando desde una impronta estructuralista heredada de su mentor Barrington Moore hacia los debates de las EPO y, finalmente, hasta un realismo relacional. En estos recorridos ha construido numerosas categorías analíticas para comprender los MS modernos.

Entre sus principales contribuciones se encuentra el concepto de *repertorios de contención*. Ya en *The Vendée* (1964) — donde explica las movilizaciones contrarrevolucionarias en Mauges a partir del análisis de los índices de urbanización — incorpora, a su perspectiva estructural, dimensiones históricas y sociales como factores claves explicativos de la movilización. En trabajos posteriores, continúa en mayor o menor medida elaborando aquello que, en su famoso escrito *From Mobilization to Revolution* (1978), se llamará *repertorios* de acción colectiva. El repertorio refiere a los aspectos culturales de la movilización social, los límites y alcances que derivan de las tradiciones, experiencias y prácticas organizativas acumuladas del MS. Este es el efecto de varios factores causales, como los hábitos cotidianos, modos de organización interna, tradiciones heredadas de Derecho y justicia, experiencias

previas de acción colectiva y formas de represión del estado-objeto (Maíz Suárez, 2011, p. 57). Esta noción permite analizar el conjunto de prácticas y rutinas aprendidas por el MS a lo largo de su historia, desarrollo y evolución, al mismo tiempo que comprender las creaciones simbólicas y culturales de las demandas y protestas. Los repertorios abarcan un amplio espectro de actuaciones visibles, como “la creación de coaliciones y asociaciones con fines específicos, reuniones públicas, procesiones solemnes, vigiliyas, mítines, manifestaciones, peticiones, declaraciones en los medios públicos y propaganda” (Tilly, 2009, p. 22). En el seno de esa lucha política, las identidades colectivas del MS se establecen, refuerzan y redefinen.

El repertorio de AC es uno de los aportes analíticos más importantes, por capacidad explicativa e impacto, en el campo de estudios de los MS. En mi investigación, el concepto de repertorios me permitió describir y comprender los cambios y continuidades en la trayectoria del movimiento tanto a nivel local como transnacional. Por ejemplo, Corea del Sur es el único país que tiene manifestaciones en la calle de manera permanente. Desde el 8 de enero de 1992, el MS estudiado exige verdad y justicia todos los miércoles de 12 a 13 horas frente a la Embajada de Japón en Seúl. Al comienzo, participaban grupos reducidos de víctimas y activistas de las principales organizaciones. Las entrevistadas cuentan que en los 90 pasaban ciudadanos por la calle que repudiaban su accionar. Sin embargo, en la última década las protestas se han “masificado” y cuentan con una gran participación de gente joven, alumnos de escuela secundaria, turistas y hasta políticos locales. La legitimación de este accionar ha estado acompañada de continuidades e innovaciones en el repertorio. A lo largo de las décadas, se ha mantenido constante tanto la presencia de monjes budistas y de grupos de monjas de distintas congregaciones como la celebración de funerales públicos para conmemorar la muerte de las víctimas. Entre las innovaciones se destacan intervenciones “festivas” que celebran la lucha entremezcladas con símbolos identitarios del MS transnacional. Uno de los emblemas del movimiento son las réplicas de la *Estatua de la Paz*<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Denominada en coreano 평화의 소녀상, la primera estatua fue colocada en conmemoración de la Demostración de los Miércoles número 1000 el 14 de diciembre de 2011.

(de interpretación libre) en distintos países que conforman el movimiento como China, Alemania, Estados Unidos y Australia.

Los repertorios no son ajenos a las *estructuras políticas de oportunidades* en las cuales la AC se despliega. Su modelo de movilización considera la existencia de diferentes dimensiones de oportunidades: represión/permisividad, poder y oportunidad/amenaza. Tilly sostiene que los intereses del grupo configuran la organización, movilización, oportunidad/amenaza y represión/permisividad. Aunque estos factores interactúan y se determinan entre sí, al final son las dimensiones de las oportunidades las que influyen directamente en el surgimiento de la AC (Buechler, 2011, p. 130). Desde un comienzo, el autor diferencia dentro de las dimensiones de oportunidades entre aquellas propias de la movilización y aquellas específicas de la estructura política. Tanto el modelo político como el modelo de movilización conciben a la acción como racional y estratégica, dándoles a los actores sociales un discutible poder para transformarla. En 2001, como consecuencia del auge de las teorías del encuadre (*framing*), Tilly junto a Mc Adam y Tarrow publican *Dynamics of Contentious* en respuesta a las críticas recibidas (Jasper, 1997, entre otros) por haber subestimado la cultura y haber sobredimensionado las estructuras y las organizaciones. En ese trabajo, plasman un modelo explicativo dinámico centrado en la articulación entre mecanismos y procesos, que incluye a los repertorios y los procesos enmarcados. Así, sugieren un modelo integrador para el estudio de los MS, alejado por completo del estructuralismo inicial de Tilly. Este pretende demostrar cómo los diferentes tipos de contención política —entendida como la interacción episódica, pública y colectiva entre quienes elaboran las demandas y su objeto de reclamo— son el producto de mecanismos y procesos similares. Si bien los factores político-institucionales y organizativos siguen ocupando un lugar determinante en los vínculos entre AC y los cambios en las estructuras políticas, adquieren relevancia analítica las interacciones, vínculos, transacciones y conexiones de grupos e individuos.

Diani (2007, pp. 316-317) señala tres aspectos por los cuales podría considerarse la obra de Tilly como relacional. En primer lugar, el autor relaciona la estructura con la acción colectiva, especialmente en el énfasis puesto en el vínculo entre la AC potencial y la real. A tal fin,

introduce el concepto de *catnet* de White (1965) —unión de categoría social y red—, el cual establece que para generar AC se necesita tanto compartir un grupo social determinado (clase, nación, religión, etc.) como estar inserto en estructuras relacionales, que le proporcionan a la AC recursos simbólicos, cognitivos y afectivos. Es por medio de las redes donde circulan los individuos que sus atributos personales se convierten en propiedades colectivas. En segundo lugar, efectúa un análisis sistemático de los elementos relacionales de la política de contención. Al principio, aplica herramientas del análisis social de redes para estudiar las interacciones políticas. Luego, complejiza esta estrategia ampliando la noción de redes a las interacciones o transacciones entre actores y categorías de actores. Su explicación transaccional refuerza la búsqueda de mecanismos y procesos para comprender episodios específicos de cambio. Articula este modelo en tres categorías: los *eventos* que alteran las relaciones entre varios elementos; los *procesos*, como concatenaciones, combinaciones y secuencias de mecanismos; y los *episodios*, como fenómenos delimitados hipotéticamente por razones analíticas (Maíz Suárez, 2011, p. 66). Finalmente, en sus últimos trabajos, Tilly propone algunas redefiniciones teóricas para acercarse conscientemente a la sociología relacional, tal como se observa en *Durable Inequality* (1998). Diani (2007) argumenta que en esa etapa elabora una perspectiva sistemática de la contención política y el cambio social basada en modelos explicativos relacionales (p. 317). En su estudio sobre las desigualdades, sostiene que estas existen cuando las fronteras sociales y de identidades colectivas, definidas con base en diferencias categóricas, generan un acceso desigual a recursos y oportunidades sociales. La desigualdad persistente responde a la institucionalización de redes y relaciones sociales distintas por las cuales circulan los individuos según su categoría social. Si nos desplazamos al ámbito de los MS, en sus últimos escritos sobre realismo relacional incorpora la noción de *régimen*, entendida como las relaciones específicas entre un Estado (instituciones) y los ciudadanos (actores). El espacio político del régimen permite estudiar las relaciones entre los gobiernos y la protesta o contención.

Mientras los teóricos estadounidenses transformaron el eje de análisis del comportamiento colectivo a la MR y luego a las teorías de los

procesos políticos y el encuadre, en Europa el cambio de paradigma estuvo dominado por el abandono de las teorías centradas en la movilización obrera hacia aquellas que priorizaron “nuevas” formas de movilización social. La academia europea cuenta con una larga tradición en el estudio de la AC, que se remonta a Durkheim, Weber y Marx. En especial, fue la tradición marxista la que había influido en el campo de estudio de los MS a través del análisis de los conflictos industriales, la división de clases, las movilizaciones obreras y la tensión capital-trabajo. En la década del 60, estas categorías ya no podían explicar el porqué de un “nuevo” tipo de AC que planteaba conflictos sociales propios de la sociedad posindustrial. En ese complejo escenario, aparecieron investigaciones que discutían la estructura social y la relación de los movimientos sociales con la sociedad, su rol histórico y las particularidades del movimiento en sí mismo. El capitalismo avanzado, la posmodernidad y la modernidad tardía dieron lugar a formas de resistencia y reivindicaciones alineadas a cuestiones socioculturales, como la etnia, el género, la orientación sexual, el medio ambiente, la legalización del cannabis, entre otras problemáticas. Este desafío simbólico y cultural a las lógicas de dominación puso a las identidades en el centro de los debates sobre los MS. Signado por los debates poscoloniales y el auge de los estudios culturales, el “giro identitario” redefinió las líneas de investigación analíticas y empíricas de la AC de los teóricos de los NMS. Entre los autores más representativos de esta corriente de pensamiento, se destacan Manuel Castells, Alain Touraine, Jürgen Habermas y Alberto Melucci.

Los escritos de Touraine tuvieron un gran impacto en la propuesta teórica de Melucci que guía la presente investigación. Touraine sostiene que las sociedades posindustriales son el producto de acciones sociales reflexivas. Los actores sociales poseen una mayor capacidad de intervenir en sus propias funciones y hacer posible la autoproducción de la sociedad (Buechler, 2011, p. 164). La historicidad es el objetivo principal de la lucha de clases y las relaciones de poder:

La idea de conflicto debe preferirse a la de movimiento social. El campo de la historicidad es el conjunto formado por los actores sociales y

por el *enjeu*<sup>6</sup> de sus luchas. El movimiento social es la conducta colectiva organizada de un actor luchando contra su adversario por la dirección social de la historicidad en una colectividad concreta. No se deben separar jamás las orientaciones culturales y el conflicto social; esto no ha sido posible en las sociedades pasadas. (Touraine, 2006, p. 255)

Touraine sugiere que ya no existe una clase o grupo que busque la conquista del poder político. En la contemporaneidad, los MS procuran mejorar las condiciones socioculturales del orden establecido. La AC es una acción orientada cultural, ética y moralmente hacia la transformación de las dimensiones del poder. Así, reconoce un viraje de lo político a lo cultural en los MS que, para él, conllevan a la privatización de los problemas sociales y a nuevos modos de resistencia social. A diferencia del movimiento obrero de comienzos del siglo xx, los MS están conformados por identidades heterogéneas y flexibles.

La importancia otorgada a la cultura, las interacciones y las redes interpersonales es recuperada por Melucci en su famoso libro *Nomads of the Present* (1989), donde de forma no intencionada sienta las bases del paradigma relacional de los MS. A diferencia de otros académicos de los NMS, Melucci propone una mirada sociológica del MS centrada en el análisis del movimiento en sí. Para él, la AC es una construcción social y, por ende, no puede ser tomada como un dato o un punto de partida, sino como el resultado multicausal de acciones, motivaciones y relaciones que deben ser cuestionadas, deconstruidas y explicadas. A tal fin, propone para el estudio de los MS tres elementos constitutivos del proceso de AC: el *sistema de acción multipolar*, la *identidad colectiva* y las *redes sumergidas*.

El *sistema de acción multipolar* refiere al sistema en el cual los individuos actúan colectivamente tratando de conformar un “nosotros” relativamente estable mediante la negociación de objetivos, significados y del ambiente en el cual sus acciones se llevan a cabo. En esas interacciones, los individuos definen cognitivamente el área del movimiento, sus límites y posibilidades. El sistema no es lineal ni estático, sino el resultado de múltiples acciones y negociaciones. Como Touraine, ob-

<sup>6</sup> *Enjeu* refiere a lo que está en juego en la lucha social y política.

serva que en la sociedad posindustrial hay un cambio en la AC que se desplaza de lo político hacia lo cultural. Los MS operan como signos que desafían los códigos dominantes. Al igual que para los autores de los NMS, para Melucci las bases tradicionales de la identidad de un movimiento, como la clase social o el partido político, se han esfumado para dar lugar a la identidad cultural como fuerza central de la acción. La *identidad colectiva* es la *raison d'être* de un movimiento:

La identidad colectiva es una definición interactiva y compartida producida por varias personas que interactúan y que se preocupan por las orientaciones de su acción, así como por el campo de oportunidades y limitaciones en el que tiene lugar su acción. [...] Considerada como un proceso, la identidad colectiva implica al menos tres dimensiones fundamentales que en realidad están estrechamente entrelazadas: primero, la formulación de marcos cognitivos con respecto a los objetivos, medios y ámbito de acción; segundo, activar las relaciones entre los actores, quienes comunican, negocian y toman decisiones; y tercero, realizando inversiones emocionales que permiten a los individuos reconocerse mutuamente. (Melucci, 1989, p. 34; traducción propia)

De esta manera, el presente se transforma en el locus de la acción que convierte a los individuos que participan del movimiento en *nómades del presente* (Melucci, 1989, p. 55). Esta perspectiva sugiere una forma diferente de interpretar la experiencia colectiva al incorporar el ámbito prepolítico y simbólico al estudio de la AC. La latencia de la acción se encuentra signada por las interacciones que se producen en la vida cotidiana. Las *redes de significación* refieren, justamente, a esas interacciones “sumergidas” compuestas por múltiples grupos dispersos y fragmentados, que interactúan diariamente y funcionan como un laboratorio cultural de ideas, problemas y experiencias.

Si bien para algunos críticos de las teorías de los MS Melucci es constructivista, existen varios aspectos relacionales en su obra que me interesa destacar. Primero, supera la dicotomía agente-estructura al tomar a los individuos y sus redes como ejes centrales de su investigación. Los MS se generan y mantienen gracias a las redes sumergidas, en las cuales circulan los activistas definiendo y redefiniendo los objetivos, marcos cognitivos y estrategias de acción del movimiento.

Las interacciones se vuelven así una variable clave para comprender a los MS, su origen, cambios y perdurabilidad. Segundo, estas redes son una vía para la transmisión y difusión de ideas culturales. La cultura está constituida por redes que operan como dispositivos de resistencia social: son las múltiples relaciones formales e informales que cruzan transversalmente los diferentes niveles acción y negociación de un movimiento, donde estos se constituyen como signos contrahegemónicos de reconocimiento. Finalmente, los MS son multicausales y multidimensionales. Existen diversos factores que influyen a la AC e impactan en la construcción del tiempo histórico y cultural del cambio social que propugnan. Para Melucci, sin explicitarlo, los MS tienen un carácter relacional de la acción y la realidad social.

### **De lo local a lo global: aportes para el estudio de MS transnacionales**

Como destacué en la introducción, el estudio de la dimensión transnacional de los MS está signado por los paradigmas de los MS descriptos en la sección anterior. Así como para muchos teóricos de la AC la sociedad es puesta en cuestión al analizar las movilizaciones, los estudios sobre movilizaciones o redes transnacionales discuten, en última instancia, las particularidades de la sociedad global en el marco de la tensión entre lo local y lo universal.

Sikkink es una de las autoras más citadas en los estudios sobre MS transnacionales, especialmente en la ciencia política y las relaciones internacionales. Sikkink y Keck (1999), fieles a las teorías de los procesos políticos, investigaron el poder de las redes de *advocacy* para definir y redefinir las normas de los actores internacionales y las prácticas de la soberanía nacional. Ellas centraron su estudio en las estrategias de presión de las redes de *advocacy*, la capacidad de movilización de recursos y los cambios en los procesos cognitivos de las demandas políticas y repertorios de acción. Si bien detallan aspectos constitutivos de las redes — como el tipo de actores que las integran, el funcionamiento e interacciones —, el eje central de la investigación son las estrategias de presión y las particularidades de las EPO donde dicha acción tiene lugar. En trabajos posteriores, Sikkink propone distintos modelos de presión — búmeran y espiral (Rise y Sikkink, 1999) — que vislumbran su interés por la socialización de las normas de derechos humanos,



en detrimento del entramado complejo de interacciones e identidades que le dan forma a los actores que conforman las redes. Este viraje teórico hacia el alcance, aprehensión y legitimidad de las normas por parte de los Estados quedará plasmado en su publicación *La cascada de la justicia* (2013).

Desde una perspectiva relacional, a la obra de Sikkink se le podrían hacer las mismas críticas que a los trabajos de la MR y los procesos políticos. No estudia los movimientos en sí, ni tampoco profundiza en las particularidades de las relaciones sociales que construyen los actores de la red. Esta limitación se observa claramente en el capítulo 5 de *Activismo sin fronteras* (1998/2000), en el cual menciona al MS de las “mujeres de confort” como parte de la red transnacional sobre violencia contra las mujeres (pp. 237-239). En el análisis presentado, basado en fuentes secundarias, Keck y Sikkink identifican las acciones visibles de ciertas organizaciones surcoreanas como acciones de toda la red, presuponiendo homogeneidad en los repertorios y marcos de referencia de los distintos actores que conforman el MS transnacional. En ese libro, por un lado, las relaciones son tomadas como estrategias de influencia, como un vehículo para densificar la red y lograr una mayor presión sobre los estados-objeto. Por otro lado, el trabajo recupera de las teorías de redes la idea de nodos y conexiones entre los nodos, pero estos son analizados solamente a través de la racionalidad de los activistas y sus organizaciones. A pesar de estas limitaciones, el impacto de sus escritos provocó que los académicos de la sociología política de los MS prestaran mayor atención a la dimensión internacional y transnacional de la AC. De este modo, Della Porta y Tarrow (2005) enriquecieron el debate propuesto por Sikkink y sus colegas al revalorizar el ámbito doméstico del activismo transnacional y al incluir las categorías de vínculos e identidades para explicar y comprender las múltiples articulaciones entre la contención local y transnacional.

Della Porta y Tarrow (2005) afirman que el activismo transnacional incide en la política doméstica, a la vez que depende de ella. Los actores que participan de acciones transnacionales suelen tener profundas raíces en densas redes organizativas locales:

La mayor parte de los activistas que participan en acciones transnacionales tienen la base en su propio país, aunque expresen sus reivindi-

caciones en términos globales. Aunque sean activos fuera de su país, la mayor parte de ellos continúan ligados a su lugar de origen, a las redes sociales que pueblan dicho espacio y a los recursos y oportunidades que éste les proporciona. (Tarrow, 2011 pp. 405-406)

A partir del emplazamiento local de los actores transnacionales, Tarrow (2005) argumenta que lo novedoso del activismo transnacional no es la movilización más allá de las fronteras nacionales, que ha existido desde los inicios de la modernidad, sino las formas de articulación de los niveles de enraizamiento. Lo local y lo transnacional se vinculan de manera tan intrincada que el transporte de marcos, redes y formas de acción a la arena internacional no se corresponde necesariamente con las demandas y conflictos que les dieron origen a esos grupos a nivel doméstico, ni tampoco implica la incorporación de los marcos y repertorios transnacionales al activismo local. Esta posibilidad de los actores de mantener vínculos duraderos a nivel transnacional distintos de las densas redes de capital social local se debe, en parte, a que la solidaridad colectiva transnacional presupone la aceptación de la subjetividad individual. Este aspecto es central en el MS de las “mujeres de confort”. En las entrevistas realizadas, los miembros de las distintas organizaciones destacan no solo la importancia de los lazos formales e informales entre los grupos de distintos países, sino también la diversidad de actores que integran la red transnacional. Algunas, como el Korean Council y la TWRF se autoperciben y son reconocidas como feministas, mientras que otros actores, como el RCCCW y el Korea Chongshindae’s Institute, son centros de investigación que propugnan una reconstrucción metódica de fuentes históricas. A nivel transnacional, la búsqueda proyectiva de reconocimiento une la heterogeneidad de los elementos identitarios.

Della Porta y sus colaboradores (2005, pp. 175-202), retomando a Touraine, profundizan en las identidades de los activistas transnacional. A través de una serie de estudios cuantitativos sobre los movimientos globales en Europa, estos autores sostienen que los actores sociales que participan de redes de contención transnacional logran, a pesar de su inherente localismo, identidades comunes a nivel internacional gracias a la aceptación de su heterogeneidad y la construcción

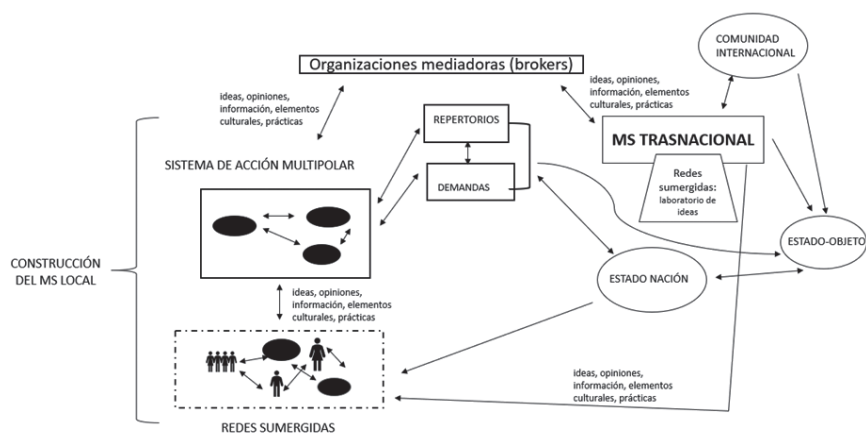
de marcos cognitivos amplios, que cruzan transversalmente la divergencia propia de los actores sociales:

A través del trabajo continuo de creación de marcos, los fragmentos de diversas culturas se han unido en un discurso más complejo que ha elegido el tema de la justicia social como un adhesivo, dejando amplios márgenes para el desarrollo autónomo (Della Porta, 2005, p. 200; traducción propia).

La falta de homogeneidad identitaria se balancea con la presencia de marcos amplios de referencia que permiten reafirmar *identidades tolerantes*. Los activistas sostienen que un valor positivo de los repertorios de acción de las redes transnacionales es la inclusión de la diferencia y las múltiples identificaciones. La diversidad de identidades, los repertorios multiformes y las conexiones débiles entre estructuras organizacionales contribuyen a la perdurabilidad tanto del activismo transnacional como de los vínculos domésticos (especialmente de capital social), las identidades locales y las formas de interpelar a los Estados entre actores de diferentes países. De forma llamativa, estos estudios sobre la dimensión transnacional no se hicieron eco de las discusiones de la sociología relacional, ni de los aportes relacionales de autores como Tilly. Así, emergen dos preguntas claves: ¿cómo estudiar un MS transnacional desde una perspectiva relacional?; ¿los niveles de la AC (micro, meso y macro) son en sí mismos, como sostiene Tarrow, una particularidad que requiere de categorías analíticas específicas? Al partir del supuesto de que los MS cruzan transversalmente diferentes niveles de acción, de mi investigación surge el siguiente marco conceptual basado en los elementos para el estudio de los movimientos de Melucci. Tal como se observa en el cuadro 1, los actores sociales de un MS transnacional transitan en diversas redes y contextos, generando relaciones capaces de modificar los marcos cognitivos e institucionales de una sociedad determinada, al mismo tiempo que desarrollan procesos de diferenciación y reintegración social. A través de estas redes y relaciones circulan ideas, opiniones, información, elementos culturales, experiencias, prácticas de acción y negociación, que son transmitidos y transformados por las propias relaciones. Los sujetos sociales no siempre pueden determinar qué relaciones en particular impactaron en la definición de las acciones visibles del movimiento,

dato que hay una superposición de redes, relaciones, ámbitos y niveles de acción por los cuales se mueven los actores. Por lo tanto, un MS es un conjunto de relaciones reales, dinámicas y mutantes, en las cuales los actores sociales forman sus identidades, marcos interpretativos, objetivos, repertorios y estrategias de acción, con el fin de transformar cultural y normativamente las relaciones sociales vigentes.

### Cuadro 1. Marco teórico conceptual



Fuente: elaboración propia.

Durante el trabajo de campo realizado, observé que los entrevistados diferencian los niveles de acción local, regional e internacional solamente al hablar de repertorios visibles, por ejemplo, la inauguración de museos conmemorativos en distintos lugares del mundo, las demandas judiciales presentadas en los tribunales de Tokio, la realización del Women’s International War Crimes Tribunal 2000, las visitas a Naciones Unidas o la participación en el Asian Solidarity Conference<sup>7</sup>. En los

<sup>7</sup> El ASC es un encuentro impulsado por el Korean Council para cooperar, negociar y establecer una agenda de lucha común junto a otras organizaciones de defensa de las “mujeres de confort” y activistas independientes. La primera reunión se hizo el 10 y el 11 de agosto de 1992. A la fecha se han efectuado dieciséis reuniones.

relatos y testimonios relevados en distintos archivos, se destaca que los niveles de AC se vuelven más difusos dependiendo del lugar que ocupa el actor en la red. En algunos casos, las víctimas-militantes sostienen que a veces la participación en eventos en el ámbito transnacional ha impactado en cambios en sus posiciones identitarias. En cambio, esa diferenciación se diluye para el amplio espectro de colaboradores y voluntarios involucrados en la causa. Esto mismo ocurre cuando los actores principales de la red reconstruyen sus trayectorias, explican las formas normativas de aprehensión del pasado y la elaboración de políticas de memoria. En todas esas experiencias las redes sumergidas micro, meso y macro jugaron un papel central y transversal en mantener la latencia del MS y generar códigos simbólicos.

Desde una perspectiva relacional, y parafraseando a Donati (1993), existen en un MS una multidimensionalidad de los factores que ejercen entre sí influencia circular [...] observar el cambio social es producto de sujetos que, moviéndose en un cierto contexto subjetivamente definido, han producido acciones que, a su vez, han generado relaciones capaces de modificar las formas institucionales existentes. (pp. 42-43)

Los actores son inseparables de la dinámica del movimiento en sus distintos niveles de acción. Por eso, para el estudio de un MS transnacional en sí, los tres elementos sugeridos por Melucci nos permiten tanto deconstruir este tipo de AC y sus relaciones como comprender que —de lo pre a lo metapolítico, de los laboratorios de ideas al sistema de acción multipolar— la latencia y la visibilidad de un MS responden a diversos procesos, relaciones de intercambio, elección y alianzas. Lejos de ser categorías estáticas, estos elementos aparecen de manera diferencial en el nivel local, en el regional y en el internacional. El principal desafío del investigador es poder reconstruir la multiplicidad de redes sumergidas que intervienen en este tipo de movilización.

### **Reflexiones finales**

A lo largo del recorrido por los principales debates que conforman el campo de estudios de los MS, he intentado explicar cómo el surgimiento de los “dos grandes paradigmas” para el estudio de los movimientos sentó las bases de las enriquecedoras discusiones analíticas y empíricas

en torno a diferentes aspectos de la acción colectiva, producidas a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Por un lado, es indiscutible que las teorías MR, los procesos políticos y el encuadre realizaron aportes significativos para normalizar la protesta y comprender el cómo de la movilización social. Si bien, a excepción de los últimos trabajos de Tilly, sus aportes a la perspectiva relacional son escasos, contribuyeron con categorías conceptuales que aún tienen gran vigencia no solo como herramientas analíticas, sino también metodológicas: repertorios de acción, EPO y construcción de marcos interpretativos y del sentido simbólico de la AC. Por otro lado, desde Europa, los teóricos de los NMS fueron los responsables de provocar un “giro identitario” en los estudios de los movimientos, que permitió comprender los móviles de la AC. Es quizás en los trabajos de estos autores, especialmente Melucci, donde aspectos relacionales de la acción aparecen, implícita o explícitamente, con mayor centralidad. Ambos paradigmas dialogaron y, de a poco, se fueron complementando y planteando nuevos desafíos, como, por ejemplo, la necesidad de repensar los vínculos, las identidades e interacciones no solo en el ámbito local, sino también en las acciones en red más allá de las fronteras del Estado nación.

A diferencia de las teorías mencionadas en la primera sección, los académicos de la movilización social transnacional y/o global han sido menos creativos y originales generando pocos aportes analíticos al estudio de este tipo de acciones colectivas. Así, para Sikkin, lo novedoso de este tipo de acción son las estrategias de presión elaboradas por las redes de *advocacy* para alcanzar la socialización normativa, en detrimento del análisis en sí del movimiento. Al dar un paso más en la elaboración de herramientas específicas para el estudio de la movilización transnacional, Tarrow y Della Porta presentan algunos aportes conceptuales para superar la tensión entre lo local y lo internacional. Mientras que Tarrow, fiel a las teorías de los procesos políticos, complejiza las nociones de vínculos y enraizamientos, Della Porta contribuye con una interesante propuesta para comprender la heterogeneidad de las identidades globales. Sin embargo, no presentan una perspectiva relacional que permita analizar los MS transnacionales como el producto de actores que se mueven en ámbitos subjetivamente definidos, en los cuales generan acciones y relaciones capaces de

modificar no solo las instituciones vigentes, sino también los valores culturales de las sociedades en las que circulan.

De mi investigación sobre el movimiento social transnacional de las “mujeres de confort” en el Este de Asia surgió la necesidad de repensar los modelos teóricos para el estudio de la AC transnacional. Las limitaciones observadas me llevaron a recuperar el trabajo de Melucci para readaptarlo, desde una perspectiva relacional, al estudio de este tipo de movimientos. Como destaco en el cuadro 1, los tres elementos propuestos por este autor constituyen herramientas analíticas y metodológicas útiles para comprender el complejo entramado de redes y relaciones que le dan forma a la AC transnacional. Al reinterpretar a Melucci, en una sociedad global compleja, el transnacionalismo se vuelve el locus del conflicto actual. La pluralidad de actores, mensajes y contextos que atraviesa a un MS transnacional hace que la identidad de ciertos actores parezca objetivamente arraigada en lo local, aunque subjetivamente no posee raíces claras. La erosión de la diferenciación entre lo nacional y lo global vuelve a los actores *nómades* del transnacionalismo y a los investigadores sedentarios de los modelos explicativos relacionales, a menos que en su circulación se transformen y transformen los marcos cognitivos vigentes tal como lo han hecho los autores de este libro.

### Referencias bibliográficas

- Álvarez, M. del P. (2015). Poscolonialismo y Derechos Humanos en el Este de Asia. De la prostitución forzada al feminismo humanitario. *Revista Pilquen*, 18(1), 14-24.
- Álvarez, M. del P. (2016). La sociedad civil transnacional contra-ataca: El rol del Consejo coreano para las mujeres raptadas por Japón como esclavas sexuales en la rectificación del pasado agresor de Japón en la región. 1991-2015. *Revista Miriada: Investigación en Ciencias Sociales*, 8(12), 95-118.
- Álvarez, M. del P. (2017). Geopolítica de la memoria y las redes transnacionales de apoyo en Corea del Sur. En J. L. L. Manríquez (Comp), *Corea ayer y hoy. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 331-352). México: Editorial DCSH -Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

- Álvarez, M. del P. (2019). Militancia diaspórica: El ciclo de acción colectiva del movimiento de las “mujeres de confort” en Europa y los Estados Unidos, 2015-2016. *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, (121), 209-231.
- Buechler, S. (2011). *Understanding Social Movements: Theories from the Classical Era to the Present*. Boulder: Paradigm Publishers.
- Chou, C.-C. (2003). An Emerging Transnational Movement in Women’s Human Rights: Campaign of Nongovernmental Organizations on Comfort Women. *Journal of Economic & Social Research*, 5(1), 153-181.
- Della Porta, D. (2005). Multiple belongings, tolerant identities, and the construction of “another politics”: Between the European Social Forum and the local social fora. En D. Della Porta y S. Tarrow (Comps.), *Transnational Protest and Global Activism* (pp. 175-202). Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- Della Porta, D., Kriesi, H., y Rucht, D. (1999). *Social Movements in a Globalizing World*. Nueva York: MacMillan Press.
- Della Porta, D., y Tarrow, S. (2005). *Transnational Protest and Global Activism*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- Diani, M. (2007). The relational element in Charles Tilly’s recent (and not so recent) work. *Social Networks*, 29(2), 316-323.
- Donati, P. (1993). Pensamiento sociológico y cambio social: Hacia una teoría relacional. *Revista REIS*, 29-51.
- Donati, P. (2014). Manifiesto for a critical realist relational sociology. *International Review of Sociology*, 25(1), 86-109.
- Emirbayer, M. (1997). Manifiesto for a Relational Sociology. *The American Journal of Sociology*, 103(2), 281-317.
- Gamson, W., y Meyer, D. (1996). Framing Political Opportunity. En D. McAdam, J. D. McCarthy y M. N. Zald (Comps.), *Comparative Perspective on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings* (pp. 275-290). Cambridge: Cambridge University Press.
- Goffman, E. (1974). *Frame Analysis*. Boston: Northeastern University Press.
- Jasper, J. (1997). *The Art of Moral Protest: Biography and Creativity in Social Movements*. Chicago: University of Chicago Press.



- Keck, M. y Sikkink, K. (1998/2000), *Activismo sin frontera*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Lee, Y. H. (2015). Toward Translocal Solidarities: The Comfort Women Issue and the Spatial Politics of Resistance. *Localities*, 5, 159-169.
- Maíz Suárez, R. (2011). Las dos lógicas de la explicación en la obra de Charles Tilly: Estados y repertorios de protesta. En M. J. Funes Rivas (Comp.), *A propósito de Tilly: conflicto, poder y acción colectiva* (pp. 49-76). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas Editorial.
- Melucci, A. (1989). *Nomads of the Present*. Philadelphia: Temple University Press.
- McAdam, D. (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency*. Chicago: University of Chicago Press.
- McCarthy, J., y Zald, M. N. (1973 y 1987). *The Trend of Social Movement in America: Professionalization and Resource Mobilization*. Morristown: General Learning Press.
- Mische, A. (2011). Relational Sociology, Culture and Agency. En J. Scott y P. J. Carrington (Comps.), *Handbook of Sociological Network Analysis* (pp. 80-98). California: SAGE.
- Mitsui, H. (2007). The Resignification of the Comfort Women Through NGO Trials. En G. Shin, S. Park y D. Yang (Eds.), *Rethinking Historical Injustice and Reconciliation in Northeast Asia* (pp. 36-54). Nueva York: Routledge.
- Oberschall, A. (1973). *Social Conflicts and Social Movements*. Englewood: Prentice-Hall.
- Piper, N. (2001). Transnational Women's Activism in Japan and Korea: The Unresolved Issue of Military Sexual Slavery. *Global Networks*, 1(2), 155-170.
- Piven, F., y Cloward, R. (1979). *Poor People's Movement*. Nueva York: Vintage.
- Sikkink, K. (2002). *Restructuring World Politics: Transnational Social Movements, Networks, and Norms*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Sikkink, K. (2003). La dimensión transnacional de los movimientos sociales. En E. Jelin (Comp.), *Más allá de la nación: las escalas*

- múltiples de los movimientos sociales* (pp. 301-335). Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Sikkink, K. (2013). *La cascada de la justicia: Cómo los juicios de lesa humanidad están cambiando el mundo de la política*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Sikkink, K. y Keck, M. (1999). *Transnational Advocacy Networks in international and regional politics*. UNESCO. Blackwell Publishers, pp. 89-101.
- Sikkink, K., y Lutz, E. (2001). The Justice Cascade: The Evolution and Impact of Foreign Human Rights Trials in Latin America. *Chicago Journal of International Law*, 2(1), 1-33.
- Snow, D., y Benford, R. (1992). Master Frames and Cycles of Protest. En A. Morris y C. Mueller (Comps.), *Frontiers in Social Movement Theory* (pp. 133-155). New Haven: Yale University Press.
- Snow, D., Rochford, B., Worden, S., y Benford, R. (1986). Frame Alignment Process, Micromobilization, and Movement Participation. *American Sociological Review*, 51, 464-481.
- Soh, S. (2008). *The comfort women: sexual violence and postcolonial memory in Korea and Japan*. Chicago: University of Chicago Press.
- Soh, S. (1996). The Korean "Comfort Women": Movement for Redress. *Asian Survey*, 36(12), 1226-1240.
- Rise, T., Ropp, S., y Sikkink, K. (Comps.). (1999). *The Power of Human Rights: International Norms and Domestic Change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rise, T. y Sikkink, K. (1999). The socialization of international human rights norms into domestic practice: Introduction. En T. Rise, S. Ropp, S. & K. Sikkink (Comps.), *The power of human rights: international norms and domestic change* (pp.1-38). Cambridge: Cambridge University Press.
- Tarrow, S. (1994/2011). *El poder del movimiento*. Traducción de Francisco Muñoz de Bustillo. Madrid: Alianza Editorial.
- Tarrow, S. (1996). States and Opportunities: The Political Structuring of Social Movements. En D. Mc Adam, J. D. Mc Carthy y M. N. Zald (Comps.), *Comparative Perspective on Social Movements: Political Opportunities, Mobilizing Structures, and Cultural Framings* (pp. 62-92). Cambridge: Cambridge University Press.

- Tarrow, S. (2005). *The New Transnational Activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilly, C. (1964). *The Vendee*. Cambridge: Harvard University Press.
- Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Reading: Addison Wesley Publishing Company
- Tilly, C. (1998). *Durable Inequality*. Berkeley: University of California Press.
- Tilly, C. (2009). *Los movimientos sociales, 1768-2008*. Traducción de Ferran Esteve. Barcelona: Crítica.
- Tilly, C., Mc Adam, D., y Tarrow, S. (2001). *Dynamics of Contentious*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Touraine, A. (2006). Los movimientos sociales. *Revista Colombiana de Sociología*, 27, 255-278.
- Tsutsui, K. (2006). Redressing Past Human Rights Violations: Global Dimension of Contemporary Social Movements. *Social Forces*, 85(1), 331-354.

# La pertinencia de un enfoque relacional para comprender la reproducción social contemporánea. Los entramados de las familias vitivinícolas mendocinas

*María Brignardello*

De hecho, como se ve con claridad en el caso de la familia campesina, en la que la interrupción mortal sobreviene a través de la soltería o la partida del hijo mayor, los factores estructurales más fundamentales (como la unificación del mercado de bienes económicos y, sobre todo, simbólicos) están presentes en los factores inscriptos en el corazón del grupo familiar. Es lo que hace que, a través del relato de las dificultades más “personales”, de las tensiones y contradicciones en apariencia más estrictamente subjetivas, se expresen muchas veces las estructuras más profundas del mundo social y sus contradicciones. (Bourdieu, 1999, p. 446)

## **Introducción**

Los procesos vinculados a la investigación sociológica implican avances y retrocesos sobre esquemas conceptuales y metodológicos armados inicialmente en un abstracto empírico o asentado en presunciones previas. Este carácter procesual habilita e, incluso, demanda una actitud reflexiva por parte del investigador, que lo lleva a revisar lecturas, repasar autores y volver a realizar planteos que ya parecían cerrados.

Este capítulo surge de desandar el camino de investigación recorrido en una tesis doctoral<sup>1</sup>, y muestra la potencia de la perspectiva relacional al momento de revitalizar el planteo conceptual cuando se había quedado estanco.

La tesis doctoral referida parte de la realización de la tesis de maestría en Estudios Sociales Agrarios en FLACSO Argentina, acerca de

<sup>1</sup> Para la realización de esta tesis se contó con una beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), otorgada entre 2012 y 2017. No obstante, cumplido el período, por motivos atribuibles exclusivamente a la becaria, la tesis doctoral se encuentra en proceso de cierre al momento de escribir este capítulo.

la organización social de la producción y del trabajo por parte de pequeños y medianos productores vitivinícolas de la Zona Alta del Río Mendoza (ZARM) (Brignardello, 2016). En este trabajo se vislumbraron las formas de articulación de los pequeños y medianos productores de uva de Luján de Cuyo y Maipú con distintas bodegas. A la par, esta investigación permitió visibilizar la organización de la producción bajo esquemas productivos de uvas consideradas de calidad; así, se observaron distintos modelos de organización del trabajo, en el cual participan mano de obra familiar, no familiar y el propio productor. Entre algunos de los principales hallazgos, encontramos evidencia para sostener el mantenimiento e, incluso, la intensificación de los aportes familiares en la organización del trabajo en la explotación vitivinícola. Este trabajo familiar presenta estructuras y tiempos de realización particulares, distintos a las formas de participación familiar de generaciones previas.

A partir de este trabajo, se abrieron numerosas temáticas, sobre todo referidas a este productor vitivinícola y sus familias, de las cuales surgieron algunas preguntas: ¿de qué sujeto se trata?; ¿estamos hablando de un productor homogéneo o, en realidad, encontramos en este segmento productivo una diversidad de sujetos sociales?; ¿se lo puede considerar como parte del gran movimiento de la Agricultura Familiar, o se trata de profesionales de corte liberal que deciden invertir en este cultivo (ya sea por su importancia económica, ya sea por su prestigio en la provincia)?

De esta investigación, emergió la necesidad de ampliar el foco en cuanto al sujeto de análisis, pasando del productor y de la organización productiva hacia su familia y sus formas de reproducción. Así, se buscó desarrollar una línea de investigación que complejice las familias rurales en general, y las vitivinícolas en particular; esto es, comprender de quiénes se trata, cómo deciden continuar o no en la actividad, cómo se realizan esos traspasos, entre algunos de los asuntos planteados.

Este planteo analítico se esbozó a partir del concepto de reproducción social: específicamente, nos referimos a la reproducción material

de la vida<sup>2</sup>, es decir, a las trayectorias seguidas por los agentes sociales en una realidad sociohistórica concreta que les permite asegurar ciertas condiciones para su continuidad (Bourdieu, 2011). Por supuesto, este proceso no se efectúa sobre el vacío: consideramos que, en las sociedades occidentales modernas, la familia es la institución que brinda la base más concreta en cuanto a posibilidades y condicionamientos para esta reproducción (Narotzky, 2004). Estas dimensiones nos llevaron inevitablemente a preguntarnos por las configuraciones familiares presentes en la vitivinicultura mendocina, es decir, conocer cómo están compuestas estas familias, dónde residen, en qué espacios sociales circulan y en cuáles socializan. Ahora bien, antes debíamos definir sobre quién/es íbamos a centrar la investigación doctoral.

### **Primera definición: quiénes son los sujetos de la investigación**

Como quedó evidenciado por lo mencionado previamente, entre 2012 y 2014 el trabajo de campo se focalizó (aunque no se agotó) en entrevistas semiestructuradas a los pequeños y medianos productores vitivinícolas de la ZARM. Para esta investigación, se construyó una definición operacional vinculada también a un sector específico de producción: el segmento de vinos considerados de calidad o vinos varietales. Por tanto, se consideró pequeño y mediano productor vitivinícola a aquellos productores agropecuarios que dirijan una explotación agropecuaria (EAP) en la que se cumplan las siguientes condiciones:

- El productor trabaja en ella, ya sea en actividades manuales, ya sea en tareas de gestión y administración;
- Puede emplear trabajadores no familiares de forma permanente;
- Posee una explotación con una superficie total no mayor a 25 hectáreas —aunque la superficie no constituye un indicador de tipos sociales, se observa una relación positiva entre el tamaño y las posibilidades de acumulación, por lo que se esta-

<sup>2</sup> Esta elección no implica desconocer la importancia de la reproducción simbólica; más bien circunscribimos el análisis a esta dimensión material por limitaciones en cuanto a los tiempos de realización del estudio y por los intereses de la investigadora.

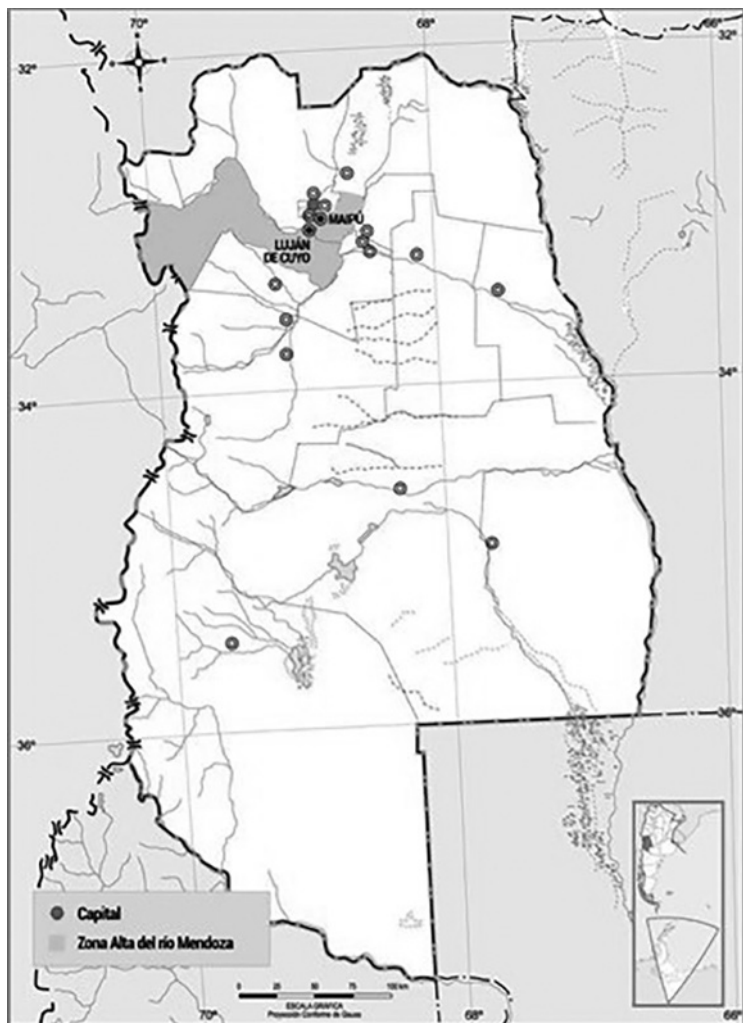
blece un límite superior de extensión, siguiendo la propuesta para la zona estudiada de Obschatko, Foti y Román (2007)—.

Sumado a estos elementos, se tuvieron en cuenta de forma conjunta las siguientes dimensiones para entrevistar a un productor: que las explotaciones estuvieran situadas dentro del recorte territorial de la ZARM, esto es, los departamentos de Luján de Cuyo y Maipú de la provincia de Mendoza (mapa 1); que el principal cultivo sea la vid, pudiendo tener otros cultivos, pero reconociendo a la uva para elaboración como la actividad más importante de la explotación; y, finalmente, que la uva cultivada perteneciera de forma mayoritaria<sup>3</sup> a variedades consideradas de alta calidad enológica<sup>4</sup>, dado que, en la actualidad, el varietal constituye el principal requisito para insertarse en esquemas productivos de calidad.

<sup>3</sup> Esto implica que, en aquellas explotaciones con uvas de diversos tipos de calidades enológicas, la superficie cultivada con variedades de alta calidad debe ser mayor en forma relativa a la cultivada con otras variedades, es decir, abarcar el 50 % o más de la superficie total.

<sup>4</sup> De acuerdo con la clasificación elaborada por el INV (Instituto Nacional de Vitivinicultura), por un lado, las uvas tintas consideradas de alta calidad enológica son Malbec, Cabernet Sauvignon, Syrah, Merlot, Pinot Negro, Tannat, Bonarda, Tempranillo, Cabernet Franc y Barbera; y, por el otro, las uvas blancas consideradas de alta calidad son Chardonnay, Sauvignon Blanc, Viognier, Torrontés Riojano, Semillón, Sauvignonnasse, Ugni Blanc, Chenín, Pedro Giménez. Asimismo, las uvas para vinificar consideradas no varietales son Cereza, Criolla, Moscatel Rosada y Aspirant Bouchet.

### Mapa 1. Zona alta del río Mendoza, Mendoza, Argentina



Fuente: Mapoteca Virtual, Ministerio de Educación de la Nación.

Si bien adecuada para habilitar el surgimiento de explicaciones que den cuenta de la diversidad de este universo productivo, tal pro-



puesta operacional resultó insuficiente desde un punto de vista analítico para definir un tipo social agrícola en la tesis doctoral. Por este motivo, se decidió incluir al núcleo familiar de este productor, sobrepasando las ya conocidas dimensiones productivas y laborales. Ahora bien, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de familia?

Como primera decisión, se optó por no tomar la definición censal de hogar<sup>5</sup> (INDEC, 2019). Durante el trabajo de campo de la tesis de maestría, se observó que no necesariamente los miembros familiares que participaban del proceso productivo vitivinícola compartían el hogar. De hecho, muchos hijos e hijas ya habían formado sus propios hogares. No obstante, participaban igualmente de los procesos productivos y laborales, y tomaban decisiones en la gestión, por lo que se consideró que las decisiones en torno al viñedo no se tomaban exclusivamente en un solo hogar. Por este motivo, el grupo familiar considerado no necesariamente debía compartir la residencia. Respecto a esto, se consideraron miembros familiares a aquellos sujetos reconocidos por el productor como parte de su familia (aunque no se posean lazos sanguíneos).

En términos conceptuales<sup>6</sup>, a partir del siglo XIX y desde una visión occidental y europea, una diversidad de autores (Comte, Durkheim, Weber y Engels, por mencionar algunos) construyeron la idea de que existe un solo modelo de organización familiar, característico de la época moderna. Así, hacían hincapié en una familia nuclear, compuesta por una pareja y sus hijos como el tipo inmutable de la familia. Esta visión funcionalista de la familia<sup>7</sup> ha estado vigente a través de

<sup>5</sup> Según la definición publicada del INDEC (2019), un hogar censal particular es un grupo de personas, parientes o no, que viven bajo un mismo techo con un régimen familiar, esto es, que comparten gastos de alimentación.

<sup>6</sup> No es el objetivo de este capítulo realizar un repaso exhaustivo de aportes teóricos en torno a distintos conceptos, sino que simplemente se mencionan aquellos que se consideran pertinentes para la construcción del argumento aquí referido. Por tanto, la presentación realizada resultará limitada y escueta, intencionalmente dirigida a resaltar las perspectivas relacionales consideradas adecuadas. De hecho, los estudios desde las ciencias sociales de la familia resultan muy numerosos, sobre todo los aportes indispensables de la antropología y la historia social.

<sup>7</sup> Estas limitaciones pueden vincularse con haber estudiado a la familia en un espacio y tiempo específico, en muchos casos vinculados a la transición de una sociedad con-

diversos estudios en el mundo académico sociológico por largo tiempo (Jelin, 1984).

En la sociología rural clásica, se ha teorizado a las familias rurales como unidades de producción y consumo, en las cuales la primera explica la segunda, tales son los casos de Chayanov (1974) y Shanin (1983). Es decir, se consideraban sociedades agrarias aquellas en las cuales la producción y el consumo se organizan a través del parentesco y la residencia. Estos eran los patrones a partir de los cuales se determinaban cuestiones como el tamaño de la explotación, formas de distribuir el trabajo, tipos de producción involucrada, entre otros elementos productivos y económicos. Más allá de las discusiones en torno a este concepto<sup>8</sup>, en la tesis doctoral se considera como punto de partida —y no como resultado del análisis— la diversidad familiar en las sociedades capitalistas occidentales. Con esto no se busca negar la existencia de una normatividad dominante, que se encuentra basada en el poder patriarcal, el matrimonio heterosexual y la filiación legítima (Jelin, 1984).

En términos analíticos, se considera a la familia como un espacio decisivo de la producción y de la reproducción social, que necesariamente se encuentra atravesada por relaciones de poder y modelada por desigualdades de género y de generación (Jelin, 1984). Esto sitúa a esta institución social en una encrucijada entre lo público y lo privado, lo político y lo personal. Las familias agrupan recursos —materiales y simbólicos—, distribuyen tareas y responsabilidades, asignan roles en virtud del género, participan en la división del trabajo a los distintos miembros de su unidad, entre algunos de sus elementos. Aunque en varios casos no se logre ni sea un proceso unidireccional, estas dimensiones requieren coordinar la reproducción de la familia en tanto unidad, así como también las metas y objetivos de los miembros individuales de la familia, es decir, poner en juego los cursos de acción de la vida individual y el ciclo de vida del grupo familiar como un todo. De hecho, la continuidad —conflictiva— de los sistemas familiares de

siderada premoderna a una moderna, y específicamente en sociedades occidentales.

<sup>8</sup> No se desarrollan de forma íntegra en este capítulo, ya que se busca profundizar en los procesos de toma de decisión en una investigación cualitativa y la relevancia de la perspectiva relacional al momento de realizarla.

generación en generación se mantiene a partir de complejas relaciones que implican la producción, la distribución, el consumo, la reproducción, la socialización y la transmisión de la propiedad dentro y a través de grupos de parentescos.

Luego de diversas lecturas pertinentes, optamos por la utilización del concepto de “modo de organización social familiar” (Thornton y Fricke, 1987), que resulta más amplio que el concepto de modo de producción doméstico. En este sentido, el modo de organización social familiar busca comprender no solo el ámbito de la producción, sino también toda la gama de actividades que la familia implica (como, por ejemplo, la socialización y la transmisión de la propiedad). A su vez, ubica a estos ámbitos en el mismo nivel analítico, sin priorizar el ámbito productivo como el determinante del resto de las formas de reproducción. En esta perspectiva, el cambio familiar se encuentra basado en el agente, es decir, la transformación emana de las acciones de individuos y familias tanto en respuesta a cambiantes limitaciones culturales y económicas como en la búsqueda de diversos objetivos.

Recuperamos este concepto justamente por su carácter relacional: ya no solo busca conocer el modo de producción doméstico, sino que amplía la mirada hacia otras dimensiones. Asimismo, sitúa a estas familias en un ida y vuelta concreto con otras instituciones y espacios. Procesos sociales más amplios se ven incluidos en este esquema, como la creciente monetarización, el aumento del empleo asalariado, el desplazamiento de la sociabilización y educación por fuera de las familias y la migración. Estos procesos alteran las relaciones en el interior de las familias, vinculados a los cursos de vida individuales y a la familia como conjunto.

Esto implica reconocer la importancia y las fluctuaciones de las conexiones de los grupos domésticos con otras instituciones (en un ida y vuelta), por las cuales circulan los individuos que pertenecen a estos grupos. Asimismo, se reconoce que estos intercambios de ocurrencia conjunta producen transformaciones que van más allá de la participación individual de cada miembro familiar.

A su vez, estas conexiones y redes hacia afuera se encuentran enclavadas en entornos culturales específicos. Por ende, aunque pueden

existir semejanzas en los cambios familiares ocurridos en términos generales, los aspectos específicos de estos cambios varían en función de los espacios concretos considerados.

De esta forma, este concepto nos permite desmenuzar los roles e intercambios de los miembros familiares “hacia adentro”, pero también “hacia afuera”, sobrepasando el aspecto específico de la producción. Este anclaje de toma de decisiones y de acción, de conflictos y de negociación, en conexión con otros espacios e instituciones, habilitó a que el concepto de modo de organización social familiar se constituya como el adecuado para comprender los procesos que han acontecido en el ámbito familiar vitivinícola.

### **La actividad productiva vitivinícola: ¿alcanza para entender la reproducción?**

Por lo general, el ámbito del trabajo y el ámbito de la casa aparecen reiteradamente como excluyentes o directamente superpuestos. En el caso de la agricultura, esto ha sido conceptualizado de formas más complejas al identificar una coincidencia entre unidad reproductiva y de producción. De forma específica, ha sido vastamente estudiado dentro de las ciencias sociales el papel de la familia en una explotación agrícola, en tanto espacio de unidad entre producción y reproducción doméstica.

En la actualidad, esta unidad entre lo doméstico y lo laboral en el agro aparece hegemonizada por el concepto de agricultura familiar<sup>9</sup>, aunque en su interior podemos encontrar contenidos diversos. Brevemente, se observa que las primeras discusiones en torno al papel de la familia en una unidad productiva agrícola se vincularon a debates en torno a la tradicional figura del “campesino”, centrados en su adaptación o desaparición frente al despliegue de las fuerzas económicas

<sup>9</sup> La definición más clásica de agricultura familiar hace referencia a unidades en las cuales la mano de obra es predominantemente familiar, y la organización del trabajo está asociada a los ciclos que va atravesando la familia y, por tanto, solo se recurre ocasionalmente a la contratación de trabajadores asalariados. Las definiciones más amplias conciben el desplazamiento del centro de la escena del trabajo familiar y su reemplazo, al menos parcial, por la contratación de servicios de maquinarias e, incluso, de trabajadores asalariados permanentes y transitorios.

y sociales del capitalismo (Chayanov, 1974; Kautsky, 1978; Lenin, 1972). A su vez, otras miradas han considerado estas unidades desde la antropología, haciendo énfasis en sus dinámicas internas (Heredia, 2003; Schiavoni, 1995; Seyferth, 1992). En lo que respecta a discusiones argentinas en torno al concepto de agricultura familiar, encontramos una gran diversidad de trabajos, con una predominancia de casos referidos a la zona pampeana (Balsa, 2006; Cloquell, 2007; Craviotti, 2000; Forni y Tort, 1984; Gras y Hernández, 2009; López Castro, 2009; Mascali, 1990; Neiman, 2010; Neiman, Bardomás y Quaranta, 2003). Por fuera de esta región, encontramos líneas de investigación referidas a los chacareros de la fruticultura rionegrina (Alvaro, 2008, 2012; Bendini y Steimberger, 2010) y también algunos intentos de operacionalizar el concepto englobando distintas regiones productivas (Ramilo y Prividera, 2013; Obschatko, Foti y Román, 2007).

A grandes rasgos y abstrayéndonos de los aportes específicos de cada uno de estos escritos, se observa una predominancia del ámbito agropecuario como principio explicativo de las configuraciones familiares. En esta línea, a medida que se modifica la composición familiar, se modifican los criterios y formas de producir en el agro.

Sin embargo, en nuestro caso de estudio específico, luego de los primeros encuentros para comprender las formas de reproducción material de estos productores y sus familias, no podíamos reducir la mirada al campo vitivinícola, ya que corríamos el riesgo de otorgarle mayor importancia a la producción de uva como organizador de las dinámicas familiares o a la venta de la uva como principal sustento del hogar. Esto nos llevó a considerar el ámbito específico de nuestra tesis: si ya no era el sector vitivinícola el que lograba definir estas formas de reproducción, ¿lo sería acaso el ámbito rural? Esto es, bajo el influjo de los numerosos cambios acontecidos en los sistemas agroalimentarios mundiales, quizás el foco debía colocarse en el ámbito rural, aunque ya no limitado al campo vitivinícola.

Aquí, nuevamente, el trabajo de campo realizado encauzó la búsqueda, al irse develando que los espacios de circulación y las trayectorias de los miembros familiares no se vinculan exclusivamente a ámbitos vitivinícolas, pero tampoco lo hacían solamente en espacios rurales. Esto nos llevó a plantearnos otra vez un rearmado del entra-

mado conceptual que habíamos considerado hasta el momento, y nos surgió el siguiente interrogante: ¿de qué se trata lo rural en Mendoza, y qué elementos constituyen la ciudad?

### **Debates teóricos implicados en el antagonismo campo-ciudad**

El campo y la ciudad, lo rural y lo urbano, han sido categorías ampliamente utilizadas en ámbitos académicos, políticos y de la vida cotidiana. A grandes rasgos, los autores fundantes de las ciencias sociales concibieron lo urbano y lo rural en términos relacionados, como oposición, resaltando el hecho de que ambos implican modos inversos de vida, culturas y economías (Pérez, 2001). En esta asociación, encontramos a lo urbano vinculado con lo moderno e industrial, mientras que lo rural se reduce a la producción agropecuaria y lo atrasado. Esta diferencia presenta una característica cualitativa: lo rural y lo urbano se perciben como dos sociedades, dos mundos diferenciados (Newby y Sevilla Guzmán, 1983). En esta línea encontramos autores de fines del siglo XIX, como Tönnies, Durkheim, Weber y Marx, cuyos objetivos se vinculaban a comprender, desde una perspectiva diacrónica, los cambios que se estaban dando en las sociedades “centrales” (Revolución Industrial, transformaciones productivas en el agro y procesos de urbanización, entre los principales).

Brevemente, el sociólogo alemán Tönnies (1947) desarrolla la oposición entre la *Gemeinschaft* y la *Gesellschaft*, esto es, comunidad y sociedad, al sostener que las relaciones sociales están dominadas por dos tendencias básicas que coexisten en el individuo: una, originada en el deseo, los sentimientos y el instinto —la voluntad natural—, y otra, en la que predomina el cálculo y la racionalidad —la voluntad arbitraria—.

Bajo una concepción evolucionista, Tönnies (1947) plantea que al estadio de *Gemeinschaft* sigue un estadio de *Gesellschaft*, como tipos de organización social distintos. Para este autor, el desarrollo continuo implica necesariamente un proceso de urbanización creciente, por lo que las ciudades, debido a su influencia e importancia, van a predominar sobre la organización de la comunidad. Este paso se enmarca para Tönnies (1947) en un proceso profundamente pesimista, caracterizado por una fuerte desintegración social.

Esta forma dual de pensamiento también se encuentra en las elaboraciones de Durkheim. Para este autor, la vida colectiva de la sociedad es natural, no artificial, y combina regulaciones externas y espontaneidad interna, por lo cual comunidad y sociedad son modelos distintos de un mismo género, por lo que entre ambas no hay ruptura ni antagonismo (Schluchter, 2011).

Concretamente, plantea dos tipos de solidaridades vinculadas a la división del trabajo. La noción de “solidaridad mecánica” se caracteriza por una estructura social uniforme, con nula o débil división del trabajo, basada en la semejanza; esto es, en las creencias compartidas y en los consensos de la conciencia colectiva. En el otro extremo, la “solidaridad orgánica” se corresponde con la modernidad y se basa en la interdependencia de lazos económicos y extraeconómicos que se producen por la diferenciación y especialización de la sociedad moderna. Estos patrones de la división del trabajo han sido fundamentales en la estructura de la sociedad.

Durkheim observa esta transición sin el pesimismo de Tönnies, ya que considera a este proceso como un cambio evolutivo de una sociedad con cierta forma de cohesión social hacia otra forma con características distintas. Otro punto de diferencia está marcado por el hecho de que Durkheim no afirma la desaparición de la solidaridad mecánica ni de sus formas asociadas, más bien reconoce que ambas pueden existir conjuntamente, con lo que supera la polarización marcada por Tönnies (Schluchter, 2011).

Weber estudia algunos problemas y consecuencias de los cambios rurales, en referencia a un universo explicativo más vasto —en su caso la sociedad nacional alemana— y entendiendo el problema rural como un conflicto estrechamente vinculado con la organización política (Nogueira, 2013). En el marco de su pensamiento más general, Weber (1922/1964) señala el paso de una “comunidad de intereses” a una sociedad caracterizada por una economía monetaria y de relaciones de mercado capitalista. Para este autor, las sociedades se modernizan en el marco de un proceso de racionalización de las distintas esferas de valor (Hillyard, 2007). Por ejemplo, encontramos una identificación entre Estado moderno y administración burocrática, proceso que se replicaría en las explotaciones económicas, entre las que se

encuentran las de tipo agrícola (aunque en Alemania, a otros ritmos, por la presencia de los *junkers*, que mantendrán el poderío político con base en el vínculo patriarcal) (Nogueira, 2013). Asimismo, podemos ver cómo la racionalidad capitalista participa de las formas de acción de los agricultores a medida que avanza el capitalismo, por lo que estos agentes intentarán establecer acuerdos de racionalidad capitalista que permitan reproducir su unidad de producción doméstica, al mismo tiempo que maximizar el lucro (Romero, 2012). El mencionado registro de comunidad no aparece como algo que va a desaparecer de forma completa, sino que se plantea como una eventualidad que puede resurgir aun en contextos de racionalización y desencantamiento creciente (de Marinis, 2010).

Específicamente para la sociedad inglesa, Marx y Engels (1848/2017) plantean que la expansión del proceso capitalista arranca con la formación de la fuerza de trabajo asalariado, dejando atrás el modelo agrario de la Edad Media. Por tanto, de los siervos de la Edad Media, surgen los vecinos libres de las primeras ciudades, y de estos, surgen los primeros elementos de la burguesía.

Simplificando su planteo, se señala que al acentuarse la división social del trabajo y al dividirse la sociedad en dos clases antagónicas (previamente encuentran una mayor diferenciación social en estamentos), la ciudad comienza a separarse del campo. Entre ambos espacios se genera una fuerte oposición, marcando un retraso económico, político y cultural del campo respecto de la ciudad. Si se consideran ambos espacios, Marx y Engels señalan el extremo atraso del campo en relación con la ciudad<sup>10</sup>, contraste que se acrecienta con el avance del capitalismo. Este agudo contraste se produce no solo en la dimensión económica, sino también en la política y en la cultural. Para estos autores, mientras que, en el nivel económico la labor agrícola se convertía en una variedad del trabajo industrial, en el nivel cultural y político el campo se encontraba sumergido en la miseria, el atraso y la ignorancia.

<sup>10</sup> El carácter específico de la relación entre campo y ciudad es distinto en las diversas formaciones socioeconómicas. De esta forma, no es el mismo vínculo en las comunidades de tipo asiáticas, en la formación esclavista y en el feudalismo.



Luego surge la visión del *continuum* rural-urbano, que busca reemplazar la dicotomía planteada entre ambos espacios. Sorokin y Zimmerman (1929/1969) no encuentran una diferencia de grado, ya que no existe un punto de ruptura entre ambos. Las diferencias entre campo y ciudad no consisten en la presencia o ausencia completa de ciertos rasgos, sino en una escala de características que definen a uno y al otro, en una gradación desde un espacio hasta otro. En este sentido, la transición de una comunidad rural a una urbana no es abrupta, sino que se produce de forma gradual. A pesar de reconocer esta transición, Sorokin y Zimmerman (1969) proponen no buscar en los análisis de comunidades rurales y urbanas la presencia o ausencia de ciertos rasgos, sino un aumento o disminución cuantitativa de estas características, o intentar medir las correlaciones positivas o negativas con la ruralidad y la urbanidad.

En esta línea también encontramos los aportes de Wirth (1938/2005), quien se focaliza en el estudio de las ciudades, y sostiene que el urbanismo constituye un modo de vida, distinto al que encuentra en una sociedad folk (que no estudia, sino que toma como dato dado). Esta forma de vida, caracterizada por una multiplicación de interacciones, se extiende progresivamente desde las ciudades al campo. De esta forma, se expanden procesos como la superficialidad y segmentación de los contactos, el carácter transitorio de las relaciones, la separación entre lugar de trabajo y lugar de residencia.

A partir de su trabajo de campo en comunidades mexicanas entre 1920 y 1930, Redfield (1941/1942) plantea la hipótesis de un *continuum* folk-urbano. Cada comunidad, desde esta perspectiva, presenta cierto grado de aislamiento y homogeneidad interna diferente que viene determinado por su grado de contacto con la sociedad urbana-industrial. Por tanto, a medida que una comunidad pierde su aislamiento, se pone en contacto con la ciudad y lo urbano, con lo cual se experimentan algunos de sus procesos característicos, como individualismo, secularización y desorganización de su cultura tradicional. Para Redfield (1941), entonces, la ciudad es propulsora del cambio y su cercanía o distancia configura las condiciones rurales.

Con sus estudios sobre la región metropolitana de Londres, Pahl (1966) critica esas posturas para plantear que lo cuestionable de los

términos “rural” y “urbano” se vincula a darle relevancia sociológica a diferencias físicas, a las que ambos aluden. Este autor rechaza tanto la dicotomía como el *continuum*, al señalar que la restricción espacial opera de forma diferencial en función de la escala social: presenta significados disímiles según se trate de grandes propietarios, asalariados, trabajadores urbanos, trabajadores que se trasladan diariamente, o algunos actores rurales tradicionales como campesinos.

Desde posiciones culturalistas, encontramos los aportes de Cloke (2006), que menciona que el entendimiento de lo rural está influenciado por perspectivas cambiantes construidas desde la ciudad. Ahora bien, el cambio también proviene del propio medio rural, de sus formas de vida, del espacio concreto y de la economía política, lo cual confluye en modificaciones relevantes en su soporte material. De esta forma, se reconoce una urbanización de la vida rural, pero también — aunque en menor medida — una ruralización de lo urbano. Propone una teoría de menor alcance teórico, en oposición a la construcción de grandes teorías de lo social.

Finalmente, son significativos los aportes de la nueva ruralidad, que hace referencia a una creciente heterogeneidad en el mundo rural, observada a partir de la década de 1980 en América Latina<sup>11</sup>, explicada principalmente por un proceso de modernización de la agricultura (Da Silva y Del Grossi, 1998; Giarraca, 2001). Esta perspectiva plantea la necesidad de no considerar lo rural como una categoría residual frente a lo urbano, a la par que menciona diversas transformaciones en el ámbito productivo, económico, en el trabajo y el empleo, y en las configuraciones familiares (Crovetto, 2004), entre otros.

Desde esta perspectiva, en las sociedades occidentales actuales, más que la desaparición de lo rural a partir de la urbanización de la vida social contemporánea, asistimos a una reconfiguración del espacio rural, que abarca sus dinámicas demográficas y sociales, y sus actividades económicas y productivas. De hecho, no solo atraviesa procesos de transformación este espacio específico, sino que también

<sup>11</sup> Encontramos una línea de investigación más vinculada a Europa, que señala principalmente los procesos de regreso al campo de la población por el empeoramiento de las condiciones de vida de las ciudades, lo cual invierte la dirección de los flujos migratorios del campo a la ciudad.

se reconfiguran las relaciones y dinámicas que se establecen entre el campo y la ciudad, con la mejora de las vías de acceso a estos espacios, la incorporación de tecnologías de comunicación más ágiles, entre otras.

Finalmente, se considera que la principal característica de las transformaciones durante las primeras décadas del siglo *xxi* la constituye el desvanecimiento de la concepción de fronteras rígidas entre lo urbano y lo rural. Esto ha dado lugar a un flujo de sujetos, formas de vida, trabajos y organizaciones sociales que traslada el foco de la contraposición a la interdependencia entre ambos espacios (Camarero, 1996). En consecuencia, para lograr una comprensión del ámbito rural en la actualidad debemos dejar de lado las imágenes dualistas e incorporar al análisis los vínculos cotidianos, necesarios y —no siempre— funcionales que se dan entre el campo y la ciudad (Williams, 2001).

Este elemento refuerza un planteo relacional como principio que reconfigure el par conceptual sociológico clásico, de campo-ciudad. Una vez reformulado el contexto conceptual, se plantean implicancias de estas tomas de posición en el plano metodológico, que analizamos en el siguiente apartado.

### **Cambia la teoría, ¿qué ocurre con la estrategia metodológica y sus herramientas?**

Desde el primer momento de la investigación, en función de los objetivos señalados, se planteó un diseño de investigación cualitativo, afirmando una postura activa y sistemática para romper con la pasividad empirista que reconstruye las presunciones del sentido común (Sabino, 1996; Vasilachis de Gialdino, 2012). Este encuadre cualitativo no se modificó a lo largo del proceso investigativo, por considerar que permitía el abordaje adecuado, aun a lo largo de los cambios mencionados.

Como se plantea el objetivo de captar las formas de reproducción social en su complejidad, recuperando las prácticas concretas de los miembros familiares, esto es, el cómo se reproduce este sector social, y el porqué de esa manera —y no de otra— se considera el estudio de casos como la estrategia de investigación pertinente (Forni, 2010; Neiman y Quaranta, 2012). Este tipo de diseño se plantea como adecuado porque parte de dinámicas que ocurren en un espacio particular pero

para referirse más allá de este, a lo general, a la vez que los conceptos y las teorías elegidas juegan un papel central (Forni, 2010). De los posibles tipos de diseños sugeridos por Yin (1994), se ha elegido el de múltiples casos con diseño integrado o incrustado (*embedded*). Igualmente, se trata de un caso de estudio instrumental, lo que implica que este caso ha sido seleccionado no por alguna riqueza intrínseca en particular, sino por considerar que se vincula a otros casos del universo del mundo rural (Forni, 2010). Asimismo, los estudios de casos han permitido iluminar en el campo de la sociología y de otras disciplinas de las ciencias sociales áreas de conocimiento que aquí buscamos profundizar, como es el caso de la familia (Forni, 2010).

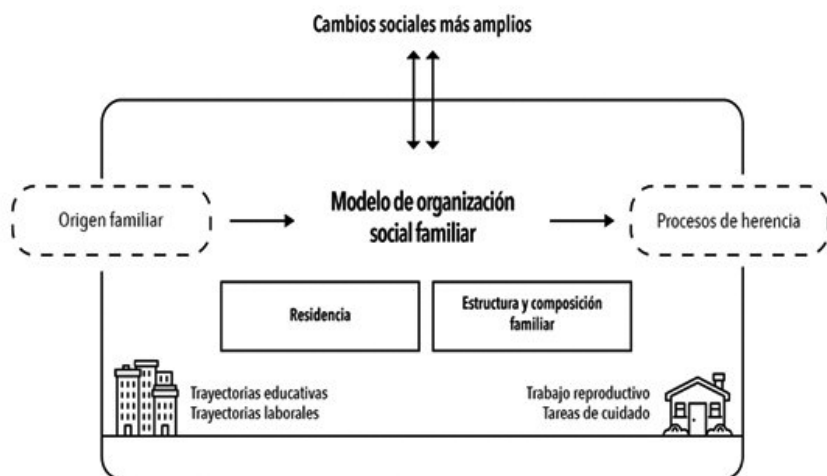
A partir de la discusión teórica en torno al concepto de modo de organización social familiar, en términos operacionales se opta por considerar como unidad de observación a los distintos hogares que pertenecen o pueden pertenecer a una misma familia. Con esto se intenta ligar dos niveles de análisis: por un lado, las trayectorias familiares como un conjunto más o menos unificado; y, por el otro, las trayectorias individuales, que permiten observar la agencia individual de cada uno de los miembros de la familia. En este sentido, se intenta evitar el predominio de posturas estructuralistas duras, a la vez que precaverse de perspectivas voluntaristas de corte individual.

Se realizaron entrevistas en profundidad para el/la productor/a, su cónyuge y sus hijos/as. A partir de esto, se construyeron historias de vidas individuales e historias familiares (Bertaux y Delcroix, 2000). El tipo de muestreo aplicado fue teórico (Glaser y Strauss, 1967), ya que se buscó abarcar la amplia diferenciación encontrada en trabajos de campos previos en este espacio productivo (Brignardello, 2016). Las categorías centrales que se tuvieron en cuenta fueron “patrón de residencia” y “momento del ciclo de vida de la unidad familiar”, reconociendo solamente dos momentos: en expansión (adultos de mediana edad con hijos en edad escolar hasta universidad) y en retracción (adultos mayores con hijos adultos). Respecto de la explotación, se consideró la propiedad de una unidad de explotación con predominancia de vid. No se tomó el destino de la uva como categoría central, ya que, en trabajos de campo previos, se encontraron numerosos grupos familiares que aplican estrategias diversificadas (y menos estu-

diadas) que exceden la venta de uva a las bodegas. Así, se optó por una muestra intencionada, buscando profundizar la reconstrucción de vivencias y sentidos, hasta lograr puntos de saturación (Glaser y Strauss, 1967) en las principales categorías que se han ido construyendo en el proceso de análisis.

Una vez que se eligió el concepto de “modo de organización social familiar”, por sus implicancias teóricas (Thornton y Fricke, 1987), quedó la tarea de operacionalizarlo (gráfico 1) para que permitiera conocer el tejido social en clave relacional, para percibir las relaciones como efecto de reciprocidad (Donati, 2015).

### Gráfico 1. Dimensiones del modo de organización social familiar



Fuente: Elaboración propia basada en Thornton y Fricke (1987).

En términos de los aportes del enfoque relacional, en primer lugar, podemos mencionar que esta definición operacional del concepto de “modo de organización social familiar” nos permite analizar el

cambio social a partir de las relaciones sociales familiares, lo cual constituye uno de los objetivos de la tesis doctoral aquí analizada. Se busca así evitar aquellas perspectivas que valorizan exclusivamente las elecciones individuales de cada uno de los miembros de una familia, como si estas decisiones y acciones se efectuaran en el vacío; a la vez se previene de vincular unilateralmente el modo familiar resultante con propiedades estructurales estáticas (Donati, 2015). Por ejemplo, al considerar las dimensiones señaladas en el gráfico, se analiza el origen familiar y los procesos de herencia como relaciones sociales recíprocamente vinculadas entre sí, con sus fronteras, sus entornos de realidades culturales, y no como elementos disociados que pueden o no coincidir causalmente según distintos tipos de organizaciones sociales familiares (Donati, 2015). Además, como toda relación social, ambas resultan intrínsecamente reflexivas, ya que no solo aluden a una referencia simbólica (el objetivo que cada persona intenta alcanzar), sino que también remiten a referencias, esto es, transferencias de motivaciones anteriores. El origen familiar puede pensarse como expresión de una estructura (que puede ser incluso cuantificada), pero no puede ser reducida a esta.

Lo mismo puede plantearse en cuanto a las trayectorias estudiadas<sup>12</sup>, al considerarlas una relación social<sup>13</sup> que no puede ser manipulada a voluntad entre oportunidades objetivas y concretas de acceso, y elecciones y acciones individuales, sin caer ni en relativismos ni en construccionismos culturales. Estas trayectorias existen materializadas en el espacio de vida de un individuo, pero con sus propias cualidades, poderes causales y estructura (que puede ser estable o más bien volátil) (Donati, 2015). De esta forma, una trayectoria escolar no

<sup>12</sup> En este caso de estudio, las trayectorias analizadas abarcan tanto la inserción escolar como la laboral de los miembros familiares. Aunque pertenecen a ámbitos de la vida social distintos, con normas, reglas y dinámicas diversas, aquí ponemos el foco en la mirada de trayectoria como transiciones en la vida de un sujeto.

<sup>13</sup> Como reconoce Donati (2015), este concepto ya parte de una semántica ambivalente, con un doble significado al constituir un proceso, a la vez que un resultado de ese mismo proceso. En este sentido, la relación social puede ser considerada como un elemento vinculado a un proceso de emergencia o como el emergente en sí mismo (con entidad estructural).

está constituida exclusivamente por los atributos y capacidades de una persona, pero tampoco emerge como resultado de la estructura de la red escolar; debe considerarse compuesta por una variedad de factores recíprocos y reiterados a lo largo del tiempo. Además, no asume una existencia independiente y anterior a cualquier relación concreta (esto es, sustancialista); no se produce en aislamiento, sino que son caminos dinámicos, procesos en desarrollo, más que rutas estáticas (Emirbayer, 1997).

Asimismo, consideramos que la familia se sitúa desde un punto de vista analítico en nuestro estudio, en un nivel meso, en términos relacionales, si pensamos, por ejemplo, las agencias individuales como nivel micro, y los cambios sociales en el nivel macro. A su vez, estas matrices micro, meso y macro no se caracterizan por algún atributo o propiedad concreta, sino que se conforman y emergen a partir de cómo se moldean y operan las relaciones (individuales, culturales, estructurales) (Emirbayer, 1997). Esto se vincula a las distintas esferas sociales que hacen a una sociedad en términos relacionales, por cuanto que unas y otras coexisten en relación, lo que no implica que no se presenten conflictos en cuanto a la integración social y las diferenciaciones internas (Donati, 2015). Esta relación social en la sociedad contemporánea se presenta como una creación continua de variaciones y variabilidad, buscando eliminar las restricciones adscriptas, esto es, se vuelven contingentes.

Concretamente, retomando la tesis doctoral, podemos evidenciar que los principales resultados de nuestra investigación reconstruyen las formas actuales de reproducción material de las familias vinculadas a la pequeña y mediana producción vitícola en la ZARM. Como resultado se observa que, junto a procesos de diferenciación en el interior de este segmento, se produce un proceso de heterogeneización de agentes que participan del sector. Esto nos habla de un cambio en las formas de reproducción que encontramos en la ruralidad vitivinícola mendocina: no se limita a procesos agrícolas, ni a lógicas agroindustriales, ni a patrones habitacionales, residenciales o de socialización rurales. Esta ruralidad (que parte de condiciones

diferenciales de oasis)<sup>14</sup> se entremezcla de forma creciente con las lógicas y dinámicas urbanas, aumentando los puentes entre ambos espacios sociales.

### **Reflexiones provisorias en torno a la perspectiva relacional**

Retomar el camino recorrido a lo largo del proceso investigativo aquí narrado nos permite recuperar aquellos desvíos y bifurcaciones que resultaron necesarios para la construcción de esta mirada relacional del mundo social rural. En este trayecto, consideramos a la familia como un espacio de disputas y negociación desigual, que entrelaza recíprocamente macroestructuras con acciones que pertenecen al ámbito de la vida individual (Villena Fiengo, 1996). Al mismo tiempo, las familias resultan estructuras con cierta flexibilidad que se modifican tanto por las influencias de diversos ámbitos exteriores (el mundo del trabajo, la escuela, los clubes) como también por las propias dinámicas que establece en su interior (dinámicas de género y generación) (De Grammont, Lara Flores y Sánchez, 2004; Jelin, 1984). Ambas dimensiones se definen mutuamente en su reciprocidad, a través de momentos de encuentros, pero también de colisión (Donati, 2015).

Considerando estos dos elementos, se concluye que una perspectiva sociológica relacional habilita la comprensión de los modos de organización social familiar en toda su autonomía (respecto de las acciones individuales) y reciprocidad (respecto de las partes individuales que la componen). En este sentido, la perspectiva teórica debe complementarse con una adecuada estrategia, tipo de diseño y herramientas metodológicas que encaucen el trabajo de campo incorporando esta perspectiva relacional. De esta forma, se logra que los tejidos de relaciones sociales estudiadas no queden exclusivamente presentados en una dimensión teórica.

Esto reafirma la importancia de sostener una mirada relacional en la investigación social: no es posible comprender ciertos fenómenos socia-

<sup>14</sup> Los oasis son espacios en el desierto en los cuales existe una organización hídrica que permite el crecimiento permanente de plantas y el establecimiento humano (Abraham, 2004). Este tipo de organización espacial presenta importantes consecuencias para la vida social de sus habitantes en cuanto a patrones de residencia y movilidad, entre otras dimensiones relevantes.



les actuales ateniendo a divisiones conceptuales rígidas y aisladas. En este sentido, es requisito indispensable establecer puentes o redes entre las conceptualizaciones y antagonismos clásicos de las ciencias sociales (como campo-ciudad) para comprender procesos complejos actuales, como es la reproducción social de un segmento agrícola inserto en esquemas de reestructuración productiva y en cambios sociales más amplios. Esto nos permite dar cuenta de las formas sociales que adquieren las relaciones sociales contemporáneas, constitutivas, al fin y al cabo, de lo social.

### Referencias bibliográficas

- Abraham, E. (2004). Oasis. En W. Volkheimer, L. Scafati, y D. L. Melendi (Eds.), *Breve Enciclopedia del Ambiente*. Mendoza: CONICET.
- Alvaro, M. B. (2008). Estrategias de reproducción social de los productores chacareros. *Revista de la Facultad*, 14, 29-52.
- Alvaro, M. B. (2012). Impactos de la modernización en los chacareros frutícolas del Alto Valle rionegrino. *Mundo Agrario*, 12(24).
- Balsa, J. (2006). *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense 1937-1988*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Bendini, M. I., y Steimbregger, N. G. (2010). Dinámicas territoriales y persistencia campesina: redefinición de unidades y espacios de trabajo de los crianceros en el norte de la Patagonia. *Revista Transporte y Territorio*, (3), 58-76.
- Bertaux, D., y Delcroix, C. (2000). Case Histories of Families and Social Processes: Enriching Sociology. En P. Chamberleyne, J. Bornat, y T. Wengraf (Eds.), *The Turn To Biographical Methods in Social Science. Comparative Issues and Examples* (pp. 71-89). Nueva York: Routledge.
- Bourdieu, P. (1999). Las contradicciones de la herencia. En *La miseria del mundo* (pp. 443-461). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de reproducción social*. Avellaneda: Siglo XXI.
- Brignardello, M. (2016). Reestructuración, calidad y trabajo: el caso de la pequeña y mediana producción vitivinícola de Mendoza [tesis de maestría no publicada]. FLACSO, Sede Académica Argentina, Buenos Aires.

- Camarero, L. (1996). El mundo rural en la era del ciberespacio: apuntes de Sociología Rural. En M. A. García de León Álvarez (Coord.), *El campo y la ciudad (sociedad rural y cambio social)* (pp. 123-152). España: Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente y Servicio de Extensión Agraria.
- Chayanov, A. V. (1974). *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cloke, P. (2006). Conceptualizing rurality. En P. Cloke, T. Marsden y P. Mooney (Eds.), *Handbook of rural studies* (pp. 18-28). Londres: Sage publications.
- Cloquell, S. (2007). *Familias rurales. El fin de una historia en el inicio de una nueva agricultura*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Craviotti, C. (2000). Los procesos de cambio en las explotaciones familiares pampeanas: tendencias en el trabajo agrario y dinámicas familiares. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (45), 69-89.
- Crovetto, G. (2004). Localidades Rurales: Nuevos y Viejos desafíos para una Antropología Rural. *Actas 5º Congreso Chileno de Antropología* (tomo I, pp. 530-538). Chile: San Felipe.
- Da Silva, J. G., y Del Grossi, M. E. (1998). *O novo rural brasileiro*. Campiñas: Oficina de actualización temática.
- De Grammont, H., Lara Flores, S., y Sánchez, M. (2004). Los grupos domésticos en el nuevo contexto de la migración rural. En M. Ariza y O. de Oliveira, *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*. México: UNAM.
- De Marinis, P. (2010). La comunidad según Max Weber: desde el tipo ideal de la Vergemeinschaftung hasta la comunidad de los combatientes. *Papeles del CEIC 58*, CEIE (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco.
- Donati, P. (2015). Manifesto for a critical realist relational sociology. *International Review of Sociology: Revue Internationale de Sociologie*, 25(1), 86-109.
- Emirbayer, M. (1997). Manifesto for a Relational Sociology. *American Journal of Sociology*, 103(2), 281-317.
- Forni, P. (2010). Los estudios de caso: Orígenes, cuestiones de diseño y sus aportes a la teoría social. *Miríada. Investigación en Ciencias Sociales*, 3(5), 61-80.

- Forni, F., y Tort, M. (1984). *Las explotaciones familiares en la producción de cereales de la región pampeana argentina*. Buenos Aires: CEIL.
- Giarraca, N. (2001). Prólogo. En N. Giarraca, *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (pp. 11-15). Buenos Aires: CLACSO.
- Glaser, B., y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*. Nueva York: Aldine Publishing Company.
- Gras, C., y Hernández, V. (2009). *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*. Buenos Aires: Biblos.
- Heredia, B. (2003). *La morada de la vida*. Buenos Aires: La Colmena.
- Hillyard, S. (2007). *The sociology of rural life*. Nueva York: Berg.
- INDEC (2019). Glosario. Recuperado de <https://www.indec.gov.ar/indec/web/Institucional-Indec-Glosario>
- Jelin, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires: CEDES.
- Kautsky, K. (2002). *La cuestión agraria. Análisis de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia* [9.ª ed.]. México D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Lenin, V. I. (1972). *El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria*. Santiago de Chile: Empresa Editora Nacional Quimantu.
- López Castro, N. (2009). La persistencia de la producción agropecuaria familiar pampeana. Estrategias y trayectorias del Sudoeste bonaerense (Puán y Saavedra, 1987-2007) [tesis de maestría no publicada]. Buenos Aires: FLACSO.
- Marx, C. y Engels, F. (1848/2017). *El manifiesto comunista*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Mascali, H. (1990) Explotaciones familiares: trabajo y ciclo doméstico. *Ruralia*, 1, 81-106.
- Narotzky, S. (2004). *Antropología Económica. Nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.
- Neiman, M. (2010). La agricultura familiar en la región pampeana argentina. La utilización de los factores de producción y su relación con nuevas dinámicas familiares. *Mundo Agrario*, 11(21).
- Neiman, G., Bardomás, S., y Quaranta, G. (2003). El trabajo en el agro pampeano. Análisis de la demanda de trabajadores asalariados. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 19.

- Neiman, G., y Quaranta, G. (2012). Los estudios de caso en la investigación sociológica. En I. Vasilachis de Gialdino, *Estrategia de investigación cualitativa* (pp. 213-238). Barcelona: Gedisa.
- Newby, H. y Sevilla Guzmán, E. (1983). *Introducción a la Sociología Rural*. Madrid: Alianza Editorial.
- Nogueira, M. E. (2013). Política, estructura agraria y sociedad Antigua. Algunas reflexiones en torno a una interpretación de Max Weber. *Sociológica*, 28(79).
- Obschatko, E., Foti, M., y Román, M. E. (2007). *Los pequeños productores en la República Argentina. Importancia en la producción agropecuaria y en el empleo en base al Censo Nacional Agropecuario 2002: 2ª edición revisada y ampliada*. Buenos Aires: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos. Dirección de Desarrollo Agropecuario - Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura.
- Pahl, R. E. (1966). The rural-urban continuum. *Sociologia Ruralis*, 6(3), 299-329.
- Pérez, E. (2001). Hacia una nueva visión de lo rural. En N. Giarraca, *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (pp 17-29). Buenos Aires: CLACSO.
- Ramilo, D., y Prividera, G. (2013). *La agricultura familiar en la Argentina: diferentes abordajes para su estudio*. Buenos Aires: Ediciones INTA.
- Redfield, R. (1941/1942). La Sociedad Folk. *Revista Mexicana de Sociología*, 4(4), 13-41
- Romero, J. (2012). Lo rural y la ruralidad en América Latina: categorías conceptuales en debate. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 11(1).
- Sabino, C. A. (1996). *El Proceso de Investigación*. Buenos Aires: Lumen-Humanitas.
- Schiavoni, G. (1995). Organización doméstica y apropiación de tierras fiscales en la provincia de Misiones (Argentina). *Desarrollo Económico*, 34(136).
- Schluchter, W. (2011). Ferdinand Tönnies: Comunidad y Sociedad. *Signos Filosóficos*, 13(26), 43-62.
- Seyferth, G. (1992). As contradições da liberdade: análise de representações sobre a identidade camponesa. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 18.

- Shanin, T. (1983). *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia, 1910-1925)*. Madrid: Editorial Alianza.
- Sorokin, P., y Zimmerman, C. C. (1929/1969). *Principles of Rural-Urban Sociology*. Nueva York: Henry Holt & Co.
- Thornton, A., y Fricke, T. (1987). Social change and the family: comparative perspectives from the West, China and South Asia. *Sociological Forum*, 2(4), 746-779.
- Tönnies, F. (1947). *Comunidad y Sociedad*. Buenos Aires: Losada.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2012). La investigación cualitativa. En *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-64). Barcelona: Editorial Gedisa.
- Villena Fiengo, S. (1996). ¿Todo en familia? Notas teóricas sobre la organización de la reproducción cotidiana. *Sociológica*, 11(32).
- Weber, M. (1922/1964). *Economía y Sociedad*, Tomo II. México: Fondo de la Cultura Económica.
- Williams, R. (2001). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.
- Wirth, L. (1938/2005). El urbanismo como modo de vida. *Bifurcaciones*, 2.
- Yin, R. (1994). *Case Study Research. Design and Methods*. Beverly Hills: Sage Publications.

# Los desafíos del uso del concepto de redes y capital social en la investigación sobre trayectorias laborales de migrantes

Luciana Castronuovo

## Introducción

El presente capítulo se basa en el trabajo realizado en la tesis de doctorado titulada *Trabajadores bolivianos del sector de la construcción: un análisis de sus trayectorias socio-laborales en la zona del Área metropolitana de Buenos Aires (AMBA)* (Castronuovo, 2017). Nos proponemos reflexionar acerca de los aportes y desafíos que supuso en el proceso de investigación el abordaje del fenómeno de estudio desde una perspectiva relacional.

El sector de la construcción es uno de los principales sectores en que se emplea a migrantes bolivianos, uno de los contingentes migratorios más numeroso del país. En el trabajo de tesis que da origen a este capítulo, nos preguntamos acerca de sus trayectorias laborales: ¿qué instituciones contribuyen a la conformación de distintas trayectorias laborales de los migrantes bolivianos que se han desempeñado en el sector de la construcción en la zona del área metropolitana de Buenos Aires (AMBA)? En particular, ¿cuál es la importancia de los vínculos que establecen los migrantes?; ¿cuán relevante es el grado de estructuración en el interior del mercado de trabajo?; ¿qué injerencia tiene la etnia en la conformación de las trayectorias laborales?; ¿cómo se adquiere el oficio?; ¿cómo se construyen los saberes y las calificaciones?; ¿cómo se vinculan las diferentes dimensiones con la reproducción o con la superación de situaciones de vulnerabilidad a lo largo de las trayectorias laborales?

La tesis describe las trayectorias laborales de migrantes analizadas como procesos dinámicos y complejos, dando cuenta tanto de los recursos de los migrantes como de las limitaciones estructurales que les impiden superar la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran. El concepto de “trayectoria sociolaboral” que se utiliza en la in-

investigación ha permitido vincular las características individuales de los trabajadores migrantes con elementos estructurales que hacen a la coyuntura económica y a la dinámica del mercado de trabajo. Se ha partido de un enfoque teórico relacional, mediante el cual se ha procurado comprender las trayectorias sociolaborales en relación con las características del mercado de la construcción y con las distintas instituciones que estructuran estas trayectorias. En el capítulo se exponen los principales autores que contribuyeron a conformar la mirada teórica con la que se abordó el fenómeno, la estrategia metodológica utilizada y los hallazgos más significativos con relación al uso de una perspectiva relacional en el análisis de las trayectorias de migrantes.

### **La necesidad de un enfoque relacional para el estudio de las trayectorias migrantes**

En la presente investigación, las trayectorias laborales se analizan a partir de aportes de la sociología económica y de los estudios de la pobreza. Se utilizan conceptos sensibilizadores propios de la sociología económica aplicada al estudio de las migraciones (“capital social”, “redes” y “nichos étnicos”), señalando tanto las fortalezas como las limitaciones de estos enfoques. Los aportes de los estudios del mercado de trabajo, centrados en la precariedad y en la informalidad laboral, y de los estudios de la pobreza, que analizan tanto aspectos estructurales como la agencia de los individuos, son herramientas teóricas importantes que permiten dar cuenta de forma acabada de la complejidad de los procesos sociales que atraviesan las trayectorias de migrantes bolivianos en el sector de la construcción. El concepto de “trayectoria sociolaboral” permite vincular las características individuales de los trabajadores migrantes con elementos estructurales que hacen a la coyuntura económica y a la dinámica del mercado de trabajo. Se parte de un enfoque teórico relacional, mediante el cual se procura comprender las trayectorias sociolaborales en relación con las características del mercado de la construcción y con las distintas instituciones que estructuran estas trayectorias.

Los principales conceptos que se utilizan remiten al concepto de redes y capital social, cuyo uso en el estudio de población migrante ha sido profuso (Bourdieu [1985], Putman [1993], Coleman [1990], Grano-

vetter [1973], Burt [2000]). Uno de los conceptos que quizás más se utiliza en el análisis de grupos de migrantes es el concepto de “redes”, el cual tiene un uso amplio en lo que refiere al estudio tanto de fenómenos económicos dentro de la sociología económica como del fenómeno migratorio. Sin embargo, el amplio uso del concepto no se ha correlacionado directamente con un esfuerzo por definirlo y operacionalizarlo. Siguiendo a Powell y Smith-Doerr (1995), pueden señalarse dos enfoques para el estudio de las redes. El primer enfoque, vinculado a la sociología y a la teoría de las organizaciones, utiliza las redes como un instrumento que permite analizar relaciones sociales ya sea en el interior de una determinada organización, entre las organizaciones o en los ambientes. El segundo enfoque parte de una visión multidisciplinaria y estudia a las redes como una forma de entender las relaciones entre los actores económicos. En este último enfoque, se puede encontrar a los autores que consideran a las redes como estructuras que captan las características de toda una economía. Ambos enfoques señalan que las redes y las alianzas son esenciales a fin de estudiar los mercados de trabajo. Ambas perspectivas utilizan conceptos comunes, como *embeddedness*, “conectividad” o “reciprocidad”, y analizan las redes como fuentes de estructuras de oportunidades y de limitaciones (Powell y Smith-Doerr, 1995). En palabras de Portes (1995)<sup>1</sup>,

Las redes sociales son uno de los tipos de estructuras más importantes en las cuales se encuentran incrustadas las transacciones económicas. Son grupos de asociaciones recurrentes entre grupos de personas unidos por vínculos ocupacionales, familiares, culturales o afectivos. (p. 8)

Los principales atributos que se utilizan a fin de analizar las redes son el tamaño, la densidad y la centralidad de los miembros, atributos relacionados con el poder que existe en las redes. Todas estas características no se vinculan de forma directa; por ejemplo, la densidad y el tamaño de la red tenderían a mantener una relación inversamente proporcional. Otro aspecto importante de las redes se vincula a su multipli-

<sup>1</sup> Todas las traducciones en el capítulo son propias, excepto aquellas que se indican en el listado bibliográfico.



cidad (*multiplicity*), “que refiere al grado hasta el cual las relaciones entre los participantes se superponen con esferas institucionales” (Portes, 1995, p. 10) (por ejemplo, compañeros de trabajo pueden también estar unidos por vínculos de familia o parentesco), y al número de subagrupamientos que existen en el interior de las redes (*clustering*).

El análisis de redes ha sido utilizado para el estudio de diferentes fenómenos que abarcan desde la vida empresarial hasta la dinámica de la pobreza. Se han analizado diversas redes: las redes como fuentes de recursos, el funcionamiento de las redes de poder e influencia, las firmas comerciales como una red y las redes de producción. Es importante considerar a la red como una construcción simbólica, ya que las redes participan también en procesos de creación de identidad, y procurar observar las diferentes posiciones y los recursos que poseen los diferentes actores que participan de la red.

En los estudios sobre pobreza y población migrante, el concepto de red ha resultado particularmente útil como herramienta heurística a fines de comprender los procesos de integración en la sociedad de destino. Estos trabajos encuentran su antecedente en dos trabajos que, a partir de la pregunta acerca de cómo aseguran su supervivencia los sectores más desfavorecidos, concluyen que las diferentes redes que conforman los hogares son importantes en el desarrollo de las estrategias de supervivencia. En el ámbito latinoamericano, el ya clásico trabajo de Lomnitz (1971), *Cómo sobreviven los marginados*, fue uno de los primeros en señalar los diferentes tipos de redes que se conforman en los barrios menos favorecidos y la importancia de estas en la reproducción de los hogares. En el estudio de una barriada mexicana, la autora analizó las diferentes redes que se conformaban en función de diferentes factores, como son la distancia social, la proximidad y el intercambio de bienes y servicios (Lomnitz, 1971). Los intercambios que se producen en la red exceden la idea de bienes materiales, y hacen referencia a información y apoyo moral en diversas situaciones.

Un trabajo contemporáneo al de Lomnitz, realizado en los Estados Unidos (Stack, 1975), señaló la importancia de las redes y de los lazos de reciprocidad entre vecinos de un mismo barrio. En este caso el trabajo se centraba en un barrio denominado por la autora como “The Flats”. A través de un trabajo etnográfico, Stack analizó la vida

de diferentes hogares que residían en ese barrio con base en tres objetivos principales: conocer cómo la gente comenzaba a formar parte de redes de parentesco, la relación entre los patrones de residencia y la composición de los hogares, y la relación entre redes de reciprocidad y pobreza. Su interés por las redes surgió una vez instalada en el barrio, donde comenzó a observar la importancia de estas estructuras en la supervivencia de los hogares.

En el caso particular de las migraciones, distintos trabajos han utilizado el enfoque de redes desde dos cauces diferentes. Por un lado, distintos estudios en diferentes latitudes, siguiendo la tradición de los trabajos anteriormente mencionados, han estudiado la importancia de las redes en las estrategias de supervivencia de los migrantes y las diferencias en los procesos de movilidad de acuerdo con los distintos tipos de redes de los que se forme parte. En el análisis de los migrantes se ha investigado cómo la pertenencia a diferentes tipos de redes favorece o no procesos de movilidad social, y se ha observado cómo en las mismas situaciones económicas y sociales la participación en distintos tipos de redes provoca distintas experiencias de movilidad social (Domínguez, 2004). Por otro lado, es importante observar no solo las redes de las cuales forman parte los migrantes como una forma de optimizar recursos, sino también la migración como una red en sí misma. Es importante superar visiones estáticas de las migraciones a fin de captarlas no solo como un lugar de origen y de destino, sino como una red que se actualiza con la circulación de los actores y con cambios en las distintas trayectorias; pueden jugar los aspectos transnacionales un importante rol en el desenvolvimiento de la red. Las redes de migrantes se definen como

un conjunto de vínculos interpersonales que conectan migrantes y no migrantes en áreas de origen y destino a través de vínculos de amistad, y una comunidad de origen compartida. Incrementan la probabilidad de movimientos internacionales porque disminuyen los costos y riesgos del movimiento y aumentan las expectativas del retorno neto de la migración. (Massey *et al.*, 1993, p. 19)

El enfoque de redes, el cual ha recuperado importancia en la investigación en los últimos años, se evidencia como una perspectiva

de gran utilidad para comprender el fenómeno de las migraciones. Sin embargo, a pesar de su importancia teórica, la aplicación de este enfoque en el abordaje de las migraciones presenta complicaciones metodológicas que, si bien pueden sortearse, implican el diseño de herramientas metodológicas que permitan captar el lugar tanto de origen como de destino, por lo que se debe tener acceso a una gran cantidad de actores que se encuentran en diferentes lugares. Una crítica que se ha realizado a los análisis centrados en las redes sociales en el estudio de migrantes es la vaga conceptualización de estas, sin prestar atención a distintas formas de redes que se originan en función del diferente apoyo que proveen. En las investigaciones se suele asumir que los migrantes se insertan en redes densas cuando arriban al país, sin considerar los procesos que supone ser parte de una red de relaciones densa (Cederberg, 2012).

Un concepto que se encuentra íntimamente vinculado al de redes y que hasta llega en algunos casos a ser homologado con este es el concepto de “capital social”, el cual se origina en la pertenencia a una red o a varias redes determinadas. Una de las primeras definiciones sistemáticas y contemporáneas de capital social es la que acuñó Pierre Bourdieu (1985), quien lo define como “el agregado de los recursos reales o potenciales que se vinculan con la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento o reconocimiento mutuo” (p. 248). Puede decirse que los dos elementos que para Bourdieu componen el capital social son la relación social que permite a los individuos reclamar acceso a los recursos poseídos por sus asociados y el monto y la calidad de esos recursos. Esta definición supone que las cuestiones de membresía implican procesos de exclusión e inclusión a una determinada red.

Si bien los enfoques teóricos respecto del capital social resultan muy disímiles, de toda la literatura se desprende que el capital social es un recurso que se genera y se acumula en las redes sociales. La característica intrínseca del capital social es su incorporación en las relaciones entre las personas u organizaciones. La posibilidad del surgimiento del capital social está sujeta al tipo de redes sociales que conformen las estructuras en cuestión: “no todos los integrantes de una sociedad están en condiciones de capitalizar sus recursos sociales. En

otras palabras, no todas las relaciones sociales constituyen capital social" (Baranger, 2000, p. 56). Solo aquellas relaciones sociales que se basan en la confianza, la cooperación y la reciprocidad, en normas y valores comunes, son aquellas que generan capital social.

El concepto de "capital social" y sus variadas aplicaciones otorgan un papel central a las organizaciones y a las diferentes redes sociales que se generan a partir de estas. Tal concepto es utilizado profusamente en las ciencias sociales desde la década pasada, y se encuentra en los trabajos de autores tales como Bourdieu, Coleman, Putnam y Portes. En años recientes se ha generado un intenso debate tanto teórico como metodológico en torno a su definición, así como a su válida operacionalización en análisis empíricos. Al mismo tiempo, el capital social se volvió un componente clave en las formulaciones y recomendaciones de organismos multilaterales, agencias de cooperación, gobiernos, agencias gubernamentales, programas sociales, ONG, etc., en América Latina.

Desde perspectivas ligadas a la acción racional, James Coleman (1990) define el capital social como un recurso cuya particularidad radica en ser algo inherente a la estructura de las relaciones sociales. El autor define el capital social como "una diversidad de entidades con dos elementos en común: todas consisten en algún aspecto de estructuras sociales y facilitan cierta acción de los actores (ya se trate de personas o actores corporativos) dentro de la estructura" (p. 302). Es decir, se trata de un recurso que ayuda a lograr objetivos personales y que en cuya ausencia no podrían alcanzarse. Si bien no descarta el interés personal en este tipo de relaciones, Coleman enfatiza el grado de cercanía (*closure*) de las relaciones entre los individuos que facilitará la acción colectiva, según la cual los beneficiarios del capital social serán todos aquellos que formen parte de esa estructura social.

Otro de los autores que ha desarrollado el concepto de capital social y quien ha dado el uso más controversial es Robert Putnam. El autor entiende el capital social como un conjunto de dimensiones que incluye a las redes, las normas de confianza y reciprocidad y otros aspectos vinculados a la organización social que permiten la cooperación y la vida asociativa. Putnam utiliza este concepto para explicar los diferentes grados de progreso entre distintas regiones, y enfatiza

la importancia de fomentar el capital social para lograr el progreso de los países. Este uso del capital social ha sido criticado por falta de rigurosidad histórica en el análisis —en particular en el caso de su libro *Making Democracy Work*, en el que atribuye al capital social de la región del Norte la causa de su mayor desarrollo frente a la región Sur—, y por ciertas deficiencias lógicas en el argumento que vincula desarrollo y capital social, lo que da lugar a un argumento circular (Portes, 1998). No obstante, su análisis ha tenido un impacto importante en tanto el capital social y su fomento comienzan a ser considerados como un factor para tener en cuenta en las políticas de lucha contra la pobreza. A diferencia de Bourdieu y Coleman, Putnam considera al capital social un atributo que permite caracterizar a comunidades y naciones.

Mientras Coleman pone el énfasis en la densidad de las redes como condición para el surgimiento del capital social, Mark Granovetter, ya en 1973, expresa una idea diferente a través del concepto de “fortaleza de los lazos débiles”. Se refiere con este a la capacidad de las influencias indirectas exteriores al círculo inmediato de la familia y a los amigos más cercanos para servir como sistema informal de referencia de empleos. Esto puede observarse en un extracto del análisis del autor en el que señala que “aquellos con quienes estamos débilmente vinculados son más propensos a moverse en círculos distintos al propio y, por tanto, tendrán acceso a una información diferente a la que nosotros recibimos” (Granovetter, 1973, p. 1371).

Ronald Burt (2000) va a nutrirse de esa fuente de inspiración para destacar casi veinte años más tarde una concepción semejante, según la cual la relativa ausencia de lazos (que da en llamar “huecos” o “brechas estructurales”) facilita la movilidad individual. Esto es así en tanto que, como explica el autor, las redes densas tienden a transmitir información redundante, mientras que los vínculos más débiles pueden ser fuente de nuevos conocimientos y recursos.

En función de estos desarrollos teóricos alrededor del concepto de capital social, se establecen tres tipos diferentes de capital social. El *capital social de unión* puede facilitar el acceso a recursos de la familia y de la localidad en momentos de emergencia y crisis, si no afecta también a los otros miembros de la red, y no permite una acumulación significativa de otros activos, al limitarse al patrimonio total de acti-

vos locales. El *capital social de puente* y el *de escalera* son menos seguros (ya que nada asegura el compromiso de la relación), y es más ambigua la decisión del individuo de invertir en estas formas de capital, pero proporcionan acceso a tipos de activos y a niveles de avance en la satisfacción de ciertos objetivos de vida que el capital social de unión no ofrece. El acceso a recursos que existen fuera de la localidad o de las estructuras sociales locales aumentaría la posibilidad de acumulación de activos, y por ello estos son capitales sociales que se prestarían más a la superación de la pobreza.

Esa diferenciación de distintos tipos de capital social ha sido criticada por suponer que los distintos grupos son homogéneos, sin considerar las diferencias en el interior de los grupos y las jerarquías y los niveles de recursos que existen en un mismo colectivo (Cederberg, 2012). Resulta importante analizar cuáles son las condiciones que permitieron el desarrollo de los diferentes tipos de capital social. Asimismo, es importante considerar que la pertenencia a un grupo no se traduce necesariamente en ventajas y que existen también posibilidades de desarrollar un capital social “negativo”. En estas situaciones, la “solidaridad limitada” actúa como una presión niveladora, mientras que la “confianza obligada” puede suponer restricciones en la libertad individual e impedir el acceso a contactos con el exterior (Portes y Sensenbrenner, 1993). Este análisis procura examinar también factores que condicionan el desarrollo de capital social de puente. Es así como la segregación económica y racial limita la posibilidad para establecer relaciones con personas pertenecientes a otras redes (Briggs, 2002).

En el caso de los migrantes, la importancia de las redes sociales en los procesos de movilidad social que experimentan y la del capital social para el desarrollo de sus estrategias laborales han sido abordadas por distintos trabajos (Light y Karageorgis, 1994; Portes 1987; entre otros). Sin embargo, un menor número de autores ha analizado la forma en la cual los migrantes acceden a las redes de las que forman parte en el lugar de destino subestimando las dificultades que los migrantes pueden encontrar y la importancia de redes transnacionales del país de origen. Los recursos que los migrantes movilizan al formar parte de una red y las condiciones que favorecen u obstaculizan la moviliza-

ción de esos recursos son aspectos esenciales del análisis de los procesos migratorios (Ryan *et al.*, 2008).

El análisis de capital social en las poblaciones migrantes se ha vinculado al desarrollo de los nichos étnicos y a las economías de enclave, donde se ponen en evidencia las posibilidades económicas existentes para los migrantes en función de las relaciones que estos establecen en el interior de su comunidad (Wilson y Portes, 1980). Portes (1995) es uno de los principales autores que ha utilizado el concepto de “capital” para el estudio de las poblaciones migrantes.

Como etiqueta para los efectos positivos de la sociabilidad, el capital social tiene, a mi juicio, un lugar en la teoría y la investigación, con la condición de que se reconozcan sus diferentes fuentes y efectos, y se examinen con igual atención sus lados malos. (Portes, 1995, p. 262)

Sin embargo, recientes publicaciones (Cederberg, 2012; Ryan *et al.*, 2008; Waldinger, 2000) sugieren que el enfoque del capital social debe ser revisado cuando se aplica en poblaciones migrantes: “Tanto Coleman como Putnam focalizan en la estabilidad y continuidad de las relaciones sociales [...]. Sin embargo, el dinamismo de la red es aquello que es particularmente relevante en el estudio de los lazos de los migrantes” (Ryan *et al.*, 2008, p. 675). El tipo de redes y lazos que poseen los migrantes se modifica a lo largo del tiempo, y es importante considerar el componente de temporalidad. A su vez, las redes de las que forman parte los migrantes no solo refieren a un barrio o un trabajo, sino que muchas veces también se encuentran vinculadas a las comunidades de origen, lo que da lugar a comunidades transnacionales. En el análisis de los migrantes, si bien es de suma importancia considerar los lazos coétnicos, también es importante considerar los lazos que los migrantes establecen con la población de origen, junto con las

sutilezas de los procesos de inclusión y exclusión [...], teniendo en cuenta que el capital no es fijo, sino que depende del contexto [...]. Por lo tanto, lo que constituye capital en un determinado momento para una persona no necesariamente opera de igual manera en otro lugar. (Cederberg, 2012)

Un concepto de gran importancia en el análisis de redes y de capital social es el de “confianza”. En las redes de reciprocidad se intercambian diferentes bienes: información, préstamos, ayuda en el empleo, servicio y apoyo moral, entre otros. La confianza resulta del juego de factores físicos, económicos y personales. Una menor distancia social, una mayor cercanía de residencia, una mayor intensidad del intercambio y el hecho de llevarse o no llevarse bien con algunas personas afectan la confianza que se construye entre distintos individuos (Lomnitz, 1971).

Los conceptos de confianza, *embeddedness* y redes han sido utilizados en la tesis tanto desde la perspectiva de capital social como desde la sociología económica. Asimismo, los conceptos mencionados han sido utilizados para explicar el desarrollo de distintas trayectorias laborales, considerando las críticas realizadas por los autores citados anteriormente.

### **El abordaje metodológico**

El fenómeno de estudio se aborda a través de una metodología cualitativa. Los datos cuantitativos se utilizan principalmente a fin de identificar los aspectos morfológicos del fenómeno, describir los cambios operados en el contexto macrosocial y brindar información respecto del mercado de trabajo específico. Se utilizan principalmente fuentes secundarias. Sin embargo, es la metodología cualitativa aquella que permite analizar las dinámicas de las trayectorias laborales y vincular estas dinámicas con los rasgos estructurales del mercado de trabajo. Se utilizan fuentes de información primaria.

El desarrollo de *softwares* estadísticos que permiten realizar análisis de redes y el desarrollo de revistas científicas especializadas en la temática han contribuido a extender tal análisis y a desplegar estudios cuantitativos que permiten medir y analizar los diferentes atributos de estas. Sin embargo, es importante analizar no solo los aspectos morfológicos de la red, sino el contenido de los vínculos entre los diferentes actores que forman parte de la red. Es decir, es relevante el análisis no solo de la forma de la red, sino también de la dinámica que se da en su interior a fin de conocer los procesos que se desarrollan.

Las metodologías cualitativas permiten centrarse en los actores, en



sus estrategias e interacciones, antes que en las propiedades de la estructura de la red, lo que permite analizar la dinámica en su interior. De esta forma, se puede analizar el contenido de los vínculos y no solo la forma que este asume. Es importante establecer quiénes poseen información en el interior de la red y cómo se establecen las relaciones de poder en función de las relaciones que se establecen. A través de un enfoque biográfico, se reconstruye la dinámica de las trayectorias laborales, identificando procesos de aprendizaje, de creación y de reconstrucción de redes laborales. La herramienta teórico-metodológica del concepto de trayectoria sociolaboral permite vincular esta mirada microsocia l con procesos de carácter más general, como son las condiciones de trabajo y la precarización de las relaciones de trabajo, evitando explicaciones monocausales. El universo de estudio está constituido por varones bolivianos inmigrantes que residen en el AMBA, de más de dieciocho años al momento de realizar la entrevista, de cualquier estado civil, con o sin hijos, en situación regular o irregular y que preferentemente residieran en la Argentina hacía más de cinco años. Se realiza una muestra intencional, y los casos son elegidos según su relevancia teórica y controlados por la teoría emergente.

La presente investigación se enmarca en la tradición de estudios de caso, una de las estrategias más utilizadas dentro de la tradición de la metodología cualitativa (Stake, 2005). Establecer que la investigación se encuentra dentro de esta tradición permite enfatizar que aquello que le interesa al investigador es conocer ese caso determinado en profundidad y definir la relevancia de este, señalando su aporte en términos conceptuales y empíricos (Stake, 1995).

Si bien existen controversias entre los autores respecto de lo que representa y lo que no representa un estudio de caso, en la bibliografía se encuentra un consenso respecto de que se trata de un “sistema único, específico y cerrado” (Stake, 1995). La comprensión de este fenómeno brinda elementos para comprender las trayectorias laborales y las formas de inserción sociolaboral de los migrantes en el país, y constituye así un estudio de caso instrumental.

Aunque en la investigación se usa información tanto de tipo cuantitativa como cualitativa, la estrategia metodológica propuesta se enmarca en el modo de investigación interpretativo: la metodología

cualitativa se considera acorde a los objetivos de investigación planteados y coherentes con los supuestos epistemológicos sostenidos.

Los datos cuantitativos son incorporados con el afán de contextualizar las trayectorias en el análisis. Esta información se utiliza a fin de describir los cambios operados en el contexto macrosocial y brindar información respecto del mercado de trabajo específico. De esta forma, este tipo de datos se utiliza principalmente con el objetivo de identificar los aspectos morfológicos del fenómeno y brindar elementos para analizar la estructura de oportunidad en la cual se desarrollan las trayectorias socio- ocupacionales. Sin embargo, la metodología cualitativa permite vincular las trayectorias con los rasgos estructurales del mercado de trabajo, con las dinámicas de formación y disolución de los vínculos que se establecen y con las características del mercado de trabajo de la construcción.

Es decir, mientras que el análisis cuantitativo permite describir el contexto en el cual se desarrollan las trayectorias y establecer las características generales de estas, la metodología cualitativa permite analizar los diferentes procesos que enmarcan los distintos momentos de las trayectorias laborales, al mismo tiempo que analizar la subjetividad de los actores ante esos cambios. El análisis de las trayectorias supone dar cuenta de que las trayectorias estudiadas se encuentran socialmente condicionadas en campos socialmente estructurados. El conocimiento que brindan los datos de contexto es de gran importancia porque permite dar cuenta de la acción del sujeto —en este caso, el migrante— dentro de una estructura determinada.

Sobre la base de este planteo metodológico, el trabajo se estructura de la siguiente manera: en primer lugar, se realiza un análisis basado en estadística descriptiva, donde se describen las principales tendencias en la migración boliviana en los últimos años. Para esta parte del trabajo, se utilizan fuentes secundarias de información (Encuesta Complementaria de Migraciones Internacionales [ECMI] y del Censo Nacional de Población y Vivienda [CNPV]). Se compara con otros contingentes migratorios y con población asentada en otras zonas del país a fin de precisar las características de la población bajo estudio.

Asimismo, las trayectorias laborales se encuentran condicionadas por dimensiones jurídicas y políticas. Por esta razón, es importante

precisar la legislación respecto de los migrantes limítrofes y describir el contexto socioeconómico en el cual se insertan. Para estos fines se sistematizan los principales trabajos que han analizado la legislación relativa a migraciones limítrofes en los últimos años, prestando especial atención a los cambios ocurridos luego de 2003. También se analizan las características generales del mercado de trabajo de la construcción, en particular respecto a las condiciones de trabajo y a la informalidad del sector.

Para el análisis de las trayectorias, se prioriza un enfoque microsocia l y se utiliza una metodología cualitativa. La herramienta teórico-metodológica del concepto de “trayectoria sociolaboral” permite vincular esta mirada microsocia l con procesos de carácter más general, como son las condiciones de trabajo y la precarización de las relaciones de trabajo.

El trabajo de investigación en las ciencias sociales requiere de una reflexión epistemológica que permita revisar el cumplimiento de los supuestos metodológicos y teóricos desde los cuales se trabaja. El trabajo de tipo cualitativo requiere de aún una mayor vigilancia para cumplir con los principales supuestos en los cuales se basa el modo interpretativo de abordar el conocimiento en ciencias sociales.

Las trayectorias laborales remiten al enfoque biográfico, el cual permite captar la mirada del sujeto investigado, comprendiendo los distintos momentos de la trayectoria desde la mirada del entrevistado. Las trayectorias laborales se encuentran socialmente estructuradas en campos determinados, por lo que la metodología cualitativa permite analizar la dinámica de su estructuración en ese campo específico. Es importante contar con métodos que permitan comprender las dinámicas y los contextos en los cuales se desarrollan las trayectorias, de forma de comprender las relaciones entre los actores, señalando cómo interactúa la capacidad de agencia del individuo con las estructuras sociales. La metodología cualitativa se muestra particularmente pertinente para estudiar este tipo de procesos sociales.

Se realizó una muestra teórica, en la que los casos fueron elegidos según su relevancia teórica, teniendo en cuenta principalmente la categoría ocupacional que poseían en la actualidad (asalariado no registrado, cuentapropista, asalariado registrado) y la zona de residencia,

diferenciando entre aquellos que residían en villas de emergencia al momento de las entrevistas y aquellos que habían logrado abandonar estos territorios. Los casos fueron seleccionados y controlados por la teoría emergente. La muestra teórica es un tipo de muestra no probabilística en la cual el objetivo de desarrollar teoría y la posibilidad de expresar los procesos es lo que guía la recolección de la información. La relación entre el diseño de la muestra y el análisis de los datos es iterativa y está orientada por la teoría emergente (Mays y Pope, 1995).

Respecto del número necesario de entrevistas que deben realizarse para alcanzar la saturación teórica no existe un consenso en el campo científico. El número sugerido de entrevistas abarca desde 20 hasta más de 100. Sin embargo, existe un consenso entre los distintos metodólogos cuando señalan que la cantidad de entrevistas dependerá del alcance y de la profundidad de los objetivos de investigación, y de alcanzar la máxima comprensión de los interrogantes planteados en la investigación (Baker y Edwards, 2012).

En la investigación se realizó un total de 62 entrevistas y se trabajó con una muestra no probabilística de 51 migrantes bolivianos. Las 11 entrevistas restantes se realizaron a informantes claves. Estas entrevistas fueron realizadas a personas vinculadas a los migrantes bolivianos que se encontraban trabajando en la construcción, ya sea desde su labor profesional o por ser allegados o miembros de la colectividad. Estas entrevistas, si bien no constituyen casos de análisis, han sido de gran utilidad y un importante insumo para el análisis de la información a fines de: a) identificar contactos y nuevos entrevistados, b) adquirir nuevas perspectivas sobre el fenómeno que no habían sido consideradas a partir de la visión de los distintos actores y c) validar las interpretaciones que se fueron elaborando a partir de los datos recolectados. Este último aspecto ha sido de gran importancia, dado que el análisis de las entrevistas se dio en forma paralela a la recolección de datos, y que gran parte de las entrevistas con informantes clave se realizó en forma simultánea al desarrollo del trabajo de campo. Estas entrevistas permitieron complejizar los análisis que se iban realizando, ya que estos entrevistados interpelaban acerca de los hallazgos que se iban obteniendo y brindaban su opinión al respecto. Los criterios de selección de los casos se establecieron a medida que se realizaba

el trabajo de campo, siguiendo los criterios del muestreo teórico previamente señalado. El muestreo teórico es el proceso de recolección de la información que se utiliza cuando el propósito es la generación de teoría. El investigador recolecta, codifica y analiza la información en forma simultánea. En este proceso, el investigador selecciona qué información recolectar a fin de refinar el desarrollo teórico que se realiza en forma paralela (Glaser y Strauss, 1967). En la presente investigación, los casos fueron seleccionados de acuerdo con las dimensiones que surgían como determinantes al momento de comprender las trayectorias laborales. De esta forma, se intentó incorporar casos que presentaran variedad en las categorías establecidas.

Se redactaron guías de entrevista en las cuales se señalaron diferentes ejes que se consideraban esenciales relevar y que permitirían ordenar el discurso de los entrevistados. La guía se diseñó con el propósito de obtener la mayor cantidad posible de información durante la entrevista y se redactó a partir de los objetivos de investigación planteados. Cabe resaltar, sin embargo, que las entrevistas presentaron un carácter “abierto”, por lo que se incorporaban cambios y admitían un carácter flexible.

En forma paralela a la recolección de datos, se desarrolló el análisis de la información. A lo largo del trabajo, se realizó una revisión constante de las categorías, las propiedades y las dimensiones. Las notas de campo y el desarrollo paralelo del contexto conceptual permitieron realizar esta revisión.

La lógica de la teoría fundamentada implicó fragmentar los datos empíricos mediante la codificación y el trabajo con los códigos resultantes para construir categorías abstractas que encuadraran esos datos y así desarrollar un análisis contextual de ellos (Charmaz, 2008; Glaser, 1998). En el presente trabajo se adaptó la metodología de análisis propuesta por la teoría fundamentada en datos (TF). Desde esta metodología, la categoría central de análisis debe surgir inductivamente de la recolección y el análisis de los datos, y el investigador debe comenzar el trabajo con la menor cantidad de preconcepciones posibles (Glaser, 1998). En el presente trabajo, si bien se partió desde una categoría previa, la idea de trayectoria laboral, categoría cuya conceptualización y supuestos se discuten en el apartado teórico,

las categorías/propiedades y dimensiones que se establecieron para comprender el desarrollo de las trayectorias laborales surgieron inductivamente y de acuerdo con los lineamientos de la teoría emplazada en datos. Los códigos que surgieron inductivamente se agruparon en dimensiones / código teórico, propiedades / categorías sustantivas, y categorías / proceso social básico.

### **Resultados de la investigación. Aporte al enfoque relacional**

Los hallazgos de la investigación coinciden con publicaciones (Cederberg, 2012; Ryan *et al.*, 2008; Waldinger, 2000), las cuales sugieren que el enfoque del capital social debe ser revisado cuando se aplica en poblaciones migrantes, y señalan que el tipo de redes y lazos que poseen los migrantes se modifica a lo largo del tiempo, por lo que es importante considerar el componente de temporalidad. La investigación ha procurado señalar la importancia del carácter dinámico, constante y cambiante de los vínculos a lo largo de las trayectorias laborales.

A fin de comprender los procesos sociales que afectan el desarrollo de las trayectorias laborales de migrantes de un sector particular, como es la construcción, se analiza un entramado de interacciones entre procesos de solidaridad étnico-nacional, procesos de aprendizaje y características propias del mercado laboral en el que se insertan, y se observa cómo los migrantes se vinculan en este espacio y establecen diferentes tipos de relaciones. La tesis establece que la inserción laboral de los migrantes bolivianos en el sector de la construcción se expresa en un conjunto heterogéneo de trayectorias que da cuenta de diferentes grados de estructuración del mercado de trabajo, procesos de aprendizajes y niveles de estabilidad en el empleo. Asimismo, estas dimensiones se articulan con otros factores que se expresan tanto a través de las relaciones que establecen los migrantes, las cuales son dinámicas y diversas, como por medio de factores vinculados a la segregación territorial (residencia en villas) y a las dinámicas propias del mercado laboral en el que se insertan (sector de la construcción). La tesis describe las trayectorias laborales de migrantes analizadas como procesos complejos, dando cuenta tanto de los recursos de los migrantes como de las limitaciones estructurales que les impiden superar la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran.

Así, se pretende realizar un aporte al enfatizar el dinamismo de las trayectorias laborales de migrantes y la necesidad de incorporar en su análisis tanto aspectos micro- como meso- y macrosociales. Conocer la historia de los propios agentes, sus vivencias y representaciones permite repensar parte de los conceptos utilizados, así como la necesidad de articular la visión de los sujetos con aspectos estructurales que permitan dar cuenta de los factores contextuales que enmarcan las trayectorias que se analizan. Asimismo, se pretende complejizar estudios precedentes que utilizan a la etnia como factor explicativo de la inserción laboral de los migrantes y sus trayectorias laborales. Se procura hacerlo analizando cómo la etnia (entendida como adscripción nacional) se articula con otras dimensiones para dar lugar a distintas trayectorias laborales. Se utilizan conceptos sensibilizadores, como “capital social”, “redes” y “nichos étnicos”, señalando las fortalezas y las limitaciones de estos enfoques. Se indica cómo las categorías utilizadas para el análisis de la inserción laboral de los migrantes desarrollada en otros países son útiles en tanto conceptos sensibilizadores, pero deben ser leídas en combinación con elementos que permitan dar cuenta de las particularidades del contexto. Distintos aportes teóricos provenientes de diferentes campos temáticos como son los estudios de mercados de trabajo y pobreza han constituido herramientas heurísticas relevantes para analizar las trayectorias laborales. La investigación tiene implicancias para las teorías que intentan explicar las formas de incorporación de los migrantes al mercado de trabajo. En la tesis, se señalan las limitaciones del enfoque de capital social cuando se aplica a migrantes, identificando que los vínculos que se establecen no se corresponden con redes permanentes en el tiempo, sino que son cambiantes y se actualizan a lo largo de las trayectorias en diferentes espacios. Por último, es necesario pensar las relaciones que establecen los migrantes imbricadas en procesos sociales que atraviesan a la sociedad de origen, como son la informalidad laboral y la residencia en barrios segregados. La comprensión de la articulación de estas dimensiones permite analizar los procesos de movilidad vertical y horizontal de los migrantes señalando su complejidad y su relación con la posibilidad de superar las diferentes vulnerabilidades que atraviesan a la población de migrantes.

Los resultados del trabajo coinciden con lo señalado en otros trabajos en los que se enfatiza que en el análisis de las trayectorias laborales debe considerarse tanto la estructura de oportunidades como la capacidad de agencia de los migrantes (Kloosterman, 2010). Asimismo, se sostiene la importancia de considerar los espacios por los que circulan los migrantes y las condiciones del mercado laboral en el que se insertan, destacando las potencialidades del concepto de red para dar cuenta de la conformación de espacios y estructuras de oportunidades. La investigación ha permitido dar cuenta de que, para abordar las trayectorias de los migrantes, es una condición necesaria comprender al sujeto migrante desde las relaciones que establece con la sociedad de destino y la sociedad de origen.

### Referencias bibliográficas

- Baker, S. E., y Edwards, R. (2012). How many qualitative interviews is enough? Discussion Paper. NCRM [no publicado]. Recuperado de: <http://eprints.ncrm.ac.uk/2273/>.
- Baranger, D. (2000). Sobre estructuras y capitales: Bourdieu, el análisis de redes y la noción de capital social. *Revista de Antropología*, 2 41-63
- Bourdieu, P. (1985), "The Forms of Capital-Chapter 1", en J. Richardson (ed.), *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*, Nueva York, Greenwood.
- Briggs, X.S. (2002) *Social Capital and segregation. Race, Connections and inequality in America*. (Manuscrito no publicado) John F.Kennedy School of Government, Harvard University.
- Burt, R. S. (2000). The network structure of social capital. *Research in organizational behavior*, 22, 345-423.
- Castronuovo, L (2017) *Trabajadores bolivianos del sector de la construcción: un análisis de sus trayectorias socio-laborales en la zona del Área metropolitana de Buenos Aires (AMBA)*, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina
- Cederberg, M. (2012). Migrant networks and beyond: Exploring the value of the notion of social capital for making sense of ethnic inequalities. *Acta Sociológica*, 55(1): 59-72.



- Charmaz, K. (2008). *Constructing grounded theory: A practical guide through qualitative analysis*. Londres: Sage.
- Coleman, J. S. (1990). *Foundations of Social Theory*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.
- Domínguez, S. (2004). Estrategias de movilidad social: el desarrollo de redes para el progreso personal. *REDES-Revista hispana para el Análisis de redes sociales* 7(3). Recuperado de: <http://revistas.uab.cat/redes/article/view/58/54>.
- Glaser, B. G. (1998). *Doing grounded theory: Issues and discussions*. Mill Valley: Sociology Press.
- Glaser, B. G., y Strauss, A. L. (2009). *The discovery of grounded theory: Strategies for qualitative research*. New York: Routledge
- Granovetter, M. S. (1973). The strength of weak ties. *American journal of sociology*, 78(6), 1360-1380.
- Granovetter, M. (1985). Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness Economic and Social, *The American Journal of Sociology*, 91(3).
- Kloosterman, R. C. (2010). Matching opportunities with resources: A framework for analysing (migrant) entrepreneurship from a mixed embeddedness perspective. *Entrepreneurship and Regional Development*, 22(1), 25-45.
- Light, I., y Karageorgis, S. (1994) The Ethnic Economy. En N. Smelser y R. Swedberg (Eds.), *The Handbook of Economic Sociology* (620-647). Sussex: Princeton University Press.
- Lomnitz, L. (1971). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Massey, D. S., Arango, J., Hugo, G., Kouaouci, A., Pellegrino, A., & Taylor, J. E. (1993). Theories of international migration: A review and appraisal. *Population and development review*, 431-466.
- Massey, D. S., Durand, J., Riosmena, F., Garzón, L., y Cachón, L. (2006). Capital social, política social y migración desde comunidades tradicionales y nuevas comunidades de origen en México. *Reis*, 97-121.
- Mays, N., y Pope, C. (1995). Qualitative research: rigour and qualitative research. *Bmj*, 311(6997), 109-112.
- Portes, A. (1995). *The economic sociology of immigration*. Nueva York: Russell Sage Foundation

- Portes, A., & Sensenbrenner, J. (1993). Embeddedness and immigration: Notes on the social determinants of economic action. *American journal of sociology*, 98(6), 1320-1350.
- Powell, W., y Smith-Doerr, L. (2005). Networks and economic life. En N. Smelser y R. Swedberg (Comps.), *The handbook of economic sociology* (342-368). Princeton: Princeton University Press.
- Putnam, R. D., & Leonardi, R. (1993). *Making democracy work: Civic traditions in modern Italy*. New Jersey: Princeton University Press.
- Ryan, L., Sales, R., Tilki, M., y Siara, B. (2008). Social Networks, Social Support and Social Capital: The Experiences of Recent Polish Migrants in London. *Sociology*, 42(4), 672-690
- Stack, C. B. (1975). *All our kin*. New York: Basic Books.
- Stake, R. E. (1995). *The art of case study research*. New York: SAGE.
- Waldinger, R. (2000). The Economic Theory of Ethnic Conflict: A critique and Reformation. En J. Rath (Ed.), *Immigrant Business. The Economic, Political and Social Environment* (pp. 124-141). Nueva York: MacMillan Press.
- Wilson, K., y Portes, A. (1980). Immigrant Enclaves: An Analysis of the Labor Market Experiences of Cubans in Miami. *The American Journal of Sociology*, 86(2), 295-319.



## Notas sobre un marco teórico con perspectiva relacional

*Pablo De Grande*

La intención de este capítulo es presentar resultados de una experiencia de investigación aplicada. Se trata de mi investigación doctoral, la cual realicé entre 2005 y 2010. Para ese trabajo, a la hora de preparar el andamiaje conceptual que permitiera hacer circular los “datos” por construir en un esquema interpretativo, regresé sobre mis lecturas previas. Al hacerlo, ninguna de ellas resultaba completamente pertinente como marco de análisis o planteamiento de mi problema de investigación.

Una parte de este capítulo estará dedicada a ello, a partir de la noción de “caso teórico”, la que servirá para referir a la pequeña crisis que acontece cuando un problema no encaja adecuadamente en modelos disponibles. Cuando esto ocurre, existen dos grandes caminos posibles. El primero consiste en modificar el planteamiento del problema, poniendo la investigación en los términos de una teoría conocida. El segundo supone mantener fijo el problema, combinando teorías o produciendo nueva teoría que permita describirlo. Ese punto de inflexión, que puede hacer necesario encontrar nuevos equilibrios entre empiria y teoría, merece una reflexión. Es importante destacar que no nos referimos aquí a las teorías que pueden emerger como resultado de la misma investigación, sino que por caso teórico aludimos al *status* que gana un proyecto de investigación cuando no logra ser fundamentado teóricamente de un modo trivial, y pone en tensión la teoría disponible.

La perspectiva relacional es otro elemento central para este relato. Quería comprender a mis actores considerando sus interacciones cotidianas, evaluar cómo se alteraban los sentidos, balances y causalidades de las personas investigadas. Existían líneas de investigación —como el interaccionismo simbólico de Erving Goffman (1971)— que habían hecho de las interacciones su objeto de análisis, pero inscribirse en ellas implicaba olvidar nociones centrales en teoría social, como la idea de clase social o de estructura social. Si me ceñía, por

ejemplo, a los aportes de Robert Merton (1980), el rol de un puñado de personas cosmopolitas e influyentes puede ser decisivo en el acceso de una comunidad a cierto tipo de información. Si, en cambio, me apoyaba en Pierre Bourdieu (1998) y sus evidencias correlacionales entre la posición de clase y las prácticas de consumo cultural, rápidamente abrazaría la idea de que el capital cultural adquirido en la infancia (la posición de clase) es lo que moldea las chances de acceso a información. La perspectiva relacional que quería poner en práctica debía ser compatible con otras explicaciones no explícitamente relacionales pero legítimas de teoría social.

A mi criterio, entre los sociólogos más destacados del siglo xx, quien mejor concilió estos objetivos fue Norbert Elias (1982). Desplegó una crítica abierta contra una sociología donde los individuos fueran imaginados con independencia de sus relaciones. Su trabajo sobre las transformaciones históricas de sentimientos tales como el pudor o la ira es un antecedente fundamental para estudios que relacionan aspectos histórico-estructurales con las dinámicas de los sentidos subjetivos y la emotividad (Elias, 2006). A pesar de todo esto, sin embargo, en cuanto a los objetivos de mi investigación, percibí que en la obra de Elias no había modelos “reutilizables” para el análisis de clases, ni aproximaciones a las estructuras subjetivas que yo quería investigar. Ambos grupos de fenómenos eran importantes para mí y parecían tener que abordarse a partir de otras fuentes teóricas.

Pensar retrospectivamente sobre este proceso de investigación me condujo a que los conceptos de “caso teórico” y de “perspectiva relacional” podían ser utilizados para desarrollar algunos aspectos fructíferos de esta experiencia de investigación. Quizás uno y otro podrían ser elaborados en forma independiente, pero creo que no es fortuito que ambos se me hayan presentado en forma simultánea. Para dedicarme a ellos, haré algunas consideraciones sobre uno y otro en las siguientes secciones, para luego exponer el resultado teórico de la experiencia antes referida.

### **El caso teórico**

Cuando Foucault y Deleuze (1980) dijeron que la teoría debería ser tomada como una “caja de herramientas”, reforzaban una idea que

no era nueva, sino a veces en desuso, acerca de que cada investigación debe construir su esquema explicativo, y que ello puede ser hecho aprovechando en forma pragmática teorías existentes. Dos ideas se deslizan a partir de esa metáfora: las teorías no deben guiar dogmáticamente las tareas de investigación; las teorías deben evaluarse en términos de su utilidad. Esta idea de que las teorías son “herramientas para pensar” también la encontramos en otras discusiones metodológicas, no necesariamente ligadas a posiciones posestructuralistas (Rule y John, 2015). En ambos casos, aparece asimismo la imagen circular de una realimentación entre teoría y práctica: la teoría antecede y a la vez proviene de la práctica (como una serie de saltos sucesivos en Foucault y Deleuze [1980] y como la distinción entre “teoría para [el caso]” y “teoría del [caso]” en Rule y John, [2015]).

A esto cabe agregar también que existe un interjuego entre los investigadores y la teoría disponible: según Anfara y Metz (2015), entender una teoría implica un desplazamiento en las propias estructuras mentales (p. 14). Por una parte, este desplazamiento hace que las teorías no puedan ser solamente consideradas “generalizaciones de la experiencia” (como en Alexander, 1989), sino que son a la vez formas situadas de organizar la memoria, modos que responden a condiciones de enunciación de un discurso (la teoría) y a una inscripción en códigos que restringen y guían esa enunciación (Benveniste, 1999; Foucault, 1999). Por otra parte, si las teorías están subordinadas a las necesidades actuales de su puesta en uso, cada investigación (cada problema de conocimiento por resolver), en potencia, puede reconocerse como diferente a cualquier otra respecto de los requerimientos teórico-explicativos que de ella puedan suscitarse. Si bien esto aparece como posible, podemos saber por experiencia práctica que muchos proyectos de investigación avanzan compartiendo o retomando marcos teóricos ya utilizados.

Decidir entre echar mano de un marco conceptual ya existente, o construir uno nuevo, nos sitúa frente a una primera definición de caso teórico. Llamaremos así al contexto en que el planteo de un problema de investigación conduce a un investigador o a un equipo de investigadores a construir una nueva combinación singular de teorías para poder dar cuenta de las preguntas y relaciones que dicho problema

busca dilucidar. La *construcción* de un marco teórico (a diferencia de la *elección* de un marco teórico) está asociada en la bibliografía canónica a un trabajo de ensamblaje conceptual que nos conduce a pensar en la teoría disponible más como una caja de tornillos, engranajes y planchuelas que propiamente como una caja de herramientas. Si las herramientas sirven para resolver necesidades, las teorías preexistentes sirven en cambio como insumo, como pieza, de los esquemas teóricos que emergen en las nuevas explicaciones que cada investigación produce.

Esbozada esta primera definición, podré comentar por qué creo que el elemento que hizo aparecer a mi investigación como un caso teórico (como un proyecto necesitado de una nueva combinación de teoría) fue la defensa de una perspectiva relacional.

### **La perspectiva relacional**

Por perspectiva relacional entiendo un modo de abordar un trabajo de investigación según el cual los procesos analizados son descritos considerando las dinámicas de la interacción entre los diferentes actores involucrados. En ciertos casos, una perspectiva relacional puede manifestarse por el interés en los intercambios entre diferentes agentes; en otros, por las redes estables de relaciones afectivas o funcionales. Pero, con independencia del contenido y la forma con que se materialice, la perspectiva relacional se distingue por representar a los actores sociales no solamente como poseedores de capitales, atributos, habilidades y creencias, sino activamente participando en acciones referidas hacia otros en un campo de sucesivos y muchas veces recíprocos contactos e intercambios (Crossley, 2001; Degenne y Forsé, 1999; Goffman, 2006; Lee y Campbell, 1999). En estos enfoques, se visualizan redes de actores, tipos particulares de intercambios y de significación, y procesos de formación de vínculos como claves explicativas centrales (Burt, 2000; De Federico de la Rúa, 2003; Forni y Nardone, 2005; Goffman, 1972; Granovetter, 1983).

La centralidad de las relaciones sociales y la interacción en la teoría sociológica clásica, tuvo su contrapunto en líneas teóricas y de investigación que llevaron, especialmente en la segunda mitad del siglo xx,

hacia el estudio de categorías y “estructuras” que parecían explicar “lo social” sin dedicar especial atención a las interacciones. La caracterización de la estructura social por esquemas de clases y cortes etarios, sumando a explicaciones voluntaristas (o, en el otro extremo, culturalistas), dejaron poco terreno a la indagación de las relaciones interpersonales. De este modo, a lo largo de todo el siglo xx, conviven fuerzas que niegan toda importancia a las relaciones sociales e interpersonales en la investigación social, con esfuerzos amplios y sostenidos por la defensa del componente relacional en las explicaciones sociales (Elias, 1982; Fischer, 1982; Goffman, 1971; Moreno, 1962; Powell y Dépelteau, 2013; Simmel, 1902).

En la investigación que da origen a estas reflexiones, mi territorio académico era el de la investigación cuantitativa, en la cual las fuentes (censos de población, encuestas de hogares) utilizadas invisibilizaban la interacción como nivel observable de la experiencia intersubjetiva. De este modo, sostener una perspectiva relacional implicaba al mismo tiempo una dificultad en el nivel de los “datos” y en el nivel de la teoría. Las discusiones del capital individual (humano, económico y cultural), los estudios de movilidad social y la indagación de las “estructuras de oportunidades” (los campos con los que dialogaba mi investigación inicialmente) enlazaban la estructura con los sujetos usualmente sin pasos intermedios por ninguna forma de relación interpersonal como causa operante o factor relevante.

### **Mi investigación**

Daré más detalles, resumidamente, sobre la investigación a la que hago referencia. El trabajo de redes personales en el cual la interacción (entendida como la sociabilidad interpersonal cotidiana) quiso ser puesta teórica y empíricamente en relación con la estructuración y con la subjetivación trataba sobre la libertad individual (De Grande, 2019). El interés estaba puesto en saber, en primer lugar, si la percepción de tener libertad de acción en la vida personal variaba según los vínculos con los que cada persona entraba en contacto diariamente. Era conocido que esta percepción variaba según la “posición de clase” (su capital económico y educativo), pero la existencia de esa relación decía poco de cómo era el pasaje desde esa posición a ese estado subjetivo de con-



ciencia. Asimismo, tampoco informaba sobre los efectos que en dicho pasaje podían tener las interacciones cotidianas.

No se trataba en consecuencia de estudiar solamente cómo las personas tenían o no interacciones o relaciones estables con otros, sino de indagar en cómo esas interacciones mediaban, afectaban y se organizaban respecto de sus anclajes sociales de mediana y larga duración (estructura) y de sus representaciones y afectaciones respecto a su propia libertad de acción (subjektividad). En el nivel de la estructura, esta investigación tomaba como referencia los niveles de capital económico y de capital cultural de los participantes. En el nivel de las relaciones, se analizaba la composición de su red personal de vínculos de apoyo (a quiénes podía recurrir en caso de enfrentar problemas; qué vínculos tenía con esas personas; con qué frecuencias se veían; qué edades tenían; etc.). En el nivel de las representaciones, se indagó en el grado en que estas personas sentían tener libertad de actuar sobre sus mundos circundantes. En este marco, se buscó responder a preguntas tales como si la cantidad de amistades ampliaba la percepción de libertad que las personas tenían de sí mismas; o si un mayor capital cultural se asociaba con más vínculos o con vínculos a mayor distancia geográfica. De igual modo, se observó la relación entre los niveles de capital económico y cultural con las variaciones en la percepción de libertad.

El marco empírico-metodológico sobre el que se trabajó fue la población de siete grandes centros urbanos de la Argentina, en los cuales, a partir de una encuesta representativa de hogares, algunos de estos aspectos podían ser indagados. Para 2006, se dispuso un módulo de redes personales que permitiera estimar algunos indicadores de las interacciones de los participantes. Junto a métricas de posición social y creencias subjetivas, este módulo permitió aproximar información respecto a cómo los niveles estructurales, relacionales y subjetivos aparecían en conexión. Como no quería considerarse a priori que las relaciones “determinaban” la posición de clase o que, a la inversa, la clase debía tener una relación de causalidad necesaria sobre los demás niveles, se hizo necesario identificar qué estatus teórico debía tener la interacción, la estructura y la subjetivación a la hora de ser utilizadas conceptualmente en el análisis.

### **Reaccionar al caso teórico**

Si bien la primera certeza en el diseño de la investigación fue que las teorías disponibles no daban cuenta adecuadamente de los tres niveles de análisis que eran de interés, actualmente creo que la explicitación de tales niveles puede ser de utilidad para la resolución de otros casos teóricos (para la construcción de otros “marcos”). Por esta razón, me interesa desarrollar los tres elementos mencionados, más un cuarto, que es el problema de la escala. Es a partir de ellos que elaboré mi esquema para dar cuenta de las preguntas de investigación, el cual se presenta más adelante.

### **Los tres niveles de análisis**

Al intentar conceptualizar el problema, resultaba una limitante que los diferentes modelos teóricos disponibles en teoría social tendieran a enfocarse alternativamente en algunos de los tres niveles que identifiqué como relevantes: la estructuración, la interacción o la subjetivación. Si trabajaban en el nivel de las representaciones de los actores, poco decían de sus interacciones; si reparaban en sus interacciones, poco decían de su posición social en términos de clase, y así sucesivamente.

En algunos casos, la clase social era el condicionante del comportamiento individual. La estructura social situaba en sus posiciones a actores estratégicos, como en la teoría de los campos (Bourdieu, 1998), donde, incluso con la libertad relativa de juego que estos actores tienen, se llega antes o después a un análisis de clase que, para una situación dada, explica “desde la estructura” la coyuntura social en su conjunto (Wright, 1985).

Desde otras perspectivas, se hacían visibles también posiciones teóricas que, desencantadas con las explicaciones que asumen pertenencias plenas de los actores a identidades, clases, grupos etarios, colectivos de género o cualquier otra forma de categoría clasificatoria, resaltan la necesidad de verlos como miembros de redes o configuraciones sociales, buscando captar el nivel subjetivo a partir de la experiencia y el devenir en estas tramas (Elias, 1982; Scott, 1991). En estos modelos, si bien se introduce el nivel de la interacción, relativamente ausente en los anteriores, la importancia de entidades de largo aliento queda rápidamente desdibujada.

Están las relaciones, pero no se describen sus lazos con estructuras de más larga duración.

Finalmente, un tercer grupo de trabajos, de corte más interaccionista, sitúa su campo de indagación en las interacciones entendidas en términos locales (cara a cara), desde un lugar más marcadamente subjetivo de los actores (Goffman, 1971), pero dejando poco espacio para dar cuenta de la relación de esas interacciones y esa subjetivación con estructuras más duraderas o extendidas. Está presente la subjetividad, en buena medida la interacción, pero no aparecen las estructuras históricas e institucionales que condicionan al menos parcialmente a las interacciones. En consecuencia, ninguna de estas líneas parecía permitir distinguir en simultáneo la existencia de estos tres grandes grupos de mecanismos sociales, a los que, sin embargo, la bibliografía social en su conjunto detalla en forma recurrente y exhaustiva.

En mi investigación, los tres niveles de fenómenos referidos fueron representados como coocurriendo, cotidianamente y en simultáneo. De hecho, su carácter articulado implicaba que no podían darse por separado. La interacción no ocurre sin estructuras tales como el lenguaje, las carreteras, la escritura o los medios de telecomunicación (no necesariamente todos a la vez, pero siempre algunos). La subjetivación construye sentido en referencia presente o pasada a interacciones y estructuras, y así recíprocamente entre los tres niveles.

Asimismo, es preciso resaltar como una característica de este esquema el hecho de que los procesos de la estructuración, de la interacción y de la subjetivación —en un determinado contexto social— nunca cesan. Consecuencia de ello, no cabría ensayar un análisis que sugiera que en un cierto período de tiempo se “construyen las estructuras”, mientras que en otro “se interpretan subjetivamente”, y en algún otro momento anterior o posterior ocurren interacciones.

Creo que es relevante poner en común cómo cada uno de ellos fue formulado, pues fue el punto de llegada de este proceso de construcción teórico que permitiera sostener una perspectiva relacional sin supeditar o reemplazar un bloque de teorías (por ejemplo, las teorías de la estructuración) por otro conjunto igualmente productivo de teorías (por ejemplo, las teorías de la interacción). Para ello, presento a conti-

nuación la forma que tomó cada uno de los tres niveles en términos de bibliografía, autores y formulación.

### *Nivel de la estructuración*

El nivel de la estructuración resume gran parte del trabajo hecho por la sociología durante el siglo xx, el cual se orientó a dar cuenta de cómo las acciones humanas presentes dejan rastros que condicionan vidas posteriores de otras personas. Es decir, que en el tiempo y en el espacio las personas no actúan en la nada, sino que, por el contrario, al hacerlo lidian y se benefician de elementos previamente existentes, creados también en muchos casos por otras personas.

Estas marcas de la acción humana forman, a diferencia de lo que ocurre con otras especies (Callinicos, 1987, p. 38), construcciones particulares, variables y complejas, que van desde la disponibilidad de caminos, edificios y monumentos, hasta la reglamentación de formas de comerciar, trabajar o comportarse. Los puentes y las carreteras pueden ser ejemplos muy visibles de estructuración, pero igual o más estables que ellas son las formas de asociación y de estratificación sociales: las zonas urbanas no solo son áreas, sino que en la práctica usualmente permiten distinguir “barrios marginales” de “barrios obreros” o espacios comerciales de industriales.

La referencia general a la noción de “estructura” en teoría social es sin dudas muy amplia (Martínez, 1999) y puede remitir a elementos tan heterogéneos como “la estructura del lenguaje”, “las estructuras de oportunidades”, “la estructura productiva” o “las estructuras relacionales”, entre otros. A los fines de este capítulo, acotaremos su sentido principalmente a la estructura en términos de estratificación social. La presencia de estructuras estables a lo largo de la historia de las diversas sociedades ha dado lugar al estudio de algo más específico: la “estratificación social”.

Por “estratificación” se hace referencia a la presencia de un ordenamiento jerárquico en el que la conformación de grupos o sectores sociales deviene en un orden desigual de conjuntos poblacionales y espaciales con acceso diferenciado a los recursos o beneficios producidos por la sociedad en su conjunto (Sorokin, 1927/1998, p. 11). Estos estratos o grupos estratificados se vinculan, a su vez, con atribuciones

diferenciadas de prestigio o poder social (Martínez, 1999, p. 24). Así, las sociedades a lo largo de la historia permiten reconocer en ella mayores o menores grados de segmentación y de jerarquización social.

En el caso de las sociedades modernas, una característica general es la preponderancia de la estratificación por clase social como forma de organización principal de la distribución de poder y estatus (Giddens, 1999). Esta forma de estratificación por clase social se apoya en relaciones de tipo impersonal (alguien puede ingresar en una determinada clase por ocupar un tipo de puesto laboral, no necesariamente por una relación personal), en las que lo económico-profesional resulta el principal factor para determinar la posición, y en la gran mayoría de los casos los individuos no tienen vedada normativamente la movilidad social (la posición social no está reglamentada ni es fija desde el nacimiento) (Giddens, 1999, p. 318).

Entre los padres fundadores de la sociología, Karl Marx y Max Weber se disputaron el sentido de la interpretación de los mecanismos de adscripción de clase. Marx sostuvo en diferentes partes de su obra que la clase social es una categoría que vincula a un conjunto de personas por su posición respecto al aparato productivo (Bourdieu, 2002). Esta relación con los medios de producción haría inteligibles sus intereses. Sin embargo, cabe agregar que esta definición, eminentemente objetiva y económica, se complejiza en Marx (1847/1987, 1852/2003) con la preocupación por la idea de la "clase para sí". Por medio de esta noción analiza los procesos de "toma de conciencia", pero también de construcción de alianzas y de sentido, de los colectivos que en pos de alterar una situación de clase actúan en el plano de la reivindicación política (Santana, 2003). De esta forma, si bien Marx mantiene su posición en cierto modo esencialista por la cual una persona y un grupo tendrían intereses que se derivarían de su posición de clase en la estructura productiva (de su clase en sí), reconoce en la historia pliegues y procesos que dan cuenta de relaciones complejas entre tales posiciones y las representaciones y acciones que los sujetos concretos pueden elaborar a partir de ellas.

Weber, por su parte, toma como punto de partida las elaboraciones de Marx para mantener la clase social como una categoría descriptiva de la posición económica de los sujetos (dirá Weber: "por

su posición en el mercado”, no en el aparato productivo [1922/1998, p. 684]), pero incorpora una dimensión de estratificación adicional, y parcialmente independiente, que llamará “estamentos”. Los estamentos — a diferencia de las clases — se componen de grupos de personas que constituyen comunidades (sus miembros se reconocen como tales) y consisten en colectivos de personas que reclaman para sí, típicamente con éxito, un estatus particular derivado de alguna característica individual o grupal. De esta forma, los estamentos señalan la existencia de esquemas de pertenencia que se articulan con el orden económico, pero responden a una lógica diferenciada de este. Los estamentos, dice Weber, pugnan cada uno por el reconocimiento social de su estatus. Si el orden económico se identifica con mecanismos impersonales y de oferta y demanda para luchar por el acceso a bienes o servicios de mercado, el orden social se distingue de ellos apelando al reconocimiento de adscripciones y pertenencias de tipo personal y honorífico, desestimando el dinero como vía de acceso a posiciones y reconocimiento.

Los anclajes estamentales, según Weber, se organizan a partir de estilos de vida que, a través de sus rutinas, sitúan a las personas en espacios específicos y propician la difusión de creencias compartidas. De este modo, una posición estamental común a muchos individuos supone el pasar tiempo juntos, o junto a personas de similar posición (Weber, 1998, p. 692).

El autor señala, en esta definición, el carácter intrínsecamente dependiente que la posición de clase y la posición estamental tienen una respecto de la otra, indicando sus interdependencias. La clase social — la posición que ocupa una persona en el mercado — responde en gran medida al despliegue de su estilo de vida: a sus aprendizajes personales y profesionales, a sus intereses y recursos, y, últimamente, a sus relaciones e interacciones. De esta forma, la posición de clase se sustenta en capacidades que no pueden explicarse ni obtenerse plenamente en intercambios de mercado. Pero, al mismo tiempo, la posición estamental — la jerarquía alcanzada en el orden social — da cuenta de estilos de vida que con frecuencia devienen costosos cuanto más reconocidos sean. Si bien no son pocos los ejemplos en que una práctica jerarquizada sea honorífica y una sin prestigio sea costosa,

hay en términos generales una correlación positiva entre el costo de los estilos de vida y su ubicación en la escala de la estratificación social. De esta forma, al mismo tiempo que los pasatiempos, pero también las formaciones profesionales, la vestimenta y los consumos culturales de las clases más “altas” (en sentido estamental) tenderán a correlacionarse con actividades, carreras, materiales y formas artísticas más abstractas y costosas en términos de tiempo y dinero, serán también estas posiciones las que con frecuencia — según señala Weber (1998)— darán oportunidades privilegiadas de acceso a negocios económicos particularmente rentables.

A partir de esta configuración teórica fundacional, pueden reconocerse otros aportes que alimentan la comprensión de la estratificación social, como los trabajos de Anthony Giddens (1973, 1999), Olin Wright (1985, 1996) o Pierre Bourdieu (2000, 2005), entre muchos otros. La desigualdad, concepto más generalizado recientemente en el uso corriente, es legataria de esta idea de estratificación, en tanto refiere al señalamiento de distribuciones en algún sentido desiguales — en términos de “injustas” — de recursos, posiciones o valoraciones a lo largo de una serie de grupos de personas.

Sin embargo, para la presentación del modelo de análisis que se presenta aquí, el detalle de sus aportaciones desborda el interés particular de ponerlo en contexto con los demás niveles. Es prioritario, en cambio, captar la fuerza explicativa que han tenido y tienen, para una gran diversidad de fenómenos, las formas estables de las construcciones humanas y sociales. De los sistemas de transporte, a la comunicación y el trabajo, pasando por los mercados de intercambio y los modelos de producción artística y cultural, muchas estructuras de mediana y larga duración aparecen “por debajo” de los fenómenos investigados y les proveen de escenarios, herramientas, formas de proceder y pautas valorativas que no podrían explicarse plenamente por la interacción o la experiencia subjetiva. Poder reconocer, identificar, tratar teórica y empíricamente estas estructuras en nuestros trabajos de investigación es, en el marco de este modelo a tres niveles, prioritario y necesario para la comprensión de los problemas del estudio por abordar.

### *Nivel de la interacción*

La interacción es, en cierto modo, sinónimo de “lo social” en la sociología clásica y en la teoría social en general. Al decirse que el hombre es un ser social —o que una ciencia es social, que estudia lo social—, sus padres fundadores no podían ver otra cosa que la inconfundible presencia de la interacción. Las personas nacen, viven y mueren entre otras. El aspecto “social” de las personas es, justamente, el estar, ser y hacer con otros sus deseos y necesidades.

Por esta razón, es menester matizar el carácter novedoso en términos teóricos de las nuevas perspectivas relacionales. En la sociología clásica, la interacción ocupaba el centro de la escena. Emile Durkheim y Gabriel Tarde, desde la temprana sociología francesa, plantearon contrapuntos de los cuales el protagonismo del vínculo interpersonal es, sin embargo, una constante. En el caso de Durkheim, el lazo social, como vehículo de socialización y de cohesión social, es vital en el mantenimiento de todo colectivo humano. La cohesión derivada de esta integración social es una precondition en este autor para el desarrollo de actividades económicas de producción e intercambio, o de cualquier otra índole (Durkheim, 1897/2006). Este orden social se apoya para Durkheim en una comunidad moral interpersonal de valores, que antecede a cualquier otra forma posible de intercambio. Tarde, por su parte, si bien coincide en el carácter contractual del lazo social, difiere con Durkheim en el rol que tendría la complementariedad de índole económica en la imbricación social. Sostiene que es la atracción hacia lo semejante y la voluntad de hallar aquello que imitar (en el sentido de ‘replicar’, pero también de ‘obedecer’) lo que moviliza al hombre social en términos colectivos (Tarde, 2011, p. 43).

En el campo de autores alemanes, Max Weber (1998, p. 20) apoyó su análisis de la acción social en el aspecto específico de estar referida a otro: lo social aparece cuando un individuo considera a otro en su curso de acción. Este concepto de acción se enlaza luego con su preocupación por cómo se articula la acción coordinada de muchas personas, pregunta que lo conduce a sus aportes tan conocidos sobre la dominación (entendida como obediencia no coactiva) y sobre sus marcos estables de legitimidad. El orden burocrático, también descrito como un tipo de fenómeno interpersonal, es solo otro ejemplo



de las muchas construcciones conceptuales en las que encontramos a Weber (1998, p. 718) planteando su sociología como una sociología de las dinámicas interpersonales y de la interacción.

Palabras similares pueden usarse para describir los aportes de Georg Simmel (1898, p. 663), quien contemporáneamente a Weber entiende a la sociología como el estudio de las formas en que las personas resuelven colectivamente metas. Si estas metas, como la religión, la caza, la educación o la producción, pueden ser contenidos a los que disciplinas específicas pueden dedicarse, la sociología dará cuenta de cómo todos esos objetivos son perseguidos de un modo común y socializado. El análisis de la puesta en socialización de actividades es uno de los objetos centrales de su sociología (Simmel, 1917/2002).

Sin embargo, que la sociología clásica haya puesto sus fundamentos en esta base no fue suficiente para evitar que la investigación social se haya dedicado progresivamente, en particular hacia final del siglo xx, al estudio de categorías y estructuras que parecían explicar lo social sin especial atención a las interacciones.

En consonancia con tales tendencias, comenzamos el siglo xxi, por citar solo un efecto de esta deriva, con oficinas estadísticas que a nivel nacional —y es así en la mayoría de los países con oficinas estadísticas— realizan censos y encuestas de condiciones de vida de sus poblaciones en los que no se incluye siquiera una sola medida de las interacciones interpersonales de las poblaciones bajo estudio. Esta convicción demográfica de la irrelevancia de las interacciones cotidianas (que también acompaña muchos estudios en educación, salud y otras áreas) bien puede entenderse al menos parcialmente como el resultado de dos fuerzas operantes sobre la producción científico-social.

Por un lado, señalamos la fuerza del atractivo —por su simpleza— de las explicaciones que puedan atribuir la causalidad a grandes actores, estructuras sociales o “contextos” (sea por la estructura de clases, por la normativa, por el contexto internacional o cualquier otra abstracción). Tenemos allí la atracción de los grandes relatos por los grandes complots (Latour, 2008, p. 238). Por el otro, nuestra cultura busca imprimir a los logros individuales y a la noción de individuo en general un peso singular, sobrevalorando como consecuencia cualquier explicación que pueda poner en los hombros de las trayectorias indi-

viduales la explicación de los resultados sociales agregados (como en la historiografía de grandes hombres, o las imágenes del capital humano que explican las trayectorias personales) (Elias, 1982).

Cabe señalar que, a lo largo del siglo xx, a pesar de las tendencias mencionadas anteriormente de invisibilización de las relaciones en las explicaciones sociales, varias iniciativas agregaron densidad al conocimiento sobre la sociabilidad y las interacciones. La Escuela de Chicago, en las décadas del veinte y del treinta, tuvo el mérito de llevar adelante investigaciones sistemáticas desde el campo sociológico en las que se mostraba que las interacciones cotidianas de los actores podían explicar elementos centrales de la fragmentación urbana (Gravano, 2005). A través de trabajo etnográfico, echaron luz respecto a cómo los residentes de barrios marginales de grandes urbes estadounidenses visualizaban sus opciones de movilidad social, mostrando cómo eran dinámicas de intercambios y sentidos locales las que hacían inteligibles sus trayectorias laborales y personales (Piovani, 2011; Whyte, 1943/1958).

Otro importante soporte teórico y empírico a la interacción fue dado por los autores de la teoría del intercambio en las décadas de 1950 y 1960, entre los que se destacan los trabajos de Peter Blau (1982) y de George Hommans (1958). El primero, desde el campo de la sociología, y el segundo, desde el la psicología social<sup>1</sup>, elaboraron esquemas a partir de los cuales considerar la sociabilidad como un mercado de intercambios demorados y desplazados. Así, introduciendo una preocupación por los equilibrios subyacentes a la vida social, caracterizaron mecanismos que organizarían las lógicas de la continuidad, interrupción o refuerzo de las relaciones interpersonales entre personas en diferentes contextos. Por medio de sus trabajos, se desarrolla la idea de que, si bien muchas acciones sociales parten de principios de solidaridad y emotividad (no operan por un interés material), estos principios podrían en cualquier caso responder a equilibrios retributivos (así las “deudas” serían “pagadas” en otras formas, o en otros

<sup>1</sup> De psicología social también cabe mencionar, en conexión con el problema de la interacción, los trabajos sobre sobre endogrupo y exogrupo (Allport, 1954/1977, capítulo 3), sobre las tríadas y los grupos (Thibaut y Kelley, 1959), sobre grupos primarios (Cooley, 1929) y de sociología, la noción de grupo de referencia (Merton, 1964).

momentos en el tiempo), y su ruptura no podría darse sin costo para quienes las provocan (Morales Domínguez, 1978).

Por último, cabe sumar entre quienes ayudaron a la mejor comprensión de la interacción social a la comunidad de “analistas de redes sociales”. El campo del análisis de redes sociales que ellos nutren se postula como un espacio interdisciplinario dedicado al análisis de las estructuras en forma de red, ya sea que estas puedan observarse en ámbitos sociales, biológicos, físicos, computacionales u otros. Esta línea metodológica del análisis de redes (Scott, 1991; Wasserman y Faust, 1994) reconoce su origen en los sociogramas de Jacob Moreno (1962), los cuales han crecido en complejidad para derivar en la construcción de una teoría de los “grafos” (formas de representación visual de indicadores) y de indicadores cuantitativos pasibles de ser calculados a partir de las matrices de relaciones de los miembros de una red (Molina, 2001).

De este campo relativamente amplio de estudios, se deriva un subcampo interesado en las relaciones humanas e interpersonales (Degenne y Forsé, 1999), desde el cual se han desplegado encuestas de lazos interpersonales a diferentes escalas y en varios países (Burt, 1984; De Grande, 2019; Fischer, 1982; Wellman, 1998). Este espacio de la investigación sobre redes personales guarda a su vez estrecha relación con dos grupos de estudios que, a pesar de tener su autonomía, se apoyan en la noción de red personal para su armado conceptual. Ellos son los estudios sobre apoyo social (Barrón López de Roda y Sánchez Moreno, 2001; Castro, Campero y Hernández, 1997; Lin *et al.*, 1979) y los estudios sobre el capital social (cuando es entendido desde la perspectiva de las redes interpersonales, como en Lin [2001], Bagnasco *et al.* [2004], Forni y Nardone [2005] y Van der Gaag [2005]).

Hasta aquí se han presentado sucintamente varios de los esfuerzos en teoría social y sociología, en pos de abordar las relaciones como objeto de indagación. En este sentido, así como respecto al nivel estructural, el modelo de análisis propuesto plantea el desafío de identificar los anclajes estructurales que son significativos para cada investigación, las múltiples dimensiones de la interacción (la barrial, las redes personales familiares y de amistad, el capital social, las dinámicas de intercambio social, las dinámicas grupales) son claves para rastrear en

un campo de investigación los fenómenos de interacción y relaciona-  
lidad que se muestren como relevantes para las preguntas planteadas.  
En consecuencia, tal como se planteó al introducir el modelo, se trata  
de un enmarcamiento teórico que busca propiciar una mirada multi-  
nivel en los términos conceptuales antes expuestos: visualizar en la  
investigación estructura, interacción y subjetivación.

### *Nivel de la subjetivación*

Al igual que en los dos niveles descriptos anteriormente, en la subje-  
tivación se agrupa un conjunto de teorías sociales no necesariamen-  
te homogéneas o coherentes entre sí. Sin embargo, si tuviéramos que  
distinguir un elemento en común en el caso de la subjetivación, este  
sería el de ser un conjunto de modelos teóricos o explicaciones que  
abordan lo social desde el “yo”. Desarrollan un grupo de problemas  
tomando como punto de mira al individuo, explicando desde allí la  
ocurrencia de mecanismos propios o interpersonales de acción, signi-  
ficación o comunicación.

En la sociológica clásica, este modo de análisis está por lo general  
presente solo de manera provisoria. Podemos recuperar, por ejemplo,  
a Durkheim interrogándose por cómo una persona decide quitarse la  
vida o a Weber preguntándose por cómo alguien decide obedecer a  
otro, pero rápidamente en ellos (al igual que en Tarde, al hablar, por  
ejemplo, de la imitación) la explicación se expresa en estructuras o  
esquemas supraindividuales —y en muchos casos impersonales—,  
como la división del trabajo social, las formas típicas de legitimidad o  
los haces radiales de imitación.

En autores algo más tardíos, sí encontramos explicaciones que  
sostienen el lugar subjetivo —en este caso, en el sentido de “a escala  
personal” — por más tiempo, sin por ello desplazarse a un terreno psi-  
cológico (en las metas de la explicación) ni antropológico (sin super-  
ponerse, por ejemplo, con la etnografía).

En este sentido, si bien algunos trabajos del campo de la psicología  
social guardan gran proximidad con el problema de la subjetivación  
tal como ha sido abordado desde la sociología, pueden advertirse di-  
ferencias de enfoque. Si tomamos como ejemplo la obra *La naturaleza  
del prejuicio*, donde Allport (1977), desde la psicología social, observa

cómo se valora negativamente a otras personas en prácticas discriminatorias, la preocupación por el devenir histórico en interacción con la subjetivación no tiene la presencia que acompaña trabajos como *El proceso de la civilización*, de Norbert Elias (2009). La noción de “generalidad” de la explicación en sociología se enlaza con un contexto histórico y social de nivel barrial, nacional o regional, en tanto que, en el caso de Allport, la generalidad está más vinculada a la búsqueda de universales válidos para la “especie humana”<sup>2</sup>.

Para completar brevemente esta sección, a continuación vamos a presentar el caso del ya mencionado Norbert Elias, así como puntualizar algunos aportes de Erving Goffman y Arlie Hochschild.

Norbert Elias publica en 1939 su obra *El proceso de la civilización*, la cual solo muy tardíamente recibió atención fuera de Alemania. En esta obra, a través de un estudio sociohistórico, Elias investiga los cambios progresivos en la conducta social de las clases aristocráticas desde el Renacimiento (Urteaga, 2013). La preocupación teórica de Elias estaba puesta en comprender cómo las regulaciones de los comportamientos cotidianos se ajustan a procesos históricos complejos que redundan en la conformación de disposiciones emocionales y psíquicas novedosas (2006, p. 109). La vergüenza, el pudor, la ira son algunas de las emociones que aparecen en su investigación como el producto social de una serie de mecanismos que operan incidiendo en la significación subjetiva de las reacciones y sentimientos personales. Los cambios en las estructuras económicas y políticas, modulados por la profusión del comercio y la moderación de la guerra, muestran sus efectos en la producción de actores sociales que crecientemente aumentan su autocontrol emocional y su apego a las normas de cortesía.

<sup>2</sup> No introduciremos aquí ni las discusiones sobre la agencia como un caso de abordaje de la subjetivación ni los usos de Michel Foucault del término. Respecto de lo primero, en la mayoría de los autores, es un recurso teórico que ingresa en las explicaciones por la fuerza, afirmándose en forma directa o indirecta que, “a pesar de todo, los actores tienen agencia” (punto de llegada que es extraño por ser en definitiva un a priori de las ciencias sociales; o, dicho de otro modo, ¿por qué los estudiaríamos como actores sociales si no la tuvieran?). En el caso de Foucault, quizás por su anclaje disciplinar, sus reflexiones sobre la subjetivación no parecen formar parte de una teoría o una metateoría de lo social — como nos interesa hacer aquí —, sino solamente del poder.

Así como Elias puso especial atención en la relación entre el devenir histórico y su incidencia en la formación de valores y disposiciones emocionales particulares, Erving Goffman tuvo su preocupación en las acciones conscientes orientadas a controlar los efectos del propio comportamiento en las interacciones, y en los mecanismos que organizan las dinámicas intersubjetivas. Una de sus obras más reconocidas fue *Estigma, la identidad deteriorada* (2006), donde analiza los procesos de la valoración negativa que unas personas pueden hacer de otras según atributos relativamente arbitrarios de su cuerpo, su identidad o su personalidad. A lo largo de la obra, se explicita el carácter consciente —aunque no por ello plenamente bajo control, ni necesariamente exitoso— que tienen las interacciones interpersonales, en las cuales quienes participan despliegan estrategias y acciones para controlar las inferencias que los demás hacen de la propia imagen, al mismo tiempo que ponen bajo escrutinio la imagen que voluntaria e involuntariamente los demás producen de sí mismos.

Otro rasgo saliente y decisivo observado por Goffman (1971) es el carácter grupal y segmentado de gran parte de la vida cotidiana. Desde la puesta en funcionamiento de un restaurante hasta el desarrollo de una reunión corporativa o hasta la atención de un centro de salud, Goffman encuentra a los sujetos organizándose en “equipos”. Estos equipos (por ejemplo, el personal de un hotel, los alumnos de una clase) siguen reglas implícitas contextuales y operan de ordinario guiados por una voluntad general tácita que pugna en favor del sostenimiento de un “consenso operativo”. Este consiste en una suerte de “voluntad de que la situación funcione”, la cual introduce tolerancia, pero también rigideces, en función de que los roles propios y ajenos puedan sostenerse a pesar de las dificultades materiales o interpretativas con que se encuentren.

Si bien Goffman, a diferencia de Elias, no trabaja cómo los procesos históricos se articulan con las disposiciones individuales y subjetivas, puede afirmarse que ambos autores resultan complementarios a la hora de configurar un marco analítico para abordar sociológicamente el problema de subjetivación. Mientras que Elias alerta sobre la variabilidad histórica de las disposiciones individuales y, más en particular, sobre cómo ciertos procesos sociales pueden guiar o darse a la par de

transformaciones en parámetros del sentir o del actuar individuales, Goffman amplía el conocimiento sobre el carácter complejo y nada lineal de las interacciones cara a cara y de las experiencias cotidianas. Si los sujetos —en marcos institucionales, pero también en situaciones menos estructuradas (Goffman, 1972)— subvierten las metas institucionales, desvían las acciones ajenas y esconden sus rasgos para obtener mejores resultados, las posiciones teóricas que asumen en sus supuestos la socialización individual como un proceso unidireccional y mecánico según el cual las personas meramente introyectarían normas en las diferentes etapas de su vida se vuelven casi imposibles de sostener.

Finalmente, la tercera autora que forma este marco conceptual sobre la subjetivación es Arlie Hochschild. Esta autora estadounidense trabajó extensamente en investigar los puntos de intersección en contextos contemporáneos de los mundos domésticos y del cuidado con las trayectorias laborales y profesionales (Hochschild, 1997; Hochschild y Machung, 1989). En el marco de estos trabajos, Hochschild realizó aportes significativos para vincular la sociología con el campo de la investigación de las emociones (De Grande, 2019; Hochschild, 1975; Luna Zamora, 2000; McCarthy, 1989). El primer hecho que esta autora señala es que, si bien existió siempre en sociología un lugar para las emociones, como por ejemplo, en las acciones que podían trascender en sus motivaciones a la lógica del cálculo (Weber, 1998), este lugar nunca dejó de ser marginal y de aparecer señalado como un rasgo que en la modernidad (o en la civilización occidental) sería secundario con relación a otros modos de comportamiento de tipo más “racional” (junto a lo emocional como algo abrupto e infrecuente).

Hochschild argumenta que esta marginalidad sería un resultado ideológico de los análisis centrados en promover una imagen “racional” del sujeto legítimo moderno, la cual contrastaría con la omnipresencia de los fenómenos de naturaleza emocional en la vida cotidiana. Al igual que otros autores, sostiene que la emocionalidad es parte de toda experiencia humana (Le Breton, 1999, p. 11), por lo que postula como necesaria una sociología *con emociones* antes que una sociología *de las emociones* (Hochschild, 1975). Sostiene una posición teórica que significaría, según ella, un giro respecto a los esquemas explicativos de Freud y de Goffman. Hochschild ve al primero de estos autores

como el portavoz de un modelo de subjetividad emotiva pero inconsciente y al segundo como un defensor de un modelo de subjetividad primariamente consciente pero racional.

La autora propone superar estas dos posiciones y percibir a los actores como seres emotivos y conscientes, para quienes la emotividad es en muchos aspectos visible tanto interna como externamente: identifican e inciden en sus propias emociones, sean o no adecuadas, sean o no deseadas, así como buscan decodificar y ponderan las emociones ajenas (Hochschild, 1975). Tendiendo puentes explícitos con las obras de Elias y de Goffman, acuña los términos de *reglas del sentir* y de *trabajo emocional*, para dar apoyo a la investigación de la percepción, gestión y relación de las personas y sus emociones (Bericat Alastuey, 2000).

La emotividad, como campo postergado de la investigación social, completa el nivel de la subjetividad, para el cual hemos tomado tres autores. Sin agotar los múltiples elementos que podrían señalarse en este nivel, estos permiten dar contenido y funcionan como referencias para la profundización teórica y empírica de su investigación. El nivel de la subjetivación, al igual que los demás niveles, existe en referencia y con relación a los otros, lo que resulta evidente si nos figuramos cualquier proceso concreto de subjetivación (de procesamiento o acción personal de una vivencia), la cual estará de inmediato plena de efectos y elementos “estructurales” (de más larga duración u objetivación) y de prácticas de interacción (con otros, para otros, en relación).

### ***La escala***

Por último, es importante establecer que estos niveles, tal como fueron elaborados, no deben confundirse con las escalas de análisis que la investigación pueda asumir (Alexander y Giesen, 1987). Esta clase de malinterpretación haría suponer, por ejemplo, que el nivel de la estructuración se corresponde con los análisis macrosociales o que el nivel de la subjetivación se corresponde con los análisis microsociales.

Tomando el término prestado de la teoría de redes, diremos por el contrario que los niveles del modelo son, a los fines de este, *libres de escala*. La escala de análisis es independiente del contenido de cada uno de ellos. En este sentido, si llamaremos “nivel de la estructuración” a aquel que subsume fenómenos relacionados con procesos de



larga duración y con fenómenos de permanencia en el tiempo, cabe comprender que estos pueden ser investigados por rasgos de nivel macrosocial (por ejemplo, por medio de características del mercado de trabajo o de la estructura productiva nacional en un momento determinado), pero también por manifestaciones perceptibles a nivel microsocia, que van desde el mobiliario en una vivienda a la forma de acceso que el transporte urbano dispone.

Del mismo modo, el nivel de la subjetivación —organizado principalmente por la capacidad de dar sentido a una situación o a una vivencia— puede ser investigado a diferentes escalas, involucrando tanto a actores individuales como colectivos. Y lo mismo ocurre con el nivel de las interacciones. Si tomamos por ejemplo el lenguaje como un elemento estructural (pues antecede a los actores y típicamente los sobrevive), diremos que puede ser analizado desde una perspectiva macrosocial (al compararse registros discursivos en diferentes regiones de un país), pero también desde una mirada microsocia (en el análisis, por ejemplo, de actos de una conversación cotidiana). Para cada investigación, los niveles que entran en juego deberán explicitar en qué escala de observación y análisis serán trabajados.

En el caso de la investigación que estaremos tomando como referencia, el modelo se utilizó abordando la estructuración desde indicadores macrosociales (posición en la estructura de ingresos y de credenciales educativas), el nivel de la subjetivación a partir de la percepción individual de los participantes (percepción de libertad) y el nivel de la interacción desde una perspectiva “meso” (de articulación de actores) (figura 1).

**Figura 1. Niveles estructurales del modelo utilizado en De Grande (2019)**

Nivel conceptual	Nivel operativo	Nivel de medición	Plano
Estructuración	Clase social	Capital económico y educativo	Macro
Interacción	Redes personales	Lazos interpersonales	Meso
Subjetivación	Libertad percibida	Representaciones del entorno y de sí	Micro

Fuente: elaboración propia.

## **Reponer la interacción**

Este capítulo tuvo el propósito de relatar la experiencia de construcción de un marco teórico con perspectiva relacional. Para ello, se comentaron las condiciones en las cuales este marco fue elaborado, y en qué sentido podría ser considerado como un caso teórico.

La convicción que me acompañó al inicio de esa investigación fue que una perspectiva relacional debe reponer el nivel de las interacciones, sin por ello anular la mirada de otros tipos de fenómenos. Se trataría de este modo de recuperar y hacer lugar a un conjunto de dinámicas y aspectos que han perdido centralidad en las narrativas de ciencia social (las relaciones y la interacción), frente a un mundo que (a la inversa) se enuncia como crecientemente conectado y social. A diferencia de iniciativas que reemplazan marcos, métodos y problemas de investigación no relacionales por unos que sí lo sean, reponer la interacción supone el desafío de mantener las preocupaciones y los aportes de investigaciones que han ignorado las relaciones interpersonales y la interacción en general, para reformularlas en un contexto donde las relaciones y los intercambios sean explicitados.

Este capítulo presentó el esquema teórico utilizado al poner en práctica tal criterio: para investigar el lugar de la interacción en la percepción de la libertad, las teorías y evidencias de la estructuración y de la subjetivación fueron útiles y apropiadas. En este sentido, la opción de la integración teórica — con todas las dificultades terminológicas y sustantivas que conlleva — resultó preferible a hacer propias luchas intelectuales donde parecería necesario elegir entre polaridades explicativas tales como lo microsocioal o lo macrosocioal, lo estructural o lo subjetivo, la cuantitativo o lo cualitativo, lo cultural o lo funcional, lo atributivo o lo relacional.

Si bien hemos comentado los efectos teóricos de esta perspectiva en la experiencia relatada, reponer con éxito lo interaccional puede afectar también otros procesos y etapas de la investigación más concretos. Incorporar preguntas e indagaciones sobre el “con quién”, el “para quién” y el “por quién” de los procesos sociales despliega nuevas exigencias en el diseño de la investigación, el trabajo de campo y el análisis de las evidencias. El andamiaje teórico puede dialogar y mutar en el interjuego con las estrategias metodológicas viables en cada

caso, y con todo aquello que cada contexto investigado reformula y agrega al aproximarlo. El esquema que se ha presentado tiene por objeto servir de referencia, de antecedente o de caso práctico para quienes busquen, en otros contextos, elaborar nuevos equilibrios teóricos a partir de modelos preexistentes para fenómenos que quieran ser aproximados desde una perspectiva relacional.

### Referencias bibliográficas

- Alexander, J. (1989). *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial*. Barcelona: Gedisa.
- Alexander, J., y Giesen, B. (1987). From reduction to linkage. The long view of the micro-macro debate. En A. Giddens y J. Turner, *Social Theory Today* (pp. 273-308). Cambridge: Polity Press.
- Allport, G. (1954/1977). *La naturaleza del prejuicio*. Buenos Aires: Eudeba.
- Anfara, V. A., y Mertz, N. T. (2015). Setting the Stage. En Anfara, V. A. y Mertz, N. T. (Eds.), *Theoretical frameworks in qualitative research* (pp. 13-28). Thousand Oaks: Sage.
- Bagnasco P., Bagnasco, A., Piselli, F., Pizzorno, A., y Trigilia C. (2004). *El capital social. Instrucciones de uso*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Barrón López de Roda, A., y Sánchez Moreno, E. (2001). Estructura social, apoyo social y salud mental. *Psicothema*, 13(1), 17-23.
- Benveniste, E. (1999). El aparato formal de la enunciación. En *Problemas de lingüística general II* (pp. 82-91). México: Siglo XXI.
- Bericat Alastuey, E. (2000). La sociología de la emoción y la emoción en la sociología. *Papers*, 62, 145-176.
- Blau, P. (1964/1982). *Intercambio y poder en la vida social*. Barcelona: Hora.
- Bourdieu, P. (1992/2005). *Las reglas del arte*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1998). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (2000). Las formas del capital. En *Poder, derecho y clases sociales* (cap. 4), (pp. 131-164). Bilbao: Desclee.
- Bourdieu, P. (2002). Condición de clase y posición de clase. *Revista colombiana de sociología*, 7(1), 121-141.
- Burt, R. (1984). Network Items and the General Social Survey. *Social Networks*, 6, 293-339.

- Burt, R. (2000). The Network Structure of Social Capital. *Research in Organizational Behavior*, 22, 345-423.
- Callinicos, A. (1987). *Making History: Agency, Structure and Change in Social Theory*. Cambridge: Polity Press.
- Castro, R., Campero, L., y Hernández, B. (1997). La investigación sobre apoyo social en salud: situación actual y nuevos desafíos. *Rev. Saúde Pública*, 31(4), 425-435.
- Cooley, C. (1929). *Social organization*. Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- Crossley, N. (2001). *Towards Relational Sociology*. Oxon: Routledge.
- De Federico de la Rúa, A. (2003). La dinámica de las redes de amistad: La elección de amigos en el programa Erasmus. *Revista REDES*, 4(3), 1-44.
- De Grande, P. (2019). *Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual*. Buenos Aires: Editorial Universidad del Salvador.
- Degenne, A., y Forsé, M. (1999). *Introducing Social Networks*. Londres: Sage Publications.
- Durkheim, É. (1897/2006). Libro II, Capítulo V, Secciones II y III. En *El suicidio* (pp. 354-368). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Elias, N. (1982). *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa.
- Elias, N. (2006). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fischer, C. (1982). *To Dwell among Friends: Personal Networks in Town and City*. Londres: University of Chicago Press.
- Forni, P., y Nardone, M. (2005). Grupos solidarios de microcrédito y redes sociales: sus implicancias en la generación de capital social en barrios del Gran Buenos Aires. *Revista REDES*, 9(5), 1-25.
- Foucault, M. (1999). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Foucault, M. y Deleuze, G. (1980). Los intelectuales y el poder. En M. Foucault, *Microfísica del poder* (pp. 77-86). Madrid: Gedisa.
- Giddens, A. (1973). *The Class Structure of the Advanced Societies*. Nueva York: Harper & Row.
- Giddens, A. (1999). La teoría de la estructuración (entrevistado por Kiessling, Bernd). En P. Aronson y H. Conrado (Comps.), *La teoría social de Anthony Giddens* (pp. 49-73). Buenos Aires: Eudeba.

- Goffman, E. (1959/1971). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goffman, E. (1961/1972). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Granovetter, M. (1983). The Strength of Weak Ties: A Network Theory Revisited. *Sociological Theory*, 1, 201-233.
- Gravano, A. (2005). *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Hochschild, A. (1975). The sociology of feeling and emotion: Selected possibilities. *Sociological Inquiry*, 45(2-3), 280-307.
- Hochschild, A. (1979). Emotion Work, Feeling Rules, and Social Structure. *American Journal of Sociology*, 85(3), 551-575.
- Hochschild, A. (1997). *The time bind: When work becomes home and home becomes work*. Nueva York: Metropolitan Books.
- Hochschild, A., y Machung, A. (1989). *The Second Shift*. Nueva York: Penguin.
- Homans, G. C. (1958). Social Behavior as Exchange. *American Journal of Sociology*, 63(6), 597-606.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social*. Buenos Aires: Manantial.
- Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lee B., y Campbell K. (1999). Neighbor Networks of Black and White Americans. En Wellman, B. (1998) (ed.), *Networks in the Global Village. Life in Contemporary Communities*, (pp. 119-146). Boulder (EE. UU.): Westview Press.
- Lin, N. (2001). *Social capital: a theory of social structure and action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lin, N., Simeone, R., Ensel, W., y Kuo, W. (1979). Social support, stressful life events, and illness: A model and an empirical test. *Journal of Health and Social*, 20(2), 108-119.
- Luna Zamora, R. (2000). Introducción a la Sociología de las Emociones. *Revista Universidad de Guadalajara*, 18, 1-6.
- Martínez, R. (1999). *Estructura social y estratificación. Reflexiones sobre las desigualdades sociales*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

- Marx, K. (1847/1987). *La miseria de la filosofía*. México D. F.: Siglo XXI.
- Marx, K. (1852/2003). *El 18 brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- McCarthy, E. (1989). Emotions are social things: an essay in the sociology of emotions. En Franks, D. y McCarthy, E. (eds.) *The Sociology of Emotions: Original Essays and Research Papers*. Greenwich (EE.UU.): JAI Press.
- Merton, R. (1946/1964). *Teoría y estructuras sociales*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Merton, R. K. (1949/1980). Tipos de influencia: influyentes locales e influyentes cosmopolitas. En *Teoría y estructura sociales* (pp. 471-504). México: Fondo de Cultura Económica.
- Molina, J. L. (2001). *El análisis de redes sociales. Una introducción*. Barcelona: Bellaterra.
- Morales Domínguez, J. (1978). La teoría del intercambio social desde la perspectiva de Blau. *REIS*, 4, 129-146.
- Moreno, J. (1934/1962). *Fundamentos de sociometría*. Buenos Aires: Paidós.
- Piovani, J. (2011). La escuela de Chicago y los enfoques cualitativos: términos y conceptos metodológicos. *Papers*, 96(1), 245-258.
- Powell, C., y Dépelteau, F. (Eds.) (2013). *Conceptualizing Relational Sociology*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Rule, P., y John, V. M. (2015). A Necessary Dialogue: Theory in Case Study Research. *International Journal of Qualitative Methods*, 14(4), 1-11.
- Santana, J. (2003). Gramsci y la concepción marxiana de las formas sociales históricamente determinadas. *Archivo Chile del Centro de Estudios "Miguel Enríquez"*. Descargado de [http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/gramscia/s/gramscisobre0017.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/gramscia/s/gramscisobre0017.pdf)
- Scott, J. (1991). *Social Network Analysis. A Handbook*. Londres: Sage Publications.
- Simmel, G. (1902). The Number of Members as Determining the Sociological Form of the Group. I. *The American Journal of Sociology*, 8(1), 1-46.
- Simmel, G. (1917/2002). La sociabilidad. En Simmel, G., *Cuestiones fundamentales de sociología* (pp. 77-102). Barcelona: Gedisa.

- Sorokin, P. (1998/1927). *Social Mobility*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Tarde, G. (2011). Qué es la sociedad. En *Creencias, deseos, sociedad* (pp. 35-67). Buenos Aires: Cactus.
- Thibaut, J., y Kelley, H. (1959). *The social psychology of groups*. Nueva York: John Wiley & Sons Inc.
- Urteaga, E. (2013). El pensamiento de Norbert Elias: proceso de civilización y configuración social. *BARATARIA. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 16, 15-31.
- Van der Gaag, M. (2005). *Measurement of Individual Social Capital*. Amsterdam: University of Groningen and Vrije Universiteit.
- Wasserman, S., y Faust, K. (1994). *Social Network Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Weber, M. (1922/1998). "Concepto de la acción social", "Comunidad vecinal, comunidad económica y ayuntamiento" y "División del poder en la comunidad. Clases, estamentos y partidos". En *Economía y sociedad* (pp.18-39, 293-296, 682-694). México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Wellman, B. (1998) (ed.). *Networks In The Global Village: Life In Contemporary Communities*. Boulder (EE. UU.): Westview Press.
- Whyte, W. F. (1943/1958). *Street Corner Society*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Wright, O. (1985). *Classes*. Londres: Verso.
- Wright, O. (1996). The continuing relevance of class analysis. *Theory and Society*, 25(2), 693-716.

# **Redes, capital social y desarrollo local rural. Una amalgama teórica para el análisis de la educación rural bonaerense**

*Camila Lorenzo*

## **Introducción**

El presente capítulo forma parte de un proyecto de investigación realizado en el marco de mi tesis doctoral, en la cual se analiza el caso de los Centros Educativos para la Producción Total (CEPT) ubicados en la cuenca deprimida del río Salado en la provincia de Buenos Aires. Estas instituciones son escuelas rurales de nivel medio centradas en la pedagogía de la alternancia. Con base en los proyectos institucionales, elaboran y gestionan un plan de desarrollo local orientado a mejorar la calidad de la vida de la población que habita en el campo disperso y en pequeños pueblos y parajes rurales.

Desde una perspectiva relacional, se indagó en el modo en que estas instituciones educativas articulan y conectan actores heterogéneos, configurando una estructura de poder determinada en función de la circulación y distribución de una diversidad de recursos materiales y simbólicos. En relación con este objetivo, y considerando el propio objeto de estudio, la construcción del marco teórico involucró un complejo proceso de selección y análisis de teorías, conceptos y operacionalizaciones de diferentes ámbitos y paradigmas. Se indagó en teorías sociológicas —vinculadas al capital social y redes—, teorías de desarrollo, y estudios educativos rurales y de geografía rural. Uno de los principales aportes de este trabajo de investigación constituye la articulación de estos campos disciplinares, junto al trabajo realizado en el territorio de la cuenca deprimida del río Salado y sus escuelas.

En el presente capítulo, desarrollaremos los conceptos centrales, como el de capital social, redes y territorio, distinguiendo la perspectiva relacional que proponen autores como Bourdieu (1980) y Trigilia (2001). Esta línea de trabajo asocia el capital social a la existencia de una red de relaciones estables, por las cuales circulan recursos actua-



les o potenciales, cuyo acceso está determinado por la pertenencia a estos espacios de interacción. Como síntesis de este trabajo, se expondrá una incipiente tipología de redes de promoción del capital social que surge como parte del análisis del trabajo de campo, en un intento de reconstruir el entramado social que consolidan las escuelas rurales.

El abordaje metodológico se basó en un estudio de caso múltiple. Se utilizaron diversas técnicas cualitativas, como la observación participante y entrevistas a diferentes actores clave: directores, docentes, pobladores rurales, familias de alumnos y alumnas que asisten a los CEPT y representantes de instituciones gubernamentales que se articulan dentro de las redes. Un aspecto metodológico importante consistió en el mapeo y reconstrucción de las redes de forma gráfica para distinguir niveles y recursos que atraviesan las prácticas institucionales de las escuelas.

### **El caso analizado: los CEPT en la cuenca del río Salado**

El modelo neoliberal, que comenzó a consolidarse en los años setenta, en sintonía con el avance de la globalización, inicia el desarrollo de un nuevo régimen agroalimentario global, al integrarse la agricultura al movimiento económico a escala global. Este cambio de lógica estuvo vinculado a la consolidación de grandes actores supranacionales y de empresas transnacionales como protagonistas de estos grandes movimientos económicos.

El nuevo régimen no se dio de forma espontánea, sino que vino acompañado de un Estado ausente y debilitado que garantizó los circuitos globales de dinero y productos, disminuyendo el manejo nacional de la economía y operando de acuerdo a los intereses de estos grandes agentes. En el ámbito rural de la región pampeana, específicamente, el auge de esta lógica neoliberal generó un fuerte aumento de movilidad poblacional del campo hacia la ciudad propulsado por las propias consecuencias del modelo agroalimentario, vinculadas a la presión de la agricultura, la presencia de grandes compañías multinacionales, la extensión en el uso de paquetes tecnológicos, el aumento del valor de la tierra, así como la no evolución de la producción de carnes rojas.

Frente a este contexto, se establecieron los Centros Educativos para la Producción Total (CEPT) a fines de los años ochenta en la pro-

vincia de Buenos Aires. Estos han constituido una propuesta educativa de nivel medio fundada en la pedagogía de la alternancia, es decir, que se basa en estadias alternadas entre los hogares y la escuela. A partir de sus proyectos institucionales, elaboran y gestionan un plan de desarrollo local orientado a mejorar la calidad de la vida de la población que habita en el campo disperso y en pequeños pueblos y parajes rurales.

En la actualidad, la provincia de Buenos Aires cuenta con 35 CEPT, con múltiples características, conectadas a la zona productiva donde se insertan y a su proceso de constitución. En vista de estos elementos, en la presente investigación se indaga acerca del proceso de consolidación de los Centros Educativos para la Producción Total, puntualmente, en la zona de la cuenca deprimida del Salado durante el período de 2008-2015. A partir de allí, se analiza tanto el entramado de las redes de promoción del capital social que consolidan como el modo en que estas inciden en el desarrollo local rural.

### **El aporte de la perspectiva relacional**

En el marco del presente proyecto de investigación, la perspectiva relacional permite revelar el modo en que se articulan y conectan una diversidad de actores de diverso tipo configurando una estructura determinada en función de la circulación y distribución de recursos tanto materiales como simbólicos.

El potencial del análisis de las redes en esta investigación estriba en que conecta a la población rural con estructuras sociales más amplias, indagando en el modo en que estas inciden en el espacio local. De este modo, se construye un entramado abierto de interacciones que atraviesan fronteras entre lo público y lo privado, pasando por escuelas, municipios, organismos internacionales, entes gubernamentales autárquicos, empresas, universidades, juntas vecinales, habitantes del campo y el propio espacio rural. Todos estos actores están conectados y vinculados de forma disímil en redes creadas, mantenidas y destruidas continuamente.

El análisis desde esta perspectiva nos permite organizar la heterogeneidad y complejidad de cualquier espacio social y, asimismo, dar cuenta del modo en que actúan en contextos sociales diferenciales. En

términos metodológicos, consideramos que estas redes no deben ser abordadas como entidades abstractas aisladas, sino en relación con su contexto, esto es, como procesos sociales que se insertan dentro de una coyuntura específica que define los tipos de actores que interactúan, los recursos distribuidos a través de ellas, el grado de autonomía de los actores, así como sus respectivas consecuencias.

### **El capital social desde la perspectiva relacional**

El concepto de “capital social” ha dialogado con las disciplinas más variadas, como la economía, la sociología, la antropología, entre otras, actuando como un concepto “paragua” (*umbrella concept*) (Adler y Kwon, 2002). Este carácter polifacético se refleja tanto en la diversidad de acepciones que ha asumido en sus focos de abordaje: las organizaciones informales, la confianza, la economía social, las relaciones sociales, la pobreza, el desarrollo económico, el desarrollo local, entre otros ámbitos de aplicación.

A pesar de la diversidad de acepciones que adquiere, el término “capital social” remite fundamentalmente a la red de relaciones de un sujeto (individual o colectivo) que le permite adquirir una serie de beneficios por ocupar un determinado lugar dentro de la estructura social.

A partir del análisis de Bourdieu y Coleman, han comenzado a reproducirse una serie de definiciones del concepto de “capital social” que podrían clasificarse de múltiples maneras. Para sintetizar la presentación de la diversidad de sus acepciones y usos, conviene distinguir a grandes rasgos tres tipos de estudios que se superponen: uno, vinculados al análisis de las mismas *fuentes* del capital social; dos, centrados en los *efectos* que genera el capital social; y tres, orientado por los *tipos de relaciones* que lo producen.

En cuanto a aquellos estudios que analizan las *fuentes* del capital social, cabe señalar las aproximaciones que se realizan, desde la CEPAL, John Durston (2000, 2003) y Alejandro Portes (1999). Los estudios del capital social de Durston hacen hincapié en el contenido de las relaciones e instituciones sociales como la reciprocidad, la confianza y la cooperación, mientras que Portes (1999) también destaca que no es posible analizar el capital social en sus múltiples manifestaciones, sino en las fuentes que lo revelan.

Respecto al segundo tipo de estudios que analiza los *efectos* y consecuencias de la presencia de capital social, podríamos distinguir una diversidad de investigaciones que aplican el concepto a ámbitos como el compromiso cívico (Putnam, 1993), el desarrollo local económico (Woolcock y Narayan, 2000), la pobreza (Forni y Nardone, 2005; Forni, Siles y Barreiro, 2004), por mencionar solo algunos de ellos.

Acerca del tercer tipo de estudios de capital social que se enfocan en los tipos de relaciones que producen capital social, podríamos distinguir tres perspectivas (Adler y Kwon, 2002). Por un lado, están quienes subrayan las relaciones entre individuos o grupos en el interior de una colectividad (Coleman, 1998; Putman, 1993). Por el otro, se encuentran quienes localizan el capital social por fuera de lo comunitario (Burt, 2000; Granovetter, 1973; Portes, 1999). Por último, se distinguen quienes consideran la relevancia de ambas dimensiones — interna o externa — (Woolcock, 1998).

La perspectiva reticular que asocia el capital social a la existencia de una red de relaciones estables ya se hallaba en las primeras aproximaciones sociológicas al concepto de la mano de Pierre Bourdieu. En “Notas provisionarias” (1980), define tal noción como

el conjunto de recursos actuales o potenciales ligados a la posesión de una red durable de relaciones más o menos institucionalizadas de inter-conocimiento y de inter-reconocimiento; o, en otros términos, a la pertenencia a un grupo, como conjunto de agentes que no sólo están dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos mismos), sino que también están unidos por vínculos permanentes y útiles. (Bourdieu, 2013, p. 221)

En un sentido similar, Trigilia lo define como

un conjunto de relaciones sociales de las que un sujeto individual (por ejemplo, un empresario o un trabajador) o un sujeto colectivo (público o privado) puede hacer uso en cualquier momento. La disponibilidad de este capital relacional en forma de recursos cognitivos — como información — o recursos normativos — tales como confianza — permite a los actores alcanzar objetivos que, de otro modo, no podrían ser alcanzados, o que solo podrían ser obtenidos de forma individual con un coste mucho mayor. (2001, p. 430; traducción propia)

De esta manera, el capital social constituye un recurso de las personas para la acción individual o colectiva que deriva de la pertenencia a redes formales o informales de interacción social.

Al retomar la propuesta de Woolcock (1998), que realiza un análisis del capital social en relación con su importancia en el proceso de desarrollo local, cabe destacar, como parte de su estudio, la distinción de los niveles —micro y macro— como clave para analizar las redes que involucran a una institución en particular. La singularidad del presente proyecto radica en que se añade una dimensión relacional entre estos niveles que se asocia al rol de los “mediadores sociales”.

El nivel micro remite a aquellas redes de relaciones que se establecen a nivel local entre la diversidad de agentes públicos y privados, individuales y colectivos que pertenecen e intervienen en el propio ámbito espacial, es decir, en ciertos pueblos o parajes rurales. Involucra aquellas relaciones que tienen lugar entre miembros de una “comunidad” que, si bien trascienden el grupo de pertenencia, se dan dentro de ese espacio local y contiguo.

En el presente estudio, se concibe el ámbito local como una dimensión espacio-territorial que no necesariamente se corresponde con un corte jurisdiccional municipal específico, sino que más bien constituye un espacio heterogéneo en el cual se interrelacionan actores e instituciones de diverso matiz y jurisdicción. Resulta posible distinguir una sociedad local cuyos marcos de pertenencia espacial se hallen en los pueblos y parajes rurales, así como en una sociedad extensiva, en referencia a la población dispersa que habita en el campo, distante pero en conexión y vinculación con las instituciones arraigadas físicamente en los pueblos.

A la par de los vínculos que se desarrollan en el nivel micro<sup>1</sup>, el nivel macro da cuenta de aquellos lazos entre la sociedad civil (asociaciones y demás formas de articulación de intereses) con el Estado (organismos y entidades públicas), así como con entidades no gubernamentales, públicas o privadas, que pertenecen y actúan en instancias por fuera de lo local. La externalidad de los vínculos es clave en función de la posibilidad de acceder a una serie de recursos ausentes en el nivel local.

En el afán de articular el nivel micro y el nivel macro, es preciso remitirse al rol que asumen organizaciones de la sociedad civil e instituciones locales en el interior de las redes de relaciones. Este es el caso de los *mediadores sociales*, agentes que intervienen en las redes vinculando dominios diferenciados y distanciados entre sí. Su participación en las redes de relaciones propicia la dinámica reticular entre los diversos agentes sociales, que se interconectan y permean en diferentes estructuras institucionales (Cowan Ros, 2007; Nussbaumer y Cowan Ros, 2012). A partir del lugar estratégico que asumen en el interior de las redes, estos mediadores logran conectar y vincular el nivel micro — asociado a un espacio local específico — con el nivel macro. Así, promueven la consolidación de espacios de encuentro de universos sociales diferenciados, es decir, brindan una cierta porosidad a los límites de cada uno de los espacios que se encuentran (Nussbaumer & Cowan Ros, 2012).

La noción de mediador social nutre el sentido de red al reconocer y jerarquizar las posiciones y funciones de los diversos agentes que intervienen en el entramado social. El agente que actúe como mediador — individual o colectivo — en este afán de poner en contacto aquello que no está vinculado asumirá la representación de una parte sobre la otra, y viceversa (Wolf, 1956). Esto coloca a los mediadores en una posición ambigua y contradictoria, pero clave en el control de bienes materiales y simbólicos (Nussbaumer y Cowan Ros, 2012). En este sentido, tal espacio de mediación define la estructura reticular al ubicar a los mediadores en una posición estratégica de poder respecto de ambos espacios de representación y, al mismo tiempo, distribuye al resto de los actores (nodos) de modo desigual, en función del acceso a los recursos que por la red circulan.

Ahora bien, en la presente investigación se hace foco únicamente en relaciones de tipo externas, si bien se contempla la presencia de relaciones densas y cercanas dentro de las redes, que sin dudas suceden en el interior de las comunidades rurales entre miembros de un mismo grupo de pertenencia o familia, definidas generalmente como “capital social de nexos” (*bonding social capital*). Las relaciones de tipo externas son aquellas que se dan entre agentes de universos sociales diferenciados: para este trabajo, puntualmente, se trata de las relaciones que involucran a los CEPT, tanto dentro del espacio-territorio

como por fuera de él. Esto supone dar cuenta de la relevancia de la externalidad para acceder a colectivos de pertenencia o referencia distintos al propio y, en consecuencia, a otros recursos (Falk y Kilpatrick, 2000; Lozares *et al.*, 2011). Este tipo de ligaduras no son heredadas, sino que se adquieren en el devenir de las mismas prácticas institucionales: resultan claves para mejorar las oportunidades reales, ya que se constituyen en una fuente concreta de recursos adicionales (humanos, físicos y financieros), de ideas y de comprensión de reglas y procedimientos para beneficiarse de oportunidades del mundo más amplio (Kilpatrick, Field y Falk, 2003).

En razón de lo anterior, y siguiendo los aportes de la Universidad Estatal de Michigan (Robison, Siles y Smith, 2003, en Forni, Siles y Barreiro, 2004), es posible distinguir dos tipos de lazos: de vínculo (*linking social capital*) y puente (*bridging social capital*). El capital social de vínculo se encuentra presente en relaciones medianamente estrechas y, en la mayoría de los casos, se basa en puntos de coincidencia adquiridos por prácticas conjuntas, proximidad geográfica o pertenencias institucionales semejantes. Estas se fundan en la horizontalidad de los lazos establecidos entre agentes equivalentes socialmente (Adler y Kwon, 2002; Forni, Siles y Barreiro, 2004). La relevancia de estas relaciones estriba en su potencialidad para ampliar los recursos simbólicos, como información y conocimiento. La fuente de estos vínculos siempre es adscripta; sin embargo, se funda en la empatía, el respeto y mutuo reconocimiento.

A diferencia del anterior, el capital social puente se encuentra presente en aquellas relaciones que surgen entre entidades (individuales o colectivas) que se hallan en diferentes posiciones jerárquicas dentro de la estructura social. Determinado por la posesión de recursos disímiles, este tipo de vínculo vertical permite el acceso a instituciones y al poder, lo que beneficia materialmente a quienes se enlazan con colectivos disímiles (Forni, Siles y Barreiro, 2004). En algunos casos, pueden asociarse a actividades clientelares o benéficas.

### **El abordaje metodológico de las redes de promoción del capital social**

La metodología de la presente investigación es de carácter cualitativo. En correspondencia con los objetivos planteados, este tipo de estrate-

gia metodológica permite incorporar en el análisis una mirada holística que contemple la propia subjetividad de los actores que componen el objeto de estudio. En términos de Kirk y Miller (1991), la relevancia de la investigación cualitativa reside en que se constituye como una tradición particular en las ciencias sociales que depende, fundamentalmente, de la observación de la gente en su propio territorio y de la interacción con ellos en su propio lenguaje y en sus propios términos. Es un tipo de estudio que produce hallazgos y puede ser referido a la vida de las personas, sus experiencias, comportamientos, emociones y sentimientos, tanto como al funcionamiento organizacional (Strauss y Corbin, 1998).

De forma más específica, el abordaje del problema de investigación se basa en un *estudio de caso múltiple integrado* (*embedded multiple case study*) (Stake, 1995; Yin, 1984). La utilización de esta estrategia permite alcanzar una comprensión densa del caso en su contexto, especialmente cuando las fronteras entre el contexto y el fenómeno no son evidentes. Asimismo, dado que en la zona delimitada hay 8 CEPT, la metodología mencionada permite incorporar las diversas unidades de análisis.

La lógica detrás del estudio de caso múltiple está guiada por la noción de que estudiar diversos casos de un mismo fenómeno permitirá corroborar, cualificar o extender los conocimientos hacia un campo mayor. Baxter y Jack (2008, citado en Theiler, 2012) señalan como beneficio principal del estudio de caso integrado la capacidad de iluminar el caso a través del análisis en el interior de cada subunidad de forma separada o conjunta (*cross-case analysis*).

Como se indicó en la introducción, los Centros Educativos para la Producción Total constituyen el objeto de estudio del presente proyecto. En la actualidad, la provincia de Buenos Aires cuenta con 35 establecimientos de esta modalidad insertos en distintas zonas productivas. Si bien la provincia puede asumir múltiples regionalizaciones, nos centramos en la propuesta de Gorenstein, Napal y Olea (2007), quienes toman como dimensiones el “tipo de zona productiva” y el “grado de ruralidad” para distinguir ocho zonas agroproductivas: núcleo agrícola del norte, mixta del noroeste, mixta del centro, noeste, ganadera de la cuenca del Salado, mixta del centrosur, mixta del suroeste y de riego y ganadera árida del sur.



En correspondencia con el estudio de caso múltiple integrado, y como también fue planteado con anterioridad, la *unidad de análisis* de la presente investigación corresponde a los CEPT ubicados en la zona ganadera de la cuenca deprimida del Salado. La definición por esta región productiva de la provincia se funda en sus mismas particularidades. Por un lado, ha sido una de las zonas más perjudicadas por el avance de la sojización, el aumento del valor de la tierra y la no evolución de la producción de las carnes rojas, a partir de lo cual se ha reconfigurado en los últimos años su perfil productivo. Por el otro, es una zona con una estructura social compleja e importantes niveles de desigualdad. Tales rasgos sociales y productivos determinan que el propio trabajo institucional de las escuelas que residen en esta zona asuma características específicas que son importantes de revelar.

En concordancia con la delimitación geográfica que definimos, nos encontramos con los siguientes casos: CEPT nro. 1 (Colonia El Salado, General Belgrano), CEPT Nro. 5 (Miranda, Rauch), CEPT Nro. 8 (Espigas, Olavarría), CEPT Nro. 28 (La Unión, General Guido), CEPT Nro. 28 (Pablo Acosta, Azul), CEPT Nro. 36 (La Barrancosa, Saladillo) y CEPT Nro. 37 (Rosas, Las Flores) (ver mapa 1).



El muestreo que se realizó fue de carácter intencional con el objetivo de que los distintos casos seleccionados aportaran a las preguntas que guiaron la investigación. Por ello, los criterios para seleccionar las instituciones educativas consistieron en que fueran CEPT ubicados en la región de la cuenca deprimida del Salado y que, simultáneamente, contaran, al menos, con una cohorte de egresados<sup>1</sup>.

Para la reconstrucción del entramado social que configuran los CEPT, se tomaron como *unidades de recolección de datos*, por una parte, actores que actúan a nivel local en los CEPT, y, por otra, representantes de instituciones de nivel meso y macro que participan como nodos de las redes de promoción del capital social. La selección de los actores entrevistados se realizó de forma estratégica con el afán de alcanzar tanto una representación acabada de los CEPT como una reconstrucción de la red de relaciones de promoción de capital social que establecen tales centros con actores locales, municipales, regionales, provinciales y nacionales.

El objetivo de las entrevistas a actores de las instituciones educativas fue reconocer la heterogeneidad de perspectivas de las personas involucradas, así como también analizar las prácticas institucionales educativas y participativas. Para ello, se avanzó recurriendo a organizaciones y entidades de nivel meso y macro, a fin de conocer los modos en que se constituyen los vínculos de estas con las escuelas y con la FACEPT (Federación de Asociaciones de Centros Educativos para la Producción Total).

A partir de allí, se continuaron recorriendo las escuelas de la región, articulando con el análisis de los datos hasta alcanzar la saturación teórica (Eisenhardt, 1989; Glasser y Strauss, 1967), es decir, el momento en que las categorías de análisis comenzaban a aclararse y definirse teóricamente y las entrevistas en sí ya no aportaron nuevos elementos.

<sup>1</sup> Este último filtro se definió en función de que algunas herramientas del programa CEPT se desarrollan especialmente en los últimos tres años del secundario. Esto determinó que se excluyeran del estudio de caso múltiple aquellos ubicados en La Barrancosa y en Rosas, debido a que la resolución para su surgimiento fue en el año 2011 y, al momento del trabajo de campo, contaban con dos o tres años desde su funcionamiento.

Como resultado del trabajo de campo, se distinguió para cada una de las unidades de análisis un complejo entramado de relaciones entre actores heterogéneos por las cuales circulan una diversidad de recursos. A partir de allí, se clasificaron los distintos tipos de actores en entes gubernamentales (de jurisdicción municipal, provincial y nacional), instituciones educativas (generalizando escuelas, centros de formación profesional, universidades), empresas y productores locales, instituciones locales (juntas vecinales, centros culturales, clubes), familias del CEPT y población dispersa.

En función de los tipos de actores que se vinculan con los CEPT, se definió cuál era el nivel de pertenencia, esto es, si aquellos lazos se suceden dentro del propio ámbito espacial —local y contiguo—, o bien lo trascienden y logran configurarse redes con un nivel macro, poniendo en contacto universos sociales diferenciados. De este modo, se reconoció el nivel micro y macro dentro del análisis relacional.

Seguidamente, a partir de nuestro marco teórico, se indagó en el tipo de lazo que vincula a los actores, reconociendo el carácter vertical u horizontal de los vínculos que establecen los actores entre sí. Por último, se reconocieron los distintos recursos que median estas relaciones y que, simultáneamente, forman parte de las prácticas institucionales orientadas a la promoción del desarrollo local. En función de estos elementos, se elaboró una tipología de redes de promoción del capital social, donde se distinguen cuatro tipos: burocrático-administrativas; de aprendizaje; productivo-económicas y socioespaciales.

Las redes burocrático-administrativas son aquellas que, si bien se insertan y manifiestan en la espacialidad, se consolidan por fuera de lo local. Se refieren a aquellas interacciones que tienen lugar entre la sociedad civil y entidades de un ámbito social y político diferenciado, como el Estado u organizaciones de tipo no gubernamentales, que pertenecen a una jurisdicción municipal, provincial, nacional o internacional. En nuestro caso, estas se vinculan al anclaje territorial que asumen las políticas sociales en esta región de la provincia de Buenos Aires, lo que determina un tipo de articulación asimétrica y vertical.

Las redes de aprendizaje son aquellas que, aunque se insertan y manifiestan en un territorio específico, se consolidan tanto por fuera como por dentro de un espacio-territorio particular. Se refieren a las

interacciones que ocurren entre la sociedad civil e instituciones educativas y de formación, como universidades, otros CEPT, o bien, espacios de prácticas profesionalizantes. La particularidad de este tipo de redes radica en que, por ellas, circula un capital social de vínculo, debido a puntos de coincidencia adquiridos por tener perfiles institucionales semejantes, más allá de los diversos niveles de formación, lo que permite consolidar lazos horizontales (Adler y Kwon, 2002; Forni, Siles y Barreiro, 2004).

Las redes económico-productivas, en este proyecto, son las que se insertan y manifiestan en un territorio específico, dentro del nivel definido como micro. Se refieren al entramado de interacciones que se establecen entre diversos actores de sociedad civil y actores individuales y colectivos pertenecientes a un ámbito económico y productivo; en este caso, empresas agroindustriales y agropecuarias y productores individuales ubicados en la región cercana a cada CEPT. La particularidad de este tipo de redes es que, por ellas, circula un capital social puente: por la posesión o no de bienes materiales y económicos, el recurso que se moviliza genera una estructura asimétrica dentro de las relaciones (Forni, Siles y Barreiro, 2004).

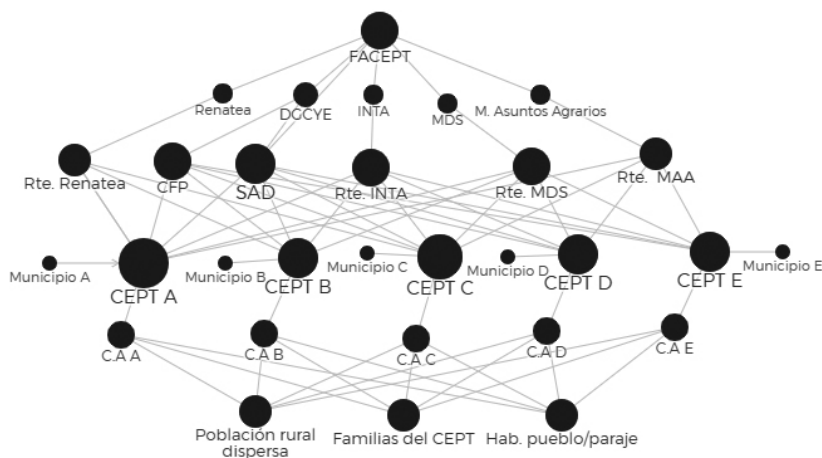
Por último, las redes socioespaciales son aquellas que se tejen entre actores sociales ubicados en un mismo espacio geográfico. La particularidad de estos lazos estriba en un tipo de capital social, de vínculo, que tiene como punto de coincidencia adquirido la pertenencia a un mismo espacio-territorio, más allá de que el actor que forme parte de la red sea de un tipo u otro —instituciones educativas como el CEPT, centros culturales, organizaciones vecinales, vecinos particulares—.

A causa de este sentido de pertenencia respecto de un pueblo o paraje rural, se consolidan lazos fundados en la proximidad, la confianza, el respeto y el mutuo reconocimiento. En este caso, la principal potencialidad que asumen estas relaciones socioespaciales se funda en su capacidad de movilizar recursos materiales y simbólicos que actúan en pos del bienestar común de los habitantes. En un sentido “putniano”, este tipo de redes constituye un bien público que se orienta a contribuir al bienestar general (Putnam, 1993). No es estrictamente una propiedad privada de la cual se beneficia algún actor en particular, ni es apropiable o aprovechable por algún segmento social

específico, sino que puede tener efectos positivos desde el punto de vista de toda la sociedad local (Piselli, 2003).

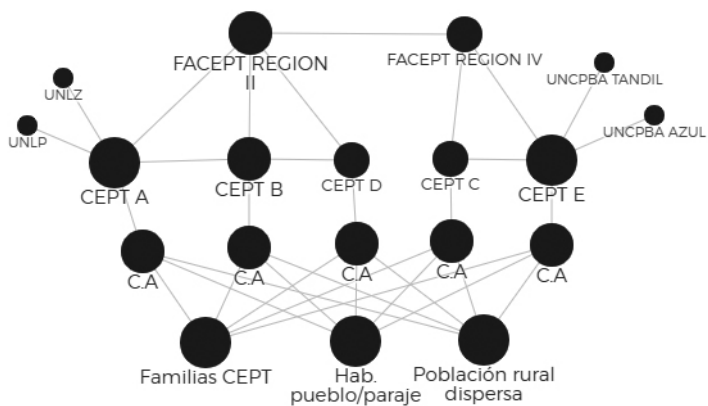
A modo de síntesis, podemos señalar que las distintas redes de relaciones definidas se distinguen una de otra por los recursos que circulan en su interior, por el tipo de actores que monopoliza estos recursos, por el modo en que se conectan los niveles micro-macro y por la respectiva contribución que realice a la promoción del desarrollo local en el espacio-territorio concreto.

**Gráfico 1. Redes burocrático administrativas**



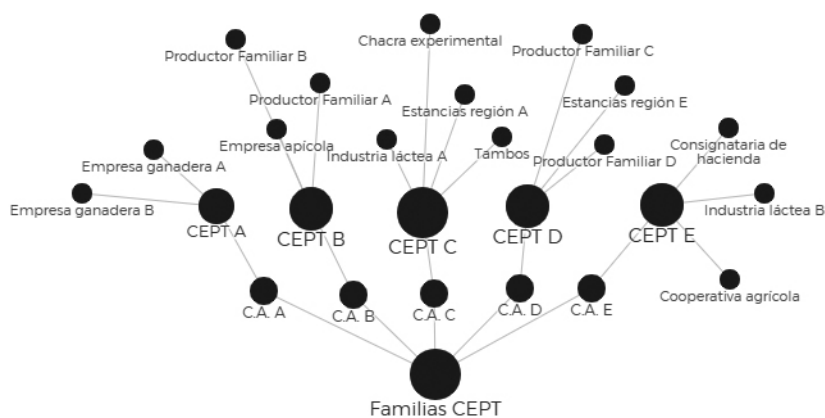
Fuente: Elaboración propia.

**Gráfico 2. Redes de aprendizaje**



Fuente: Elaboración propia.

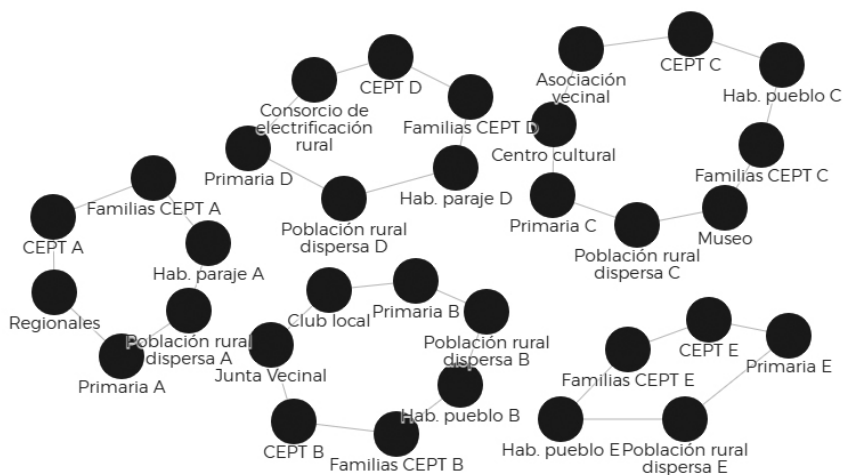
**Gráfico 3. Redes económico-productivas**



Fuente: Elaboración propia.



### Gráfico 4. Redes socioespaciales



Fuente: Elaboración propia.

### El territorio y las redes de promoción del capital social

Tal como se señaló, la presente investigación se centró en el estudio de aquellos CEPT ubicados en la cuenca deprimida del río Salado. Esta región productiva se caracteriza por ser una de las zonas económicamente más “débiles” de la provincia por sus propias características geográficas y productivas, así como también por poseer una estructura social extremadamente desigual como consecuencia de la configuración de un vulnerable mercado de trabajo.

Desde nuestra perspectiva de análisis, la cuenca del Salado y sus respectivos pueblos y parajes constituyen el espacio-territorio que se define por poseer determinadas características geoecológicas y recur-

sos naturales. Es el área donde se producen determinados bienes y donde se suceden determinadas relaciones afectivas y de identidad entre un grupo social específico y ese espacio concreto. Es decir, se refiere a un espacio tangible con una serie de atributos materiales (Altschuler, 2013; Raffestin, 1993).

Santos (1996) sugiere referirse al “espacio banal” como “el territorio de todos, frecuentemente contenido en los límites del trabajo de todos” (p. 128). Es el espacio donde se trabaja, se vive, se practica la cotidianidad. Es un espacio concreto y continuo, es el ámbito de la contigüidad, la vecindad. Es un territorio zona, porque refiere a un área con continuidad espacial. Este espacio localizado permite contextualizar el abordaje y revelar los tipos de actores que conforman el entramado social que atraviesa a las escuelas, los recursos y el tipo de estrategias desplegadas.

Sin embargo, entendemos que el territorio que conforman las distintas redes antes señaladas trasciende el espacio físico concreto. En consonancia con Claude Raffestin (1993), enfatizamos la diferencia que existe entre espacio y territorio, en tanto el primero antecede al segundo y, más aún, “el territorio” es una “producción” a partir del “espacio”, que, dadas las relaciones sociales que implica, “se inscribe en un campo de poder” (Altschuler, 2013; Raffestin, 1993).

Con ello, nos remitimos al concepto de “territorio”, asociado al ejercicio de poder y a la red de “relaciones entre capacidades diferenciales para transformar, producir e imponer acciones y voluntades, sea bajo resistencia o no, bajo conflicto o no” (Manzanal, 2014, p. 33). Como señala Manzanal (2014), resulta preciso reconocer que la producción social del espacio es un resultado del ejercicio de relaciones de poder.

En este sentido, y siguiendo la propuesta de Manzanal (2014), tomamos la definición de Lopes de Souza (1995), quien entiende al territorio como “el espacio definido y delimitado por y a partir de relaciones de poder” (p. 78). Por ello, es un espacio que se modela tanto por la articulación de actores —individuales o colectivos— como por la posesión o no de determinados recursos materiales o simbólicos. Esto configura una determinada red de relaciones, es decir, un territorio en particular.

A partir de esta conceptualización del territorio, y en función de nuestro objetivo de investigación, nos centramos en el modo en que estas relaciones de poder operan sobre un sustrato referencial específico, es decir, espacialmente, en los distintos CEPT que analizamos. Lopes de Souza (1995) define este proceso de “espacialización”, en su sentido material, como “territorialidad”, en referencia a las relaciones de poder espacialmente delimitadas.

Esta conceptualización, no implica que las relaciones de poder se ejerzan necesariamente a través de actores o sujetos localizados efectivamente en dicho espacio. Estas relaciones de poder pueden darse a través de actores y sujetos ubicados por fuera de dicho territorio, desde otro espacio físico o desde el espacio virtual. En el caso que analizamos, las grandes corporaciones, los *pools* de siembra, las familias, el Estado nacional, entes gubernamentales, municipios, alumnos, alumnas, docentes, vecinos, generan un entramado particular al definir y redefinir distintos territorios y territorialidades en un espacio concreto de acuerdo al modo en el que circula el poder en estas redes de relaciones. Así, “lo que existe, casi siempre, es una superposición de diversos territorios, con formas variadas y límites no coincidentes, y por si fuera poco, contradicciones entre las diversas territorialidades” (Lopes de Souza, 1995, p. 94).

Este es el principal aporte de la mirada reticular del concepto de “capital social, en vinculación con el desarrollo, en tanto permite visibilizar los distintos territorios y territorialidades que atraviesa la experiencia CEPT. La potencialidad de las diversas redes que conforman un entramado territorial es que permite movilizar recursos de tipo simbólico, económico, materiales, culturales, para mejorar la calidad de vida de la población a partir de la utilización y potenciación de estos mismos capitales que se movilizan.

### **La dimensión temporal y las redes de promoción del capital social**

La contextualización temporal es otra dimensión clave para reconstruir un entramado de relaciones, en tanto define los tipos de actores que se movilizan, a la vez que configura un universo diferencial de posibilidades según la coyuntura política y económica. En nuestra investigación, el análisis en términos históricos y contextuales es fundamental, ya que

permite, en primer lugar, definir cuáles son los actores que conforman las distintas redes de relaciones que establecen los CEPT, en segundo lugar, indagar el rol y la función que asumen en el interior de estas y, por último, distinguir los recursos que se movilizan allí.

El trabajo de investigación analiza las redes de promoción del capital social que se consolidaron en el período histórico de 2008-2015, al cual denominamos posneoliberal<sup>2</sup>. La demarcación de esta etapa se funda en que constituye un momento histórico de cambio del modelo de desarrollo nacional. Esta transformación estuvo ligada al pasaje de un Estado ausente a uno presente, con capacidad de articular las demandas de una sociedad civil resquebrajada y fragmentada. Si bien acentúa y profundiza el modelo productivo ligado a los poderes trasnacionales, se diferencia en que los excedentes fueron canalizados de modo diferente al modelo neoliberal, al dirigirse hacia la sociedad civil con el objeto de brindar certezas y rearticular las demandas en un proyecto inclusivo de desarrollo en manos del Estado y no a la merced de los poderes trasnacionales.

El importante desarrollo que han tenido las redes burocrático-administrativas en los CEPT debe comprenderse en el marco del período posneoliberal. El gobierno nacional, que actuó en el período histórico de 2003-2015, desplegó una multiplicidad de planes y programas sociales de corte universal y con un importante alcance territorial. Así, se fue tejiendo un importante entramado de instituciones autárquicas y gubernamentales en el campo que permitió movilizar recursos y bienes de los más variados tipos.

En los casos investigados, se pudo constatar cómo el Estado distribuyó recursos económico-productivos y culturales que permitieron que muchos pobladores rurales se beneficiaran. Dentro de este juego de distribución de beneficios, en su calidad de mediador, el CEPT actuó como canalizador de estos programas, representando, al mismo tiempo, a la sociedad civil y al Estado.

<sup>2</sup> El término *posneoliberal* fue acuñado por Emir Sader (2008, citado en García Delgado y Chojo Ortíz, 2006) para remitirse a una nueva etapa que se inicia en América Latina de la mano de gobiernos progresistas que enfatizan en la revalorización del Estado (activo y presente), de los derechos sociales, de la política y del accionar estatal de carácter inclusivo.

Con relación a las redes de aprendizaje, también el contexto histórico fue clave. Las universidades nacionales fueron receptoras de importantes fondos durante el período considerado. Esto permitió, en muchos casos, desarrollar una mayor cantidad de programas dentro del área de extensión de las facultades y, de esta forma, acercarse a los CEPT para la articulación en proyectos compartidos de capacitación y formación.

Asimismo, el período analizado constituye un elemento determinante para todos los CEPT. A partir de las políticas educativas del gobierno nacional, se expandieron y multiplicaron las escuelas en distintos partidos de la provincia donde no había una oferta de alternancia hasta el momento. Por lo tanto, contribuyó a la constitución de un nuevo entramado social en el ámbito rural.

### **El rol del investigador en el análisis reticular**

La particularidad de las ciencias sociales es que nosotros, los investigadores, formamos parte del mundo social objeto de nuestro estudio. Por ello, durante el proceso de investigación, interactuamos, observando y participando con aquellos a quienes “analizamos” en un contexto y tiempo determinado, lo que nos constituye como parte del objeto.

A lo largo del trabajo de campo, como indica Burawoy (2018), el diálogo y la interacción tanto entre la teoría y los datos como entre la participación y la observación implicaron un proceso complejo de articulación entre la empírea y las distintas conceptualizaciones teóricas, así como entre la propia subjetividad frente a los datos. Desde el autoanálisis (Bourdieu, 2006), es decir, desde la práctica reflexiva, el trabajo de campo movilizó un conjunto de cargas personales, afectos y emociones que fueron restituidas y revisadas a lo largo del proceso de investigación. Si bien, inicialmente, el apego emocional fue parte del impulso en el trabajo de campo, ligado a la empatía con la vulnerabilidad y con el compromiso social y político de los CEPT, posteriormente, resultaron experiencias que tuvieron que desandarse, para despejar el dato de lo emocional y, así, pensar críticamente el objeto de estudio. Por ello, el proceso de investigación y sus respectivas etapas tuvieron un carácter no lineal dada la recursividad constante entre el diseño y la práctica.

A partir de una serie de operaciones reflexivas, se reformularon los objetivos iniciales para alcanzar una mayor comprensión del caso. En un inicio, el proyecto tenía como objetivo analizar las prácticas institucionales orientadas a la promoción del desarrollo local rural. No obstante, a lo largo del recorrido que involucró el trabajo de campo, aparecieron instituciones y actores que de manera similar acompañaban estas experiencias en distintos puntos de la provincia de Buenos Aires. Esto nos condujo a pensar la perspectiva reticular como un posible marco teórico que comprenda al fenómeno en su complejidad y que, simultáneamente, dé cuenta del amplio entramado de relaciones que involucra a los CEPT.

### **La amalgama teórica en los estudios rurales**

En el presente capítulo, se expone una parte importante de un estudio más amplio que tiene como objetivo analizar las redes de promoción del capital social para el caso de los CEPT en la zona de la cuenca deprimida del río Salado y su relación con procesos de desarrollo local. Específicamente, en este texto nos centramos en analizar y desglosar de forma analítica la perspectiva reticular que guió el abordaje de este caso en particular.

Por un lado, desarrollamos los conceptos teóricos transversales al proyecto de investigación, en especial, en lo que refiere al “capital social” y sus respectivas categorías de análisis. La exposición se sustentó en una variedad de antecedentes que fueron problematizados hasta configurar la perspectiva reticular e instrumental del capital social que enfatiza el tipo de relaciones que se promueven tanto dentro de un colectivo determinado como por fuera de él con su capacidad de movilizar distinto tipo de capitales. En este análisis de las redes se incorporó el concepto de “mediador social”, en referencia a aquellos agentes que vinculan dominios diferenciados.

En un momento posterior, nos referimos al abordaje metodológico de las redes de promoción del capital social, en el que explicitamos el tipo de estudio, las unidades de análisis y recolección de datos. Asimismo, se presentó una tipología de esas redes divididas en redes burocrático-administrativas, redes de aprendizaje, redes económico-productivas y redes socioespaciales. Esta estrategia permitió organi-

zar los tipos de vínculos y lazos que establecen los CEPT con actores del nivel micro y macro y, a la vez, revelar el modo en que actúan estos entramados en contextos sociales diferenciales, en función de las consecuencias sociales, políticas y económicas.

Por último, como señalamos oportunamente, entendemos que estas redes no pueden ser abordadas como una entidad abstracta, aislada del entorno. Estas solo pueden comprenderse en relación con su contexto espacial e histórico, es decir, como un proceso social que se inserta dentro de una coyuntura específica. Por ello, distinguimos el modo en que estas redes se vinculan con la dimensión espacial y temporal, en tanto definen los tipos de actores que interactúan, los recursos que circulan a través de ellas y el grado de autonomía de los actores, así como su respectivo impacto en las prácticas institucionales orientadas a promover el desarrollo local.

El abordaje de este problema de investigación desde una perspectiva reticular involucró un complejo proceso de análisis y selección de diversas teorías para elaborar un marco teórico con conceptos y operacionalizaciones de diferentes ámbitos y paradigmas. Así, el propio objeto de investigación en su contexto nos invitó a indagar en distintos campos disciplinares: en estudios educativos rurales para acercarnos a la experiencia CEPT; en la geografía rural para reconocer las diversas concepciones en torno al territorio y al espacio físico donde se insertan estas escuelas; en la sociología desde el análisis del capital social y las redes; y, por último, en los estudios de desarrollo local en relación con el impacto de estas instituciones en lo local.

Esta amalgama producto de la fusión, la recombinación y el cruzamiento de especialidades y fragmentos de campos disciplinares disímiles constituye uno de los principales hallazgos del proyecto (Gimenez, 2004). Esto ubica a este estudio en la frontera de distintas especialidades, es decir, no abarcando disciplinas completas, sino sectores específicos de estas en el afán de comprender al caso de los CEPT en su contexto.

## Referencias bibliográficas

- Adler, P. S., y Kwon, S. W. (2002). Social Capital: Prospects for a New Concept. *The Academy of Management Review*, 27(1), 17-40.
- Altschuler, B. (2013). Territorio y desarrollo: aportes de la geografía y otras disciplinas para repensarlos. *Theomai*, (27-28), 64-79.
- Bourdieu, P. (2006). *Autoanálisis de un sociólogo* (T. Kauf, Trad.). Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2013). *Las estrategias de la reproducción social* (A. B. Gutiérrez, Trad.). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Burawoy, M. (2018). Prefacio. En J. I. Piovani y L. Muñiz Terra, L. (Coords.), *¿Condenados a la reflexividad?* (pp. 12-15) Buenos Aires: Biblos.
- Burt, R. (2000). The network structure of social capital. *Preprint for a chapter in Research in Organizational Behavior*, 22, 1-83. Recuperado de: <http://faculty.chicagobooth.edu/ronald.burt/research/files/NSSC.pdf>.
- Coleman, J. (1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *American Journal of Sociology*, 94, 95-120.
- Cowan Ros, C. (2007). De la producción de capital social a la proyección de luchas simbólicas en el territorio. Estudio de caso de la Puna y Quebrada de Humahuaca. En M. Manzanal, M. Arzeno y B. Nussbaumer (Comps.), *Territorios en construcción* (pp. 225-253). Buenos Aires: Ciccus.
- Durston, J. (2000). ¿Qué es el capital social comunitario? *Serie Políticas Sociales CEPAL*, (38). Recuperado de: [https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5969/S0007574\\_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y](https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/5969/S0007574_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y)
- Durston, J. (2003, enero). Capital social, parte del problema, parte de la solución [ponencia]. Conferencia En busca de un nuevo paradigma: capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe, Santiago de Chile.
- Eisenhardt, K. M. (1989). Building Theories from Case Study Research. *Academy of Management Review*, 14(4), 532-550.
- Falk, I., y Kilpatrick, S. (2000). What is social capital? A study of interaction in a rural community. *Sociologia ruralis*, 40(1), 87-110.



- Forni, P., y Nardone, M. (2005). Grupos solidarios de microcréditos y redes sociales: sus implicancias en la generación de capital social en barrios del Gran Buenos Aires. *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 9(5), 1-25.
- Forni, P., Siles, M., y Barreiro, L. (2004). ¿Qué es el Capital Social y cómo Analizarlo en contextos de Exclusión? [documento de trabajo]. Julián Samora Research Institute. *JSRI*, (35), 1-16.
- García Delgado, D., y Chojo Ortíz, I. (2006). Hacia un nuevo modelo de desarrollo. Transformación y reproducción en el posneoliberalismo. En D. García Delgado y L. Nosetto, *El desarrollo en un contexto posneoliberal* (pp. 39-70). Buenos Aires: Ciccus.
- Gimenez, G. (2004). Pluralidad y unidad de las ciencias sociales. *Estudios sociológicos*, 22(65), 267-282.
- Glaser, B., y Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory*. Nueva York: Aldine Publishing Company.
- Gorenstein, S., Napal, M., y Olea, M. (2007). Territorios agrarios y realidades rururbanas. Reflexiones sobre el desarrollo rural a partir del caso pampeano bonaerense. *Revista Eure*, 33(100), 91-113.
- Granovetter, M. (1973). The Strength of Weak Ties. *American journal of sociology*, 78(6), 1360-1380.
- Kilpatrick, S., Field, J., y Falk, I. (2003). Social Capital: An Analytical Tool for Exploring Lifelong Learning and Community Development. *British Educational Research Journal*, 29(3), 417-433.
- Kirk, J., y Miller, M. (1991). *Reliability and Validity in Qualitative Research*. California: Thousand Oaks, Sage Publications.
- Lopes de Souza, M. (1995). O territorio: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento. En I. De Castro, P. da Costa Gómez y R. Lobato Correa (Organizadores), *Geografia: conceitos e temas*. Río de Janeiro: Bertrand Edit.
- Lozares, C., López Roldán, P., Verd, J. M., y Martí, J. (2011). Cohesión, Vinculación e Integración sociales en el marco del Capital Social. *Redes. Revista hispana para el análisis de redes sociales*, 20(1), 1-28.
- Manzanal, M. (2014). Desarrollo. Una perspectiva crítica desde el análisis del poder y del territorio. *Realidad Económica*, (283), 17-48.

- Nussbaumer, B., y Cowan Ros, C. (2012). *Mediadores sociales*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Piselli, F. (2003). Capital social: un concepto situacional y dinámico. En A. Bagnasco, *El capital social. Instrucciones de uso* (pp. 53-88). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Portes, A. (1999). Capital Social: Sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna. En J. Carpio e I. Novacovsky (Comps.), *De Igual a Igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales* (pp. 243-266). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Putman, R. (1993). The Prosperous Community: Social Capital and Public Life. *American Prospect*, (13), 35-42.
- Raffestin, C. (1993). *Por una geografía do poder* (M.C. França, Trad.). San Pablo: Ática.
- Santos, M. (1996). *De la Totalidad al Lugar* (M. L. Silveira, Trad.). Barcelona: Oikos-Tau.
- Stake, R. (1995). *Investigación con estudios de caso* (R. Fiiella, Trad.). Madrid: Ediciones Morata.
- Strauss, A., y Corbin, J. (1998). *Basics of Qualitative Research. Techniques and Procedures for Developing Grounded Theory*. California: Thousand Oaks, Sage Publications.
- Theiler, J. (2012). A shared story of successful Spanish Learning: An embedded multiple case study. *Open Access Theses and Dissertations from the College of Education a Human Science, Paper 150*, University of Nebraska.
- Trigilia, C. (2001). Social capital and local development. *European journal of social theory*, 4(4), 427-442.
- Wolf, E. (1956). Aspect of group relations in a complex society. *American Anthropologist*, 58(6), 1065-1078.
- Woolcock, M. (1998). Social Capital and Economic Development: Toward a Theoretical Synthesis and Policy Framework. *Theory and Society*, 27(2), 151-208.
- Woolcock, M., y Narayan, D. (2000). Implications for Development Theory, Research, and Policy. *The Work Bank Research Observer*, 15(2), 225-249.
- Yin, R. (1984). *Case Study Research. Design and Methods*. California: Thousand Oaks, Sage Publications.



# Políticas sociales de endeudamiento. Aportes conceptuales para un abordaje relacional

Tomás Nougués

## Introducción

La creciente preponderancia de las finanzas en las actuales dinámicas socioeconómicas es un diagnóstico compartido por un amplio espectro de analistas que estudian las relaciones entre las finanzas, la economía y la sociedad (Mader, Mertens y Van der Zwan, 2019). Desde el último cuarto del siglo pasado, el crecimiento del sistema financiero internacional superó exponencialmente al de las economías vinculadas a la producción y el consumo (Sassen, 2006). No solo se multiplicó el volumen del dinero y las transacciones en las plazas financieras, sino que las finanzas consolidaron su capacidad de influir sobre los resultados de otras esferas, como la producción, el consumo, el bienestar y la cultura en general. En este sentido, la centralidad de las finanzas en las sociedades occidentales se pone en evidencia con la relevancia que adquieren más allá del ámbito de la economía corporativa, así como también en la esfera política, los sistemas de bienestar y las prácticas cotidianas de los hogares (Knorr Cetina y Preda, 2006).

Ahora bien, si lo que se busca es captar la complejidad del entramado que se genera con la extensión de las fronteras financieras hacia nuevos ámbitos de la vida social, se debe abandonar la imagen de las finanzas como el reino de los grandes mercados de valores donde gigantes multinacionales, despiadados fondos de inversión e histriónicos corredores de bolsa recurren a enormes pantallas, derivadas inentendibles y una flota de dispositivos de comunicación para cerrar operaciones millonarias. Esta imagen, recurrente en los medios de comunicación y consagrada cinematográficamente por películas como *El lobo de Wall Street* (Scorsese, 2013), solo retrata una parte del cuadro. No es suficiente con examinar las plazas bursátiles y sus operaciones a escala global, sino que es necesario expandir el rango de análisis y

desplazar el foco de atención de los mercados concentrados a la heterogeneidad de las prácticas financieras.

A finales del siglo pasado, Hertz (1998) advirtió que la adopción de una perspectiva sociológica sobre las finanzas no debería sustentarse en lo que pueden decir las ciencias sociales sobre los mercados y las prácticas financieras; por el contrario, debería preguntarse qué revelan los mercados financieros sobre la vida social. Tomando esta premisa como puntapié, el presente capítulo pretende contribuir a desenredar los intrincados vínculos entre deuda, crédito y políticas sociales en las sociedades capitalistas contemporáneas. Si bien esta tríada es objeto de reflexión de numerosos analistas (Dettano, Sordini y Chahbenderian, 2019; Fine, 2012; Mertens, 2017, entre otros), el capítulo busca mostrar que la adopción de una perspectiva relacional del crédito permite captar y analizar aspectos novedosos de las dinámicas de financiarización contemporáneas y, en particular, del proceso de financiarización de la política social a través del estudio del caso de la Argentina.

### **Hoja de ruta**

El objetivo principal de este capítulo consiste en trazar lineamientos conceptuales para un abordaje relacional de la deuda que permita trasladar el foco de atención de las relaciones entre las transferencias monetarias y las prácticas financieras populares hacia el ámbito de las políticas asistenciales. Se encuentra inscripto en mi proyecto de tesis doctoral, titulado *Entre la deuda y la inclusión. Un análisis de las transformaciones de la política asistencial de Argentina (1983-2019)*. La tesis da cuenta de las transformaciones acontecidas en el ámbito de la política asistencial de la Argentina desde la recuperación de la democracia hasta el fin del mandato de Mauricio Macri en diciembre de 2019.

En resumidas cuentas, reconstruye el proceso de financiarización de la política asistencial y distingue etapas en función de la relación establecida entre la asistencia social y el mundo de las finanzas. Tal proceso de financiarización, definido por su carácter lento y gradual pero incremental, habilitó el surgimiento de una nueva modalidad de programas sociales cuya principal característica es la incorporación de instrumentos financieros, especialmente el crédito, como he-

herramienta central de la asistencia pública. Este nuevo dispositivo de intervención social del Estado institucionaliza, legitima y potencia el uso del crédito como herramienta, trasladando la relación de deuda financiera al seno de la asistencia social<sup>1</sup> (Nougués, 2020).

En esta línea, el capítulo indaga sobre un aspecto inexplorado de la financiarización de la política social nacional: el establecimiento de una *relación de deuda* entre el Estado-acreedor y el destinatario-deudor, producto de la incorporación del crédito como herramienta de la asistencia social. Las investigaciones disponibles sobre el tema se focalizan en dos aspectos centrales. Por un lado, se encuentran numerosos estudios que demuestran el activo papel desempeñado por el Estado neoliberal en la garantía de las condiciones de acumulación de capital a través de la expansión de la industria de la pobreza y la explotación de poblaciones excedentes (Mader, 2015; Soederberg, 2014). Por el otro, con el impulso adquirido por la sociología del crédito en Latinoamérica, surge un conjunto de trabajos que analizan los programas de transferencia condicionada de ingresos, destacando el papel que cumplen en la expansión de la demanda interna el incremento de la bancarización y la vinculación de los sectores populares con los mercados financieros formales e informales (Wilkie, 2014).

La perspectiva aquí propuesta reúne lo que en los otros enfoques es tratado por separado: las políticas sociales y la oferta de créditos. El hecho de abordar los programas sociales en tanto dispositivos que median las relaciones entre los agentes estatales y los destinatarios permite aplicar una aproximación relacional que se concentra en las implicancias prácticas de lo que denomino *políticas sociales de endeudamiento*, es decir, aquellos programas sociales que emplean el crédito

<sup>1</sup> Por motivos de espacio, escapa a este capítulo la posibilidad de dar cuenta del proceso histórico de intensificación de los vínculos entre finanzas y asistencia social. Una de las principales características de este proceso consiste en la lenta pero progresiva preponderancia que el crédito adquiere en el esquema de política asistencial nacional, por la que llega a ser institucionalizado como un componente central del esquema socioasistencial del Estado durante los primeros años de la gestión kirchnerista. Una vez institucionalizado, comenzó un proceso de expansión del crédito a nuevas áreas de la asistencia social que buscan atender necesidades sociales heterogéneas, como el consumo y la vivienda. Para más detalle sobre el proceso histórico de financiarización de la política asistencial de la Argentina, ver Nougués (2020).

para atender las necesidades de los sectores populares que no se inscriben en relaciones salariales o financieras formales.

La metodología utilizada es cualitativa y exploratoria. Su principal objetivo consiste en delinear un esquema teórico-analítico capaz de abordar las políticas sociales de endeudamiento. Tomando como base el caso de la Argentina<sup>2</sup>, se realizó una revisión crítica de la bibliografía experta disponible que aborda los cambios y continuidades en los modelos de política asistencial. Asimismo, se analizaron las correspondientes leyes, normativas, diseños programáticos y documentos estatales sobre las políticas y programas, así como los informes, investigaciones y publicaciones de organismos y actores nacionales e internacionales competentes. Con este corpus, se identificaron los principales rasgos del proceso de financiarización y se recolectaron los elementos necesarios para construir la categoría de políticas sociales de endeudamiento.

El capítulo cuenta con dos apartados centrales. En el primero, introduzco los principales aspectos necesarios para abordar el crédito en tanto relación social, es decir, como una relación de deuda asimétrica entre un acreedor y un deudor. Empleando la perspectiva del trabajo de producción relacional de Zelizer, problematizo la noción de crédito y analizo las distintas dimensiones e implicancias de esta relación de poder. En el segundo, vinculo el abordaje relacional del crédito con el análisis de las políticas socioasistenciales con el fin de explorar el rol que en ellas cumplen los instrumentos financieros. En el último, presento una definición de las *políticas sociales de endeudamiento* junto a un análisis de su dimensión material, moral y performativa.

<sup>2</sup> Si bien la propuesta surge del estudio en profundidad del caso argentino, su potencialidad de aplicación no se circunscribe a dichas fronteras nacionales. La literatura experta da cuenta de la masificación de políticas sociales y asistenciales basadas en el crédito a nivel internacional. En el caso de la Argentina, las *políticas sociales de endeudamiento* están orientadas al trabajo, el consumo y el mejoramiento habitacional. En otros países de la región latinoamericana, se registra una mayor variedad de aspectos cubiertos por estos programas. Por ejemplo, al caso de Chile y Brasil, se le suman la salud y la educación (González López, 2018; Lavinas, 2017).

## **Hacia un abordaje relacional del crédito: el trabajo de producción de las relaciones de deuda**

La perspectiva relacional desarrollada por Zelizer (2005, 2011, 2012) provee herramientas analíticas para estudiar la constitución de actividades económicas que resultan productivas para superar el abordaje del crédito como una simple transacción económica entre partes iguales. Más allá de los casos concretos analizados por la autora<sup>3</sup>, el quid de su propuesta radica en relacionar determinadas prácticas económicas con formas particulares de vinculación personal que requieren de un constante trabajo relacional para establecer sus condiciones, límites y sentidos. Si aplicamos este esquema al crédito, se vuelve posible captarlo como una relación social particular que llamamos relación de deuda. En este sentido, la adopción de una perspectiva relacional permite romper con los abordajes que toman al capitalismo como una realidad ya constituida de forma homogénea, tendiendo a mistificar el mundo financiero. Por el contrario, apunta a comprender los modos en que las finanzas son realizadas, es decir, la forma en que son constituidas como una realidad social a través de múltiples discursos y prácticas cotidianas (Aitken, 2007).

De acuerdo con Zelizer (2005), el *trabajo relacional* es una actividad creadora que las personas o grupos llevan a cabo para establecer, mantener, negociar, transformar o terminar relaciones interpersonales en todas las arenas de la vida social. Para poder efectuar un trabajo relacional, es necesario combinar una serie de elementos que

<sup>3</sup> Una parte destacable de la obra de Zelizer se dedica a explorar las formas en que las personas resuelven sus “vidas conectadas” a través de la conexión entre prácticas económicas y vínculos personales. Según la autora, las personas trabajan duramente para generar correspondencias entre las actividades económicas y sus relaciones íntimas. En ese sentido, la relación entre economía e intimidad no es casual, sino que existen vínculos entre determinadas actividades económicas y formas particulares de vinculación en la intimidad (Zelizer, 2005, 2011). Por ejemplo, la autora muestra cómo las diferentes formas de relación íntima (matrimonio, pareja estable, noviazgo informal o encuentro casual) se relacionan con distintas prácticas económicas. Mientras resulta esperable y habitual que un matrimonio comparta una cuenta bancaria o bienes patrimoniales, no se espera lo mismo de una pareja que recién comienza un noviazgo o dos personas que mantienen encuentros ocasionales (Zelizer, 2012).



componen lo que la autora denomina el *paquete relacional*. Aplicado a las transacciones económicas, el paquete relacional se compone de cuatro elementos que están presentes en todas las actividades económicas: 1) *lazos sociales distintivos* entre los individuos o grupos involucrados en una actividad económica; 2) una *serie de transacciones económicas* que involucran interacciones y prácticas sociales concernientes al intercambio de bienes y servicios; 3) *medios de transacción* que representan el derecho a acceder a bienes y servicios; y 4) *sentidos negociados* en torno al entendimiento que las personas y grupos tienen sobre las relaciones, transacciones y medios involucrados.

El trabajo relacional consiste, entonces, en la combinación significativa de las relaciones, los tipos de transacciones y los medios involucrados en las interacciones interpersonales. Las características específicas de una actividad económica variarán en función de la combinación que se haga entre los factores mencionados (Zelizer, 2012). Este concepto suele ser empleado para comprender cómo se produce el intercambio económico desde una perspectiva microfundada (Bandelj, 2012). No obstante, Zelizer (2012) resalta la importancia de ampliar el alcance de la perspectiva que ella misma inició, buscando explorar sus potencialidades más allá de las relaciones interpersonales a una escala microsocia. Aplicar el concepto de trabajo relacional a las relaciones crediticias permite superar la imagen ampliamente difundida del crédito como un instrumento financiero con neutralidad técnica. Por el contrario, permite aprehender el crédito como una relación social que supone un activo trabajo de establecimiento, mantenimiento y negociación de límites y clasificaciones sociales que se estructuran en torno al par acreedor/deudor.

Al igual que el resto de las actividades económicas, las prácticas crediticias también requieren de un constante trabajo relacional de producción y mantenimiento que se sustenta en las relaciones entre individuos o grupos, cuyas interacciones dan forma y contenido a las transacciones financieras. En el caso particular del que nos ocupamos, el trabajo relacional está orientado a producir clasificaciones sociales y expectativas recíprocas estructuradas en torno al par acreedor/deudor que conforman la relación de deuda. La especificidad de los actores que se posicionan en los polos de la relación de deuda debe

ser atendida, ya que tiene fuerte implicancia en los términos de sus vínculos. Como afirma Lazzarato (2013),

La deuda son las finanzas desde el punto de vista de los deudores que deben devolverla. El interés son las finanzas desde el punto de vista de los acreedores, propietarios de títulos que les garantizan la obtención de un beneficio con la deuda. (p. 28)

El paquete relacional que configura las relaciones de deuda tiene características específicas que deben ser exploradas para captar las particularidades de esta relación social. En primer lugar, los *lazos sociales* que se generan en una transacción crediticia están configurados como una relación de intercambio estructurada en torno al par acreedor/deudor. Al suceder en el ámbito del intercambio, el crédito aparece como un intercambio entre partes que libremente pautan los términos contractuales que se expresan en las tasas de interés. Pero, lejos de constituir una relación natural de intercambio o de funcionar como un mero instrumento técnico del sistema financiero, el crédito es un complejo constructo social cargado de tensiones resultantes de las relaciones entre una multiplicidad de actores con intereses, procedencias y recursos distintos. El crédito es una relación de poder asimétrica que se sustenta en la relación de deuda establecida entre un acreedor, propietario del capital, y un deudor, prestatario del capital (Lazzarato, 2013).

Las relaciones de deuda no funcionan con la lógica de un intercambio igual entre partes libres, sino que, por el contrario, se sostienen sobre una lógica del desequilibrio que produce un diferencial de poder entre los polos de la relación. Por un lado, el acreedor detenta la propiedad del capital que pone a circular en forma de crédito, obteniendo ganancias por los intereses resultantes de las operaciones de préstamo efectuadas en las condiciones contractuales que él fija. Por el otro, el deudor, al no ser propietario del capital, solicita al acreedor dinero que percibirá en forma de ingresos. Luego, deberá devolver el dinero prestado con intereses de acuerdo a los montos y plazos fijados por el acreedor. La asimetría entre las partes radica en que el crédito es una forma de exteriorización de los costos y riesgos por parte del acreedor, quien los delega al deudor, responsabilizándolo (Lazzarato, 2013).

En segundo lugar, la relación de deuda se efectúa a través de *transacciones económicas* de carácter financiero. En el caso que nos compete, las transacciones consisten en operaciones de préstamo de dinero entre partes en el marco de un contrato, implícito o explícito, que fija los términos y condiciones del intercambio en materia de montos, plazos, intereses, comisiones y punitorios. A diferencia de las relaciones laborales tradicionales, este tipo de prácticas económicas no se sustentan sobre la explotación directa de la fuerza de trabajo. Por el contrario, son un instrumento que permite la extracción de los excedentes secundarios mediante la apropiación de parte de los ingresos de los trabajadores pobres que deben acceder a créditos caros para solventar sus costos de supervivencia.

Las transacciones se producen entre múltiples actores con distintos grados de formalidad e inserción en el mercado financiero (bancos públicos y privados, ONG, instituciones de microfinanzas, cooperativas de crédito, compañías de *fintech*, etc.) e individuos y hogares. La amplitud del rango de instituciones y prácticas financieras permite alcanzar sectores que tradicionalmente quedaban excluidos de los mercados financieros por carecer de ingresos demostrables o garantías reales que pudieran respaldar las operatorias financieras. La proliferación de lo que podría llamarse “finanzas aptas para todo público” permitió el acceso masivo de los sectores populares a los mercados financieros, de modo tal que se produjo una integración de múltiples espacios sociales informales en diferentes facetas del mercado capitalista, pero sin incluirlos dentro de las relaciones capitalistas tradicionales (Soederberg, 2012).

El *medio de transacción* empleado es el crédito, el cual permite la realización de un intercambio peculiar debido a las características particulares que tiene este instrumento financiero. El crédito permite la ejecución de una relación financiera en la cual se intercambia dinero por compromisos. Básicamente, una operatoria crediticia consiste en la entrega de dinero al contado, por parte del acreedor, a cambio de la obligación de pago a futuro del deudor, de acuerdo a los términos establecidos contractualmente. El intercambio consiste en la entrega de capital en función del cálculo del rendimiento del trabajo a futuro. En este sentido, las relaciones de deuda tienen una temporalidad espe-

cífica que se materializa en el vínculo entre pasado, presente y futuro (Peebles, 2010). Esta temporalidad, contenida en el crédito, se extiende desde la petición del préstamo hasta la cancelación del último compromiso de pago. El inicio de la relación se configura sobre las bases de acumulación pasada de las partes que constituyen al poseedor del capital como acreedor y al no propietario como deudor. El presente de la relación es el tiempo en el que se observa el desarrollo del crédito, mientras que el futuro consiste en el rendimiento del trabajo que, desde el punto de vista del deudor, se traduce en su capacidad de pago; y, desde el punto de vista del acreedor, constituye la apropiación sobre el trabajo ajeno cuyo rendimiento es la fuente de ganancias.

Las transacciones crediticias generan, así, un *sentido negociado* en el marco de las expectativas que están estructuradas en forma de una relación de deuda. El crédito y la deuda no son fenómenos sociales diferentes, sino que forman parte de una misma relación social diádica indisoluble (Peebles, 2010). La contracara del crédito es la deuda, ya que toda transacción crediticia implica el compromiso de devolución, por lo tanto, instituye una deuda que debe ser saldada. La deuda involucra una moral específica que se sustenta sobre la *promesa* de reembolsarla y la *culpa* de haberla contraído. El deudor es libre de contraer deudas, pero debe ajustarse a las pautas de comportamiento (ingresos, gastos, empleo, consumo, etc.) compatibles con el reembolso. Es decir, el deudor debe ajustar sus comportamientos de manera tal que pueda lidiar con los compromisos derivados de la exteriorización de costos y riesgos que efectúa el acreedor (Lazzarato, 2013). Estas acciones delimitan los marcos de calculabilidad y comportamientos esperados sobre los que negocian los acreedores y deudores.

Dado que el intercambio es realizado sobre un cálculo de lo incalculable, esto es, el comportamiento a futuro del deudor (Peebles, 2010), el acreedor desarrolla distintas estrategias orientadas a la reducción de los riesgos resultantes de una operación cuyo rendimiento depende de un cálculo sobre acontecimientos y comportamientos futuros. Por un lado, realiza una evaluación económica respecto a la capacidad de repago del deudor para asegurarse que podrá reembolsar el capital con intereses según los plazos establecidos. Por el otro, se efectúa una evaluación moral del deudor a fines de establecer su

voluntad de pago, es decir, de sondear su compromiso con el cumplimiento de las obligaciones contraídas. Asimismo, la relación de deuda se consagra mediante un contrato, ya sea de naturaleza formal o informal, que establece los términos y condiciones del intercambio: el plazo en el cual debe cancelarse la deuda, el interés, la frecuencia y monto de las cuotas, las comisiones y los punitivos en caso de atraso o incumplimiento de las obligaciones. El hecho de que el acreedor detente una posición de poder frente al deudor no implica que necesariamente este último respete los términos del contrato ni se ajuste a los marcos de calculabilidad y pautas de comportamiento. Por el contrario, el deudor puede desplegar un abanico de estrategias para disminuir o evadir las penalidades por el incumplimiento de los términos contractuales. Sin embargo, el margen de maniobra de los deudores no invalida el hecho de que las relaciones de crédito están estructuradas sobre un principio de desequilibrio que dota de mayor poder al acreedor.

Si bien la participación de los individuos en los mercados financieros se efectúa de manera libre y voluntaria, los sectores populares lo hacen en el marco de una coerción estructural basada en la necesidad de recurrir al crédito para la obtención de medios de subsistencia en contextos de pobreza, subempleo o desempleo. El involucramiento en las relaciones de deuda, particularmente en sus versiones más contemporáneas, como las microfinanzas, supone que los deudores releguen sus hábitos culturales y redes sociales para actuar bajo los parámetros establecidos por el mercado, notoriamente orientados a su individualización y responsabilización (Karim, 2011). Estas tensiones ponen de manifiesto la naturaleza contradictoria y ambigua de la deuda, que puede entenderse, por un lado, como un medio de desposesión económica y de control moral y, por el otro, como un medio de empoderamiento en tanto permite el acceso a bienes y servicios necesarios que, de otro modo, difícilmente podrían ser adquiridos (Elyachar, 2005).

### **Del mercado a la asistencia pública. El crédito como herramienta de los programas sociales**

Teniendo en cuenta lo abordado hasta el momento, resulta claro que el crédito no es un instrumento neutral que puede ser extrapolado del

sistema financiero al ámbito de las políticas sociales, purgándolo de sus implicancias materiales, morales y performativas. Por el contrario, es una relación de poder asimétrica entre un acreedor y un deudor que se despliega temporalmente en los marcos del contrato establecido. En este sentido, la adopción del crédito como herramienta de la política asistencial no puede reducirse a una simple incorporación de un instrumento financiero al repertorio de herramientas de intervención social del Estado, sino que trae consigo saberes, lógicas y valores propios del mundo financiero.

La política social no se limita a la provisión directa o indirecta de bienes y servicios, garantizando el acceso a quienes no logran conseguirlo por su inserción laboral. Por el contrario, sostiene distintas formas de relación con los mercados y, en particular, con los mercados financieros (Schelkle, 2012). La literatura especializada da cuenta tanto del estatuto adquirido por el crédito como de las principales funciones que desempeña en el marco de las políticas sociales. Respecto a su estatuto, los analistas reconocen dos formas de utilización (Mertens, 2017). Por un lado, puede servir como un *medio* para la política social, efectivizado a través de programas públicos de provisión de créditos de bancos estatales o mediante el subsidio estatal de las tasas de interés. Por ejemplo, los programas de crédito hipotecario que incorporan un subsidio estatal que permita reducir la carga de deuda sobre los hogares de menores ingresos. Por el otro, puede funcionar como un *sustituto* de la política social clásica, como sucede cuando el crédito al consumo es utilizado por los hogares para acceder a bienes y servicios sociales que no logran costear con sus ingresos corrientes. Los analistas sostienen que la falta de sistemas de bienestar durables y de tipo universalista se asocia con la necesidad de los hogares de recurrir a prácticas financieras para satisfacer sus necesidades y protegerse de los eventuales riesgos (Gerba y Schelkle, 2013).

Respecto a las funciones que cumple, Logeman (2012) destaca tres. La primera función es la provisión temporal de redes de contención. En este caso, los préstamos aseguran los ingresos necesarios para satisfacer las necesidades cotidianas en ausencia de otras fuentes de ingresos. Por ejemplo, el crédito puede ser una fuente de ingreso que reemplace momentáneamente los ingresos laborales en situaciones

provisorias de desempleo. La segunda función es el amortiguamiento del consumo. Aquí, el desembolso de dinero permite compensar el consumo a lo largo del ciclo de vida, ya que el préstamo de dinero en la actualidad se da en función de la capacidad de pago proyectada a futuro. En estos casos, el crédito puede servir como un sustituto de programas de transferencia directa, como las asignaciones familiares. La tercera función es el impulso de la movilidad social. Aquí, el acceso a determinados tipos de crédito puede permitir el acceso a bienes y servicios que se asocian con una movilidad social ascendente, por ejemplo, las políticas de crédito hipotecario social que permitan acceder a una vivienda propia o los créditos educativos que permiten afrontar los costos de una educación superior.

Ahora bien, el uso del crédito no se limita al ámbito clásico de las políticas sociales que buscan intervenir en el campo de la salud, la educación y la vivienda. Por el contrario, la globalización del movimiento mundial de las microfinanzas (Bateman, 2010; Roy, 2010), la institucionalización del microcrédito como herramienta de los programas de lucha contra la pobreza (Elyachar, 2002; Weber, 2002) y el reciente giro hacia la inclusión financiera (Mader, 2017) potenciaron la incorporación de instrumentos financieros en el seno de la política socioasistencial. En particular, el crédito se consolidó como una herramienta legítima de los programas sociales que no responde al estatuto del crédito como *medio* o *sustituto* propuesto por Mertens ni se reduce a las funciones detectadas por Logemann. A diferencia de lo abordado por estos enfoques, me concentro en la incorporación del crédito como *herramienta* de los programas sociales dirigidos a los sectores populares que no tienen acceso a los mercados laborales o financieros formales.

### **Las políticas sociales de endeudamiento**

La perspectiva delineada hasta el momento puede ser empleada para captar y explorar la dimensión relacional de las políticas sociales al poner en relieve que el crédito es una relación social de deuda que se establece entre el acreedor, en este caso representado por el Estado, y el deudor, constituido por los destinatarios de estos programas. Al desplegar una perspectiva relacional, las *políticas sociales de endeudamiento* pasan a un primer plano, ya que son el dispositivo que permi-

te materializar la relación de deuda. Esto es así en cuanto funcionan como mediadores que formatean las relaciones entre los agentes estatales y los destinatarios.

En este sentido, las *políticas sociales de endeudamiento* son dispositivos que vehiculizan instrumentos, técnicas, conceptos, lenguajes y valores que popularizan la racionalidad económica propia del mundo financiero. El surgimiento y masificación de las políticas sociales de endeudamiento expanden las fronteras materiales, las lógicas morales y los saberes financieros hacia territorios sociales inexplorados y nuevos sectores poblacionales, por ejemplo, jóvenes desempleados de sectores populares que hallan serias dificultades para insertarse en los mercados laborales y financieros formales (Nougués, 2019).

Esta nueva generación de políticas socioasistenciales se distingue de otras formas de intervención social del Estado, tanto anteriores como contemporáneas a ellas (Nougués, 2020). Su especificidad las constituye como un objeto de estudio diferenciado. Este conjunto de políticas no responde a las líneas clásicas de política social, ya que no son políticas estrictamente asistenciales en cuanto no emplean la provisión desmercantilizada de bienes, servicios o subsidios a poblaciones vulnerables. Tampoco forman parte del esquema de la seguridad social clásica porque no distribuyen asignaciones, pensiones ni jubilaciones. Asimismo, tampoco pueden considerarse políticas laborales, dado que no proveen seguros de desempleo, formación profesional o la creación de puestos de empleo. La particularidad de las políticas sociales de endeudamiento es que emplean el crédito como instrumento clave de la intervención social del Estado para atender las necesidades básicas de los sectores populares empobrecidos que no tienen acceso al mercado de trabajo formal, al sistema de seguridad social ni al sistema financiero formal. De este modo, las implicancias asociadas al crédito y el poder social de la deuda son extrapoladas transpoladas al seno de la política socioasistencial.

En lo que respecta a su dimensión material, esta generación de políticas propaga las lógicas financieras hacia una creciente variedad de áreas de la política asistencial que apuntan a atender necesidades de diversos ámbitos de la vida, por ejemplo: producción, consumo y vivienda. La incorporación del crédito al repertorio de instrumentos programáticos expande las fronteras de la valorización financiera del



capital, ya que incorpora a sectores populares, que no se hallan inscritos en relaciones laborales o financieras formales, en relaciones de explotación y extracción de valor secundarias que se instrumentan a través de estrategias de desposesión operadas mediante la provisión de créditos vía programas sociales.

En cuanto a su dimensión moral, las políticas sociales de endeudamiento combinan un componente formativo con un componente regulador. Por un lado, este tipo de programas hace hincapié en la importancia de capacitar a los participantes para construir capacidades empresariales y educarlos financieramente para que gestionen adecuadamente los créditos y manejen exitosamente los riesgos vinculados al endeudamiento. Por el otro, trabajan activamente sobre los prestatarios para garantizar comportamientos morales, económicos y financieros acordes a las necesidades de funcionamiento del programa. Así, promueven un fuerte “trabajo sobre sí mismo” para controlar las prácticas y alinearlas con las exigencias programáticas. El carácter regulador de los programas opera sobre tres aspectos fundamentales: el compromiso moral de los deudores para garantizar el repago del crédito, la regulación del consumo para lograr la sustentabilidad del flujo de fondos de los destinatarios y el control del uso del dinero para asegurar el destino de los préstamos otorgados.

Por último, la dimensión performativa<sup>4</sup> se relaciona con las técnicas de cálculo y contabilidad que se emplean en la operatoria crediti-

<sup>4</sup> La noción de performatividad económica alude a la capacidad que las ciencias económicas tienen no solo de observar la economía, sino de activamente efectuarla, moldearla y formatearla (Callon, 2007). Este mismo argumento aplica para las “leyes de mercado” y el “homo economicus”: el hecho de que no sean naturales ni espontáneos no significa que sean ficciones. Por el contrario, son el resultado histórico del movimiento conjunto de la economía y las ciencias económicas. En este marco, un abordaje sociológico de los fenómenos económicos debe abocarse a comprender los procesos a través de los cuales las personas adquieren las herramientas que les permiten emprender actividades económicas racionales que se asemejan a los modelos consagrados por los economistas (Callon, 2008).

En esa línea, el estudio de la autoayuda financiera de Fridman (2019) muestra que la conformación de una subjetividad económica acorde requiere un progresivo camino de educación financiera y dominio de las herramientas de cálculo y contabilidad necesarias para participar del mundo de las finanzas.

cia. Al incorporar el crédito como instrumento, las políticas sociales de endeudamiento adoptan técnicas específicas de cálculo y contabilidad que están asociadas a la provisión de créditos que operan en dos direcciones. Por un lado, modifican los criterios de elegibilidad y evaluación clásicos de los programas sociales. Los criterios de elegibilidad no se focalizan exclusivamente en poblaciones pobres, pero tampoco son de acceso universal: pueden participar, es decir, recibir un crédito, aquellos que puedan demostrar solvencia y capacidad de repago. Por el otro, la adopción del crédito modifica las formas de cálculo económico y las prácticas de contabilidad de los destinatarios. Al recibir un crédito, los destinatarios de estos programas, devenidos deudores, deben trabajar sobre sí mismos para incorporar técnicas de cálculo y contabilidad específicas que les permitan gestionar las responsabilidades y riesgos asociados al endeudamiento.

### **Conclusiones**

El concepto de relación de deuda tiene notorias potencialidades para abordar el proceso de financiarización de las políticas sociales. Por un lado, desnaturaliza la noción de crédito como un instrumento con neutralidad técnica al postular la deuda como una relación asimétrica de poder entre acreedores y deudores. Esto abre camino al análisis de las implicancias del establecimiento de la deuda como forma de relación entre el Estado-acreedor y el destinatario de las políticas sociales devenido en deudor. Esta relación moldea una nueva generación de programas sociales con características particulares: las políticas sociales de endeudamiento.

Por el otro, el abordaje relacional de la deuda resalta la centralidad que esta adquiere, producto de su poder material, moral y performativo. En esta línea, el crédito es un dispositivo que implica una relación de deuda que es profundamente asimétrica ya que es una forma de exteriorización de los costos y riesgos por parte del acreedor quien los delega al deudor, responsabilizándolo. En este sentido, su adopción como instrumento de las políticas sociales de endeudamiento implica una serie de transferencias del Estado hacia el destinatario que transforman el diseño de los programas sociales. Tres tipos de delegaciones se destacan: transferencia del costo del

programa, delegación de la responsabilidad de su éxito e individualización del riesgo (Nougués, 2019).

En primer lugar, se realiza una transferencia directa, al menos parcial, del costo del programa al beneficiario. Producto de la adopción del crédito, el destinatario debe hacerse cargo de una parte de la estructura de costos del programa. Esto es así, ya que el destinatario recibe un crédito, es decir, una deuda que debe ser devuelta con intereses. De este modo, el destinatario debe devolver al Estado aquello que recibió en concepto de capital más intereses. Así, el destinatario afronta parte de la estructura de costos del programa, ya que debe devolver el monto percibido.

En segundo lugar, se produce una delegación de la responsabilidad del éxito del programa al destinatario. La capacidad de endeudamiento de los tomadores de estos créditos radica en su posibilidad de repago en el plazo acordado. De esta forma, la posibilidad de acceso al crédito depende de la demostración de la voluntad y capacidad de pago del futuro deudor. La capacidad de pago se sustenta en la posibilidad de desarrollar una estructura de ingresos lo suficientemente sólida como para garantizar la devolución del crédito y la subsistencia del deudor. Los destinatarios deben responder a sus obligaciones mediante la administración de recursos escasos provenientes de transferencias estatales o actividades económicas endebles. Así, la responsabilidad de desarrollar un flujo de ingresos sólido es delegada a los tomadores de crédito, y su capacidad real de pago termina determinando el éxito o fracaso del programa.

En tercer lugar, se individualiza el riesgo. La delegación de la responsabilidad del éxito al destinatario conlleva una transferencia del riesgo al individuo. El destinatario debe asumir los distintos riesgos asociados al endeudamiento. En este contexto, debe desarrollar marcos de calculabilidad apropiados para evitar el sobreendeudamiento y la morosidad. La adopción del crédito como instrumento de los programas socioasistenciales aumenta estos riesgos en cuanto introduce una nueva carga de deuda a individuos que suelen estar altamente endeudados, ya que deben recurrir a distintas modalidades de crédito para acceder a bienes y servicios necesarios para su subsistencia.

El abordaje relacional de las políticas sociales de endeudamiento

trae a un primer plano la pregunta por las transformaciones en las formas de relación entre la cara asistencial del Estado y los sectores populares empobrecidos. Las finanzas, particularmente a través del crédito, se establecen como un elemento central del repertorio de intervención social del Estado por su capacidad de morigerar los conflictos sociales establecidos en torno a las pujas distributivas. En esta línea, es posible profundizar las investigaciones en torno a las modalidades de provisión de bienestar en sociedades fuertemente atravesadas por las dinámicas de la financiarización en las cuales el crédito adquiere un carácter no reconocido de política pública (González López, 2018).

### Referencias bibliográficas

- Aitken, R. (2007). *Performing capital: toward a cultural economy of popular and global finance*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Bandelj, N. (2012). Relational Work and Economic Sociology. *Politics & Society*, 40(2), 175-201.
- Bateman, M. (2010). *Why Doesn't Microfinance Work? The destructive rise of local neoliberalism*. Nueva York: Zed Books.
- Callon, M. (2007). What Does it Means to Say That Economics is Performative? En D. Mackenzie, F. Muniesa y L. Siu (Eds.), *Do Economists Make Markets? On the Performativity of Economics* (pp. 311-357). Princeton: Princeton University Press.
- Callon, M. (2008). Los mercados y la performatividad de las ciencias económicas. *Apuntes del CECYP*, (14), 11-68.
- Dettano, A., Sordini, M. V., y Chahbenderian, F. (2019). Social Policies, Conditional Cash Transfer Programs and Types of Indebtedness: Possible Articulations in Twenty First Century Argentina. *Advances in Social Sciences Research Journal*, 6(5), 276-292.
- Elyachar, J. (2002). Empowerment Money: The World Bank, Non-Governmental Organizations, and the Value of Culture in Egypt. *Public Culture*, 14(3), 493-513.
- Elyachar, J. (2005). *Markets of Dispossession: NGOs, Economic Development, and the State in Cairo*. Durham: Duke University Press.
- Fine, B. (2012). Financialization and Social Policy. En P. Utting, S. Razavi y R. Varghese Buchholz (Eds.), *The Global Crisis and Transformative Social Change* (pp. 103-122). Hampshire: Routledge.

- Fridman, D. (2019). *El sueño de vivir sin trabajar. Una sociología del emprendedorismo, la autoayuda financiera y el nuevo individuo del siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Gerba, E., y Schelkle, W. (2013). *The Finance-Welfare State Nexus* (ACES cases, 2013.1). Washington: The American Consortium on EU Studies (ACES).
- González López, F. (2018). Crédito, deuda y gubernamentalidad financiera en Chile. *Revista Mexicana de Sociología*, 80(4), 881-908.
- Hertz, E. (1998). *The Trading Crowd: An Ethnography of the Shanghai Stock Market*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Karim, L. (2011). *Microfinance and its Discontents. Women in Debt in Bangladesh*. Mineápolis: University of Minnesota.
- Knorr Cetina, K. y Preda, A. (2006). *The Sociology of Financial Markets*. Oxford: Oxford University Press.
- Lavinás, L. (2017). *The Takeover of Social Policy by Financialization. The Brazilian Paradox*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Logemann, J. (2012). *The Development of Consumer Credit in Global Perspective*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Mader, P. (2015). *The Political Economy of Microfinance. Financializing Poverty*, Hampshire: Palgrave Macmillan.
- Mader, P. (2017). Contesting Financial Inclusion. *Development and Change*, 49(2), 461-483.
- Mader, P., Mertens, D., y Van der Zwan, N. (2019). Financialization: An Introduction. En P. Mader, D. Mertens y N. van der Zwan (Eds.), *The Routledge International Handbook of Financialization* (pp. 1-16). Nueva York: Routledge.
- Mertens, D. (2017). Borrowing for social security? Credit, asset-based welfare and the decline of the German savings regime. *Journal of European Social Policy*, 27(5), 474-490.
- Nougués, T. (2019). Emprender en la informalidad. Desafíos de la inclusión socio-laboral de los jóvenes de sectores populares en la Argentina contemporánea. En G. Gutiérrez Cham y O. Kaltmeier (Coords.), *¡Aquí los jóvenes! Frente a las crisis* (pp. 135-155). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

- Nougués, T. (2020). Entre la deuda y la inclusión social. Un análisis de la financiarización de la política asistencial (1983-2019). *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, 21(2), 109-139.
- Peebles, G. (2010). The Anthropology of Credit and Debt. *Annual Review of Anthropology*, 39, 225-240.
- Roy, A. (2010). *Poverty Capital Microfinance and the Making of Development*. Nueva York: Routledge.
- Sassen, S. (2006). The Embeddedness of Electronic Markets: The Case of Global Capital Markets. En K. Knorr Cetina y A. Preda (Eds.), *The Sociology of Financial Markets* (pp. 17-37). Oxford: Oxford University Press.
- Schelkle, W. (2012). In the Spotlight of Crisis: How Social Policies Create, Correct, and Compensate Financial Markets. *Politics & Society*, 40(1), 3-8.
- Scorsese, M. (Director) (2013). *The Wolf of Wall Street*. Paramount, Universal.
- Soederberg, S. (2012). The Mexican Debtfare State: Dispossession, Micro-Lending, and the Surplus Population. *Globalizations*, 9(4), 561-575.
- Soederberg, S. (2014). *Debtfare States and the Poverty Industry. Money, discipline and the surplus population*. Nueva York: Routledge.
- Weber, H. (2002). The Imposition of a Global Development Architecture: The Example of Microcredit. *Review of International Studies*, 28(3), 537-555.
- Wilkis, A. (2014). Sociología del crédito y economía de las clases populares. *Revista Mexicana de Sociología*, 76(2), 225-252.
- Zelizer, V. (2005). *The purchase of intimacy*. Princeton: Princeton University Press.
- Zelizer, V. (2011). How Do I Became a Relational Economic Sociologist and What Does That Mean? *Working Paper #5*, Center for the Study of Social Organization, Princeton University.
- Zelizer, V. (2012). *El significado social del dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



# La trama investigativa para comprender la relación Estado - organizaciones campesinas en el Chaco, Argentina<sup>1</sup>

*Jimena Ramos Berrondo*

Los campesinos, remotos, ligeramente arcaicos en el vestir y el hablar, parcos, amantes de expresarse en formas y fórmulas tradicionales, ejercen siempre una fascinación sobre el hombre urbano. En todas partes representan el elemento más antiguo y secreto de la sociedad. Para todos, excepto para ellos mismos, encarnan lo oculto, lo escondido y que no se entrega sino difícilmente, tesoro enterrado, espiga que madura en las entrañas terrestres, vieja sabiduría escondida entre los pliegues de la tierra. (Paz, 1991, p. 42)

## Introducción

El problema central de mi investigación doctoral fue: ¿cómo se configuraron los vínculos entre los dirigentes de las organizaciones de pequeños productores del Chaco y los agentes estatales de la Secretaría de Agricultura Familiar (a nivel nacional y provincial), en el marco de las políticas de desarrollo rural durante el periodo que va desde 1985 hasta 2015? Debido a que la pregunta de investigación trató sobre un fenómeno empírico contemporáneo, opté por elegir como estrategia de investigación un estudio de caso explicativo que permitiera comprender los vínculos entre dirigentes de organizaciones campesinas y agentes estatales a través de múltiples fuentes de evidencia y estrategias de recolección de datos (Yin, 1984): entrevistas en profundidad, observación participante y, en menor medida, análisis documental.

<sup>1</sup> Para la realización del estudio, se contó con apoyo institucional y financiero del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (PIP 112-20150100247-CO) y de la beca posdoctoral en temas estratégicos con lugar de trabajo en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL). Agradezco también el apoyo institucional del IDICSO y de la USAL, que, además de fondos, me proporcionaron seminarios y espacios de discusión y debates teórico-metodológicos que me fueron útiles para mejorar este trabajo.



Mi objeto empírico consistió en una densa trama organizativa compuesta por i) dirigentes campesinos de diversas organizaciones de base localizados en diferentes territorios en la provincia del Chaco: Unión de Pequeños Productores del Chaco (UNPEPROCH), Asociación de Pequeños Productores del Chaco (APPCH), Movimiento Campesinos Poriajhú, Unión de Campesinos Criollos del Impenetrable (UCCI), Unión de Pequeños Productores de Colonia Elisa (UNPEPROCE)<sup>2</sup>; ii) organizaciones de segundo nivel a las cuales adhieren estos dirigentes: Federación de Organizaciones Nucleadas en la Agricultura Familiar (FoNAF), Frente Nacional Campesino (FNC); y iii) técnicos y funcionarios que trabajaron en ONG, el Programa Social Agropecuario (PSA)<sup>3</sup> y la Secretaría de Agricultura Familiar (SAF)<sup>4</sup>. Todos los anteriores han

<sup>2</sup> Todas estas organizaciones fueron creadas a partir de la vuelta a la democracia en 1983 con el apoyo de ONG, como el Instituto de Cultura Popular (INCUPO) y el Instituto de Desarrollo Humano y Promoción Social (INDES), quienes se dedicaron a concientizar a los campesinos sobre su situación y problemáticas, a capacitarlos en diversas áreas y a apoyarlos para conformar organizaciones de base y a reivindicar sus derechos frente al gobierno local y provincial (Ramos, 2018).

<sup>3</sup> Fue implementado en 1993 por la entonces Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación (SAGPyA). Funcionaba con un esquema descentralizado y de política focalizada mediante la promoción de experiencias asociativas para el desarrollo de organizaciones en áreas rurales. Su objetivo era brindar asistencia financiera, apoyo técnico y capacitación para mejorar las actividades productivas y los niveles de ingreso de los pequeños productores (Secretaría de Agricultura Ganadería y Pesca, 2003).

<sup>4</sup> La Subsecretaría de Agricultura Familiar, que luego pasó a ser Secretaría durante 2014, fue creada en 2008, en el marco del conflicto entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y las grandes entidades del agro representadas en la Mesa de Enlace. Este fenómeno coyuntural fue aprovechado por diversas organizaciones de pequeños productores, criollos, chacareros e indígenas de diversas regiones del país (representados en el sector de la agricultura familiar) para negociar con el gobierno nacional algo que ya venían pidiendo desde hacía décadas y que se había vuelto a discutir a partir de su participación en la Reunión Especializada de Agricultura Familiar del Mercosur (REAF) desde 2003, una agencia estatal que atendiera las problemáticas de este sector de manera integral (Berger, 2018a). A partir del cambio de gobierno en 2015, se redujeron drásticamente los apoyos para la agricultura familiar. Esto se expresó en la reducción presupuestal, el despido de personal de la SAF a nivel nacional y en las delegaciones provinciales y el creciente apoyo hacia los productores capitalizados en desmedro de los pequeños productores (Vigil, 2019).

interactuado en el marco de proyectos de desarrollo rural y agricultura familiar desde 1985 hasta 2015. Definir la pregunta de investigación, delimitar el objeto empírico que la comprende (en términos de tiempo y espacio) y elegir la estrategia metodológica involucraron una serie de decisiones. En este sentido, concuerdo con Bourdieu (2012), para quien uno de los principales retos del investigador es tener una mirada fresca y nueva de la realidad, que no se deje sesgar y oscurecer por los fenómenos sociales que se dan por hecho y no se cuestionan. No es fácil esta “conversión de la mirada”, que implica una transformación de la propia visión del mundo de lo social en su totalidad (Becker, 2009; Bourdieu, 2012; Wright Mills, 1959). En el caso de la hechura de mi tesis, implicó varios desafíos sobre los que me gustaría reflexionar en este capítulo, dividido en tres apartados.

En el primero, describo cómo pasé de una perspectiva normativa de las políticas públicas a una interpretativa, donde importa más cómo vivencian los actores las políticas que los recursos entregados o las actividades realizadas que constan en los informes de la Administración Pública. A su vez, el segundo desafío implicó pasar de estudiar las políticas públicas desde un periodo de tiempo coyuntural (los últimos tres o cuatro años) a hacerlo desde una perspectiva histórica, tomando en cuenta las trayectorias biográficas de funcionarios y dirigentes campesinos, sus múltiples roles y la manera en que ambos inciden en su trabajo como funcionarios públicos. El segundo apartado discute el desafío de optar por una perspectiva relacional y acceder a los diferentes espacios donde interaccionan los dirigentes campesinos, funcionarios y técnicos en diferentes niveles y situaciones. Por último, el tercer apartado muestra la importancia de la sensibilidad teórica en el análisis de los datos para comprender los vínculos entre mis informantes clave y el marco teórico elegido.

### **Construcción del objeto de estudio a partir de mi biografía**

El mundo rural y campesino comenzó a interesarme desde que hice mis primeros trabajos de campo en comunidades rurales de la Sierra Huasteca y Zacatecas, México. Recuerdo, todavía, subirme con emo-

ción a la camioneta de redilas<sup>5</sup> que atravesaba los caminos sinuosos de barro, el paisaje verde y montañoso, la tierra colorada, las campanadas de la iglesia, el rico sabor de las tortillas recién hechas y el guajolote en mole<sup>6</sup>. Recuerdo también las personas bailando al compás de la quebradita<sup>7</sup> y las bandas de música que peregrinaban durante las fiestas religiosas y eventos sociales (bodas, bautizos, funerales).

Al igual que Malinowski (1922/1932), poco a poco comencé a interesarme por los asuntos del pueblo y a participar en la vida social y política. Cómo olvidar las numerosas charlas con don Antonio y don Joel, ejidatarios<sup>8</sup> de la tercera edad que me contaban sobre la cantidad de veces que habían ido a la capital para pedir apoyos para el campo, o las reuniones de los ejidatarios dedicados a la siembra del frijol y el chile, en las que se quejaban del abuso de los coyotes (como denominan a los intermediarios), que les compraban su producción a un precio muy bajo. Don Salomón me platicaba de cómo se habían organizado

<sup>5</sup> Así se le conoce en México al transporte utilizado para trasladar ganado en las zonas rurales, el cual sirve, también, para transportar personas en las zonas rurales donde existe una carencia de transporte público.

<sup>6</sup> Las tortillas son parte de la dieta básica de los mexicanos y están hechas con harina de maíz. El “guajolote” es la palabra náhuatl para denominar el pavo. El mole es una comida que data de la era prehispánica que consiste en una salsa de varios ingredientes (cacahuete, almendra, chiles, chocolate) y que se sirve, generalmente, con pollo.

<sup>7</sup> Es una variante musical de la cumbia mexicana surgida de la combinación entre cumbia nacional adaptada y grabada por grupos mexicanos o extranjeros mezclándola con los sonidos propios de las bandas sinaloenses (del estado de Sinaloa, en el noroeste de México), un folclore tradicional y predominante de la zona del Pacífico mexicano a principios de los años 90. Ambos términos se refieren indistintamente tanto al baile como a la música.

<sup>8</sup> Después de la revolución mexicana, la Constitución de 1917, en su artículo 27, estipulaba la restitución de tierras a las comunidades que hubiesen sido despojadas y ordenaba la dotación para los que carecieran de tierras (algunas tierras eran de uso propio, y otras comunitario, ninguna podía venderse, solo heredarse). Este artículo fue reformado en la década del 90 para permitir a los ejidatarios vender las tierras propias, pero no las comunes. En la actualidad, el ejido funciona como estructura de toma de decisión de los ejidatarios que viven en la comunidad y es una entidad política que regula el acceso al territorio y cumple con funciones productivas, económicas, sociales y religiosas (Warman, 1980).

para conformar comités de obras públicas para el desarrollo de Iglesia Vieja (el pueblo del cual era originario), como la pavimentación de las calles principales, la construcción de la escuela primaria, el piso firme para las viviendas y la red cloacal.

Estos numerosos instantes que describo fueron afianzando mi pasión por los campesinos, el deseo de conocer más sobre sus formas de organización y liderazgo, así como sus interacciones con las autoridades políticas en distintos niveles. Fue ahí donde comenzó a intrigarme la manera en que los dirigentes rurales hacían política: las marchas realizadas a la ciudad de México para reclamar apoyos para el campo, las reuniones de los militantes afiliados a diversos partidos políticos, la cantidad de proyectos que gestionaban ante diversas oficinas de gobierno y los múltiples vericuetos que transitaban para resolver sus problemas y los de sus organizaciones. Estos vericuetos iban desde recorrer cientos de kilómetros para llegar a las oficinas del presidente municipal hasta tener que emigrar por temporadas a los Estados Unidos de América (como trabajadores agrícolas o en las fábricas) con el fin de pagar sus deudas, juntar dinero para los estudios de sus hijos, pagar tratamientos médicos, comenzar un emprendimiento agroproductivo o construir una casa para su familia.

Las biografías de don Antonio y don Salomón y tantos otros ejidatarios con los que conviví, sus dificultades y problemáticas están conectadas, como expresa Wright Mills (1959), con el curso de la historia, con transformaciones sociales y políticas más amplias que afectan no solo a México, sino a toda América Latina. Esto pude comprobarlo cuando fui a la Argentina. Gracias a mis estudios de maestría y de doctorado en ese país, tuve la oportunidad de conocer un nuevo mundo rural y campesino, cuyas problemáticas están muy relacionadas con lo que había estudiado en México: la pobreza, la falta de insumos para la producción y la comercialización, la inseguridad jurídica de las tierras, los conflictos por el desalojo de tierras, el impacto del agronegocio y las grandes transformaciones agrarias en los pequeños productores, etc.

La primera vez que escuché sobre el Chaco fue como estudiante de la maestría de Políticas Sociales de FLACSO, Buenos Aires, en la cual me dejaron hacer un trabajo sobre el chagas. Fue así como comencé a interesarme por esta provincia, sus actores sociales y problemáticas.

De esta manera, para mi tesis de maestría decidí elegir un proyecto de desarrollo rural implementado en el Interfluvio Teuco–Bermejito, ubicado en El Impenetrable chaqueño. Ahí tuve la oportunidad de relacionarme con referentes de organizaciones indígenas, criollas, ONG y agentes de diversas dependencias estatales: Instituto de Colonización (IC), Desarrollo Social, Instituto del Aborigen Chaqueño (IDACH), legislatura, intendentes, etc. La tesis de maestría fue un primer acercamiento hacia la problemática rural del noreste argentino (NEA), sus actores clave y reivindicaciones. Los vínculos que establecí con dirigentes de organizaciones y técnicos (de diversas dependencias) me llevaron a seguir conectada a esta provincia, dando cursos, participando en congresos y visitando amigos.

Una tarde de enero del año 2013, un amigo chaqueño me contó que en Resistencia se manifestaron dirigentes de diversas organizaciones del Chaco porque el flamante Subsecretario de Agricultura Familiar a nivel nacional había relevado de su cargo al entonces delegado de la SAF (en la provincia del Chaco), para colocar a uno de sus allegados. Esto, según los dirigentes, rompía con el acuerdo que habían establecido con el Subsecretario según el cual serían consultados ante cualquier cambio que quisiera hacerse en la estructura burocrática.

El hecho anterior, que podía parecer minúsculo, se enmarcaba en un contexto nacional de creciente efervescencia en el que, el 15 de noviembre de 2012, dirigentes de diferentes organizaciones se reunieron con funcionarios de la Subsecretaría de Agricultura familiar en el Congreso de la Nación para debatir sobre un proyecto de Ley de freno a los desalojos<sup>9</sup>. Semanas después hubo una manifestación frente al

<sup>9</sup> Esta ley surgió de la Mesa Coordinadora Nacional, un espacio que se constituyó en oposición a la Mesa de Enlace, en 2008. La ley fue trabajada en el seno de diferentes reuniones y discusiones sostenidas por el Frente Nacional Campesino (FNC), el Movimiento Campesino de la Liberación (MCL), el Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI), la Asamblea Campesina Indígena del Norte Argentino (ACINA) y la Mesa Provincial de Organizaciones de Productores Familiares de Buenos Aires, quienes propusieron la suspensión inmediata de los desalojos y la democratización de los recursos naturales. Sin embargo, surgieron diversos aspectos que dificultaron la aprobación de esta ley. Por un lado, había sido elaborada por dirigentes de organizaciones sin la participación de funcionarios del Ministerio de Agricultura. Por el

Congreso con el objetivo de pedir la aprobación del proyecto de ley y reclamar mayor presupuesto para el sector (Berger, 2018b).

Estos acontecimientos fueron el punto de partida de mi pregunta de investigación: ¿por qué los dirigentes campesinos chaqueños y de diversas provincias del país (nucleados en distintas organizaciones de segundo grado) estaban disconformes a pesar de los avances en la institucionalización de la agricultura familiar (creación de la SAF, espacios de diálogo entre dirigentes y funcionarios a nivel regional y nacional) que comenzaron en 2003 y tuvieron un fuerte impulso de los gobiernos kirchneristas?

Al principio, comencé a interesarme por los cambios y continuidades que se dieron en las políticas de desarrollo rural: en la creación de la Subsecretaría de Agricultura Familiar en 2008, que luego sería elevada al rango de Secretaría de Agricultura Familiar (SAF) (mediante el Decreto 1030/2014, creado por la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner); la elevación del rango de la Secretaría de Agricultura a Ministerio de Agricultura Ganadería y Pesca (MAGyP) en 2009; y en cómo los espacios e instrumentos de políticas públicas (como el Foro Nacional de Agricultura Familiar y la Reunión Especializada de Agricultura Familiar del Mercosur) incidieron en el margen de negociación y canalización de las demandas de los pequeños productores chaqueños.

Asimismo, en las primeras entrevistas realizadas a funcionarios y técnicos a nivel nacional y provincial, me percaté de que todos ellos tenían diferentes perspectivas sobre las políticas de agricultura familiar y desarrollo rural implementadas desde 2008. Esto dependía de la trayectoria de los actores y su militancia o adscripción a ciertos espacios o movimientos políticos que apoyaban (o no) la gestión de gobierno. Desde mi perspectiva, esto evidenciaba el Estado como una arena en disputa donde existe un enfrentamiento entre unidades burocráticas

otro, los funcionarios sostenían que no sería posible convencer a las provincias sobre la aprobación de esta ley (Berger, 2018b). Un aspecto del problema de los desalojos se retomó en la Ley 27118 de Reparación Histórica de la Agricultura Familiar para la construcción de una nueva ruralidad en Argentina (sancionada en diciembre de 2014), que plantea la suspensión de los desalojos por tres años al momento de su entrada en vigencia (art. 19); sin embargo, hasta el momento no ha sido reglamentada.

y agentes estatales por la definición de una cuestión y sus modos de intervención (Oszlak y O'Donnell, 1995).

En suma, durante las primeras entrevistas, observé que la mayoría los agentes estatales entrevistados hacían énfasis en sus trayectorias de vida y justificaban su trabajo en términos de su interés por la temática del desarrollo rural y la agricultura familiar, lo cual no solo se traducía en su trabajo burocrático, sino también en el trabajo militante de antaño o actual ejercido en diferentes organizaciones según su biografía. Hay quienes fueron dirigentes de las Ligas Agrarias Chaqueñas (LACH)<sup>10</sup> y trabajaron con cooperativas de tabacaleros desde mediados de los 60, otros fueron parte de la juventud peronista y trabajaron con campesinos e indígenas o asesoraron a cooperativas de medianos productores capitalizados en la Pampa Húmeda.

Así, en una de las primeras entrevistas que hice, el funcionario comparó la política productiva que proponía para los pequeños productores con el desempeño que tuvieron las LACH, cuya fuerza se basó en ser los principales productores de algodón en la provincia del Chaco. Me dijo que cuando saliera de su oficina podía ver una foto de una concentración de las Ligas Agrarias donde estaba hablando Quique Lovey (quien fue dirigente de este movimiento y posteriormente funcionario público a cargo del tema de tierras y producción agropecuaria), y que lo interesante era que el presidente Lanusse tomara notas mientras el dirigente de las LACH daba un discurso<sup>11</sup>. Esto, en su

<sup>10</sup> Fue una movilización gremial que tuvo lugar en la región del nordeste argentino durante el periodo 1970-1976. Fue llevada a cabo por hijos de colonos rurales (descendientes de inmigrantes europeos) que eran medianos productores y que estaban vinculados a cooperativas. Su principal reivindicación fue defender la producción del algodón (comercialización, precio, insumos), tener representación en los organismos estatales y defender la situación legal de los propietarios de tierra (Roze, 1992).

<sup>11</sup> Lanusse fue presidente de facto de la Argentina durante la dictadura autodenominada "Revolución Argentina". Durante el periodo 1970-1973, hubo diversas manifestaciones y concentraciones en Chaco y otras provincias del norte del país, lo cual obligó a Lanusse a juntarse con productores en el norte del país y motivó que diversas delegaciones de las Ligas Agrarias viajaran a la capital para denunciar la política económica del gobierno que favorecía a los sectores más ricos del campo en aquel momento. En 1976 la zona rural del Chaco fue considerada como subversiva,

opinión, demostraba la fuerza política del movimiento en aquel momento. Además, decía que en el Chaco eran afortunados por contar con dirigentes de las LACH en la función pública y que eso era positivo para el creciente proceso de institucionalización de la agricultura familiar. El Chaco debía ser visto, según él, como “una provincia simbólica” y ejemplar para todo el país.

Mientras dialogaba con los funcionarios sobre las problemáticas coyunturales del mundo rural, siempre se remitían a la historia para profundizar sus explicaciones o para fundamentar las políticas que estaban ejecutando. Cuando llegaron al cargo en la función pública, varios de ellos reivindicaron su pasado militante para construir su reputación en las agencias estatales y movilizar diversas redes de filiación. Sus discursos mostraban una ruptura con la cronología temporal y una conversión hacia lo que eran antes, accionando un repertorio de recursos simbólicos: el honor de su palabra, su reputación y las lealtades en juego en los vínculos preexistentes (Cowan Ros, 2011).

De igual manera, los dirigentes campesinos entrevistados también justificaban su accionar con base en “su recorrido de vida” y las problemáticas que habían atravesado “en carne propia”, desde el desalojo de tierras y la pérdida de su producción, debido a fenómenos climáticos, hasta haber participado en movimientos gremiales y políticos (en defensa de los derechos de los campesinos, indígenas, o pequeños y medianos productores), así como en diversos proyectos promovidos por diferentes agentes: ONG, iglesias, cooperación internacional, etc. El énfasis que los funcionarios y dirigentes campesinos hacían en su trayectoria y la manera en que siempre comparaban las políticas actuales de la SAF con lo que fue el Programa Social Agropecuario (PSA) hicieron que cobrara importancia la dimensión histórica en mi investigación y que considerara que, si estudiaba solamente el periodo coyuntural, no iba a poder comprender con cabalidad lo que sucedía, ni tampoco las rupturas y continuidades que existían en el tiempo.

De igual manera, conocer las trayectorias de mis informantes me hizo tomar conciencia de sus múltiples roles y de la manera en que

y se detuvo a ochenta y cinco personas, entre ellos, al Secretario General del movimiento Osvaldo Lovey (Roze, 1992, pp. 170-174).



estos son desplegados en su trabajo cotidiano. Por ello, empecé a considerar a los actores no solo desde su rol como agentes estatales, sino también, por ejemplo, como militantes o dirigentes de movimientos sociales. Varios de mis sujetos de estudio compartían posiciones múltiples: algunos dirigentes campesinos habían sido o eran funcionarios públicos (en distintos niveles) y algunos técnicos o funcionarios también eran militantes de movimientos sociales o miembros de organizaciones indígenas y campesinas. Esto me generó diversos desafíos metodológicos: ¿bajo qué categoría debía clasificar a aquellos que eran funcionarios o técnicos, pero también dirigentes campesinos que pertenecían a diferentes organizaciones?; ¿debía observar a los sujetos más allá de su trabajo en la SAF, desplegando sus múltiples roles?

Una de las primeras entrevistas que hice a un alto funcionario y militante de un movimiento social me hizo darme cuenta de que era importante que considerara las múltiples posiciones del sujeto (Bailey, 2001) porque todas ellas incidían en su trabajo como agente estatal. En este sentido, Sánchez (alto funcionario de la SAF) explicó que las políticas que ellos ejecutaban se pensaban en el movimiento donde militaba y que era imposible que separara su rol de militante del de funcionario público, pues ambos se complementaban. Pocos meses después, pude acompañar a sus subordinados a hacer visitas a las chacras de los productores, quienes después de su trabajo solían reunirse con sus compañeros militantes para seguir discutiendo nuevas políticas y acciones para implementar en el territorio. Tenían como objetivo “hacer un trabajo político en el territorio” que consistía en formar dirigentes campesinos y convencerlos de que militaran en su movimiento social. También buscaban promocionar la candidatura para un cargo de elección popular de un miembro de su movimiento que apoyaba la agricultura familiar y la economía popular.

En suma, optar por una perspectiva interpretativa e histórica implicó dejar de pensar las políticas de agricultura familiar y desarrollo rural como un proceso objetivo, ordenado y racional para pasar a pensarlas desde las vivencias de los funcionarios, técnicos y campesinos, quienes experimentan la burocracia como un mundo contradictorio donde conviven reglas formales e informales y donde lo político siempre tiñe los procesos técnicos (Borges, 2009; Nuijten, 2003). Sus histo-

rias muestran que, en el campo de la Administración Pública, también existen actores estatales en los márgenes, ya sea porque el presupuesto con el que cuentan es escaso y minoritario al de otras áreas dentro de la misma estructura (por ejemplo, para 2015 solo el 2 % del total del presupuesto del MAGyP estaba destinado a la agricultura familiar [Ministerio de Agricultura Ganadería y Pesca, 2015]) o porque la temática que promueven no es prioritaria en la agenda pública. Agentes estatales y campesinos sabían que luchaban en un contexto político y económico complejo donde, además, se veían perjudicados por las trabas burocráticas que les imponía la normativa de la Administración Pública para hacer su trabajo.

Las trayectorias biográficas de los funcionarios públicos y de los dirigentes campesinos que logré recopilar por medio de treinta entrevistas en profundidad (durante el periodo 2013-2014) me permitieron poder reconstruir la trama organizativa de la cual formaban parte, comprender en qué espacios se habían conocido y cómo a partir de estas redes accedieron a diferentes capitales: capacitaciones en diferentes temas (construcción de vivienda, perforación de pozos, cultivo de huertas, manejo silvopastoril, administración y rendición de cuentas, cultura indígena, derechos humanos y funcionamiento de la Administración Pública estatal); viajes nacionales e internacionales; contactos con funcionarios de alto nivel en la provincia y en la nación; y el acceso a diferentes experiencias que significaron *turning points* en sus trayectorias biográficas (Bourdieu, 1997a), desde haber logrado participar en la escuela de agricultura familiar de Cuba hasta visitar las experiencias del Ejército Zapatista de la Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas y del Movimiento Sin Tierra (MST) en Brasil.

### **Optando por una perspectiva relacional**

El motivo de haber elegido la perspectiva relacional obedeció a diversas razones. En primer lugar, mis iniciales revisiones de la literatura me mostraban que había una predominancia de estudios sobre las características, reivindicaciones y formas de organización de los movimientos campesinos e indígenas, pero no de su vinculación con el Estado. En el doctorado de FLACSO se habían hecho tesis que estaban centradas en el estudio de alguna organización campesina o indígena

o en los programas de desarrollo rural, enfocándose en el trabajo de los técnicos en territorio. También se habían escrito muchos artículos sobre las políticas y las agencias estatales a cargo de la agricultura familiar, pero ninguno discutía la interacción entre los actores que participaban en su interior. En segundo lugar, la pregunta de investigación estaba referida a cómo se configuraron las prácticas organizativas y las formas de participación en los programas y proyectos enfocados al desarrollo rural, por lo que solo una perspectiva relacional permitía aprehender cómo han interactuado estos actores a lo largo del tiempo. Por último, una perspectiva relacional habilitaba a explicar diferentes cuestiones: la naturaleza de estos vínculos; los diferentes tipos de vínculos (en el interior del estado, en el interior de las organizaciones campesinas y entre ambos); lo que se produce a partir de ellos (instituciones estatales, organizaciones campesinas, proyectos, programas, espacios participativos); las posiciones de los sujetos en esta relación (en función de los capitales con los que cuentan y el lugar que ocupan en la estructura); y la manera en que los informantes escenifican esos vínculos frente al investigador y cómo este puede observarlos a partir de diferentes situaciones (capacitaciones, reuniones a nivel local, provincial, asambleas de organizaciones, etc.).

La importancia de los vínculos y lo que habían producido en términos de posicionar la cuestión de la agricultura familiar y el desarrollo rural en la agenda pública me llevaban a ver que era imposible soslayarlos en mi investigación y que estos delimitaban la construcción de mi estudio de caso. A su vez, las unidades de análisis eran las tramas organizacionales en las que habían participado dirigentes campesinos, técnicos y funcionarios durante el período 1980-2015 en el marco de los proyectos de desarrollo rural ejecutados en sus territorios. En este sentido, analicé, primero, la vinculación de los dirigentes con referentes de ONG (período 1980-1995), luego con el PSA (1995-2008) y, por último, con la SAF (2008-2015). Estas tramas son complejas y comprenden actores de naturaleza cambiante que circulan por diferentes espacios<sup>12</sup>; procesos de fusión/fisión entre dirigentes de orga-

<sup>12</sup> Por ejemplo, una de las similitudes de varios funcionarios entrevistados es que militaron en diferentes movimientos durante las décadas del 60 y del 70, luego es-

nizaciones<sup>13</sup> (conformando organizaciones de segundo grado y espacios de discusión a nivel provincial y nacional); la participación de los dirigentes en los espacios participativos de los programas estatales, fungiendo como mediadores entre sus bases y los funcionarios a cargo del PSA y la SAF. Además, se muestran las tramas territoriales de dirigentes, técnicos y pobladores que tienen a su cargo implementar proyectos en el territorio. Estas tramas se caracterizan por vincular diferentes niveles de gobierno (local, provincial y nacional) y actores de diversos mundos sociales (Long, 2007) que tienen diferentes esquemas cognitivos y expectativas sobre los programas (Bailey, 1975).

Por ejemplo, muchas nociones, como el “bienestar” y el “desarrollo”, que son dadas por sentado por los técnicos y los mismos dirigentes campesinos, que ayudan a promover y ejecutar programas en el territorio, son cuestionadas o ignoradas por los pobladores rurales, quienes muchas veces desconfían o están en desacuerdo con proyectos que no repercuten en su realidad territorial o que les implican hacer esfuerzos (por ejemplo, comprometerse a aumentar su producción para poder comercializar) sin contar con las herramientas físicas, financieras y la tecnología necesaria para llevarlo a cabo. El proyecto supone una inyección de recursos, pero también trabajo y compromiso por parte de los pobladores rurales y las organizaciones de base (desde transportarse para hacer reuniones en parajes alejados a cientos de kilómetros, acceder a las TIC, capacitarse, hacer trámites de gobierno y administrar los recursos que llegan del proyecto, etc.).

Centrarse en estas tramas y lograr plasmarlas en las entregas parciales de los avances del trabajo de campo realizado fue todo un reto. Por ejemplo, durante una exposición al final del segundo año del doctorado, me señalaron que se veían muy presentes las voces de los funcionarios, pero no las de los dirigentes campesinos. Más tarde me in-

tuvieron presos o se exiliaron durante la Dictadura militar y, a su regreso al país, trabajaron como técnicos de ONG (en los 80). Posteriormente, en 1994, ingresaron al Estado como funcionarios del Programa Social Agropecuario, donde fueron escalando posiciones hasta llegar a cargos de alto nivel. En la gestión de Kirchner fueron contratados para gestionar las áreas de agricultura familiar y desarrollo rural.

<sup>13</sup> Durante el periodo de tiempo que abarca la investigación hubo varios dirigentes que pertenecieron a organizaciones de las cuales se salieron para luego conformar otras.

dicaron que el índice propuesto mostraba a las organizaciones y a las agencias estatales como bloques estancos y compartimentalizados y que no se dejaba entrever la trama que me interesaba explicar. ¿Cómo debía mostrar la interacción que ocurría en el campo? ¿Qué otras técnicas de recolección de datos debía utilizar además de las entrevistas? Sabía que no podía observar cómo habían sido los vínculos entre mis informantes clave en el pasado y me preguntaba de qué manera podía observarlos en el presente, en sus situaciones cotidianas de trabajo y militancia. ¿Sería posible tener acceso a las reuniones y asambleas a las que asistían funcionarios y campesinos?

Las preguntas anteriores se fueron contestando a través de la confianza que fui construyendo en el vínculo que sostuve con funcionarios, técnicos y dirigentes campesinos, así como con momentos y situaciones azarosas, lo que se conoce como serendipia en investigación cualitativa. En efecto, Forni (2016) explica que el proceso de investigación no es lineal, como muchas veces se muestra en los manuales de metodología o en los artículos de investigación, sino que, en las ciencias sociales, es habitual que ocurran diversos acontecimientos fortuitos e inesperados que nos interpelan, obligándonos a redefinir la investigación. Algunos tipos de serendipia pueden ser los siguientes: i) espacio-temporal, al estar en el lugar exacto en el momento adecuado; ii) relacional, por conexiones inesperadas, ya sea entre los informantes clave o entre estos y el investigador; y iii) analítica, análisis creativo por medio de la búsqueda de conexiones entre lo empírico y los datos, tener la sensibilidad teórica para ver la relevancia de ciertos datos para la teoría existente (Fine y Deegan, 1996; Forni, 2010).

Tanto el mundo rural y campesino como el de la Administración Pública son campos de difícil acceso. El primero lo es por su lejanía y las múltiples constricciones que supone llegar a parajes alejados donde no llega el transporte público. El segundo lo es por el tiempo limitado con el que cuentan los altos funcionarios públicos y la alta circulación que tienen los técnicos por el territorio, donde las reuniones y visitas se fijan a último momento, lo cual dificulta al investigador planificar el trabajo de campo con antelación.

Dos hechos serendípicos importantes me permitieron pasar de las entrevistas en profundidad a la observación participante: mi director

de tesis fue nombrado director en la SAF a nivel nacional y un amigo del Chaco entró a trabajar como técnico en la delegación de la SAF en Chaco. Esto constituye un ejemplo de serendipia espacio-temporal, pues sus ingresos en la Administración Pública en el periodo de mi investigación me permitieron acceder a diferentes espacios institucionales, además de funcionarios de alto nivel. Fue entonces que, durante el periodo 2014-2015 (entre el tercer y cuarto año del doctorado), tuve acceso a diversos lugares y situaciones interesantes donde pude lograr hacer observación participante en diferentes niveles (nacional, provincial y local). Esto le dio un giro inesperado a la investigación, ampliando mi objeto empírico. Si en un principio solo había considerado estudiar los proyectos y programas en los que participaban dirigentes y funcionarios en el interior de la provincia del Chaco, ahora estaba claro que debía estudiar sus vínculos con la SAF a nivel nacional, solo que hasta este momento no sabía cómo hacerlo.

En una reunión, mi director de tesis me presentó a Emiliano<sup>14</sup>, un dirigente campesino formoseño de una organización de segundo nivel que trabaja con diversas organizaciones de base en el norte del país. Al hablar con él, resultó que trabajaba con organizaciones de base en el Teuco Bermejito, la zona que estudié en mi tesis de maestría, por lo que conocíamos dirigentes y técnicos en común. Esto es un ejemplo de serendipia relacional (Forni, 2016), pues, además del vínculo que nos unía con mi director de tesis, hizo que me ganara su confianza y que me permitiera atestiguar su trabajo como dirigente y seguirlo por los diferentes espacios donde circulaba (agencias estatales a nivel nacional, reuniones de agricultura familiar del Mercosur, seminarios académicos en Buenos Aires, asambleas territoriales en El Impenetrable, etc.).

Emiliano resultó un informante clave que adquirió protagonismo en la investigación, ya que si bien no formaba parte de la muestra inicial de dirigentes que tomé (no era oriundo de la provincia del Chaco) fue quien me enseñó la importancia que tienen los dirigentes campesinos como mediadores (Wolf, 1956) entre la población rural subalter-

<sup>14</sup> Los nombres de los entrevistados y su pertenencia organizacional e institucional han sido cambiados u omitidos con el fin de garantizar su anonimato.

na y los funcionarios de agricultura. Gracias a la figura de Emiliano como mediador es que pude observar cómo se vinculan las personas en los territorios más recónditos del Impenetrable con los técnicos de la SAF en el Chaco, y a su vez, como las demandas de la población rural subalterna son visibilizadas a través de diferentes estrategias: comunicados de prensa que llevan el dirigente y su equipo cercano a los medios de comunicación y que difunden entre sus contactos en la academia; presencia del dirigente y los miembros de su organización en reuniones a nivel nacional de la SAF y el Mercosur y su participación en diversos proyectos. Digamos que de la muestra inicial de dirigentes que entrevisté, Emiliano era el que tenía una presencia más activa y sostenida en las reuniones y actividades a nivel nacional cuando me encontraba haciendo trabajo de campo.

### **El significado de los vínculos**

Uno de los grandes desafíos de estudiar los vínculos anteriormente mencionados fue no dar por sentado que existen tipos ideales de relacionamiento político y captar una pluralidad de voces. Es por ello que no me enfoqué ni en una sola organización campesina ni en un solo programa de gobierno.

Durante la elaboración del estado del arte, había leído diversas críticas sobre los trabajos que idealizan a los movimientos campesinos y que anteponen categorías como autonomía y cooptación según la manera en que estos se relacionan con el gobierno (Forni y Castronuovo, 2015; Gledhill, 2000). Otros autores sostienen que no hay que juzgar moralmente a nuestros sujetos de estudio y que debemos esforzarnos por comprenderlos desde el lugar donde nos hablan (Bailey, 2001).

Mientras me adentraba en el campo, me percaté de que lo que había leído en la literatura (por ejemplo, “no caer en posturas idealistas, moralizantes”) era difícil de llevar a la práctica, pues noté que predominaba un clima de desconfianza tanto entre los diferentes actores como en el interior de las organizaciones campesinas y agencias estatales y que entre ellos se juzgaban moralmente. Por ejemplo, los funcionarios se quejaban de los dirigentes que solo querían recursos; y los dirigentes, de los funcionarios que prometían, pero no cumplían.

La primera contradicción que noté fue que, en sus discursos, algu-

nos dirigentes campesinos hacían énfasis en los desacuerdos y en los conflictos; pero, en la práctica, seguían vinculándose con los funcionarios. Por ende, algunas de las primeras interrogantes que me formulé fueron: ¿cómo podían hacer proyectos conjuntos si desconfiaban los unos de los otros?; ¿por qué los dirigentes seguían invirtiendo tiempo y esfuerzo en participar en proyectos de desarrollo rural que criticaban fuertemente y con agentes y agencias estatales con los cuales habían tenido malas experiencias en el pasado?; ¿por qué los funcionarios públicos trataban cordialmente y seguían otorgando proyectos y programas a dirigentes sobre los que decían que faltaban a la verdad y no habían rendido cuentas de proyectos pasados?

Ante las preguntas anteriores, recurrí a Bailey (2001), quien explica la interacción entre sujetos como si fuera un juego político en el que todos están interesados en jugar porque buscan obtener algo a cambio, en este caso: incidir en el diseño e implementación de las políticas de agricultura familiar y desarrollo rural; definir las características de los destinatarios de las políticas y los territorios donde serán implementadas; el tipo de programas que deben ejecutarse y los sujetos que estarán a cargo. A su vez, este juego incluye también diversos aspectos simbólicos. Por un lado, los funcionarios, por ejemplo, buscan promover su gestión a través de las acciones realizadas y demostrar que trabajaron con las organizaciones y sus dirigentes. Por otro, los dirigentes campesinos, buscan que el Gobierno los reconozca como tales porque eso los habilita no solo a ser sujetos de las políticas, sino también a participar en espacios de negociación y discusión donde se legitiman como representantes de la agricultura familiar.

Al aceptar jugar el juego, los actores se comprometen a cumplir las reglas, que varían de acuerdo a su rol (el deber ser) y posición (el lugar que ocupan en la estructura). Por ejemplo, los funcionarios esperan que los dirigentes y sus organizaciones cumplan con los requisitos de los proyectos y con la debida rendición de cuentas. A su vez, los dirigentes campesinos esperan que los funcionarios cumplan su palabra de ayudarlos con sus problemas, que los reciban en su oficina cuando tienen algunas quejas, que les manden técnicos al territorio. Algunas de estas reglas están estipuladas en las normativas burocráticas de los proyectos (por ejemplo, cómo debe hacerse una rendición de cuen-



tas), y otras no (que un funcionario tenga que atender a un dirigente campesino en su oficina).

El juego político está inserto en un contexto político y económico, así lo que se intercambia y el cómo se intercambia están sujetos a aquellos que estén conduciendo el gobierno, a los funcionarios que dirigen el Ministerio de Agricultura y a los recursos con los que cuentan. La llegada de Néstor Kirchner al poder en 2003 fue vista como una oportunidad por varios dirigentes de movimientos sociales que fueron invitados a participar en la gestión. Para 2012, la llegada de un dirigente de un movimiento social como subsecretario de la SAF implicó que varios dirigentes de organizaciones campesinas y de movimientos sociales fueran invitados a participar en diferentes posiciones del escalafón a nivel nacional (secretarios, subsecretarios, directores) y provincial (delegados de agricultura familiar, técnicos de terreno). Esto implicó una reactualización de los vínculos: los dirigentes ya no estaban tratando con funcionarios, sino con “compañeros militantes”, y, por ende, tenían otras expectativas de los resultados del juego político.

Para dar cuenta de lo anterior, fue útil recurrir a Bourdieu (1997b), para quien el intercambio implica una serie de obsequios y contraobsequios que se prolongan en el tiempo. Se diferencia de una transacción porque no tiene un precio explícito y esto es lo que dificulta explicarlo. La ausencia de precio, sin embargo, no implica que no haya una expectativa de retorno de las partes.

Para Bourdieu (1997b), uno de los grandes desafíos del sociólogo es explicar qué hay detrás de estos intercambios. El don o el regalo carga consigo una “maldición” que consiste en que, una vez recibido, la otra persona tiene la obligación de devolverlo. Esto pude captarlo cuando un dirigente me comentó que, si bien había sido una gran oportunidad la creación de la SAF y los cargos que les ofrecieron, ahora el gran problema de las organizaciones era cómo “mantener su autonomía con respecto del Estado”. La autonomía para los dirigentes que conocí no refería a dejar de relacionarse con el Gobierno, sino con tener la habilidad para negociar con los funcionarios y la fuerza para seguir exigiendo y reclamando cosas.

Cuando le pregunté a Emiliano, que siempre había criticado a los dirigentes que buscaban cargos, por qué su organización había deci-

dido aceptar la dirección que les ofrecieron en la SAF, respondió que esta vez no les habían impuesto condiciones. En su respuesta, buscaba legitimarse frente a mí y mostrar coherencia con respecto a lo que pensaba sobre su rol como dirigente. No obstante, al analizar esta situación con el marco teórico de Bourdieu, descubrí que sí existían ciertas condiciones, pero que estaban implícitas y se relacionaban con seguir y respetar ciertas lealtades políticas que la nueva gestión promovía. Es decir, fuera de las reglas formales de la burocracia, los funcionarios esperaban que los dirigentes también participaran en sus agrupaciones políticas o en los movimientos sociales de los cuales formaban parte, “que pusieran el cuerpo por el modelo nacional y popular”, asistiendo a mítines y marchas, llevando a sus allegados, ayudando a promocionar las candidaturas de ciertos compañeros que se postulaban a cargos de elección popular, etc.

Dirigentes de distintas organizaciones campesinas aceptaron cargos como directores en la SAF, pero no todos acordaron el precio implícito que venía dado. En este sentido, la dación de cargos públicos se puede leer como “una deuda incancelable”, como una cadena de obsequios y contraobsequios que se redefine permanentemente (Quiros, 2011), con significados distintos para los actores. Para ciertos funcionarios, el que los dirigentes estuvieran ocupando direcciones en la SAF significaba “un avance en la institucionalización de las políticas de agricultura familiar y una transferencia de poder político hacia las organizaciones por parte del modelo nacional y popular, de la compañera Cristina”. No obstante, aquello que los funcionarios y ciertos dirigentes campesinos presentaban como un acto de confraternización o como “un obsequio” otros dirigentes lo recolocaban en términos de lucha, como me lo dijo uno: “a nosotros no nos regalaron nada, nosotros hemos derramado sangre desde los 70 por la causa campesina, por terminar con los desalojos de tierras”. Es decir, desde las perspectivas de ciertos dirigentes y funcionarios, ese cargo era un reconocimiento a la trayectoria de la organización en la resolución de diversas problemáticas en el territorio.

Algunos dirigentes que no habían sido invitados a formar parte de la gestión decían que los dirigentes que aceptaron cargos en las direcciones iban a olvidar sus reivindicaciones por estar sujetos a las

órdenes de los funcionarios. Por su parte, existían también diferencias entre los dirigentes que habían accedido a cargos públicos: mientras que algunos se expresaban con cierta timidez sobre la gestión del Ministerio de Agricultura y se cuidaban de no formular críticas hacia los proyectos, otros comentaban que, aunque les habían dado un cargo, “debían seguir peleando desde adentro”.

¿A qué se debían los diferentes posicionamientos de los actores? Esta pregunta fue central en mi investigación y me llevó tiempo responderla, ya que fue difícil despegarme de las explicaciones de mis informantes clave y de sus propias categorías para denominar lo que pasaba en el campo. De pronto, me vi envuelta en un cúmulo de acusaciones, rencillas personales, luchas de poder y conflictos entre mis informantes clave que me eran difíciles de comprender y analizar. No era fácil objetivar todo lo que uno escuchaba y veía y animarse a dar su propia interpretación de los hechos.

En la medida en que iba analizando los datos y escribiendo los primeros borradores de la tesis, me fueron surgiendo infinidad de dudas respecto de cómo presentar la información empírica, cómo sopesar las voces de mis informantes, cómo mantener su anonimato, cómo conectar lo que decían al contexto social y político en el que estaban insertos, iluminar lo visto en campo con el marco teórico, y cómo triangular los diferentes tipos de datos recolectados (Forni, 2010).

El archivero que había acumulado con distintos tipos de datos me parecía, por momentos, inabarcable. Primero, tenía las treinta entrevistas codificadas en el Atlas Ti. Estas también habían sido analizadas utilizando el método de la comparación constante (Strauss y Corbin, 1998) tanto en el interior de cada entrevista como entre los diferentes informantes o grupos de informantes (técnicos, dirigentes, funcionarios nacionales, funcionarios provinciales etc.). De los primeros análisis de las entrevistas obtuve las diferentes maneras en que los funcionarios se relacionaban con los dirigentes campesinos y comprendí sus trayectorias biográficas y la manera en que se veían los unos a los otros.

El segundo salto en el análisis implicó ligar estas trayectorias con sus acciones en el día a día y las situaciones donde yo las había ido observando. Durante el transcurso de la investigación, hice cinco viajes

de trabajo de campo a diversas localidades de la provincia del Chaco (sumando cuarenta y tres días en total) y observé también diferentes reuniones en la ciudad de Buenos Aires. Durante las reuniones, a veces tomaba notas *in situ* (cuando la situación lo permitía o cuando alguien me encargaba tomar notas de la reunión) y otras después de lo observado. Al transcribir mis notas a la computadora, reuní trescientas hojas. Ordené todas estas según la fecha e hice un índice para identificar los acontecimientos y las reuniones más importantes. Decidí analizarlas por fuera de la unidad hermenéutica del Atlas Ti, utilizando la herramienta comentarios de Word para identificar las principales acciones y procesos a lo largo del trabajo de campo, y a su vez, relacionarlas con las categorías que había obtenido en el análisis de las entrevistas. Acá pude explotar las diferencias entre los discursos reflejados en las entrevistas y las reuniones y lo que yo observaba en la práctica de las relaciones entre funcionarios y campesinos.

Alestar inmersa en ese mar de datos, uno de los retos fue, como dice Charmaz (2008), ver el mundo a través de los ojos de mis informantes y captar el significado de sus acciones e intenciones. Diariamente me estaba relacionando con actores que pertenecen a diferentes mundos de vida (Long, 2007) y que tienen diferentes esquemas cognitivos (Bailey, 1975). Esto hace que el investigador deba aprender y conocer lenguajes, códigos y rituales de los diferentes lugares por donde transita. No es lo mismo acudir a una reunión de técnicos de la SAF que estar en la asamblea de una organización campesina, ni en presencia de altos funcionarios. El investigador adquiere compromisos variados con estos grupos, según las relaciones de confianza establecidas y las diferentes expectativas que tienen de su rol. Por ejemplo, muchos funcionarios me veían como consultora o como evaluadora de la gestión, pensaban que yo podía aportarles herramientas para mejorar su trabajo y, por eso, me daban la bienvenida en las actividades que realizaban. Los técnicos de los movimientos sociales me llamaban “la compañera mexicana” y siempre me pedían mi opinión sobre lo que discutían o sobre las actividades que realizaban.

Por último, con quienes más interacción tuve fue con algunos dirigentes campesinos. Esto se debió, quizás, a cuestiones de afinidad, compatibilidad de agendas y tipos de trabajo. Si bien los dirigentes

campesinos son también personas ocupadas y con muchas actividades, el tipo de trabajo que realizan y la agenda que tienen es distinta de las de los funcionarios y los técnicos y permite mayor entrada y tiempo de interacción a un desconocido o foráneo del grupo. Por ejemplo, hubo ocasiones en que las entrevistas empezaban ya tarde y me invitaban a quedarme a dormir en los galpones de la cooperativa, o me invitaban a hacer recorridos que duraban días visitando diferentes parajes y comunidades campesinas.

La manera en que me relacioné con mis informantes y el grado de acceso que cada uno me permitió a su mundo de vida tuvo claras consecuencias para la investigación, como la de sopesar más la voz de los dirigentes campesinos. De hecho, una crítica que recibí en la evaluación de mi tesis es que caractericé de manera negativa a los técnicos y a los funcionarios, a la vez que no hablé sobre las experiencias positivas de los proyectos de desarrollo rural en la SAF.

Al relacionar las trayectorias biográficas de mis informantes con su trabajo cotidiano, comprendí que la multiplicidad de perspectivas implicaba las diferentes posiciones que ocupaban los actores en el campo, los capitales con los que contaban (Bourdieu, 1999), sus trayectorias y la manera en la interactuaban con el contexto social y político. Los dirigentes y funcionarios jugaban el juego de las políticas de agricultura familiar y desarrollo rural desde diferentes posiciones. Los primeros representaban a pobladores rurales que viven diversas problemáticas y sentían la presión por llevar respuestas concretas al territorio, ahí se jugaban su lealtad y legitimidad como dirigentes. En este sentido, sus tiempos y la urgencia que tenían por resolver los problemas no era la misma que la que tenían los funcionarios, quienes rendían cuentas ante sus jefes directos y cuya responsabilidad se relacionaba con formular y ejecutar proyectos y recursos, más que con el impacto que estos tuvieran en las poblaciones.

La composición de las organizaciones campesinas y la trayectoria de los dirigentes (si habían tenido formación sindical, si estaban vinculados a movimientos sociales urbanos) se reflejaban en el tono de los discursos de los dirigentes durante las reuniones y en su manera de relacionarse con la SAF. Por un lado, había dirigentes más combati-

vos; estos, por lo general, tenían más bases territoriales y contaban con amplia experiencia en proyectos de desarrollo. Por otro, existían otras organizaciones de conformación más reciente, compuestas, en mayor medida, por la presencia de técnicos y estudiantes. Estas organizaciones, por lo general, estaban más alineadas a los compromisos adquiridos con la SAF y no eran muy críticas de la gestión. Al finalizar la tesis, concluí que, si bien todos estos actores parten de diferentes trayectorias y ocupan posiciones desiguales de poder, tienen un vínculo interdependiente. Esto hace que, a pesar de los diferentes desacuerdos, conflictos o rupturas que puedan existir, los actores prefieran seguir conectándose con el fin de lograr sus objetivos, que, en ciertos casos, pueden o no coincidir. Para terminar, es importante señalar que la interdependencia también se basa en que, por más que los funcionarios tengan el poder de decisión y de financiamiento, todos los actores tienen diferentes conocimientos y experiencias que son intransferibles y necesarias para planificar y ejecutar políticas de agricultura familiar y desarrollo rural.

### Referencias bibliográficas

- Bailey, F. G. (1975). The peasant view of the bad life. En T. Shanin, *Peasants and peasant societies* (pp. 299 -322). Middlesex: Penguin Books.
- Bailey, F. G. (2001). *Stratagems and Spoils: A Social Anthropology of Politics*. Oxford: Basil Blackwell.
- Becker, H. (2009). *Trucos del oficio: cómo conducir su investigación en ciencias sociales* (capítulos 1 y 2). Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Berger, M. (2018a). En busca de reconocimiento: Las organizaciones de la AF, Campesina e Indígena ante el conflicto por la resolución 125. En M. Panero (Comp.), *Actores, políticas públicas y conflicto agropecuario: a 10 años de la Resolución 125*. Buenos Aires: EDUVIM.
- Berger, M. (2018b). Unificar al sector. Un análisis etnográfico de los vínculos entre las organizaciones campesinas y las agencias estatales en Argentina. En N. Rangel Loera (Comp.), *Nas entre-lineas do colectivo: etnografiando vínculos, linguagens e temporalidades*. San Pablo: UNICAMP

- Borges, A. (2009). O emprego na política e suas implicações teóricas para uma antropología da política. En M. Grimberg, M. Fernández Álvarez y M. Carvalho Rosa (Comps.), *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil* (pp. 184-201). Buenos Aires: Antropofagia.
- Bourdieu, P. (1997a). Anexo 1. La ilusión biográfica. En *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción* (pp. 74- 82). Barcelona: Editorial Anagrama
- Bourdieu, P. (1997b). La economía de los intercambios simbólicos. En *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (pp. 159-198). Barcelona: Anagrama
- Bourdieu, P. (1999). Espacio social y espacio simbólico. En P. Bourdieu, *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción* (pp. 11-26). Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2012). La práctica de la sociología reflexiva. En P. Bourdieu y L. Wacquant, *Una invitación a la sociología reflexiva* (pp. 274-322). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Charmaz, K. (2008). *Constructing Grounded Theory. A Practical Guide through Qualitative Analysis*. Londres: Sage Publications.
- Cowan Ros, C. (2011). La política de la (in)moralidad: vivencias, prácticas y relaciones sociales en una comunidad rural. En B. Nussbaumer y C. Cowan Ros (Eds.), *Mediadores sociales en la producción de prácticas y sentidos de la política pública* (pp. 181-233). Buenos Aires: Ciccus.
- Fine, G., y Deegan, J. (1996). Three Principles of Serendip: insight, chance, and discovery. *Qualitative studies in Education*, 9(4), pp. 434-447. Recuperado de: <http://www.ul.ie/~philos/vol2/deegan.html>.
- Forni, P. (2010). Reflexiones metodológicas en el bicentenario: La triangulación en la investigación social: 50 años de una metáfora. *Revista Argentina de Ciencia Política*, 14, pp. 255-270.
- Forni, P. (2016). Serendipia: Cuándo y cómo la suerte interviene en la investigación social. En *Las formas comprensivas de la metodología de la investigación. Oficios, técnicas y acontecimientos* (pp. 119-133). Santiago de Chile: Universidad Central de Chile
- Forni, P., y Castronuovo, L. (2015). *Ni punteros ni piqueteros. Organiza-*

- ciones populares dentro del kirchnerismo*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Nacional de la Plata (Eduulp).
- Gledhill, J. (2000). *Power and its disguises. Anthropological perspectives on politics*. Londres: Pluto Press.
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. México: Colegio de San Luis y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).
- Malinowski, B. (1922/1932). *Argonauts of the western pacific*. Londres: Routledge.
- Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca (2015). Política presupuestaria de la jurisdicción [documento interno].
- Nuijten, M. (2003). *Power, Community and the State*. Londres: Pluto Press.
- Oszlak, O, y O'Donnell, G. (1995). Estado y políticas estatales en América Latina: hacia una estrategia de investigación. *Redes*, 2(4), 99-128. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90711285004>.
- Paz, O. (1991). *El laberinto de la Soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Quirós, J. (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Buenos Aires: Antropofagia
- Ramos, J. (2018). Configuración de vínculos y prácticas organizativas en el marco de las políticas de desarrollo rural en la provincia del Chaco [tesis de doctorado no publicada]. FLACSO, Argentina.
- Roze, P. (1992). *Conflictos Agrarios en la Argentina/ 1 y 2. El proceso liguista*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Secretaría de Agricultura Ganadería y Pesca (2003). Programa Social Agropecuario. Encuentro nacional de pequeños productores vinculados al Programa Social Agropecuario. Buenos Aires, 26 y 27 de noviembre, Secretaría de Agricultura Ganadería y Pesca.
- Strauss, A., y Corbin, J. (1998). *Basics of Qualitative Research. Techniques and Procedures for Developing Grounded Theory*. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Vigil, C. (2019). *Agricultura Familiar campesina e indígena en la Argentina (2004-2017)*. Montevideo: Ediciones Universidad CLAEH.



- Warman, A. (1980). *Ensayos sobre el campesinado en México*. México: Editorial Nueva Imagen.
- Wright Mills, C. (2000). On Intellectual Craftsmanship. En *The Sociological Imagination* (pp. 195-227). Oxford University Press: Nueva York.
- Yin, R. (1994). *Case study research. Design and Methods*. Thousand Oaks: Sage Publications.

# **Propuesta teórica para el análisis relacional en políticas sociales. Aportes del nuevo institucionalismo sociológico a partir de casos de programas de transferencias condicionadas de ingresos en la Argentina, Brasil, Chile y México**

*Marcelo Salas*

## **Introducción**

Desde sus orígenes, una parte central de la producción teórica de la sociología ha intentado explicar la relación entre la sociedad y el individuo. A pesar de lo antiguo de este debate, aún no se ha logrado un consenso respecto de cómo se establece esa relación. La sociología clásica y moderna ha girado en torno a determinar cuál es la prioridad, ya sea lógica o temporal, entre los agentes individuales y la estructura social. Es decir, se ha alternado entre un enfoque que señala al actor como creador de la estructura y aquel que indica a la estructura como determinante de la acción del individuo.

Desde un punto de vista del individualismo metodológico, las únicas entidades reales y causales de la vida social son los individuos. Quienes elaboran teoría social desde este extremo desarrollan modelos basados en el estudio de las motivaciones, razones o preferencias de los individuos, así como también de los efectos agregados (Nogueira, 2003). En el otro extremo, es posible colocar distintas perspectivas “holísticas”, que presentan a la sociedad como una totalidad: la sociedad es “algo más” que la mera suma de las partes. Desde esta perspectiva, la integración social genera un nuevo nivel de realidad, en el que los fenómenos macrosociales serían irreductibles a fenómenos individuales; existe así una pretensión de autonomía de lo social. A partir de esta postura, la sociedad sería el espacio donde se despliegan o juegan las interacciones de los individuos.

Desde una perspectiva relacional, en cambio, se busca superar las tradicionales dicotomías estructura/acción, objetivo/subjetivo, micro/

macro. Para ello, se propone un cambio de enfoque desde el cual acceder a lo observable y lo intangible, lo objetivo y lo valorativo, a partir del concepto de relación entendido como reciprocidad (Donati, 2009). Entonces, según una aproximación relacional a la sociedad, o a todas las formas sociales, estas se hallan constituidas relacionalmente (Donati, 2015). Así, los fenómenos son emergentes de las relaciones entre los agentes sociales en contextos determinados, que pueden reproducirse, cambiar o desaparecer. Desde esta perspectiva, la relación es reconocida como una categoría cognoscitiva con entidad propia, considerada como el inicio o el fundamento de toda realidad cognoscible (Garro-Gil, 2017).

En ese marco, consideramos que la perspectiva relacional resulta un abordaje adecuado para el caso del análisis de la generación de políticas públicas, ya que estas no actúan exclusivamente sobre individuos o colectivos, sino que suponen mediaciones y relaciones preexistentes. En este artículo, particularmente, proponemos a la corriente neoinstitucional como una alternativa teórica relacional para el análisis del comportamiento organizacional en el diseño de políticas sociales de lucha contra la pobreza. Desde esta perspectiva, cobran vital importancia los procesos culturales y cognitivos, es decir, cómo normas y valores, reglas y clasificaciones se convierten en guiones dados por supuestos. Aquí las instituciones son entendidas como abstracciones, prescripciones racionalizadas e impersonales y tipificaciones compartidas.

### **Breve recorrido por las aproximaciones académicas a la gestión de la protección social en la América Latina reciente**

Antes de avanzar en la propuesta conceptual del neoinstitucionalismo, creemos importante tanto situar nuestros casos de estudio como presentar las controversias habituales que presentan otras investigaciones académicas al trabajar sobre programas sociales. Las investigaciones relativas a la evolución de la seguridad social y la política social en América Latina se han detenido, tradicionalmente, en tres líneas de análisis: los sistemas de seguridad social, tipificando las distintas experiencias según su relación con el contexto histórico y con la cuestión social vigente (Franco, 1996); la política y las prácticas gubernamentales.

mentales (Barrientos, 2004); y la conexión entre políticas públicas y el sistema de estratificación social (Filgueira, 1998). En este sentido, se ha intentado la construcción de tipos ideales para caracterizar los distintos momentos de la historia reciente de la política social de los países latinoamericanos.

Con el advenimiento de las políticas neoliberales y de ajuste estructural —principalmente a fines de los años ochenta y comienzos de los noventa—, la investigación se concentró en la tensión entre la producción de programas sociales focalizados y el sostenimiento de políticas universales (Bustelo e Isuani, 1990; Lo Vuolo, 1998; Villareal 1996). Según Armando Barrientos (2009), estos trabajos daban cuenta del paso de un sistema de seguridad social conservador informal —es decir, de un sistema estratificado destinado centralmente al empleo formal— hacia un sistema informal liberal, en el cual las políticas públicas se relegan y se reducen los riesgos afrontados colectivamente.

En forma más reciente, las controversias se han centrado en los esquemas de gestión de los programas sociales y en el uso y desarrollo de herramientas técnicas asociadas a ellos, a la vez que se han preguntado acerca de los niveles de cobertura, el criterio de focalización y los métodos de evaluación (Lo Vuolo *et al.*, 1999; Merklen, 2005). También se ha intentado tanto distinguir entre programas de promoción social y de asistencia social como indagar si se trata de programas que promueven la generación de capital social comunitario o si fomentan una participación individualista de sus beneficiarios.

En cambio, en este artículo nos preguntamos por el proceso de homogeneización en el diseño e intervención de los programas de atención a la pobreza en América Latina. Nos importa la disposición hacia una convergencia de distintos programas, ya que esto coincide con la transformación de los organismos internacionales (OI) en actores principales de la política social, lo cual legitimó un tipo particular de acciones gubernamentales. Este proceso puede rastrearse desde finales de la década del ochenta y principios de los años noventa, y se cristaliza con la aparición a lo largo de toda la región de distintos tipos de programas sociales, entre otros, los programas de empleo temporal y los fondos de inversión social.

El papel que asumen los Estados frente a las distintas definiciones sobre “la cuestión social” se determina por configuraciones institucionales que cambian históricamente y que varían entre los países y sus estructuras sociales (Esping-Andersen, 1993; Skocpol y Rueschemeyer, 1996). Distintos contextos institucionales, culturales y económicos nacionales generan diferentes “ideologías institucionales” y enfoques con respecto a la intervención del Gobierno en la economía y en la política social. En ese contexto, consideramos clave preguntarnos acerca del proceso de construcción de legitimidad de esas políticas e instituciones.

### **Estrategia metodológica**

Por estos motivos, aquí nos preguntamos acerca del proceso de construcción de legitimidad. Se pueden encontrar diferentes explicaciones posibles para su convergencia. En primer lugar, los responsables de las políticas puestas en práctica en estas naciones han llegado a soluciones técnicas comunes porque se han basado en un conjunto común de problemas. En segundo lugar, se copian y replican los programas que los OI suelen definir como casos exitosos. Por último, se trata de una consecuencia de la capacidad coercitiva de los OI en la construcción de las agendas de las políticas públicas de los países en desarrollo.

La estrategia metodológica de esta investigación se basó en el desarrollo de un estudio de caso instrumental múltiple. Se seleccionaron cuatro programas de transferencias condicionadas de ingresos: PROGRESA-Oportunidades de México, el Bolsa Família de Brasil y el Programa Chile Solidario (y su componente Programa Puente) son tres programas que se consideran casos originales, ya que cada uno ha aportado al campo organizacional un conjunto de innovaciones idiosincráticas. Por último, posterior y sin ser identificado como un caso de buenas prácticas, el Programa Familias por la Inclusión Social de la Argentina tiene una trayectoria particular en el contexto de la crisis económica y social de 2001 de ese país.

No se buscaron generalizar los hallazgos de toda la población de casos similares, sino identificar cuán plausible es la lógica del análisis, para trabajarlo en un ida y vuelta con la teoría. El neoinstitucionalismo

no busca centrarse solamente en procesos específicos o en inspeccionar una gran cantidad de organizaciones a la búsqueda de evidencia relativa a cuestiones internas de la organización. Así, se analizaron los programas seleccionados para poner en relieve la importancia de los cambios y las adaptaciones a las situaciones no planificadas. La explicación del comportamiento organizacional no reside en la estructura formal de la organización ni de su autoproclamación de metas y fines, sino que se focaliza en los procesos subterráneos, como pueden ser la dependencia a grupos externos, las circunscripciones, la lucha por el prestigio, sus valores, la legitimidad, etc.

La unidad de análisis la constituyeron los procesos de legitimación. Así, la atención no se centró en los actores individuales, sino en el entramado que construye la legitimidad de los programas. A su vez, las unidades de recolección fueron dos: por un lado, los responsables políticos y personal técnico de los programas y el personal de los OI participantes; y, por otro, el material documental normativo y promocional de los Programas de Transferencia Condicionadas de ingresos (PTC).

La principal fuente de información fueron entrevistas semiestructuradas realizadas tanto a políticos y profesionales técnicos responsables de la implementación de los programas como a académicos que han dedicado su producción al análisis de las políticas sociales locales. También, se realizó una exhaustiva recolección de fuentes de información secundaria. Se relevaron los documentos normativos y técnicos de los programas más importantes, como manuales de procedimiento, evaluaciones externas, publicaciones descriptivas de sus avances, entre otros.

### **Programas de lucha contra la pobreza en América Latina**

Durante las décadas de los ochenta y los noventa, junto con los cambios fundamentales en la manera de hacer política económica en América Latina, tuvo lugar un proceso de incorporación a los equipos de política pública de una tecnocracia de profesionales con estudios superiores. Esto se vinculó a una tendencia a aproximar las formas de pensar la economía a las propuestas norteamericanas.

Esta tecnocracia paulatinamente fue reemplazando una preponderancia de pensamiento desarrollista latinoamericano de la posgue-

rra por una variedad más “favorable al mercado”, que era en esencia el modelo apoyado por el Consenso de Washington<sup>1</sup>. Las reformas en las políticas sociales se orientaron preferentemente a la descentralización de los servicios sociales o su privatización. Desde la lógica de sus promotores, solo la correcta liberación de los mercados y la privatización propiciarían un incremento en la inversión y, por ende, en la productividad, lo que se traduciría en un desarrollo económico sostenido y daría como resultado más empleo.

Desde entonces, los programas focalizados de lucha contra la pobreza se inspiran en los mismos principios y postulados neoliberales; ello se plasma en el denominado *principio de subsidiaridad del Estado*, de acuerdo con el cual este debe abstenerse de toda forma de intervención y asumir únicamente aquellas responsabilidades que los particulares no están en condiciones de desempeñar adecuadamente. Se exige minimizar el tamaño y las funciones del aparato intervencionista del Estado y estructurar una nueva institucionalidad económico-social, sometida a las leyes del mercado competitivo. El cambio en las políticas sociales ocurrió no solo en la práctica, sino que también se dio en el terreno de las ideas. Esto es, no se cambiaron únicamente las políticas, sino también los medios institucionalizados que se utilizan para su diseño.

Este Estado subsidiario conlleva dos concepciones particulares de la libertad individual y de la igualdad de oportunidades. El primer concepto se define como “la facultad de escoger en un mercado los bienes y servicios que cada uno requiere, y de desplegar iniciativas económicas de cualquier índole sin ser coartado por el Estado” (Vergara, 1990, p. 38). La igualdad de oportunidades, por su parte, se define como la au-

<sup>1</sup> Se trató de un conjunto de supuestos —dados por hecho teóricamente— que constituían “el centro común de sabiduría adoptada por todos los economistas serios y cuya práctica proporciona las condiciones mínimas que darán a los países en vías de desarrollo la oportunidad de iniciar el camino de la prosperidad de la que disfrutaban los países industrializados” (Williamson, 1991, p. 18). Estas fueron algunas de sus propuestas más salientes: disciplina en la política fiscal para evitar grandes déficits fiscales; reforma tributaria; tasas de interés determinadas por el mercado; tipos de cambio competitivos; liberalización del comercio, con la eliminación de las restricciones a las importaciones; liberalización a la inversión extranjera directa; privatización de empresas estatales; y seguridad jurídica para los derechos de propiedad.

sencia de discriminación, y se alcanzaría solo en el ámbito del mercado, ya que todas las decisiones se someten a reglas impersonales y uniformes; por lo tanto, también es contraria al intervencionismo estatal. Bajo estos postulados teóricos y doctrinarios, el mercado es el único ámbito en el cual todos son formalmente iguales y no es posible discriminar entre individuos en función de sus atributos personales o de sus recursos de poder. Así, las oportunidades se distribuyen igualitariamente, es decir, de modo impersonal, con lo cual las igualdades y desigualdades son consecuencia directa del mérito de los individuos.

La política social fue virando hacia estrategias que buscaban dotar a ciertos individuos — con base en sus necesidades o méritos — de competencias y capacidades “que les permitan generar los recursos necesarios para acceder a una economía regida por el mercado” (Barnegras, 2010, p. 37). Los gobiernos latinoamericanos comenzaron a enfatizar la “lucha contra la pobreza”, pero cada vez aportaban menos a la construcción de derechos universales. Como estrategia de protección frente al proceso de ajuste, se presentaron las Redes de Protección Social (en inglés, *Social Safety Nets*), “intervenciones compensatorias, que incrementan el ingreso y otros activos mediante transferencias focalizadas” (Cohen y Franco, 2006, p. 30).

En este contexto surge el concepto de “lucha contra la pobreza” por medio de la utilización selectiva y focalizada del gasto social como objetivo central de la política social. Esto revela tanto una pérdida de vigencia del principio de solidaridad en el que descansaba el Estado del bienestar como la reconfiguración de los actores que la implementaban. Así lo expresa un entrevistado:

Y el otro elemento que es muy importante es que se inventa el concepto de Desarrollo Social y se inventan los ministerios de Desarrollo Social. Realmente en América Latina no existían..., lo que existía era la Secretaría de Salud y Trabajo, etc., etc., pero el desarrollo social se lo consideraba como la suma tácita de todo. Entonces, se tomó una decisión muy profunda, crear el Ministerio de Desarrollo Social para aplicar programas de combate a la pobreza, y en donde parece que todo lo demás no forma parte de la política social. Y, entonces, discutimos si la política social, el programa tal comparado con el programa X, cuando en realidad los grandes temas de la política social se toman fuera del Ministerio de Desarrollo Social. (Académico 4 - México)



## **Los programas de transferencias condicionadas de ingresos**

Desde comienzos de la década de los noventa, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo comenzaron a promover la idea de que los gastos sociales del Estado deberían ser entendidos como una inversión eficaz destinada a la formación de capital humano<sup>2</sup>, en tanto componente principal de una estrategia de crecimiento a largo plazo. Se esperaba que los PTC reforzaran, por un lado, la relación positiva entre educación y salud, y, por el otro, el crecimiento económico y la productividad. Se buscaba que estas estrategias permitieran elevar la productividad de la población menos favorecida y, de esa manera, impactar en la distribución del ingreso.

En términos generales, los PTC consisten en transferencias de recursos a familias pobres, las que deben comprometerse a cumplir ciertas metas en cuanto a educación, salud y nutrición. Se caracterizan por funcionar como sistemas centralizados y por buscar grandes coberturas; si es posible, “universalizar” el beneficio en la pobreza. Se supone que estas intervenciones permiten combinar el alivio de la pobreza a corto plazo, mediante la transferencia monetaria, con objetivos a mediano y largo plazo a través del desarrollo del capital humano (educación, nutrición y salud). Así, se pretende combatir los mecanismos de reproducción intergeneracional de la pobreza, independientemente de la inserción en el mercado de trabajo formal de los posibles beneficiarios. Se basan en la premisa de que los más pobres no cuentan con oportunidades suficientes, ni pueden enfrentar adecuadamente

<sup>2</sup> El concepto *capital humano* surge desde la economía neoclásica a partir de modelizaciones del trabajo y el empleo en función del tiempo que constituye la jornada laboral, las capacidades intelectuales y físicas del individuo y la remuneración. A igual número de horas trabajadas, son precisamente las aptitudes del trabajador las que determinan en mayor medida su remuneración salarial. Desde esta perspectiva, se deduce que el principal indicador de la productividad del individuo del que dispone el empresario es la acumulación de su capital humano, entendido como la educación, la formación profesional y el estado de salud del individuo, que son, en definitiva, indicadores de la productividad que el individuo puede alcanzar. Se entiende, entonces, que los gastos destinados a incrementar la capacidad productiva de los individuos deben considerarse como *inversiones*. Esta idea de inversión permite clasificar al capital humano precisamente como un capital (Gil-Lacruz y Gil-Lacruz, 2006).

las situaciones adversas que se les presentan, a raíz de las cuales se producen grandes pérdidas de capital humano, ya sea en términos de educación o de salud, o de ambos (Levy y Rodríguez, 2005; Rawlings y Rubio, 2004).

Estos programas dicen asumir una definición multidimensional de la pobreza, es decir, la insuficiencia de los ingresos de las familias, para lo cual complementan las transferencias con las corresponsabilidades u obligaciones de los beneficiarios en relación con educación, salud y nutrición. De todas formas, los criterios de elegibilidad para acceder a ellos están basados en medidas de ingreso, ya que se supone que estas son las expresiones más evidentes y medibles de las características de la pobreza.

Las transferencias directas resultan estrategias menos onerosas que la distribución de bienes. Los sistemas de pagos bancarizados también han demostrado ser menos permeables a la corrupción, aunque no se logre con ellos impedir algunas intermediaciones. Además, la entrega de dinero directa a los beneficiarios permite que el beneficio se ajuste de mejor manera a la composición familiar. En términos administrativos, este tipo de transferencias tiene menos costos de logística y de transacción.

La opción por las transferencias focalizadas suele justificarse bajo argumentos de costo-efectividad, dadas las restricciones presupuestarias de los gobiernos latinoamericanos para financiar programas universales. Apuestan a un sofisticado paquete de control de gestión, basado en sistemas de monitoreo y evaluaciones externas, para poder establecer los resultados y los impactos atribuibles a las intervenciones específicas que se realizan. Este componente es uno de los requisitos en los que más explícitamente ponen énfasis los organismos internacionales (BM y BID) para otorgar su financiación.

De esta manera, en términos generales, los PTC comparten tres características: i) las transferencias monetarias, para aumentar ingresos; ii) el condicionamiento de las transferencias al uso de ciertos servicios sociales, para la acumulación de capital humano; iii) la focalización en los hogares pobres. Con esta modalidad se buscó combinar acciones de la protección social no contributiva con la promoción social.

## **El nuevo institucionalismo sociológico como marco relacional de análisis para los programas de lucha contra la pobreza**

En los años de referencia, ha surgido un proceso de institucionalización del desarrollo social que se evidencia en los múltiples ministerios y secretarías, muchos de ellos promovidos directamente por organismos financiadores internacionales. Con ello, se han creado profesiones, políticas y programas, productos y servicios. Puesto que el objetivo de este trabajo es dar cuenta de los procesos de legitimación de los programas de transferencias condicionadas de ingresos, consideramos necesario aproximarnos desde la perspectiva de los estudios institucionales, en particular, desde la postura de la sociología de las organizaciones, campo que busca explicar el surgimiento y extinción de distintos tipos de organizaciones. Esta tradición tiene en Weber uno de sus máximos referentes, quien advierte que el espíritu racional propio del ascetismo construyó una “jaula de hierro burocrática” (Weber, 1984), que luego entendió como un proceso irreversible para el desarrollo del capitalismo. La legitimidad de la burocracia derivaba de su carácter presuntamente apolítico, mientras que los políticos afirmaban su autoridad en la aprobación de sus políticas o plataformas por parte del electorado.

Estos aportes de la teoría clásica permitieron el desarrollo de una serie de trabajos dedicados a la investigación de los detalles que configuraban las diferentes estructuras administrativas, legales y políticas. Según Wayne Parsons, se trataba de un trabajo descriptivo, aunque fundamentalmente normativo, de las configuraciones organizacionales. Este es uno de los recorridos que siguió buena parte de la producción académica de los analistas de políticas públicas. Ejemplo de ello son los trabajos de Harold Lasswell (1968), quien buscó definir en su análisis los alcances de las políticas públicas en cuanto a su formulación e implementación (Parsons, 2007).

Robert Merton (1992) también se interesó por analizar, según su comportamiento, las burocracias y la burocratización de las organizaciones. Realizó un análisis acerca del proceso de acuerdo con el cual estas orientan, alrededor de sus reglas, las acciones de las personas que participan de ellas; denominó a este proceso como “santificación”. Dicho proceso se vincula con los sentimientos que se generan alrededor

de ellas a partir de la formación de vocaciones, la dependencia emocional respecto de los símbolos burocráticos, el estatus que ofrecen y el afecto a la autoridad. En estas organizaciones, la legitimidad moral se establece en los valores que se dictan hacia dentro de ellas.

En sintonía con el aporte conceptual de Merton, Selznick (1949) define las organizaciones como la expresión estructural de las acciones racionales. Dicho en otras palabras, constituyen mecanismos instrumentales para conseguir metas específicas. La organización es vista como una adaptación de un sistema orgánico, afectado por las características sociales, impuestas por el ambiente, de los participantes. Selznick (1949) intenta explicar que, mediante un proceso que se da en el tiempo, las “organizaciones” se transforman en “instituciones”.

Talcott Parsons (1984) desarrolla su teoría de “cultura-institucional” al examinar la relación entre la organización y su ambiente, así como también la manera por la cual su sistema de valores es legitimado por sus conexiones con “el principal patrón institucional” en “diferentes contextos funcionales”. En su análisis, Parsons no presta tanta atención a aquello que él llama la dimensión “objetiva” (un sistema de normas que definen cómo debe ser la relación entre los individuos), ya que pone el acento en la dimensión subjetiva de la institución, a través de la cual los actores internalizan normas compartidas que se vuelven básicas para su acción.

Parsons argumenta que esta estructura de normas servía para legitimar la existencia de organizaciones y, con ello, los principales parámetros de funcionamiento necesarios para la implementación de valores. Sus análisis se focalizan en el modo en que los individuos orientan sus acciones a partir del sistema normativo. Las organizaciones tienden a diferenciarse verticalmente en tres niveles: el técnico (actividades de producción), el de gerencia (control y coordinación de las actividades dependiendo de los productos disponibles) y el institucional (la relación de la organización con las normas de la comunidad y de la sociedad).

Desde la sociología de las organizaciones contemporáneas, se advierte que las instituciones no solo reflejan las preferencias y el poder de las unidades que la constituyen; son las mismas instituciones las que conforman esas preferencias y ese poder. Como plantean DiMa-

ggio y Powell (1999), el nuevo institucionalismo en sociología implica un rechazo a los modelos de “actor-racional”. Se trata de una vuelta hacia las explicaciones cognitivas y culturales, ya que la institucionalización se entiende como un proceso fenomenológico que surge en la interacción.

Para los viejos institucionalistas, las formas cognitivas salientes son los valores, las normas y las actitudes. Las organizaciones se institucionalizan cuando se impregnan de valores que resultan ser fines en sí mismos. Las preferencias de los participantes en ellas son modeladas por las normas, que se ven reflejadas en los juicios de evaluación. Los recién llegados deben pasar por una socialización (o inducción) que los lleva a internalizar los valores organizacionales, que son experimentados como “compromisos”. Los viejos institucionalistas buscaban mostrar el “oscuro campo de la interacción informal” (Parsons, 2007), con lo cual se dejaba en evidencia también el modo en que las estructuras informales se desvían de los aspectos de la estructura formal y los limitan.

En cambio, en el nuevo institucionalismo, la institucionalización es fundamentalmente un proceso cognitivo. Las obligaciones normativas entran en la vida social, de manera primaria, como hechos que los actores toman en cuenta. No se trata de normas y valores, sino de guiones dados por supuestos, reglas y clasificaciones, que son la materia prima de las instituciones. Esta es su aproximación relacional: las instituciones son abstracciones, prescripciones racionalizadas e impersonales, tipificaciones compartidas que se construyen intersubjetivamente. La legitimación es una objetivación de significados compartidos que pasan a estar disponibles de manera plausible al conjunto de los individuos, a la vez que otorgan justificación al orden institucional en cuestión.

John Meyer y Brian Rowan (1977) hacen hincapié en la legitimidad de las estructuras formales racionalizadas, y dejan de lado el ejercicio de coordinación y control de las organizaciones. Para estos autores, el conocimiento legitimado en la estructura formal (prestigio social, leyes, normas, etc.) funciona a la manera de mitos sumamente racionalizados que son obligatorios para algunas organizaciones. En este planteo, las profesiones y las tecnologías funcionan como mitos racio-

nalizados: se entiende que controlan técnicas impersonales, cuyo uso muestra responsabilidad, por lo cual se difunden rápidamente. Se las considera elementos correctos, adecuados, racionales y necesarios, que las organizaciones deben incorporar para evitar la ilegitimidad. La incorporación de elementos institucionalizados proporciona una explicación de las actividades que protege a la organización de las dudas respecto de su conducta. La organización se hace legítima y usa tal legitimidad para fortalecer su apoyo y asegurar su supervivencia. Las organizaciones que omiten elementos de estructura legitimados en su ambiente, o aquellas que crean estructuras únicas, carecen de explicaciones legitimadas; esas organizaciones son más vulnerables a las acusaciones de que son negligentes, irracionales o innecesarias.

Por su parte, para DiMaggio y Powell (1983), las causas de la racionalidad y de la burocratización ya no son las mismas que observó Weber. Los cambios estructurales en las organizaciones se dan cada vez menos a partir de la competencia o de la necesidad de eficiencia. En lugar de este argumento, creen que los cambios organizacionales ocurren como resultado de procesos que hacen a las organizaciones más similares entre sí, sin que esto las vuelva necesariamente más eficientes.

La burocratización y otras formas de homogeneización emergen de la estructuración de los campos organizacionales. Este proceso se debe, en gran parte, a los efectos de los Estados y de la profesionalización, que se convirtieron en los grandes "racionalizadores" de la segunda mitad del siglo xx. Los campos organizacionales muy estructurados proporcionan un contexto en el que los esfuerzos individuales para tratar la racionalidad se guían por la incertidumbre y la coacción de la homogeneidad en la estructura, la cultura y los resultados.

El concepto que mejor captura el proceso de homogeneización es el de *isomorfismo*, un procedimiento por el cual se restringen las fuerzas de una unidad de población dada para llevarla a parecerse al conjunto de la población según las condiciones que plantea el medio. Las características de las organizaciones se modifican hacia un aumento de la compatibilidad con las características propuestas por el medio. El isomorfismo institucional supone que las organizaciones compiten no solo por recursos y clientes, sino que también juegan por el poder y la legitimidad institucional, tanto social como económicamente.

DiMaggio y Powell (1983) identifican tres mecanismos de cambio isomórfico:

- Coercitivo: son presiones formales e informales realizadas por otras organizaciones que pueden influir, desde arriba, culturalmente. Estas presiones pueden sentirse como fuerzas, o como la persuasión o la invitación a participar de un conjunto de prácticas. En algunos casos, pueden darse como respuesta a cambios que proponen los gobiernos.

- Mimético: respuesta imitativa estándar a la incertidumbre, que se da cuando las tecnologías y las metas organizacionales son pobremente comprendidas. Si las metas son ambiguas o cuando el medio crea símbolos inciertos, las organizaciones pueden modelarse mirando a otras organizaciones. El proceso puede ser no intencional, difuso e indirecto, pero también puede ser generado de manera explícita a partir de otras organizaciones. Se trata de una adopción voluntaria de modelos organizacionales para minimizar la incertidumbre.

- Normativo: son presiones que se imponen por motivos de socialización, debido principalmente a la profesionalización, y establecen una base cognitiva a la legitimación a partir de las diferentes autonomías ocupacionales. El intercambio de información entre profesionales ayuda a reconocer jerarquías de estatus, centro y periferias.

Esta tipología es analítica, ya que los distintos tipos no siempre son empíricamente distinguibles. Este enfoque teórico aporta un marco con el que es posible analizar la interacción de los procesos de cambio interno y externo. Los contextos de incertidumbre y ambigüedad facilitan la adopción de modelos que se presentan como exitosos; la participación organizacional dentro de un campo o ámbito favorece también las posibilidades de convergencia.

Estas teorías de cambio organizacional toman como unidad analítica la interacción intersubjetiva, es a partir de ella que es factible explicar la estructuración de campos organizacionales que legitiman su comportamiento. En el próximo apartado, avanzamos en la aplicación de estos conceptos para el análisis de los programas sociales mencionados previamente.

### **Análisis de los casos**

Si bien el surgimiento de los programas de transferencias condicionadas de ingresos se relaciona con los cambios en las políticas económicas, en una época en la que los gobiernos se vieron presionados para cumplir con las preferencias de organismos multilaterales de crédito —en términos de ajustes estructurales—, también se pueden identificar tendencias hacia la conformidad ceremonial que se confirman en la larga trayectoria de programas de lucha contra la pobreza de la región, que aportó presiones normativas al desarrollar un tipo común de lenguaje, un uso de conceptos específicos y herramientas metodológicas, entre otros. A partir de las entrevistas realizadas, no es posible concluir que la reforma de las políticas sociales y el diseño de los programas de lucha contra la pobreza fueron impuestos por la disciplina de los mercados y de los organismos internacionales. Dentro de los gobiernos de los países analizados había y hay profesionales, técnicos y expertos convencidos de la necesidad de implementar los PTC como una modalidad eficiente para abordar la pobreza.

Los organismos financiadores internacionales —como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo— han sido actores fundamentales en la promoción de metodologías de focalización, el uso de sistemas de información y la evaluación de impacto. Estas herramientas técnicas contribuyeron a la legitimación política al ofrecer resultados emergentes de ejercicios empíricos. Esta racionalidad tecnocrática ha hecho sinergia con la necesidad de tener respuestas concretas frente a las dificultades de los gobiernos para tratar la pobreza en cada uno de los países. Ahora bien, la construcción de una tecnocracia para la gestión de programas sociales no depende exclusivamente de un proceso mimético; la dependencia de recursos de los países en vías de desarrollo también ha sido un factor crítico. Muchas de las personas formadas en el campo de los PTC, luego, se convirtieron en embajadores de los organismos multilaterales y acercaron los PTC a otros países con dificultades en la gestión de la pobreza.



### **Racionalidad tecnocrática vs. clientelismo. ProgresA-Oportunidades (México, 1997-2012)**

En el caso de México, frecuentemente formados en universidades extranjeras, o capacitados por los mismos organismos multilaterales, muchos tecnócratas comenzaron a compartir un marco ideológico y práctico común con los actores internacionales. Así, en ciertos casos, fueron intermediarios para aproximar a los gobiernos sus propuestas y conceptos.

La motivación original del PROGRESA-Oportunidades fue mejorar la llegada de los beneficios sociales a los hogares más pobres. El Efecto Tequila y la crisis económica fueron grandes generadores de pobreza, y forjaron un escenario de tensiones sociales y disputas políticas. El PROGRESA surgió en ese escenario, con el diagnóstico de modificar la relación del Estado central con los hogares en condición de pobreza. Se diseñó un programa que, en principio, focalizó sus acciones en las regiones de mayor pobreza rural, para después hacerlo en las familias en condición de pobreza. El diagnóstico apuntaba a que los beneficios sociales anteriores favorecían a hogares principalmente urbanos y tenían bajo impacto en la pobreza, sumado a una distribución discrecional de las prestaciones. La apuesta de algunos dirigentes con fuerte poder político fue revertir el sistema: dejar de promover subsidios a la oferta –principalmente a la compra de alimentos– y comenzar a desarrollar subsidios a la demanda de servicios públicos.

En la reconstrucción que los mismos actores realizan del proceso de estructuración y consolidación del PROGRESA-Oportunidades, la legitimidad se depositó, principalmente, en la creación de un programa profesional en respuesta al diseño de políticas que favorecían el clientelismo. Un programa profesional se define por el uso de herramientas de gestión basadas en cierto tipo de racionalidad tecnocrática. Se trata de una definición de la población objetivo del programa construida con base en evidencia empírica, la selección y focalización de hogares beneficiarios mediante el uso de cálculos actuariales y estadística avanzada, el diseño desde el origen de rigurosas herramientas evaluativas que arrojaran impactos mensurables y comparables.

La estructuración de este programa profesional se construyó a partir de interacciones de tipo normativo. Su legitimidad se depo-

sitó en el uso de un tipo específico de teorías, herramientas y tecnologías organizacionales originalmente provenientes de la academia norteamericana y promovidas por organismos multilaterales de crédito. Sin embargo, su adopción no surgió de una presión coercitiva directa, aunque sí existieron invitaciones a coaludir a cierto tipo de gestión. Estas herramientas y tecnologías organizacionales fueron aceptadas por el hecho de entenderlas como una acción profesional legitimada en el campo de la política pública. Por supuesto que, aun así, el programa no quedó exento de incurrir en mitos y ceremonias racionalizados.

### **Del derecho a un ingreso a la gestión de un programa social. Programa Bolsa Família (Brasil, 1997-2012)**

Los inicios del programa Bolsa Família de Brasil, a finales de los años noventa, buscaron articular y ordenar un conjunto de programas superpuestos que distintos ministerios sectoriales estaban implementando. Al igual que en el caso mexicano, también se encontraba el telón de fondo del discurso de optimizar el uso de los recursos sociales para mejorar la cobertura, la eficacia de los resultados y la transparencia.

En Brasil existía un antecedente en el debate acerca de la necesidad de transferir ingresos desde la “perspectiva de derechos” establecida en la misma Constitución federal —consensuada después de los gobiernos dictatoriales—, que buscaba garantizar el ejercicio de la ciudadanía. El Bolsa Família intentó dar forma operativa a la Constitución, principalmente apoyado en la idea del derecho a la alimentación de los menores. Durante el gobierno de Lula Da Silva, se aprobó una ley general sobre el derecho a un ingreso mínimo, lo que constituyó un hito inicial para la creación del programa.

En este sentido, uno de los objetivos centrales del Bolsa Família fue ampliar la cobertura para llegar a la población sin ingreso del país. No por esto el programa se planteó como un ingreso universal, dado que se diseñó un programa focalizado sobre la base de un sistema de información de los potenciales hogares beneficiarios. A diferencia del caso mexicano, en el Bolsa Família se planteó una gestión federal; en este caso, los estados y los municipios fueron activos en su participación territorial.

La interacción normativa de profesionales y técnicos —formados principalmente por el mismo Estado— construyó un modelo tecnocrático. El proceso de profesionalización orientó el desarrollo de un programa con gran contenido técnico. Así, por ejemplo, se creó un padrón de hogares con la participación de bancos para diseñar el sistema de pagos, se desarrollaron sistemas de monitoreo y la consulta permanente al Instituto de Pesquisa Económica Aplicada. A diferencia del PROGRESA-Oportunidades (si bien ambos programas compartieron el perfil tecnocrático de la gestión y el uso de herramientas similares), en el Bolsa Familia la legitimidad no se apoyó en la superación de la política clientelar. El Bolsa Familia buscó legitimarse en el debate acerca del derecho a un ingreso mínimo. Las herramientas técnicas fueron utilizadas para intentar avanzar en la consolidación de ese derecho. El uso del discurso profesional y experto se orientó originalmente en esa dirección; muestra de ello fue tanto su menor grado de restricción frente al incumplimiento de las condicionalidades por parte de los hogares beneficiarios, como su mayor preocupación por evitar errores de exclusión que por incurrir en errores de inclusión. De todas formas, a medida que el programa fue avanzando, las necesidades de profesionalización y participación en el campo se hicieron cada vez más manifiestas. Así, un programa que surgió de un debate por un derecho se fue adaptando a un campo en el que las exigencias tecnocráticas fueron moldeando su diseño final.

### **Neoliberalismo coercitivo. Programa Puente-Chile Solidario (2002-2012)**

El Programa Puente-Chile Solidario presentó características específicas que merecen una atención particular. Chile es el país de la región donde comenzaron a desarrollarse de manera profesional los programas sociales focalizados. Desde la transformación del Estado chileno bajo la dictadura de Augusto Pinochet — con asesoramiento de economistas formados en el monetarismo norteamericano —, se definió que la ineficiencia en la distribución de ingresos y oportunidades se debía a un estatismo exagerado y a la actividad económica de baja productividad. Se estableció, entonces, que la política social debía dirigirse directamente a la población más pobre. Se propuso la focalización y

la descentralización para atacar la pobreza extrema (la que no tiene capacidad de pago), así como también un formato de intervención de “red de protección social”, que permitiera alcanzar un mínimo de vida aceptable.

Desde su origen, esta perspectiva sostuvo la necesidad de invertir en capital humano como un instrumento para interrumpir la reproducción intergeneracional de la pobreza. Esto permaneció opaco en la literatura habitual acerca de los PTC. Más bien, siempre se destacó la originalidad de PROGRESA-Oportunidades y el Bolsa Familia como pioneros de los PTC.

El salto paradigmático de la política pública en Chile se da de manera mucho más temprana, y la presión para su adopción fue centralmente coercitiva. El gobierno dictatorial propuso y sostuvo la reforma del Estado, con un diagnóstico que apuntaba a cambiar la concepción de la distribución del ingreso. La distribución y la equidad no se concebían a través de políticas progresivas, sino que se esperaba a partir del desarrollo de la capacidad productiva de los sectores privados y un posterior proceso de “derrame”. Hasta que se completara este proceso, se aceptó como necesaria la existencia de programas sociales para la pobreza extrema.

La definición de la pobreza del gobierno dictatorial se resumió en la incapacidad de los individuos para alcanzar bienes mínimos necesarios para una vida digna. La pobreza se convirtió en un fenómeno superable mediante la aplicación de políticas públicas adecuadas, pero que no interfirieran con el desarrollo productivo del sector privado. En ellas primaba el principio de libre elección individual. Entonces, la estrategia más eficiente para la lucha contra la pobreza sería la entrega de “subsidios directos en dinero por parte del Estado”. Alrededor de esta idea, se construyeron las herramientas técnicas de focalización y sistemas de información de familias.

En democracia, los gobiernos chilenos no cuestionaron el modelo de desarrollo; de hecho, se sostuvo la orientación general acerca de una política económica poco intervenida por el Estado. Se sostuvo el esquema descentralizado y se estimuló la participación de organizaciones de la sociedad civil. Así, se desarrolló gran parte de la institucionalidad para la atención de grupos poblacionales prioritarios.

Hacia la segunda mitad de la década de los noventa, los problemas de empleo, la desaceleración y el freno en la reducción de la pobreza extrema plantearon la necesidad de volver a innovar. Se identificó que la población en situación de pobreza requería de un apoyo social especial que promocionara los servicios sociales existentes. Entonces, se marcó la necesidad de un trabajo directo, centrado en el desarrollo personal y social con las familias en situación de pobreza extrema.

Quienes diseñaron el Programa Puente destacaron que las familias cumplían con una función protectora interna que aportaría a la eficacia y eficiencia del sistema de protección. No obstante, se buscó acompañarla con un monitor para el apoyo psicosocial, que facilitara las tareas para conseguir los “mínimos sociales”, que no se habían alcanzado por la falta de un vínculo concreto con la oferta de servicios públicos. Por este motivo, en el caso chileno, la transferencia de ingreso —en términos monetarios— tuvo una importancia menor frente a los otros componentes, como el apoyo psicosocial y la priorización del acceso a servicios sociales.

En el caso puntual del Programa Puente del Chile Solidario, coexistieron interacciones normativas de los profesionales (tales como trabajadores sociales y sociólogos, quienes propusieron la necesidad del acompañamiento directo) con economistas de la Dirección de Presupuestos. A esto se sumaba el proceso de transformación del Estado basado directamente en la presión coercitiva de los años de dictadura.

Esta situación nos llevó a preguntarnos acerca de por qué no se reconoce en la trayectoria chilena el origen del uso conceptual. Resultó evidente que esta situación no era algo oculto o poco accesible; de hecho, recurrimos a la producción académica chilena que había trabajado sobre esta transformación. Encontramos la respuesta próxima a la construcción de legitimidad del campo; muy difícilmente una dictadura resulte una fuente adecuada para justificar la conveniencia de la aplicación de modelos de gestión. La propuesta del *new public management* de la academia estadounidense como la forma eficiente de gestionar los Estados incidió en muchos planos de la política pública latinoamericana. Esta propuesta aparece como una fuente racionalizada y legitimada por el campo de los programas sociales en la región.

### **Mimetismo temático a partir de una crisis. Programa Familias por la Inclusión Social (Argentina, 2002-2012)**

El caso del Plan Familias por la Inclusión Social de la Argentina se caracterizó, fundamentalmente, por tratarse de una acción dentro de la estrategia para enfrentar la crisis económica de 2001. Si bien el programa comenzó a implementarse formalmente en el año 2005, es un emergente de las estrategias que se fueron desarrollando desde 2002 hasta esa fecha. La trayectoria es más larga, dado que puede rastrearse desde el inicio de la Secretaría de Desarrollo Social de los años noventa, la cual ya proponía la necesidad de generar un programa de estas características.

Se trató de un programa con distintos momentos hasta la culminación de su diseño formal. El objetivo general final fue impactar en la capitalización de los hogares pobres. De manera contraria a lo sucedido con los otros casos de estudio, el Familias no ocupó un espacio central de la política social argentina, ni desde su experiencia se orientaron nuevas acciones o prácticas a otros programas sociales. Fue un programa con dificultades que tampoco contó con un fuerte apoyo del poder político. Esto supuso una serie de características específicas: tuvo que ir construyendo de a poco su espacio; su sistema de focalización resultó complejo y poco dinámico al momento de dar comienzo a las acciones; la situación del traspaso de beneficiarios desde el Plan Jefes y Jefas y el cierre a nuevos beneficiarios mostraron que el programa no se encontraba en el centro de la dirección de la política social en esos años.

Las dificultades institucionales también se evidenciaron con la relación entre el programa y el BID. Primero, este organismo manifestó desconfianza frente al uso de los recursos por parte del Gobierno argentino, con lo cual buscó asegurar una correcta utilización de las herramientas técnicas de control de presupuesto y gestión, tomando como ejemplo la experiencia mexicana. Esta situación fue cambiando a medida que el país lograba recomponerse de la crisis económica. En este nuevo contexto, los equipos técnicos que participaban de la gestión del programa pudieron proponer innovaciones.

En este caso, la interacción normativa se desarrolló a partir de los espacios de formación y promoción que ofrecían los organismos fi-

nanciadores, lo que permitía legitimar el desarrollo de acciones conforme con los requerimientos del campo. Aquí se dio un tipo particular de mimetismo realizado exclusivamente para garantizar la supervivencia del actor organizacional: el mimetismo temático. El programa se fue construyendo en función de los requerimientos del organismo financiador.

### **Reflexiones finales: interacción y estructura**

Desde el marco teórico, propusimos un esquema de análisis para las políticas públicas a partir de las condiciones relacionales e intersubjetivas en la construcción o la producción de algunos de los programas sociales más importantes de las últimas décadas en América Latina. Para lograr este objetivo, reunimos conceptos clásicos del análisis de la política pública con el análisis organizacional desde una perspectiva sociológica neoinstitucional. De esta manera, logramos considerar aspectos y dimensiones que no son frecuentemente analizados por los modelos tradicionales del campo de las políticas públicas. Desde esta perspectiva teórica, se sostiene que la realidad social es el resultado de un proceso en el que los individuos interactúan con marcos cognitivos y simbólicos que conforman espacios estructurales. Así, nos propusimos presentar este proceso de construcción a partir del análisis del proceso de la gestión de los programas de transferencias condicionadas de ingreso.

La historia, el contexto y el espacio del diseño de cada uno de estos programas constituyeron un escenario para observar las tensiones sujeto/estructura. La estrategia metodológica nos colocó en posición de analizar los programas en el espacio social de cada uno de los Estados en cuestión, incluidos instituciones, funcionarios y regulaciones. Se trata de ámbitos que permiten abordar un *continuum*, donde se observan procesos tenues y agudos.

Con el análisis de los casos, fue posible dar cuenta del proceso de estructuración de un campo organizacional y los medioambientes próximos a los programas. Allí, se observó cómo se logra una influencia sutil y se crean los marcos a través de los cuales los actores participan en su ámbito de interés. Los gobiernos de la región no fueron cooptados para generar un tipo particular de política social, sino que

forman parte de un contexto donde la pobreza es un problema que genera grandes espacios indefinidos que no se superan con reglas y normas. Estos gobiernos se han ajustado a la propuesta profesional del campo organizacional, que les otorgó explicaciones legitimadoras acerca de su posible solución.

El proceso de estructuración del campo organizacional de la política social latinoamericana ha generado interdependencias técnicas y de intercambio de experiencias. En ellas, los organismos financiadores — muchas veces también fuente de financiamiento — participaron como organizadores de espacios para la difusión y capacitación que colaboraron en afianzar estas interdependencias. Ámbitos como la comunidad de aprendizaje del Banco Mundial o los cursos de capacitación del INDES-BID, entre otros encuentros, colaboraron para que los diseñadores de estos programas encontraran herramientas técnicas y conceptos legitimados. Así, consideramos que se vuelve patente cómo la gestión de la política social termina reflejando de modo estructural lo que se construye intersubjetivamente en el campo organizacional.

Como vimos, muchas de las prácticas propuestas constituyen mitos ceremoniales difundidos mediante esas redes relacionales en los ámbitos mencionados. Tales mitos basan su legitimidad en la suposición de que son racionalmente efectivos. La incorporación de los elementos institucionalizados les proporciona a los decisores una explicación legítima de las actividades que sostienen, con la que evitan ser cuestionados por una conducta de gestión desviada. Los programas que no incorporan los elementos que propone el campo no tienen a mano explicaciones legitimadas y quedan expuestos a acusaciones de negligencia, irracionalidad o innecesariedad.

En realidad, los PTC no presentaron una gran novedad o innovación conceptual en la lucha contra la pobreza; más bien reforzaron y reafirmaron aquellos ya existentes a partir de otra metodología que lograba adaptar algunos principios de la propuesta del *new public management* junto con otras perspectivas. Los PTC han sido resultado de construcciones institucionalizadas en las que han participado diseñadores y decisores de la política social, junto con profesionales, académicos y consultores. En ellas, se racionalizaron pautas de la propuesta



del modelo de acumulación y desarrollo contemporáneo, que impactó primero en las políticas económicas y, luego, se difundió al resto de las políticas públicas.

### Referencias bibliográficas

- Banegas, I. (2010). *La ilusión tecnocrática en la política social: PROGRESA-Oportunidades* [tesis doctoral]. México: El Colegio de México.
- Barrientos, A. (2009). Labour markets and the (hyphenated) welfare regime in Latin America. *Economy and Society*, 38(1), 87-108.
- Cohen, E., y Franco R. (2006). Los programas de transferencias con corresponsabilidad en América Latina: similitudes y diferencias. En E. Cohen y R. Franco (Coords.), *Transferencias con corresponsabilidad. Una mirada latinoamericana* (pp. 23-34). México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- DiMaggio, P., y Powell, W. (1983). The Iron Cage Revisited: Institutional isomorphism and collective rationality in organizational fields. *American Sociological Review*, 48(2), 147-160.
- DiMaggio, P., y Powell, W. (1999). *El nuevo institucionalismo en el análisis organizacional* (J. Medina Echavarría, trad.). México D. F.: Colegio Nacional de Ciencias Políticas - Universidad Autónoma del Estado de México - Fondo de Cultura Económica.
- Donati, P. (2009). *La società dell'umano*. Génova-Milán: Casa Editrice Marietti.
- Donati, P. (2015). Manifesto for a critical realist relational sociology. *International Review of Sociology*, 25(1), 86-109.
- Esping-Andersen, G. (1993). *The Three Worlds of Welfare Capitalism*. Princeton: Princeton University Press.
- Filgueira, F. (1998). El nuevo modelo de prestaciones sociales en América Latina: Residualismo y Ciudadanía Estratificada. En B. Roberts (Ed.), *Ciudadanía y política social* (pp. 71-116). San José: FLACSO/SSRC.
- Franco, R. (1996). Los paradigmas de la política social en América Latina. *Revista de la CEPAL*, (58), 9-22.
- Garro-Gil, N. (2017). Relación, razón relacional y reflexividad: tres conceptos fundamentales de la sociología relacional. *Revista mexi-*

- cana de sociología*, 79(3), 633-660. Recuperado de: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0188-25032017000300633&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032017000300633&lng=es&tlng=es).
- Gil-Lacruz, M. y Gil-Lacruz, A. I. (2006). Capital humano y capital social, implicaciones en el crecimiento económico. *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, (61), 93-104. Recuperado: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1985788&orden=271411&info=link>
- Lasswell H.D. (1968). The policy sciences. En *The encyclopedia of the social sciences*, Vol. 12. Nueva York: Macmillan Publishers
- Levy, S., y Rodríguez, E. (2005). *Sin herencia de pobreza. El Programa PROGRESA-Oportunidades de México*. México-Washington: Banco Interamericano de Desarrollo-Planeta.
- Lo Vuolo, R. (1998). ¿Una nueva oscuridad? Estado de Bienestar, crisis de integración social y democracia. En *La nueva oscuridad de la política social. Del Estado populista al neoconservador* (pp. 9-112). Buenos Aires: Ciepp - Miño y Dávila.
- Lo Vuolo, R. Barbeito, A., Pautassi, L., Rodríguez, C. (1999). *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Buenos Aires: Ciepp - Miño y Dávila.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Merton, R. (1992). *Teoría y Estructura Sociales* (F.M. Torner, trad.). Fondo de Cultura Económica de España.
- Meyer, J. W., y Rowan, B. (1977). Institutionalized Organizations: Formal Structure as Myth and Ceremony. *The American Journal of Sociology*, 83(2), 340-363.
- Noguera, J.A. (2003). ¿Quién teme al individualismo metodológico? Un análisis de sus implicaciones para la teoría social. *Papers revista de sociología*, 69, 101-132.
- Parsons, T. (1984). *El sistema social* (J. Jiménez Blanco y J. Carzola, trad.). Madrid: Alianza.
- Parsons, W. (2007). *Políticas públicas. Una introducción a la teoría y la práctica del análisis de políticas públicas* (A. Acavedo, I. Méndez Hoyos y T. Lendo Fuentes, trad.). México: Miño y Dávila - FLACSO.

- Rawlings, L. B., y Rubio, G. M. (2004). Evaluación del impacto de los programas de transferencias condicionadas en efectivo. *Cuadernos de Desarrollo Humano*, 10, 1-45. Recuperado de: <http://www.oda-alc.org/documentos/1340861380.pdf>.
- Selznick, P. (1949). *TVA and the grass roots; A Study in the sociology of formal organization*. Los Angeles: University of California Press.
- Skocpol, T., y Rueschemeyer, D. (1996). *States, Social Knowledge, and the Origins of Modern Social Policies*. Nueva York y Princeton: Russell Sage Foundation y Princeton University Press.
- Vergara, P. (1990). *Políticas hacia la extrema pobreza en Chile 1973/1988*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Villarreal, J. (1996). *La exclusión social*. Buenos Aires: Tesis Norma.
- Weber, M. (1984) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Williamson, J. (1991). *El cambio en las políticas económicas de América Latina*. México: Gernika.

# **Actores civiles y actores políticos: su rol en los procesos de introducción y ampliación de los derechos políticos de las mujeres en la Argentina (desde el voto a la paridad de género)**

*Hernán Pablo Toppi*

## **Introducción**

En las democracias contemporáneas, los actores con derechos políticos, independientemente de su género, deberían tener las mismas posibilidades para votar y aspirar a adquirir un cargo representativo. Sin embargo, la historia ha demostrado que la “universalidad” de la extensión de los derechos políticos no siempre ha significado lo mismo. En línea con esto, tanto legalmente como en la práctica, en la Argentina la obtención de los derechos políticos por parte de los varones y de las mujeres no ha ido a la par, dado que los primeros los conquistaron inicialmente y han tenido más facilidades para el acceso a cargos representativos.

Con el trasfondo indicado, desde mediados del siglo xx los derechos políticos de las mujeres han experimentado tres grandes modificaciones, siempre en búsqueda de una mayor equidad con los varones: primero, el otorgamiento del derecho al voto; luego, la incorporación de las cuotas de género; y, finalmente, la introducción de la paridad de género (estas dos últimas con aplicación en las listas de representantes a nivel parlamentario). Esto es así, ya que la Ley 8871 de 1912 (más conocida como Ley Sáenz Peña) introdujo (entre otros factores) un voto universal que solo involucraba al género masculino. Las mujeres tuvieron que aguardar hasta mediados del siglo xx para alcanzar el mismo estatus. No obstante, la práctica tendió a no significarle al género femenino un marco de igualdad en la posibilidad real de acceso a cargos representativos. Esta distorsión fue enfrentada varias décadas después con el objetivo de acercarse a una mayor equidad de género a nivel representativo. Se lo hizo con las cuotas en 1991 y con la paridad en 2017.

Este trabajo busca analizar los tres procesos indicados. Por un lado, su interés radica en que remiten a procesos desarrollados con años de diferencia, lo cual permite evaluar las implicancias y falencias de cada una de las modificaciones realizadas. Por el otro, resulta un aspecto central en este capítulo que los tres procesos deben entenderse desde la acción y presión de diferentes tipos de actores (civiles y políticos) para la concreción del cambio en el *statu quo*. Esto significa que estos procesos pueden ser evaluados como políticas públicas que surgieron ante la identificación de un problema que requería una solución. Ahora bien, también pueden ser considerados desde una perspectiva de análisis relacional, que contemple la acción e interacción de diferentes tipos de actores que buscan transformar el escenario social y político existente.

El trabajo se organizará de la siguiente manera. De manera inicial, se presentará el modelo secuencial de políticas públicas, que se considera oportuno para el análisis. Luego de ello se planteará el marco teórico de la investigación, vinculado al análisis de la política pública (como proceso) desde una perspectiva relacional, en el sentido de considerar que diferentes actores pueden impulsar (incluso desde diferentes arenas) un mismo cambio en el *statu quo*. Con posterioridad, a partir de dicha perspectiva, se evaluarán los tres procesos de interés para el capítulo: el voto femenino, las cuotas de género y la paridad de género. Finalmente, se presentarán las conclusiones.

### **La política pública desde el modelo secuencial**

En consonancia con James Anderson (1997), la utilidad del modelo secuencial se sustenta en que permite contemplar simultáneamente las preferencias de los actores, las reacciones del sistema político a las demandas existentes y a las instituciones que elaboran las políticas públicas. Esto se debe a que esta alternativa de análisis plantea diferentes etapas en las que los diversos elementos se encuentran relacionados. Las etapas son las siguientes:

- a) *Identificación del problema*: si se plantea la necesidad de una política pública, es porque primero se identificó un problema (sea social, económico o político) que debería ser atendido con esta. Vale destacar que la identificación de un problema remite a una

construcción subjetiva, dado que su presencia para unos puede no ser tal para otros (Cobb y Elder 1984; Lahera Parada, 2002; Parsons, 1995; Subirats, 1992; Tamayo Sáez, 1997).

b) *El problema en la agenda*: la identificación del problema debe traducirse en su introducción en la agenda (la sistémica y la política, pero fundamentalmente en esta última, en pos de la continuidad del proceso con su tratamiento a nivel institucional), en búsqueda de que los actores (sean sociales o políticos) reconozcan que debe ser resuelto (Cobb y Elder, 1984).

c) *Debate sobre alternativas para la resolución del problema*: el debate puede remitir a diferentes situaciones, ya sea sobre la existencia real del problema, ya sea entre las diferentes alternativas de resolución del problema identificado (Subirats, 1992; Tamayo Sáez, 1997).

d) *Decisión*: los resultados posibles de la etapa anterior son fundamentalmente dos. Por un lado, puede darse el rechazo y la primacía del *statu quo*. Por otro, puede aceptarse alguna de las alternativas presentadas en el debate, con lo cual se transformará en una política pública concreta (Meny y Thoening, 1992; Tamayo Sáez, 1997; Tsebelis, 2006).

e) *Implementación*: en caso de introducir una política pública, la decisión involucra un cambio en el *statu quo* que implica un nuevo marco normativo que comienza a implementarse desde su entrada en vigencia (Birkland, 2005; Pressman y Wildavsky, 1984).

f) *Evaluación de resultados*: los actores toman decisiones en escenarios de información incompleta, lo cual significa que no van a estar completamente seguros sobre las consecuencias de la implementación. Puede cumplirse (o no) el objetivo perseguido, o también pueden surgir consecuencias inesperadas, de las cuales podrían derivarse nuevas problemáticas que requieran atención (Ostrom, 2010; Tamayo Sáez, 1997).

g) *Terminación*: en caso de ser necesario puede decidirse terminar una política pública. Esto puede darse, o bien ante el cumplimiento del objetivo planteado, o bien cuando el resultado fue el contrario al esperado, o bien ante la aparición de una alternativa superadora a la primera (Anderson, 1997).

Así pues, considerar estas diferentes etapas permite contemplar un proceso que es dinámico (desde la identificación del problema, pasando por la decisión e implementación de la política pública, hasta su posible terminación). Un proceso en el que participan actores de diversos ámbitos, con sus respectivas preferencias, puede conducir a que se genere entre ellos un marco de interacción. De aquí que el proceso indicado puede, también, vincularse a un enfoque relacional que dé cuenta del accionar de los diferentes actores sobre el *statu quo*. La próxima sección desarrolla el argumento que justifica esta postura.

### **El análisis de la política pública desde una perspectiva relacional**

El análisis de las políticas públicas brinda una línea de división posible entre los actores: la identificación o el rechazo de la presencia de un problema que afecta a la sociedad y que debe ser resuelto. En este caso, la pluralidad remite a dos grandes cuestiones, tal como se anticipó en la sección anterior. Por un lado, aquello que para unos es un problema puede no serlo para otros. Esto significa que la identificación de un problema es una construcción subjetiva de los actores, que no necesariamente es compartida por otros. Por el otro, quienes sostienen la presencia de un problema pueden proponer diferentes alternativas de resolución, cada una en relación con su respectiva visión de la situación existente (Cobb y Elder, 1984; Hilgartner y Bosk, 1988; Subirats, 1992; Tamayo Sáez, 1997).

Ahora bien, cuando se piensa en políticas públicas, un elemento que siempre surge en el análisis es el de la agenda, es decir, las diferentes problemáticas que los actores consideran relevantes en pos de su atención y búsqueda de resolución. Dicha agenda puede abarcar una gama de temáticas muy amplia dada la cantidad de actores y de visiones que existen dentro de una sociedad (Keeler, 1993; Kingdon, 1984; Subirats, 1992). De esta cuestión, siguiendo a Cobb y Elder (1984), se desprende una división entre dos grandes agendas, una más general y abstracta que la otra: la sistémica y la política.

La agenda sistémica remite a las diferentes problemáticas que pueden surgir desde la sociedad. Así, su mayor generalidad se debe, por un lado, a la pluralidad de situaciones que en este escenario pueden encontrarse, y, por el otro, al hecho de que no todas las problemáti-

cas existentes a nivel social terminan siendo atendidas por los representantes parlamentarios y el gobierno. En cambio, la agenda política tiene un carácter más concreto debido a que se limita específicamente a las problemáticas que, desde el escenario representativo, se consideran oportunas de atención. En línea con esta última posibilidad, en este trabajo se propone una subdivisión de la agenda política: la agenda política gubernamental y la agenda política parlamentaria. Como lo indican los términos incorporados, la primera se vincula con la agenda del gobierno, evaluada a partir de las políticas públicas explícitamente propuestas desde el Poder Ejecutivo. La segunda también implica la presentación de políticas públicas desde la arena institucional pero desde la parlamentaria, la cual se encuentra conformada por actores no siempre vinculados al gobierno. De este modo, se está ante la consideración de tres grandes fuentes desde las cuales los actores identifican y buscan visibilizar situaciones problemáticas: la agenda sistémica, la agenda política gubernamental y la agenda política parlamentaria.

Ahora bien, antes de entrar en las características y en los actores implicados en cada una de las agendas mencionadas, conviene recordar el supuesto de la existencia de pluralidad de perspectivas. Esta pluralidad es social, pero también política. Dado que la identificación de un problema es un proceso subjetivo más que objetivo, a los actores que sostienen su presencia se les suman aquellos que no expresan el mismo pensamiento, es decir, que no observan su existencia. Así, tanto en el nivel social como político pueden surgir actores de veto que no compartan la necesidad del cambio propuesto y prefieran el sostenimiento del *statu quo* (Cox y Morgenstern, 2001; Tsebelis, 2006).

Entonces, si hay pluralidad de posiciones, lo que entra en juego son las preferencias de los actores frente al *statu quo*. Pueden generar tales preferencias a partir de la evaluación que realizan sobre el escenario existente (*statu quo*), la cual implica una relación entre los objetivos (perseguidos por los actores) y los resultados alcanzados en función de ese escenario (Toppi, 2015). Si del escenario existente se deriva como resultado lo que los actores pretenden (objetivos perseguidos), su preferencia va a estar relacionada con la continuidad del *statu quo*, por lo cual se transforman en potenciales actores de veto frente a cual-



quier intento por modificarlo. Esto significa, entonces, que aquellos que impulsan un cambio en el *statu quo* (cuentan con una preferencia para ello) identifican un problema que se deriva de este y, por tanto, debe ser resuelto mediante alguna alternativa: para estos actores, hay una disociación entre sus objetivos perseguidos y los resultados alcanzados en el escenario existente. Estos son los actores que promueven políticas públicas. Claro está que entre aquellos que coinciden en la presencia de un problema, también pueden generarse diferencias en términos de la estrategia para su resolución, esto es, pueden coincidir en el diagnóstico pero no en el remedio.

La presencia de potenciales vetos lleva, entonces, a la necesidad de que quienes promuevan la introducción de una modificación en el *statu quo* cuenten con el poder (consenso) necesario para impulsarlo exitosamente (Tsebelis 2006). Es decir, se requiere un poder que pueda superar el que ejercen los actores de veto, quienes consideran innecesario el cambio (ya que sostienen la inexistencia o irrelevancia del problema), o suponen que no es la mejor alternativa de solución (dado que comparten el diagnóstico pero no el remedio).

La existencia de diferentes agendas (a nivel social, parlamentario y de gobierno) implica la presencia de diversos tipos de actores, los cuales se desenvuelven en sus respectivas arenas (la sociedad, el Poder Legislativo o el Gobierno) y cuentan con sus respectivas herramientas para impulsar o frenar un cambio del *statu quo*. Los actores que se desenvuelven desde la sociedad son aquellos que responden directamente a ella (ciudadanos, organizaciones de la sociedad civil, movimientos sociales, grupos de interés), o también aquellos que tienen la pretensión de acceder en un futuro a instancias de representación política (partidos políticos sin representación política) (Toppi, 2015). El actuar desde la sociedad, y no desde la arena política, significa para estos actores poseer un poder de agenda informal, en tanto no cuentan con un reconocimiento institucional para aprobar o rechazar una propuesta de variación en el *statu quo*, independientemente de que todo ciudadano (sea político o no) puede proponer un proyecto para ser tratado por el Poder Legislativo. Sí pueden presionar, ya sea para que esta modificación se realice (promoviendo una nueva política pública), ya sea para que una propuesta en dicha dirección fracase (des-

envolviéndose como actores de veto). Como afirma Iván Medina Iborra (2009), los actores que participan en esta arena pueden hacer uso de diversas estrategias (las herramientas) en tal sentido. Estas son: la legal (acudir a la justicia para que esta inste al poder político a adoptar una medida, corregirla o anularla), la confrontativa (exponer de forma mediática el posicionamiento de los diferentes actores sobre una problemática, lo cual debería tener impacto sobre la opinión pública y el comportamiento de los representantes), la informativa (con base en un conocimiento, pueden transmitirlo a los actores políticos mediante propuestas, asesoramiento e informes, buscando influir sobre sus decisiones) y la electoral (pueden apoyar o criticar a diferentes actores políticos, según compartan o no una agenda similar). Así, optar por alguna de estas estrategias implica para estos actores una forma de presionar sobre la toma de decisiones (Medina Iborra, 2009). Además, elegir alguna alternativa para ejercer presión se relaciona con la posibilidad de obtener mayor visibilidad: a mayor visibilidad, mayor la presión que la dirigencia política experimentará para brindar una respuesta al problema en debate (Cobb y Elder 1984; Hilgartner y Bosk, 1988; Keeler, 1993). Por lo tanto, la capacidad de presión de los actores que se desenvuelven desde la sociedad está estrechamente relacionada con la visibilidad tanto social como política de la problemática.

A diferencia de los anteriores, los representantes (estén en el Poder Ejecutivo o en el Legislativo) cuentan con herramientas institucionales para influir directamente en el proceso de toma de decisiones. Como corolario, al tratarse de herramientas provenientes de reglas de juego establecidas institucionalmente, los actores políticos que son representantes cuentan con un poder de agenda formal desde el cual promover o sostener el *statu quo* (Toppi, 2015). Los representantes que se encuentran en el Congreso pueden presentar proyectos de ley con el fin de promover determinadas políticas. Debido a que el Poder Legislativo es un cuerpo colectivo, el poder de agenda que estos actores tienen (poder de agenda parlamentario) se incrementa en la medida que aumenta la cantidad de sujetos pertenecientes a dicha arena que apoyan la aprobación de la propuesta en debate, lo que disminuye la presencia de actores de veto (Tsebelis 2006). No obstante, estos actores necesitan superar una etapa adicional referida a la promulgación por parte del Poder Ejecutivo

vo. Es decir, el presidente (principal figura representante del Gobierno) puede transformarse en un actor de veto adicional, en caso de decidir vetar la iniciativa aprobada a nivel legislativo.

Ahora bien, el gobierno también puede promover su propia agenda a partir de su poder de agenda gubernamental. En este caso, son los legisladores quienes pueden transformarse en actores de veto frente a dichas propuestas. Esto significa que, del mismo modo que los parlamentarios, el presidente debe obtener un apoyo mayoritario de estos para impulsar exitosamente su propuesta de política pública<sup>1</sup> (Cox y Morgenstern, 2001). La pertenencia y participación en diferentes arenas de actores de la sociedad, el Congreso y el Gobierno no significa que no puedan compartir intereses. Así, la posibilidad de que compartan una misma preferencia por la modificación o permanencia del *statu quo* puede llevar a que, desde sus respectivos espacios, presionen conjuntamente y con sus propias herramientas por alguna de las direcciones indicadas. Las afirmaciones aquí mencionadas motivan a que en este trabajo se considere oportuno incorporar una perspectiva relacional para el análisis del marco de interacción entre actores pertenecientes a diferentes arenas, quienes promueven o intentan evitar la introducción de políticas públicas que puedan modificar el *statu quo*. La sociedad implica relaciones sociales, económicas y políticas, lo cual significa que los individuos no pueden vivir aislados y sin relación con otros semejantes (Herrera Gómez, 2001). Por ello, la teoría relacional plantea que el individuo (en tanto actor social) entra en relación con otros generando marcos de sociabilidad, pero también cambios en la realidad social (Garro-Gil, 2017). En consideración de esto último y en función de Donati (1993), para comprender las transformaciones que se generan en las sociedades, se requiere contemplar el impacto que en estas últimas tienen las relaciones sociales existentes. En sus palabras: “el cambio social consiste en la ‘emergencia’ de realidades sociales cuyo motor son sujetos (individuales y colectivos) que están en relación entre sí dentro de un contexto determinado” (Donati, 1993, p. 34). Así, los problemas sociales y el cambio en las sociedades no

<sup>1</sup> El presidente cuenta, no obstante, con la posibilidad de los decretos en caso de necesidad y urgencia.

deben entenderse desde acciones individuales, sino a partir de relaciones entre actores que constituyen redes dentro de contextos donde las acciones toman sentido (Herrera Gómez, 2001). En definitiva, una perspectiva relacional nos permite entender la posibilidad del cambio en el *statu quo* como un fenómeno que no depende del accionar de un solo individuo, sino del impulso colectivo relacional de actores diversos que, pese a provenir de diferentes arenas (como pueden ser la civil y la política), forman parte de una misma sociedad.

De esta manera, la identificación de problemas y el impulso para la aceptación en la agenda y posterior aprobación a nivel institucional de alternativas de resolución ante los primeros (mediante políticas públicas) pueden involucrar el accionar de actores pertenecientes a diferentes arenas o que provienen de diversos espacios, pero que, al compartir una misma preferencia de cambio, utilizan su respectivo poder de agenda con el objetivo de alcanzar dicho objetivo. En estas páginas, se entiende que los procesos de introducción y de fortalecimiento de los derechos políticos de las mujeres pueden ser evaluados a partir del enfoque relacional propuesto. Esto se sustenta en la necesidad de que el estudio de dichos procesos parta del reconocimiento de la presencia activa de actores civiles y políticos involucrados en la promoción de las políticas públicas para una mayor equidad entre varones y mujeres a nivel representativo. Esto significa que observar a un solo tipo de actor llevaría a un análisis incompleto. Así, desde una perspectiva relacional, se evita caer en dicho problema y, al mismo tiempo, se alcanza una mirada más completa de los procesos que se discuten.

### **De la Ley Sáenz Peña al derecho al voto para las mujeres**

Las mujeres obtuvieron el derecho al voto en 1947 mediante la Ley 13010. Esto sucedió treinta y cinco años después de la aprobación en 1912 de la Ley 8871, más conocida como Ley Sáenz Peña, según la cual el voto universal solo incluía al género masculino. Había un trasfondo cultural para la ausencia de las mujeres en dicha “universalidad” vinculado a la separación entre la esfera pública y la esfera privada. Mientras que la primera se relacionaba con la política (reservada a los varones), la segunda lo hacía con la familia (vinculada a las mujeres) (Gallo y Giacobone, 2001).

Ahora bien, pese al trasfondo cultural antes mencionado, el transcurso de tiempo entre una legislación (Ley Sáenz Peña) y la otra (Ley de Voto Femenino) no significó la ausencia de posicionamientos críticos frente a la exclusión política de las mujeres. De hecho, ya desde un comienzo surgieron referentes que identificaron un problema en dicha situación. Todas estas voces críticas se expresaron desde la sociedad o desde el Congreso, lo cual implicó la participación de actores desde la agenda sistémica y desde la agenda política parlamentaria. En el ámbito civil, referentes como Alicia Moreau de Justo o Julieta Lanteri mostraron su posicionamiento crítico frente al *statu quo*. La primera indicó el desconocimiento de la existencia política de la mujer, y la segunda llevó adelante acciones tales como intentar votar y presentarse como candidata o fundar el Partido Feminista Nacional (Bellota, 2001; Moreau de Justo, 1945; Toppi, 2016). En el ámbito partidario, socialistas y radicales les brindaron a las mujeres una participación dentro de sus respectivos espacios organizativos (Archenti y Tula, 2019; Marx *et al.*, 2007). En lo que respecta a la agenda política parlamentaria, fueron presentados diversos proyectos con el fin de introducir el voto femenino pero ninguno obtuvo el consenso necesario para superar los vetos. Estos últimos remitieron no solo a los que se oponían a la medida, sino también a aquellos que, si bien compartían la necesidad del cambio en el *statu quo*, diferían en la alternativa que debía adoptarse, en términos de si el voto debía ser obligatorio u optativo para las mujeres (Ajmechet, 2012; Palermo, 1998). Así, en los dos ámbitos (civil y político), hubo una falta de consenso y, por tanto, la presencia mayoritaria de vetos públicos y políticos, lo que impidió a estas voces críticas del *statu quo* adquirir la relevancia necesaria para presionar exitosamente por su modificación (Gallo y Giacobone, 2001; Toppi, 2015). Entonces, no fue el gobierno de Juan Perón (con el impulso decisivo de Eva Duarte de Perón) el ámbito desde el cual se evidenció por primera vez el problema de la ausencia de derechos políticos para las mujeres. Ahora bien, sí podría decirse que, desde antes de su llegada a la presidencia, Perón ya venía generando una ventana de oportunidades a las demandas sociales existentes: desde la Secretaría de Trabajo y Previsión (cargo que ocupó entre 1943 y 1945), se vinculó con sec-

tores de dicha arena instándolos a la presentación de sus reclamos frente al Estado (Romero, 1995; Torre, 1989). Entre dichos sectores estuvo aquel vinculado a las mujeres (Marx, Borner y Caminotti, 2007), respecto del cual su acción fue reconocida institucionalmente con la creación de la Dirección de Trabajo y Asistencia de la Mujer (Bianchi, 1986) y, también, con la propuesta de impulsar por decreto la introducción del voto femenino (Barry, 2011). Todo esto implicaba que las problemáticas de las mujeres obtenían reconocimiento dentro de la “agenda peronista”. Esto permite entender la razón que llevó a que, al momento de la llegada de Perón a la presidencia en 1946, la ausencia del voto femenino no solo se encontrara incluida dentro de la agenda política gubernamental (Toppi, 2016), sino que también fuera una de las primeras políticas en impulsarse desde el Gobierno (Valobra, 2008).

La presencia en la agenda gubernamental de la problemática sobre la ausencia de derechos políticos para las mujeres derivó en la introducción de proyectos en el Congreso Nacional para su discusión parlamentaria. Esta comenzó en el Senado en agosto de 1946 y siguió en la Cámara de Diputados en septiembre de 1947<sup>2</sup>. Las posturas a favor de la introducción del voto femenino centraron la defensa en a) la incompatibilidad de la democracia con la ausencia de la participación de las mujeres; b) la necesidad del reconocimiento de la mujer como parte central de la sociedad; y c) el deber de poner fin a la doble moral que separa a los varones y a las mujeres. Si bien no hubo posturas contrarias al voto femenino, sí hubo dudas respecto a su obligatoriedad, a la capacidad de las mujeres de hacer política y sobre el futuro de la unidad familiar con la futura participación política femenina. En términos de las alternativas de resolución del problema, además del proyecto oficial que establecía un marco de igualdad en lo que hace a las obligaciones y derechos entre ambos géneros, hubo posiciones que propusieron el carácter optativo del voto femenino o que, junto a lo anterior, las mujeres debiesen cumplir ciertas condiciones adicionales (ser mayores de dieciocho años, haber cursado sexto grado de la escuela elemental,

<sup>2</sup> Para un resumen más amplio del debate, se recomienda ver Toppi (2016).

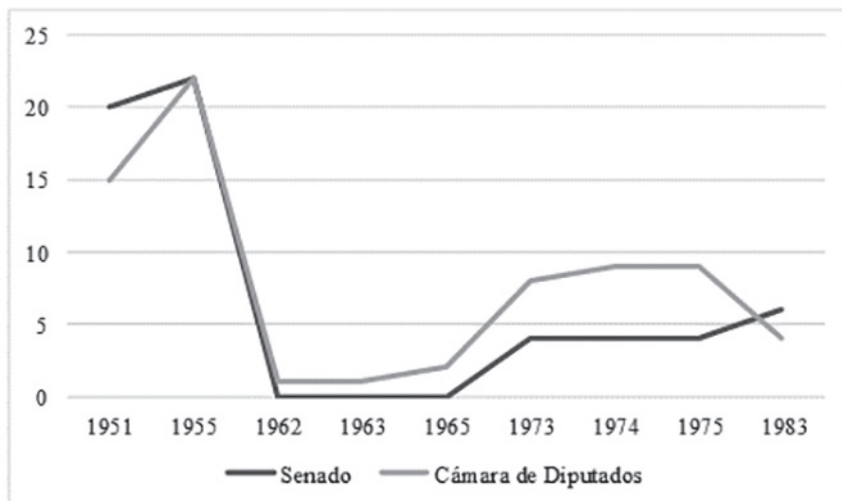
no estar inhabilitadas por cuestiones médicas, religiosas o jurídicas y estar disponibles para la defensa nacional). Finalmente, un último aspecto relacionado con el debate refiere a los efectos esperados del cambio en el *statu quo*. El principal sería la igualdad de derechos políticos entre varones y mujeres, que implicaría un fortalecimiento de la democracia. De nuevo, las voces dubitativas sostuvieron su posicionamiento desde la consideración de que, para ellos, ambos géneros no eran iguales, pues las mujeres estarían relacionadas con la función maternal, tarea no concerniente a los varones (Toppi, 2016).

La votación fue favorable en ambas cámaras por el voto femenino, primando la postura gubernamental, la cual propuso para las mujeres un marco de derechos y obligaciones en igualdad con los hombres. El 11 de noviembre de 1951 fue la primera elección en la que este entró en vigencia.

### **Del voto femenino a las cuotas de género**

Desde una perspectiva de política pública, la introducción del voto femenino buscó otorgarles a las mujeres un marco de igualdad con los varones en términos de derechos políticos para votar y aspirar a transformarse en representantes. Sin embargo, con el correr de las décadas se evidenció la presencia de un nuevo problema surgido a partir del nuevo *statu quo*. Como indica Nélide Archenti (2000), la igualdad de derechos terminó siendo formal más que real: si bien varones y mujeres podían participar políticamente, estas últimas experimentaban mayores dificultades que los primeros para acceder a cargos representativos. Como puede observarse en el gráfico 1, la presencia de mujeres en la Cámara de Diputados y en la Cámara de Senadores tuvo niveles por debajo del 10 % desde 1962 e, incluso, luego del regreso a la democracia en 1983. La identificación de estos datos demostraba objetivamente la baja presencia de mujeres a nivel representativo y, en función de ello, la identificación de un nuevo problema, que actores civiles y políticos comenzarían a visibilizar en pos de su tratamiento.

### Gráfico 1. Presencia de mujeres en ambas cámaras del Congreso Nacional (1951-1983)<sup>3</sup>



Fuente: Elaboración propia en función de datos de Marx *et al.* (2007).

Pese al hecho de que el regreso a la democracia en 1983 no representó una diferencia respecto a la tendencia registrada en el pasado, el escenario contextual (nacional e internacional) era más favorable a la presentación de demandas referidas al género femenino. Como indican Gallo y Giacobone (2001), el contexto dentro del cual se regresaba a la democracia era de mayor conciencia de género que, a nivel institucional, fue representado por la aceptación de demandas históricas, como la patria potestad o el divorcio. También lo era por el desarrollo de los Encuentros Nacionales de Mujeres o la aparición de organismos como la Multisectorial de la Mujer o la Dirección Nacional de la Mujer

<sup>3</sup> Como destacan Marx *et al.* (2007), para la incorporación temprana de mujeres representantes, fue importante la estructura misma del Partido Peronista que, a partir de sus tres ramas (la política, la sindical y la femenina), les reservaba un tercio de las candidaturas.



(primero devenida en la Subsecretaría de la Mujer y, posteriormente, en el Consejo Nacional de la Mujer); todos ámbitos donde se recogían y expresaban problemáticas relacionadas con el género femenino (Di Marco, 2010; Marx *et al.*, 2007; Rodríguez Gustá, 2018). Además, desde la década del ochenta, en el entorno académico la agenda de género comenzó a encontrar mayor espacio (Archenti y Tula, 2019). El contexto favorable no se limitaba al ámbito nacional, sino que se fortalecía con el internacional: la Convención de las Naciones Unidas sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra las Mujeres (CEDAW) en 1979 y la Convención Mundial de la Mujer desarrollada en Nairobi, en 1985 (Caminotti, 2009; Lopreite, 2015; Marx *et al.*, 2007; Tula, 2017).

En la década del ochenta, pese a la existencia de un contexto favorable para problemáticas de género, aquella vinculada a la disparidad entre varones y mujeres a nivel representativo no formaba parte de la agenda política gubernamental, la cual se encontraba más concentrada en la necesidad de la consolidación democrática. Tampoco formaba parte de la agenda de los partidos políticos, organizaciones que no tenían interés en la intromisión externa en sus procesos de selección de candidaturas (Marx *et al.*, 2007). Como consecuencia, la identificación, presentación y defensa de la búsqueda de un mayor equilibrio de género en la representación política estuvo enmarcada en acciones provenientes de la agenda política parlamentaria y de la sistémica. Esto último se desprendió de un doble marco de acción por parte de los actores implicados en la promoción de la problemática para su tratamiento.

En términos de la agenda política parlamentaria, a fines de 1989 se presentaron dos proyectos de ley con cuotas de género: uno de ellos proponía un mínimo de 30 % de mujeres, mientras que el segundo señalaba que no podía haber más de un 70 % de personas del mismo género en las listas. Así, ambos promovían una “cuota legislativa” (porcentaje de mujeres que las listas debían cumplir para su oficialización) que sería obligatoria para todos los partidos que compitieran en las elecciones (Krook, 2008). Junto a la presentación de estos proyectos, desde el ámbito civil se desarrollaron acciones en pos de obtener el apoyo de los representantes (incluido el Gobierno) y, así, garantizar

el tratamiento de las cuotas de género. También, en el ámbito civil se llevó adelante el 5.º Encuentro Nacional de Mujeres, desde el cual se enviaron mensajes favorables a la iniciativa de los legisladores nacionales y se expresó el apoyo a las cuotas por parte de la Multisectorial de la Mujer. A su vez, se constituyó la Red de Feministas Políticas en defensa de esta medida, bajo el argumento de que la presencia de mayor cantidad de mujeres sería beneficioso para la política (Archenti y Tula, 2008). A la visibilidad pública alcanzada se le sumó el apoyo del Gobierno nacional de entonces, lo cual reducía las chances a un futuro veto presidencial (Toppi, 2016).

El Senado fue la cámara donde se inició el debate en septiembre de 1990, mientras que los/as diputados/as nacionales lo continuaron en noviembre de 1991<sup>4</sup>. Del mismo modo que en los debates para el voto femenino, la votación en ambas cámaras resultó favorable al cambio de *statu quo*. En la discusión, se identificó la discriminación que las mujeres experimentaban en términos políticos como el principal problema que llevaba a la necesidad de la introducción de las cuotas de género. Ahora bien, el consenso al respecto no fue total, pues existió una postura que negaba la presencia de este problema, la cual señalaba que la ausencia de mujeres representantes se debía a una renuncia voluntaria de estas últimas por falta de capacidad para hacer política, más que por una discriminación masculina en su contra. En términos de la evaluación de las cuotas de género como alternativa para brindar una posible respuesta al problema, puede destacarse la presencia de posiciones enfrentadas. Por un lado, se encontraba aquella que la defendió como una herramienta de discriminación “positiva” y “necesaria” ante la ausencia de prácticas equitativas en los partidos políticos a la hora de confeccionar las listas de candidaturas. Por el otro, se hallaba la postura que la criticaba, pues su introducción podría llevar a que otros sectores (como los sindicales) pudiesen reclamar también una cuota entre los/as candidatos/as. Otro punto interesante remite al resultado esperado con las cuotas de género, el cual implicaba un mejoramiento de la democracia producto de la introducción de reglas

<sup>4</sup> Del mismo modo que respecto del voto femenino, se puede leer un resumen más amplio del debate sobre las cuotas de género en Toppi (2016).

más igualitarias para la representación (en línea con los aspectos vinculados con la identificación del problema<sup>5</sup>) (Toppi, 2016).

Finalmente, la aprobación en el Congreso Nacional y la promulgación por parte del Gobierno derivó en la Ley 24012, la cual estableció que las fuerzas políticas debían cumplir con una cuota del 30 % de mujeres en las listas de postulantes para la competencia por cargos nacionales. En términos de esto último, es importante recordar que, en ese entonces, solo la Cámara de Diputados era conformada mediante la competencia electoral, mientras que el Senado recién comenzó a hacerlo en 2001 (luego de la Reforma Constitucional de 1994). De este modo, en 1993 fue la primera implementación de las cuotas para la elección de diputados/as nacionales, mientras que en 2001 ocurrió lo mismo para los/as senadores/as.

### **De las cuotas de género a la paridad**

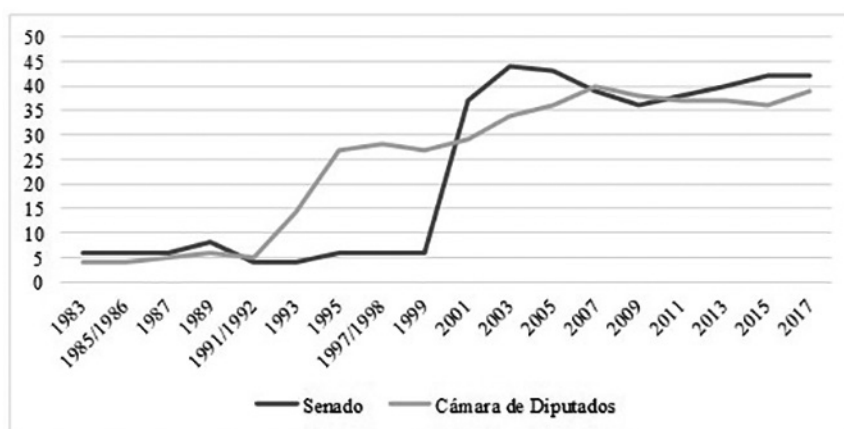
La implementación de las cuotas de género a nivel nacional tuvo resultados positivos: desde el primer momento en que se puso en práctica, hubo un incremento de mujeres en el Congreso Nacional en comparación al pasado. Esto puede observarse en el gráfico 2. Desde la implementación de las cuotas, puede notarse que la presencia de mujeres en el Congreso Nacional pasó a tener un porcentaje de dos cifras, pues, hasta dicha fecha y limitando el análisis al período democrático iniciado en 1983, nunca se había alcanzado el 10 % de mujeres en ninguna de las cámaras. Ahora, con las cuotas se incrementó la presencia femenina, pero no se alcanzó un escenario de paridad entre varones y mujeres. Como resultado, las cuotas de género han sido de utilidad para otorgarles mayores oportunidades a las mujeres en pos de su acceso a cargos representativos, pero no han posibilitado un escenario de paridad. Los varones han continuado siendo mayoría (el porcentaje más amplio de mujeres en la Cámara de Diputados fue de 40 % en 2007 y de 43 % en 2005 en la Cámara de Senadores). Esto significa que se alcanzó un techo (usualmente llamado “techo de cristal” en la aca-

<sup>5</sup> Resulta interesante remarcar que la concepción democrática volvió a aparecer en este debate del mismo modo que en el del voto femenino. Esto mismo sucederá con el de paridad. En todos los casos, se afirmó que el cambio en el *statu quo* implicaría un mejoramiento de las condiciones democráticas del escenario político-representativo.

Actores civiles y actores políticos: su rol en los procesos de introducción y ampliación de los derechos políticos de las mujeres en la Argentina (desde el voto a la paridad de género)

demia y en la política) que no ha logrado superarse, debido a un cumplimiento minimalista de las cuotas por parte de los partidos políticos (Archenti y Tula, 2008; Caminotti *et al.*, 2014). Para referentes tanto civiles como políticos, esta situación representó un problema que debía ser atendido por un nuevo cambio en el *statu quo* (Caminotti, 2017).

**Gráfico 2. Presencia de mujeres en ambas cámaras del Congreso Nacional (1983-2017)**



Fuente: elaboración propia en función de datos de Marx *et al.* (2007); Toppi (2016), y Gender Quotas Database (2020).

Al igual que con las cuotas de género, la identificación, presentación y difusión del problema provino de actores pertenecientes a la arena civil y a la parlamentaria. Fue importante la continuidad de un contexto internacional y nacional favorable a problemáticas de género. Una muestra de ello fue la ratificación del Estado argentino tanto a la CEDAW y su Protocolo Facultativo como a la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer (Convención de Belém do Pará) (Caminotti, 2017). A nivel internacional, también fueron relevantes acciones como el desarrollo en 1995 de la Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing o la X Confe-

rencia Regional de la Mujer de América Latina y el Caribe, que fue organizada por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), de la cual surgió el Consenso de Quito, que sentó las bases para la paridad en la región (Di Marco, 2010; Tula, 2017). Las versiones posteriores de esta última conferencia han ratificado lo sucedido en Quito, sosteniendo así su visibilidad. Además, organizaciones del ámbito internacional, como ONU Mujeres o el International Institute For Democracy and Electoral Assistance (IDEA), defendieron la importancia de la paridad (Caminotti, 2017; Tula, 2017). En la Argentina en particular, las cuotas de género fortalecieron el desarrollo de investigaciones académicas tendientes al estudio de la participación política de las mujeres, lo cual se expresó en diversas disciplinas (como la ciencia política y la sociología), con presencia en publicaciones y presentaciones en jornadas (Archenti y Tula, 2019; Martin, 2013). En línea con este escenario, cuotas y paridad comenzaron a ser vistas (civil y políticamente) como dos etapas diferentes pero relacionadas de la inclusión política de las mujeres, pues el techo alcanzado por las cuotas de género debía ser reemplazado por una alternativa igualitaria como la paridad (Archenti y Tula, 2019). Desde el ámbito de la sociedad civil, organizaciones como el Centro para la Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (CIPPEC) (2017) o el Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA) (2017) presentaron documentos y llevaron adelante acciones que no solo evidenciaban las limitaciones de las cuotas y las resistencias partidarias con su implementación, sino que también justificaban la necesidad de la introducción de la paridad para alcanzar una mejor calidad democrática. Así, como destaca Mariana Caminotti (2017), el cambio del *statu quo* que la paridad implicaría obtuvo el respaldo de agencias internacionales, de organizaciones de la sociedad civil y de referentes del ámbito académico.

Debe incorporarse un elemento adicional contextual que puede entenderse como favorable a la política pública que buscaba ser introducida (la paridad). Al momento de comenzar a debatirse la posibilidad de introducir la paridad de género a nivel nacional, esta ya existía en varias provincias del país, más precisamente en Córdoba (2000), Santiago del Estero (2000), Río Negro (2002), Buenos Aires

(2016), Chubut (2016), Salta (2016) y Neuquén (2016) (Caminotti *et al.*, 2018). De esta manera, si la introducción de las cuotas de género a nivel nacional tuvo un “efecto contagio” en las provincias argentinas (Granara, 2014), el proceso inverso podría tener el mismo efecto, pero esta vez en la nación (Caminotti *et al.*, 2018).

Fue el Congreso Nacional el ámbito institucional desde el que se actuó (agenda política parlamentaria) en un marco relacional con la arena civil, pues fueron actores pertenecientes a este los que promovieron la presentación de proyectos respecto a la paridad<sup>6</sup>. El proyecto que fue tratado con éxito fue una iniciativa que aglutinó diversas propuestas. Fue presentado por senadoras de distintos partidos, aunque concertadas en la Banca de la Mujer, marco que promovía una agenda de género desde su creación en 2008 (Araujo y Salem, 2009; Caminotti, 2017).

El proyecto indicado fue discutido en el Senado el 19 de octubre de 2016 y en la Cámara de Diputados el 23 de noviembre de 2017, con resultado positivo de la votación en ambas cámaras. Entre los argumentos desarrollados durante los debates, cabe destacar la identificación de dos grandes problemas. Por un lado, se señaló la continuidad de un problema cultural (relacionado con el machismo) que continuaba perjudicando al género femenino. Por el otro, se destacó la presencia del “techo de cristal” para las mujeres. A partir de estas situaciones, se plantearon diferentes aspectos que debían surgir con la introducción de la paridad: en primer lugar, la paridad debía transformarse en un principio rector de la democracia; en segundo lugar, esta medida debía ser permanente (a diferencia de las cuotas, que eran planteadas como transitorias); en tercer lugar, la paridad sería la garantía del mandato constitucional de la igualdad de oportunidades; finalmente, llevaría a que varones y mujeres se transformen en pares. Pese a estas posturas, también se identificaron voces críticas de la propuesta. La llegada de mujeres a la presidencia y a la

<sup>6</sup> Cabe destacar que, al día siguiente en que se debatió (y obtuvo la media sanción) la paridad en la Cámara de Senadores, en la Cámara de Diputados se discutió una reforma electoral presentada por el Gobierno nacional que no contemplaba esta medida. Este dato ratifica el hecho de que la paridad no formaba parte de la agenda gubernamental.

vicepresidencia de la nación, así como también al Congreso Nacional, sería muestra de que no existirían las limitaciones planteadas. Del mismo modo, la aceptación de la paridad podría llevar a un reclamo similar por parte de otras minorías<sup>7</sup>.

Las posturas a favor de la paridad fueron las que primaron en las votaciones de las cámaras, lo que condujo a la aprobación y posterior promulgación de la paridad de género para las listas de candidaturas a representantes al Congreso Nacional y al Mercosur (Ley 27412). Con ella, las listas de candidaturas debían comenzar a ser conformadas ubicando de manera intercalada a varones y mujeres desde la primera posición hasta la última, tanto en las postulaciones de titulares como en las de suplentes. 2019 fue el año desde el cual la paridad se implementó en la Argentina a nivel nacional.

### **Conclusiones: los derechos políticos de las mujeres desde una perspectiva relacional**

Este trabajo tuvo como fin analizar desde una perspectiva relacional la introducción del voto femenino, de las cuotas y de la paridad de género. Estos tres procesos no solo involucraron sendas políticas públicas que buscaron otorgar derechos políticos o mejorar su calidad, sino que todos ellos estuvieron vinculados entre sí. Así, el voto femenino no garantizó una amplia presencia de mujeres en el parlamento. Con las cuotas, se trató de resolver dicha situación, pero su respuesta se quedó a mitad de camino, en tanto surgió un “techo” que la paridad ha venido a superar.

Las medidas estudiadas contaron con el involucramiento de actores pertenecientes a diferentes arenas, lo cual resulta un aspecto fundamental para la perspectiva relacional defendida en este trabajo. Referentes de la arena civil, incluso desde antes de la Ley Sáenz Peña, defendieron la necesidad de otorgar derechos políticos a las mujeres. Con posterioridad, también cumplieron un rol importante en la visibilización de las problemáticas que llevarían a las cuotas y a la paridad, ambos en contextos nacionales e internacionales favorables. Los actores que participaron de la arena parlamentaria no siempre

<sup>7</sup> Se retomó así un argumento ya utilizado en el debate de las cuotas de género.

acompañaron mayoritariamente estas medidas (como lo demostraron los intentos fallidos de introducción del voto femenino previos a 1947). No obstante, en el éxito de los tres procesos aquí estudiados, los miembros de ambas cámaras del Congreso Nacional cumplieron un rol importante, en tanto su voto mayoritario permitió aprobar las medidas propuestas. Ahora bien, su importancia se destaca aún más con las cuotas y con la paridad, pues la promoción a nivel institucional de estas políticas públicas involucró exclusivamente a la agenda política parlamentaria, ya que no formaban parte de la agenda de gobierno. Finalmente, el rol del Gobierno fue determinante en la introducción del voto femenino (única medida de las aquí estudiadas que formó parte de la agenda gubernamental), pero también fue relevante en las siguientes, pues no ejerció su poder de veto con ninguna de ellas, sino que las promulgó.

De este modo, los tres procesos de política pública estudiados en estas páginas pueden ser entendidos desde una perspectiva relacional, en tanto la visibilidad del problema y la promoción de su atención política fueron encausadas por actores pertenecientes a diferentes arenas (con sus respectivas herramientas y funciones). Como se discutió, los individuos viven en sociedad y es a partir de dicha sociabilidad que puede generarse una plataforma para la transformación social. De hecho, la perspectiva de Donati (1993) indica que las transformaciones sociales pueden entenderse al contemplar las relaciones que se tejen entre los individuos. Se concluye, entonces, que la introducción del voto femenino, de las cuotas y de la paridad de género en la Argentina no puede entenderse sin considerar la participación que en ello tuvieron actores de la sociedad civil, de la arena parlamentaria y del gobierno.

### Referencias bibliográficas

- Ajmechet, S. (2012). El peronismo como momento de reformas (1946-1955). *Revista SAAP*, 6(2), 249-266.
- Anderson, J. (1997). *Public Policymaking*. Boston: Houghton Mifflin Company.
- Araujo, M. F., y Salem, T. (2009). *La Banca de la Mujer: un espacio necesario, pero aún débil*. [Documento de Políticas Públicas Análisis N.º 68]. CIPPEC.



- Archenti, N. (2000). Representación, Ley de Cuotas y Sistemas electorales. *PostData*, 6, 171-194.
- Archenti, N., y Tula, M. I. (2008). La Ley de Cuotas en la Argentina. Un balance sobre logros y obstáculos. En N. Archenti y M. I. Tula (Eds.), *Mujeres y política en América Latina. Sistemas electorales y cuotas de género*. Buenos Aires: Heliasta.
- Archenti, N., y Tula, M. I. (2019). Teoría y política en clave de género. *Colección*, 30(1-2), 221-251.
- Barry, C. (2011). *Eva Perón y la organización política de las mujeres* [documento de trabajo]. Universidad del CEMA, Buenos Aires.
- Bellota, A. (2001). *Julieta Lanteri. La pasión de una mujer*. Buenos Aires: Planeta.
- Bianchi, S. (1986). Peronismo y sufragio femenino: la ley electoral de 1947. *Anuario IEHS*, 1, 255-296.
- Birkland, T. (2005). *An Introduction to the Policy Process. Theories, Concepts, and Models of Public Policy Making*. Nueva York: Sharpe.
- Cámara de Diputados de la Nación (1947, 1991 y 2017). Diario de sesiones de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación. Congreso Nacional, Buenos Aires, Argentina.
- Cámara de Senadores de la Nación (1946, 1990 y 2016). Diario de sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Nación. Congreso Nacional, Buenos Aires, Argentina.
- Caminotti, M. (2009). En el nombre de la Democracia. La invención del cupo femenino y la difusión de cuotas electorales en la Argentina [tesis de doctorado no publicada]. Universidad de San Martín.
- Caminotti, M. (2017). *La paridad política en Argentina: avances y desafíos*. Buenos Aires: Programa Naciones Unidas para el Desarrollo-PNUD; Lima: IDEA Internacional; Panamá: Organización de las Naciones Unidas - Mujeres.
- Caminotti, M., Page, M., Zárate, S., y Bucciarelli, M. E. (2018). ¿Una ley incómoda? La primera implementación de la paridad en la Provincia de Buenos Aires [documento de Políticas Públicas]. Área de Estado y Gobierno, Programa de Gestión Pública.
- Caminotti, M., Rotman, S., y Varetto, C. (2014). Desigualdades persistentes: una mirada a las carreras políticas subnacionales antes y después de las cuotas de género (Argentina, 1983-2011). En

- N. Archenti y M. I. Tula (Coord.), *La representación imperfecta. Logros y desafíos de las mujeres políticas*. Buenos Aires: Eudeba.
- Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (2017). La paridad de género en el Congreso Nacional. Recuperado de: <https://www.cippec.org/publicacion/la-paridad-de-genero-en-el-congreso/>.
- Cobb, R., y Elder, C. (1984). Agenda-building and The Politics of Aging. *Policy Science Journal*, 1(13), 115-129.
- Cox, G., y Morgenstern, S. (2001). Legislaturas reactivas y presidentes proactivos en América Latina. *Desarrollo Económico*, 41(163), 373-393.
- Di Marco, G. (2010). Los movimientos de mujeres en la Argentina y la emergencia del pueblo feminista. *La Aljaba* (segunda época), (14), 51-67.
- Donati, P. (1993). Pensamiento sociológico y cambio social: hacia una teoría relacional. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (63), 29-52.
- Equipo de Latinoamericano de Justicia y Género y Amnistía Internacional Argentina (2017). Campaña por la paridad de género en el Congreso [resumen]. Recuperado de: <http://www.ela.org.ar/a2/index.cfm?muestra&codcontenido=2896&plcontempl=12&aplicacion=app187&cnl=4&opc=50>.
- Gallo, E., y Giacobone, C. (2001). *Cupo femenino en la política argentina*. Buenos Aires: Eudeba.
- Garro-Gil, N. (2017). Relación, razón relacional y reflexividad: tres conceptos fundamentales de la sociología relacional. *Revista Mexicana de Sociología*, 79(3), 633-660.
- Gender Quotas Database (2020). Recuperado de: <https://www.idea.int/data-tools/data/gender-quotas>. Consultado en 2020.
- Granara, A. (2014). Representación legislativa de las mujeres en las provincias argentinas, 1989-2011. *América Latina Hoy*, 66, 115-143.
- Herrera Gómez, M. (2001). La teoría relacional de la sociedad. *Revista Internacional de Sociología*, 59(28), 5-44.
- Hilgartner, S., y Bosk, C. (1988). The Rise and Fall of Social Problems: A Public Arenas Model. *American Journal of Sociology*, 94(1), 53-78.

- Keeler, J. (1993). Opening the Window for Reform. Mandates, Crises and Extraordinary Policymaking. *Comparative Political Studies*, 25(4), 433-486.
- Kingdon, J. (1984). *Agenda, Alternatives and Public Policies*. Boston: Little Brown.
- Krook, M. L. (2008). La adopción e impacto de las leyes de cuotas de género: una perspectiva global. En M. Ríos Tobar (Ed.), *Mujer y Política. El impacto de las cuotas de género en América Latina*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Lahera Parada, E. (2002). *Introducción a las Políticas Públicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ley 8871 de Elecciones Nacionales (1912). Nacional.
- Ley 13010 de Voto Femenino (1947). Nacional.
- Ley 24012 de Cupo Femenino (1991). Nacional.
- Ley 27412 de Paridad de Género en ámbitos de Representación Política (2017). Nacional.
- Lopreite, D. (2015). Gender Policies in Argentina after Neoliberalism: Opportunities and Obstacles for Women's Rights. *Latin American Perspectives*, 42(1), 64-73.
- Martin, M. E. (2013). El lugar de los Estudios de Género en la Ciencia Política argentina [ponencia]. XI Congreso Nacional de Ciencia Política, Sociedad Argentina de Análisis Político y la Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná.
- Marx, J., Borner, J., y Caminotti, M. (2007). *Las legisladoras. Cupos de género y política en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Medina Iborra, I. (2009). ¿Cómo medir la influencia de los grupos de interés? (Propuestas desde el pluralismo, el elitismo y el nuevo institucionalismo) [documento de trabajo 279], Institut de Ciències Polítiques i Socials.
- Meny, Y., y Thoening, J.-C. (1992). *Las políticas públicas*. Barcelona: Ariel.
- Moreau de Justo, A. (1945). *La mujer en la democracia*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Ostrom, E. (2010). Elección racional institucional. Evaluación del marco del análisis y desarrollo institucional. En P. Sabatier (Ed.), *Teorías del proceso de las políticas públicas*. Buenos Aires: Presidencia de la Nación, Jefatura de Gabinete de Ministros, 23-68.

- Palermo, S. (1998). El sufragio femenino en el Congreso Nacional: Ideologías de género y ciudadanía en la Argentina (1916-1955). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* (Tercera Serie), (16-17), 151-178.
- Parsons, W. (1995). *Public Policy. An Introduction to the Theory and Practice of Policy Analysis*. Aldershot: Edward Elgar.
- Pressman, J., y Wildavsky, A. (1984). *Implementation*. Berkeley: University of California Press.
- Rodríguez Gustá, A. L. (2018). El Consejo Nacional de la Mujer en la época progresista: cuando se está lejos del "feminismo de Estado". En M. M. Ollier (Comp.), *La centenario apuesta de la Argentina democrática (1916-2016)* (pp.245-254). Buenos Aires: Prometeo.
- Romero, J. C. (1995). *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Subirats, J. (1992). *Análisis de Políticas Públicas y Eficacia de la Administración*. Madrid: Ministerio para las Administraciones Públicas.
- Tamayo Sáez, M. (1997). El análisis de las Políticas Públicas. R. Bañón y E. Carrillo (Eds.), *La Nueva Administración Pública* (pp. 281-312). Madrid: Alianza.
- Toppi, H. P. (2015). Poder de agenda, contexto y cambio institucional como proceso en Argentina: los casos de la Ley de Cuotas de Género y la Ley de Lemas. *Miriada*, 7(11), 121-165.
- Toppi, H. P. (2016). Políticas públicas y derechos políticos: del voto femenino a las cuotas de género como respuestas a los problemas de representación política de las mujeres en la Argentina. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, 6(10), 87-120.
- Torre, J. C. (1989). Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo. *Desarrollo Económico*, 31(121), 525-548.
- Tsebelis, G. (2006). *Jugadores con veto. Cómo funcionan las instituciones políticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tula, M. I. (2017). *Paridad de Género: Política e Instituciones. Hacia una democracia paritaria* [documento de trabajo, Colección de Documentos-Guía para poderes públicos y tomadores de decisión]. ONU Mujeres.

Valobra, A. M. (2008). La ciudadanía política de las mujeres y las elecciones de 1951. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 8, 53-89.

## **Redes interpersonales, sociorreligiosas y comunitarias: pensar los vínculos en familias pertenecientes a diferentes credos en Padua y en Buenos Aires**

*Agustina Adela Zaros*

Este capítulo tiene como objetivo reflexionar sobre las redes interpersonales, sociorreligiosas y comunitarias, a partir de una investigación cualitativa sobre la transmisión de las creencias y sus prácticas religiosas en familias que pertenecen a diferentes credos en las ciudades de Padua (Italia) y de Buenos Aires (Argentina).

La memoria está constituida por procesos de reconstrucción en los que el pasado es accesible con respecto a las problemáticas del presente. Denomino memoria habitada (Zaros, 2015) a una experiencia particular del tiempo: en el mismo momento en que la memoria es habitada en la práctica religiosa, esta experiencia conecta con el pasado compartido con quienes pertenecen a la comunidad religiosa, lo cual establece una continuidad simbólica con una línea creyente que —puede coincidir— con el linaje familiar. Por su parte, la familia es uno de los lugares privilegiados de construcción social de la realidad y, al mismo tiempo, productora de subjetividades y sujetos, así como el escenario para la transmisión de valores y prácticas transgeneracionales a través de los rituales domésticos de la vida en común, sus discursos y sus vínculos.

Respecto de la relación entre familia y religión, el capítulo busca hacer un aporte a partir de analizar el rol de la socialización de los sujetos en redes de parentesco y sociorreligiosas atravesadas por el género y la generación. Diferentes autores (Carsten, 2000; Dias Duarte y Menezes Aisengart, 2017) han propuesto categorías más amplias que problematizan y reflexionan sobre realidades que cruzan el parentesco tanto con otras dimensiones sociales, que proponen pertenencias a redes que pueden generar capital social (Portes, 1999), como con prác-

ticas religiosas —individuales o colectivas— que pueden generarse a partir de continuidades con los vínculos interpersonales.

De esta manera, los linajes familiar y religioso se reinterpretan generacionalmente a partir de pertenencias contemporáneas. Asimismo, la experiencia migratoria y diaspórica emerge como constitutiva del pasado familiar y de la herencia de una tradición religiosa, que se traduce en prácticas actuales con diferentes niveles de observancia y tensiones entre memoria familiar e individualidad.

Desde el abordaje cualitativo se realizó una etnografía en instituciones religiosas de ambas ciudades y entrevistas con foto-elicitación a familias judías, musulmanas y cristianas. Asimismo, el tratamiento de los datos del campo de estudio argentino se realizó con el análisis de redes sociales (Molina, 2001) graficando las redes interpersonales que surgen de la recolección.

### **Antecedentes**

Este texto aborda desde una perspectiva relacional (Donati, 2015; Emirbayer, 1997) el modo de pensar la transmisión religiosa en familias de diferentes credos en Padua y en Buenos Aires, identificando las continuidades y reinterpretaciones de la pertenencia a partir de las prácticas y los recuerdos relacionados con la memoria familiar religiosa. Emerge como resultado de dos trabajos de campo con los miembros de las familias que pertenecen a las comunidades religiosas estudiadas, con el objetivo de reflexionar sobre los vínculos y las redes interpersonales, sociorreligiosas y comunitarias.

La familia es una identidad social y simbólica que puede estructurar la experiencia del mundo, dado que resulta ser el espacio por excelencia de la socialización primaria y de las primeras referencias. Resulta decisivo el lugar que se ocupa en el parentesco y en las relaciones sociales que se entablan con quienes se comparte la cotidianeidad, la proximidad de la convivencia y las primeras referencias de un universo de sentido. Esto se evidencia cuando se modifica el punto de vista sobre la memoria colectiva al cambiar la posición en el linaje familiar.

Asimismo, los modos de pertenencia están íntimamente relacionados con la experiencia de la familia y con la consolidación de la personalidad individual (Dias Duarte, 2006). La familia es uno de los luga-

res privilegiados de construcción social de la realidad a partir de los eventos y relaciones aparentemente más naturales (Saraceno y Naldini, 2007). Con la modernidad, se convierte en el espacio privado de la ética, la jerarquía, la división de géneros y el casamiento por amor. No obstante, las generaciones socializadas a partir de la década del 70 se oponen a la continuidad de las siguientes generaciones en cuestiones de pertenencia y práctica religiosa, por lo cual surgen alternativas éticas tanto religiosas como no confesionales que influyen el *ethos* privado (Dias Duarte, 2006). Así, la familia contemporánea es pensada como el espacio de las relaciones afectivas, personales y duraderas y como situada en el centro de la construcción de la identidad individualizada (De Singly, 1996).

Las generaciones en el interior de la familia permiten dar cuenta de las significaciones otorgadas por quienes comparten el mismo tiempo y los mismos cambios sociales. Esto también ocurre con las tensiones y negociaciones que los cambios provocan en relación con los valores morales transmitidos. Ahora bien, la influencia de los padres en la transmisión religiosa se amplía a la familia extendida (Park *et al.*, 2007) que no comparte la vivienda, como tíos, tías, primos, primas, abuelos y abuelas.

Al mismo tiempo, se generan redes de afectividad por fuera de la familia, ya que la socialización del individuo necesita integrarse en redes que contengan y canalicen la afectividad, las cuales pueden constituir espacios alternativos al núcleo familiar (Jelin, 1998). Sobre esto, Carsten (2000) identifica redes que exceden la consanguinidad vinculadas con otras asociaciones y órdenes más amplios que generan lazos afectivos, difusos y duraderos, al compartir actividades conjuntas en un espacio de sacralidad común. La autora se distancia de la determinada oposición entre lo biológico y lo social: critica la naturalización de la jerarquía del parentesco para preguntarse sobre los significados que las relaciones generan a partir de la conectividad.

En el momento en que son puestos en práctica, los recuerdos relacionados con la transmisión de la memoria familiar religiosa conectan un pasado compartido con un grupo más amplio, la comunidad de pertenencia. Los modos de habitar la memoria en el presente pueden garantizar a los sujetos el sentido de su propia continuidad y la afirma-



ción de la propia identidad individual (Jedlowski, 1989). La memoria es habitada al realizar dichas prácticas porque se activan recuerdos cargados de un bagaje emocional proveniente de estructuras de la socialización individual y colectiva. Esta es una de las formas a partir de las cuales ese territorio de la memoria familiar puede ser ocupado, percibido, producido y reproducido (Carvalho, 2005).

Este trabajo dialoga con los rituales de interacción de Collins (2009), que necesitan de la copresencia física y una emoción compartida, en consonancia con aquello que Dias Duarte y Menezes Aisengart (2017) denominan *transpersonal ether*, con relación al tejido de lazos familiares y enlaces sagrados. Es decir, se trata del sentido de los lazos familiares y de parentesco pertenecientes a la vida ordinaria, envueltos en un aura religiosa o casi religiosa. Así, se asocia el tono reverencial otorgado a la experiencia religiosa a otros contextos, como la vivencia familiar, la memoria de las experiencias del pasado familiar, el destino de los parientes cercanos y los sentimientos relacionados con la identidad familiar (Dias Duarte y Menezes Aisengart, 2017).

En los contextos específicos de cada familia estudiada, la socialización de los informantes y los procesos migratorios adquieren relevancia en la generación de vínculos entre las redes interpersonales, socioreligiosas y comunitarias. Familia, religión y migración conectan redes de relaciones sociales y producen intercambios y formas de capital social que mantienen la identidad y la tradición.

## Metodología

En términos metodológicos, se realizaron observaciones participantes y entrevistas con álbumes de familia en dos generaciones de 22 familias, compuestas por 6 familias judías, 10 familias cristianas y 6 familias musulmanas que vivían en la ciudad de Padua entre 2011 y 2013 y en Buenos Aires entre 2016 y 2018. Desde una perspectiva etnográfica, se observaron las actividades semanales, servicios religiosos, viajes sociales, seminarios y las principales festividades en cada comunidad a las cuales asisten las familias entrevistadas. Específicamente, se trabajó con los cursos de Biblia judía, del Talmud y de espiritualidad armenia; las actividades con los grupos de jóvenes, por ejemplo, viajes y seminarios; las fiestas del Sacrificio, Ramadán, Rosh

Hashaná, Yom Kipur y Navidad; además de misas, bautismos, casamientos y aniversarios.

Los informantes fueron identificados durante estas observaciones, luego se realizaron entrevistas con foto-elicitación a los miembros de las familias (Lins de Barros, 1989). Las observaciones participantes no solo facilitaron el ingreso al campo de estudio, sino también al vínculo con las familias entrevistadas, ya que, en algunos casos, las comunidades eran pequeñas y cerradas, como la armenia y la judía en Italia, y la evangélica y la sufí en Buenos Aires. Además, se generaron vínculos con los informantes, ya que, en la mayoría de los casos, seguían siendo actores en el campo antes y después de las entrevistas.

Las fotografías fueron utilizadas de tres maneras: se recolectaron datos con la técnica de la foto-elicitación; se analizaron los datos a partir del relato del entrevistado; y, por último, a partir de la información de la imagen, se abordaron las presencias/ausencias de los miembros de la familia en las fotos visionadas durante las entrevistas. En particular sobre la foto-elicitación, se usaron fotografías de sus propios álbumes familiares para estimular y guiar las entrevistas. Estas fotografías son datos que constituyen una evidencia documental que, a través del relato del entrevistado, se vuelve significativa en el trabajo interpretativo del investigador (Rose, 2007).

Los álbumes familiares constituyen una forma de representación material del significado de pertenecer a una familia. Su información se transfiere de generación en generación y representan una materialización de la memoria habitada (Zaros, 2016). Los principales resultados de esta estrategia metodológica destacan que se trata de un estímulo a las emociones que produce una interacción diferente en la entrevista, ya que el foco de la comunicación pasa de la entrevista a la fotografía. En el análisis, el relato de los entrevistados da cuenta de cómo atribuyen sentido a las imágenes en la construcción social de su realidad y, al mismo tiempo, permite entender el significado de su contenido visible y no visible (Moreira Leites, 2000, p. 153).



**Foto 1.** La comunidad armenia en una excursión en 1936 (archivo privado).

Redes interpersonales, sociorreligiosas y comunitarias: pensar los vínculos en familias pertenecientes a diferentes credos en Padua y en Buenos Aires



**Foto 2.** Fiesta de casamiento de una de las familias entrevistadas en 1968 (archivo privado).



**Foto 3.** Los hijos de una de las familias entrevistadas en 1984 (archivo privado).

Por último, la selección de fotos realizada por los entrevistados argentinos fue analizada a través de un *software* de análisis reticular. NetCoin<sup>1</sup> es un programa para el análisis de las apariciones de los diferentes miembros familiares en las fotografías del campo argentino, cuya lógica es similar al análisis de contenidos. Se trata de una representación gráfica de los datos y, fundamentalmente, de los miembros de las familias que complementa el análisis de la narrativa de los entrevistados. Los personajes visualizados en red permiten ver las relaciones, vínculos, y hacer una selección en base al género y la religión; a partir de los enlaces entre nodos.

De esta manera, se destacan momentos significativos en el ciclo de vida de un grupo de personas que dan cuenta de las temporalidades y de las uniones dentro de la red de parentesco. Muestran una familia que cambia, que incorpora nuevos miembros; son momentos en que los miembros del grupo están juntos, ya sea compartiendo una cena en los ámbitos domésticos, ya sea en festividades o viajes, es decir, ocasiones por fuera de lo cotidiano.

<sup>1</sup> NetCoin es un paquete de R gratuito que funciona en el entorno de este lenguaje de programación y genera tanto estadísticas como gráficos a partir de un conjunto de variables dicotómicas dispuestas en un conjunto de datos.

Las imágenes —un total de 100 fotografías pertenecientes al archivo privado de 10 familias argentinas— fueron obtenidas durante la recolección de datos. El promedio de fotos presentadas y cedidas por cada familia es de 9,9. Estos documentos visuales abarcan el período desde 1928 hasta 2016 en Buenos Aires (hay una fotografía cuya fecha es 1896, en el norte de Italia, donde aparecen antepasados de una de las familias estudiadas). Las fotos fueron seleccionadas para la entrevista y estaban sueltas en cajas de recuerdos, fotos expuestas en la casa en portarretratos y en álbumes. Allí aparecen ritos de pasajes (como matrimonios, comuniones y festividades religiosas), el nacimiento de los hijos y de los nietos, los antepasados (abuelos y abuelas, bisabuelos y bisabuelas), viajes y vacaciones, reuniones familiares y cumpleaños. Son principalmente fotos de familiares y situaciones más que de objetos y lugares, como casas, destinos turísticos, ambientes religiosos, escenarios al aire libre.

El estudio de las apariciones y ausencias de los personajes en las fotografías representa visualmente ciertas funciones sociales en el interior del parentesco, así como también en la relevancia del rol de los parientes con respecto a la memoria religiosa familiar (Zaros, 2019). El análisis de redes sociales se centra en la estructura de los vínculos entre personas u organizaciones mediante el rastreo de sus pautas de concurrencia, a fin de proporcionar al investigador sugerencias de cómo está estructurada su realidad (Escobar, 2015).

El gráfico refleja los datos de cada imagen: quiénes son los personajes que aparecen, la familia a la que pertenecen, el acontecimiento de la foto, el contexto espacio-temporal y la religión de la familia. Los indicadores más utilizados son los vinculados a la presencia de los diferentes miembros familiares en las fotografías analizadas. Estos datos se representan gráficamente con nodos (que son las personas que aparecen en las fotografías): el tamaño es proporcional al número de apariciones, la forma denota el género y el color señala la filiación en relación con los entrevistados. Los indicadores más utilizados son los vinculados a la presencia de los diferentes miembros familiares en las fotografías analizadas.

## Gráfico 1. Diez familias argentinas

### Las 10 familias

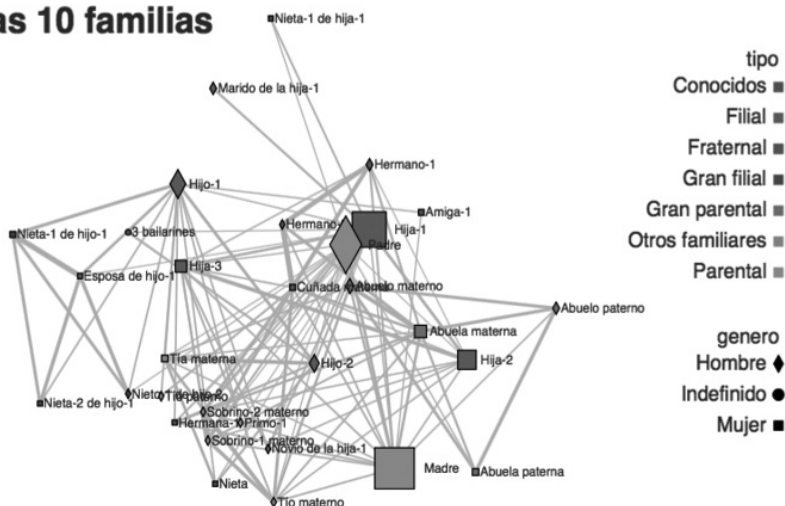


Gráfico de diez familias argentinas. Fuente: Elaboración propia con base en un total de 100 fotografías.

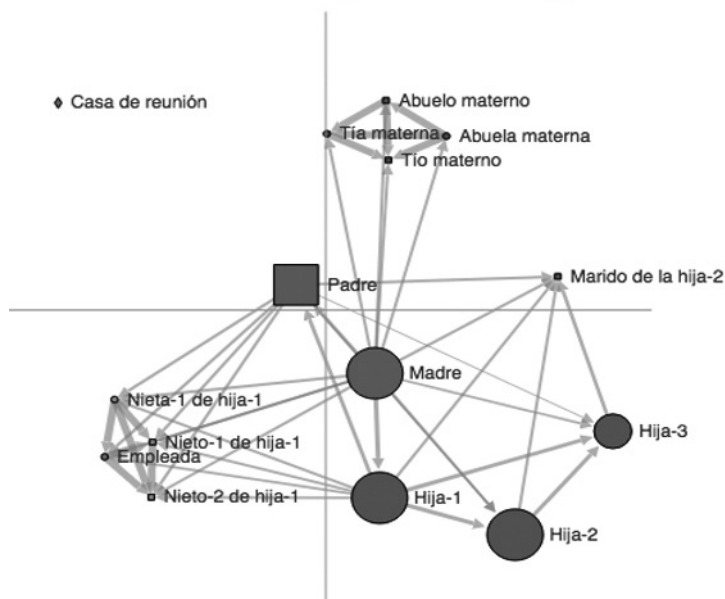
La madre aparece en 51 de las 100 fotos; el padre, en 37; entre los hijos primogénitos, la hija, en 43, y el hombre, en 16; la segunda hija, en 21, el segundo hijo 8 y 11 la tercera hija. La abuela materna registra 12 apariciones, y el abuelo materno, 6; mientras que, entre los paternos, están presentes 4 veces cada uno. Existe menos diferencia entre la pareja de los abuelos paternos que entre los maternos, y llama la atención la cantidad de presencias de la abuela materna, tantas casi como las de los hijos menores de los matrimonios.

Los enlaces indican la frecuencia de apariciones de los nodos en determinados escenarios: madre y padre tienen una frecuencia de 27, es decir, que aparecen juntos en las mismas fotografías; seguidos por las fotografías de la primera hija con la segunda (frecuencia de 16) y de la segunda hija con la tercera (9). El ancho de las líneas que unen a

los nodos distingue entre las apariciones más y menos importantes, lo que responde a una variable cuantitativa. Así, madre y padre son las personas con mayores vínculos con otros nodos, lo que los hace tener mayor influencia y centralidad en la red familiar. Por último, sobre el total de las familias y las fotos, la abuela materna tiene 12 enlaces, menos que la madre (16), pero uno más que el padre (11).

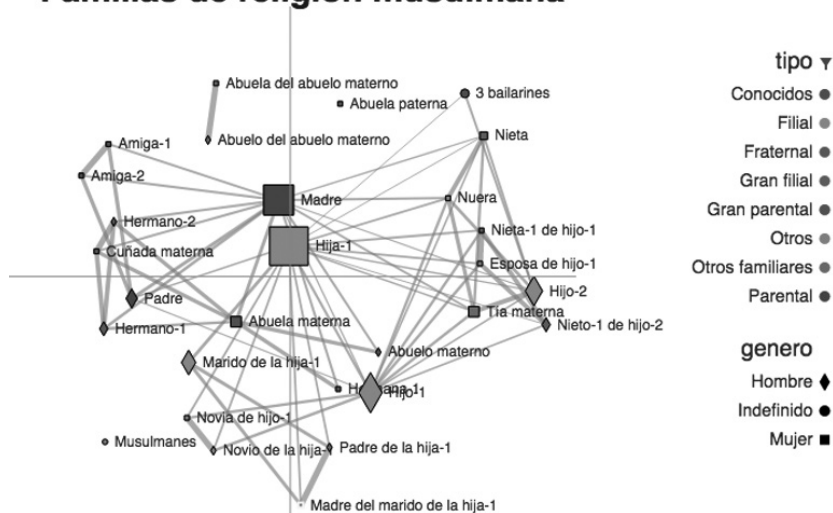
Gráficos 2, 3, 4 y 5

## Familias de religión evangélica

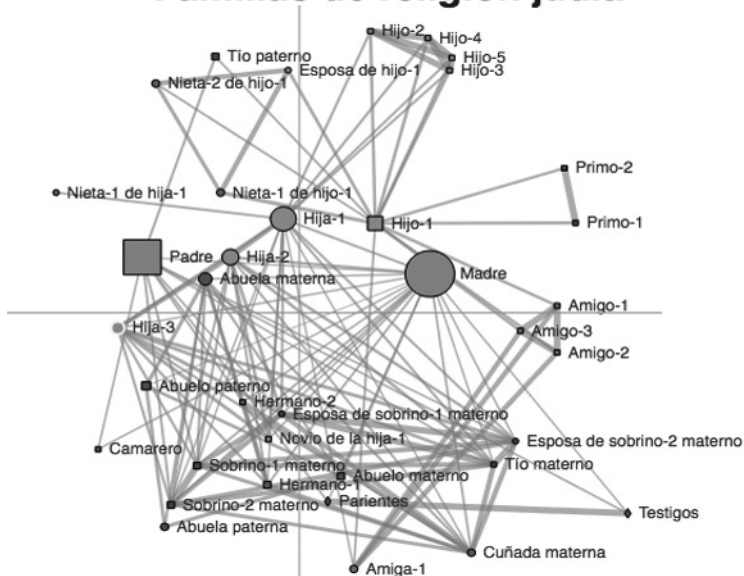




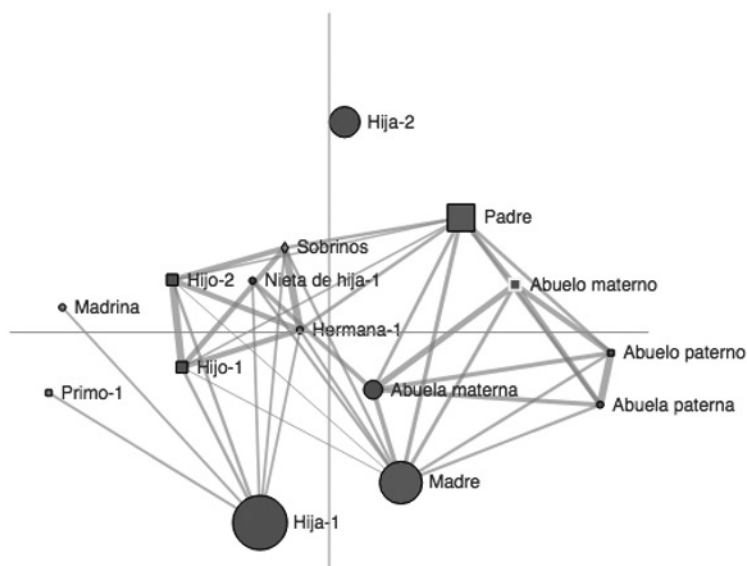
## Familias de religión musulmana



## Familias de religión judía



## Familias de religión católica



Fuente: Elaboración propia con base en un total de 100 fotografías.

En las fotografías representadas en los gráficos por religión, aparecen 4 generaciones de las familias judías, musulmanas y evangélicas, y 3 en el caso de las católicas. La familia ampliada se destaca en los gráficos de las familias judías y musulmanas, donde aparecen sobrinos, cuñadas y novios del núcleo duro de la familia. Referencias religiosas también tienen una aparición entre las fotografías de las familias musulmanas y otra en las fotos de una familia evangélica. Madre y padre son los personajes que aparecen con mayor frecuencia en cada uno de los gráficos (madre 9, y padre 8 en las evangélicas; madre 10, y padre 3 en las musulmanas; madre 25, y padre 21 en las judías; y madre 7, y padre 5 en las católicas). En las fotografías de las familias católicas y musulmanas, la frecuencia de apariciones de la primera hija es mayor que la de la madre y el padre, con 9 y 13 apariciones respectivamente. En cambio, en el caso del gráfico evangélico, la frecuencia de apariciones de la primogénita coincide con la de la madre.

Por último, este *software* permitió comparar las distintas familias a partir de los datos proporcionados por sus propias fotografías, que muestran apariciones y ausencias y, al mismo tiempo, permite un análisis adicional de la imagen como documento que puede ser leído como un texto sobre la red de parentesco.

### **Familia y migración**

El cruce del océano requiere la construcción de nuevas relaciones en los territorios de origen y de destino: nuevos espacios de interacción, información y oportunidades que conectan redes de relaciones sociales. De esta manera, el lugar para vivir, el trabajo y el matrimonio pueden determinar las redes interpersonales y los espacios de sociabilidad, como la participación en entidades deportivas, culturales y sociales que fomentan la participación étnica (Devoto, 2002). A continuación, se describen los datos que surgen de ambos campos en relación con las experiencias migratorias y diaspóricas de los miembros de las familias que permitirán articular las redes con quienes estas familias entablan vínculos.

Por caso, las trayectorias de cómo llegaron a Argentina los abuelos de los entrevistados representan parte del pasado individual (Zerubavel, 2005) y de la influencia de esta herencia en la memoria religiosa. Son relatos de los entrevistados que no migraron “en primera persona”, sin embargo, son herederos de los abuelos tanto de la descendencia familiar como de una tradición religiosa. Estos entrevistados pertenecen a generaciones *postmemory*, justamente, porque están arraigados al recuerdo familiar de sucesos de generaciones anteriores (Hirsch, 2008).

Así, respecto de una familia evangélica descendiente de italianos, la abuela de la entrevistada con sus dos tías llegó a Buenos Aires proveniente del Piamonte y buscaron una Iglesia, la misma donde se casó, bautizó a sus hijas y su marido fue pastor. Otra de las familias es una tercera generación de evangélicos: el relato del origen de la familia en la Argentina es a través del abuelo ucraniano que llegó al país con 17 años y se casó con la hija de un misionero inglés también de la Iglesia evangélica. En ambos casos, los abuelos son el inicio de la tradición evangélica en el país, y los inmigrantes fueron los primeros

evangelizados por las iglesias protestantes históricas de corte misionarial, herederas de la Reforma protestante que llegaron a la Argentina entre 1881 y 1924.

Hay un paralelismo entre formar una familia e incorporar un nuevo miembro a la Iglesia, de modo que el pasaje entre lo adquirido y la situación de origen emerge como una confirmación de la filiación religiosa (Dias Duarte, 2006). Se trata de un parentesco vinculado al pasado del fundador de la tradición religiosa, a la vez que funciona en sentido contrario, dado que adquiere sentido en relación con una filiación religiosa actual. Hay una doble pertenencia —a un grupo, a una historia, a una memoria— que precisa de otros para ubicarse dentro de ese mapa familiar religioso, pero que, al mismo tiempo, coloca al individuo en una parte integrante de ese todo.

Entre las comunidades judías, la migración aparece en relación con las leyes raciales: los entrevistados en primera persona, o sus padres o abuelos se escaparon de Italia entre los años 43 y 45 a través de familiares que murieron o sobrevivieron a los campos de concentración. La población judía actual en el territorio italiano está representada por 21 comunidades, consideradas ortodoxas, divididas en tres grupos: las comunidades grandes, que son las de Roma y Milán; las medianas, como Venecia; y las pequeñas, como la de Padua, que está formada por 170 personas incriptas.

Otro de los motivos de la migración es la unión en casamiento con otro miembro de la comunidad judía que vive en otra ciudad italiana. Una de las entrevistadas de 60 años, madre de tres hijos y abuela, creció en una comunidad judía en Libia y se mudó a Padua cuando se casó. La experiencia migratoria y de minoría religiosa en un país tradicionalmente católico emerge a través de la reafirmación de su identidad religiosa frente al peligro de la asimilación (se vuelve más observante en el interior de la propia comunidad local), que se conecta a un discurso sobre la continuidad del judaísmo y de sus antepasados, en el cual la memoria consolida la identidad (Candau, 2008).

Entre los entrevistados judíos italianos, emerge el concepto nativo de “ortodoxia italiana”, que deja librada la observancia a los aspectos éticos de cada familia. Se trata de diferentes niveles de observancia entre los que las familias italianas eligen. En Padua, no

hay escuelas confesionales, y la comunidad está formada por 150 personas aproximadamente, en un país de mayoría católica. Existen familias en Padua que respetan la dieta casher, en las cuales los hombres van a la sinagoga el sábado, pero usan el teléfono y el auto. Esta tensión en el interior de las comunidades judías consideradas ortodoxas respecto de la observancia de las prácticas religiosas se destaca en relación con el componente de la ciudadanía, en una sociedad donde el italiano es cristiano o el cristiano es italiano. De esta manera, el judaísmo italiano distingue niveles de observancia en sus prácticas.

El abuelo de una de las familias judías argentinas provenientes de Europa del Este llegó al puerto de Buenos Aires, donde lo esperaba un pariente que lo llevó a Tucumán. Recién, cuatro años después, llegaron su esposa e hijos. Como otras familias judías provenientes de Rusia, formaron parte de la segunda oleada migratoria comenzada en 1905 (Bianchi, 2004). A diferencia del italiano, el campo judío argentino resulta heterogéneo, dado que están presentes todas las ramas del judaísmo: ortodoxo, conservador y reformista (Bianchi, 2004); tres categorías definidas con base en la práctica ritual y la interpretación de la Torá. Existe una estructura que permite la socialización religiosa institucional desde niños, con una red de sinagogas, instituciones educativas y grupos políticos de distinta ortodoxia: desde los conservadores hasta la presencia de Jabad Lubavitch. Sin embargo, como dan cuenta los trabajos en la materia, la mayoría de los judíos que vive en Buenos Aires no se encuentra afiliado a ninguna institución aunque participe de ella (Algranti y Setton, 2009).

Entre las familias armenias italianas entrevistadas —pertenecientes a la Iglesia Católica Armenia—, los relatos diaspóricos de los antepasados se originan con el genocidio (Zaros, 2016). Algunos de los entrevistados vislumbran que la diáspora armenia será reabsorbida por la sociedad de acogida (Italia). A su vez, la transmisión de las creencias religiosas parece perderse en las generaciones en las que solo los descendientes más cercanos al pariente de origen armenio mantienen una participación activa en la misa y en la comunidad local. Si bien dichas familias se mezclan y se integran en la sociedad italiana, ya que sus hijos se socializan en el contexto italiano, se mantiene el vínculo

con la isla de San Lázaro y las actividades que los congregan, entre ellas, el aniversario del genocidio y la misa según el rito armenio<sup>2</sup>.

Sobre los musulmanes de Padua, se trata de un islam migrante, de primera generación, marcado por la situación actual cultural y política de los países de origen, pero cuya importancia se incrementa en el espacio público italiano. La primera oleada migratoria de musulmanes fue en los años 70, eran jóvenes urbanos alfabetizados que fueron los primeros líderes que crearon las asociaciones. La segunda oleada migratoria fue en los 90 y estaba integrada por familias procedentes del Magreb. En los musulmanes italianos, esta conciencia de pertenecer a un grupo sespecífico, distinto del país de origen y de la sociedad de acogida, aparece clara en la dicotomía “nosotros/ellos”.

La comunidad emerge como una categoría del discurso en la contraposición entre el “nosotros musulmanes / ustedes italianos (y católicos)”. Esta referencia al nosotros musulmanes es la manera de construir un sentido de pertenencia con la comunidad, relacionado al concepto de “dar al islam” (Pace, 1999), que, en esta interpretación, es una forma de representarse a sí mismos como musulmanes y de reclamar el derecho de expresar su religión. La casa, en lugar de la comunidad, es representada con un concepto que viene de la doctrina legal y religiosa de la Edad Media: “habitar la casa del islam”, a diferencia de otras casas, por ejemplo, la de los cristianos. “Dar” entendido como sentido cultural y político es un reflejo mental de clasificarse según la dicotomía nosotros/ellos, sumado al conflicto por el sentido de la diversidad (xenófoba) a partir de lo vivido desde 2001 en Italia. En la comunidad estudiada y como consecuencia de la alteridad para con la población local, el islam deconstruye la etnia: la identidad musulmana y la experiencia migratoria agrupan a la comunidad independientemente de la diferencia étnica.

En la Argentina, como en otros países de América Latina, el islam

<sup>2</sup> La Iglesia armenia en Italia se encuentra principalmente en tres lugares: el monasterio mequitarista católico de la isla de San Lázaro en Venecia, la parroquia de la Iglesia apostólica armenia de Milán y la Iglesia armenia católica de San Nicolás de Tolentino en Roma, junto con otras instituciones eclesíásticas y culturales (Pane, 2011). En Padua, viven aproximadamente quince familias descendientes de armenios, que se reúnen una vez por mes para celebrar la misa según el rito armenio.

llegó como religión de inmigrantes, principalmente sirios y libaneses, entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo xx, cuando se fundan las primeras instituciones religiosas de la Argentina en Rosario, Córdoba, Mendoza y Tucumán. En Buenos Aires, los informantes hijos de sirios se asentaron en el barrio de San Cristóbal, donde vivían sus connacionales. Tanto la comunidad musulmana como la judía argentina tienen una presencia histórica en el país y participaron de la formación del Estado nacional argentino (Bianchi, 2004; Devoto, 2002). Una de las entrevistadas musulmanas argentinas es hija de sirios. Su padre llegó a la Argentina escondido en un barco, ella conoció a su marido en “el barrio de los turcos” de Buenos Aires (San Cristóbal), sus nietos frecuentan el colegio de la comunidad y aún se encuentran instituciones étnicas en la zona.

Los trabajos académicos en esta área destacan que en Argentina se conservaron las pautas endogámicas étnicas y religiosas en la segunda generación, aunque atenuadas con respecto a la generación precedente (fundamentalmente, entre armenios, daneses, alemanes del Volga) a medida que aumentaban los matrimonios intergeneracionales entre inmigrantes e hijas argentinas de descendientes de inmigrantes del mismo grupo nacional o regional (Devoto, 2002, p. 376).

Los entrevistados argentinos reconstruyen el relato sobre los orígenes familiares otorgándole autoridad en el presente (Hervieu-Léger, 1993) a la continuidad de la pertenencia a una tradición religiosa. Los acontecimientos de la migración, la guerra y las persecuciones aparecen a través del recuerdo de los antepasados (Ricoeur, 2004) y destacan el origen desde la generación de los abuelos que vinieron de Europa.

### **Religión y migración**

La migración, como experiencia religiosa, puede reafirmar una identidad religiosa o alentar la dimensión espiritual, que supone volverse más o menos observante en sus prácticas, en la extranjería. Por su condición de minoría musulmana en Italia, se destaca un redescubrimiento en las familias entrevistadas que reivindican su pertenencia religiosa en Padova. Es en Italia cuando comienzan a frecuentar la mezquita, ya que los padres han transmitido a sus hijos un sentido

de la espiritualidad, pero no una observancia religiosa consciente del significado de dichas prácticas. Surgen también experiencias como la Asociación Islámica de Imanes y dirigentes religiosos, creada en 2012 para formar líderes en un contexto como el italiano, frente a las necesidades vislumbradas en ese país.

Estos migrantes musulmanes en Italia han cambiado sus prioridades en relación con la religión a partir de la migración. Tienen necesidades religiosas para sus hijos con la finalidad de construir una identidad musulmana en el país en el que viven. La experiencia de migración y religiosa en un país tradicionalmente católico parece motivar a estos jóvenes a interesarse en el estudio de la religión y participar en propuestas políticas. Representa un modo de territorializar el “nosotros los musulmanes” como habitantes del lugar de destino con sus propias prácticas religiosas.

En uno de los casos de familias judías, la informante reafirmó su identidad religiosa como defensa a la asimilación a la sociedad de recepción. Esto se conecta también con un discurso sobre la continuidad del linaje como madre y de transmisión de la religión a sus hijos. En cambio, el discurso de la separación entre lo que es étnico y lo que es religioso que emerge en algunos de los entrevistados que se consideran judíos, pero no religiosos, puede ser entendido como una estrategia de asimilación en relación con la sociedad receptora, eliminando formas de distinción, como la vestimenta o el uso de la kipá, entre otras.

Si bien la comunidad judía es una minoría histórica en Italia, ya Sergio Della Pergola (1976) definía al grupo italiano como una “diáspora frágil”, dando cuenta de la polaridad de ser italiano y hebreo. Se evidencia en la actualidad la “generación faltante” como consecuencia de las persecuciones fascistas y deportaciones, además del regreso con la creación del Estado de Israel. En Padua, entre quienes frecuentan la sinagoga, se pasa de niños y pocos adolescentes a jóvenes con más de treinta y cinco años. Asimismo, son pocos quienes residen en Padua porque muchos migraron por trabajo o estudio a otros países o ciudades (Pace, 2013, p. 132).

Los entrevistados en Buenos Aires son una tercera generación de judíos argentinos, nietos de migrantes, que pertenecen a templos conservadores. Fueron socializados en idish, pero sus hijos en hebreo. La



continuidad de la pertenencia se ve modificada en las distintas generaciones de la misma familia, lo que puede estar relacionado con un fenómeno de adaptación a la sociedad de recepción<sup>3</sup>.

En la Argentina, la oleada migratoria que introdujo al país minorías religiosas como los judíos y musulmanes produjo un descenso de la ortodoxia y una continuidad de ciertas prácticas pero con reinterpretaciones en las nuevas generaciones. De modo que perduraron, principalmente prácticas religiosas domésticas, como prender velas, rezar, hablar árabe/idish, cenas para las principales festividades del calendario religioso.

La migración destaca la situación de minoría social en la sociedad receptora y refuerza los lazos de pertenencia étnica y cultural con actividades que se comparten con pares. Es decir, el capital social extiende las redes de confianza familiares —el espíritu de familia en Bourdieu (1997)—, y ambos actúan como mecanismos de construcción social con una mirada particular de la sociedad receptora. La migración enfatiza las características propias del grupo como mecanismo de asimilación o refugio frente al nuevo contexto, como un rito de institucionalización para pertenecer a las redes étnicas y comunitarias.

### **Redes interpersonales, sociorreligiosas y comunitarias**

Los lazos de confianza, como capital social, son cultivados en los espacios de socialización y extienden el vínculo naturalizado en el interior de la familia por su misma dinámica de relaciones. Los elementos que se vinculan en este análisis emergen en función de esa estructura de relaciones en la que están inmersas las familias entrevistadas y sus interacciones: principalmente, en sus círculos sociales, sus barrios y comunidades religiosas. Estos roles implican determinadas series de conductas y están en relación con otros roles de los cuales se esperan otra serie de conductas (Molina, 2001). A modo de cierre de este texto, podemos identificar redes interpersonales, sociorreligiosas y comunitarias en los dos campos de investigación.

<sup>3</sup> Sobre este tema, es interesante el libro de Rouchou (2008) acerca de los judíos de Egipto en Río de Janeiro.

Las redes sociorreligiosas se destacan como fuente de apoyo familiar y de beneficios a través de redes extrafamiliares. Aquí ubicamos a las comunidades diaspóricas como la musulmana —específicamente de Somalia— y la judía italiana, cuya organización de la comunicación está basada en la pertenencia étnica y en relación con otras comunidades en diáspora. Los hijos de las familias provenientes de Somalia están casados o buscaron parejas con personas de la diáspora de otros países, como Dinamarca y los Estados Unidos. La experiencia de la comunidad judía de Padua preserva características de comunidad cerrada y casi invisible en la ciudad, lo que la vuelve endogámica y actúa como un mecanismo de exclusión social.

Las segundas y terceras generaciones musulmanas nacidas o que crecieron en Italia se definen por la experiencia de ser musulmán en Italia como una forma de territorializar, es decir, de adaptarse a un nuevo entorno social tomando referencias culturales italianas. Al mismo tiempo, postulan la pertenencia a la umma (comunidad imaginada) del islam italiano para la proyección de un islam europeo. En las familias católicas, entre quienes pertenecen al Movimiento de los Focolares, se destaca un “mapa focolar” de tránsito de bienes, informaciones y personas entre puntos geográficos transnacionales, donde hay presencia y territorialización del grupo católico como una isla dentro de los diferentes catolicismos. Estas redes institucionalizan relaciones y prácticas grupales en las asociaciones culturales y lugares de culto. Pueden asemejarse a un escudo o refugio frente a la asimilación, de modo que funcionan como apoyo a las familias, pero no tienen como objetivo integrar, sino separar de la sociedad de recepción.

En un segundo grupo de redes, la comunidad con sus instituciones actúa como fuente de control social en relación con el peligro que constituye la sociedad italiana para los musulmanes. En el caso argentino, la red de instituciones educativas confesionales puede colaborar en la socialización religiosa de los hijos en las familias pertenecientes a minorías religiosas (evangélicos, judíos y musulmanes).

En el caso armenio en Padua, si bien la familia juega un papel fundamental en la socialización religiosa, la comunidad se destaca por la dimensión emocional de la cohesión, la integración y la pertenencia. La comunidad cobra fuerza dada su minoría étnica y religiosa; aun

siendo católicos, les permite mantener las características propias de ser armenio, al compartir actividades con los miembros del grupo que se reconocen como parte de él.

Se destacan las redes interpersonales relacionadas con el núcleo duro de la familia y los vínculos de la red parental. Los parientes son las primeras referencias en los recuerdos relacionados con la transmisión religiosa. En situación de migración, al haber menos control comunitario en la sociedad de recepción, la responsabilidad completa recae en los lazos familiares y, en particular, en la madre, quien desempeña las tareas de cuidado y de transmisión de valores a los hijos.

Para un enfoque relacional más amplio, estos tres sistemas organizados de vínculos son transversales a las familias y a las comunidades y revelan que pueden encontrarse perfiles similares de relaciones recíprocas en pertenencias religiosas diferentes. Estas redes funcionan como intermediarias con la sociedad, creando relaciones estructuradas y simbólicas, a la vez que generan lazos entre sus miembros, como efecto de cierta pertenencia religiosa, cultural, étnica o de parentesco. En aquellas redes que definimos como interpersonales, socioreligiosas y comunitarias, las posibilidades de recepción de ese capital de solidaridad y reciprocidad puede modificarse según el lugar que se ocupa en cada tipo de grupo. Como hemos visto, la migración puede estructurar nuevos vínculos que implican ciertas conductas en relación con la asimilación a la sociedad receptora y al interior de la familia. Los pasajes generacionales también constituyen procesos de interacciones en el tiempo que reestructuran relaciones sociales. Por último, la pertenencia religiosa constituye un nosotros que une a las personas que desarrollan lazos dentro de una estructura de interacciones que tendrá características propias y cuyo análisis es inseparable de sus contextos transaccionales, como buscamos desarrollar a lo largo de este capítulo.

### Referencias bibliográficas

- Algranti, J. y Setton, D. (2009). Habitar las instituciones religiosas: corporeidad y espacio en el campo judaico y pentecostal en Buenos Aires. *Alteridades*, (38), 77-94.
- Bianchi, S. (2004). *Historia de las religiones en la Argentina. Las minorías religiosas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Candau, J. (2008). *Memoria e identidad*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Carsten, J. (2000). *Cultures of relatedness*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Carvalho, C. (2005). Coisas de família. Análise antropológica de processos de transmissão familiar [tesis de doctorado no publicada] – Programa de Pós-Graduação em Ciências Sociais da UERJ, Universidade Estadual de Rio de Janeiro.
- Collins, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacción*. (J.M Iranzo, Trad.). Barcelona: Anthropos.
- De Singly, F. (1996). *El yo, la pareja y la familia original*. (S. Pinilla Cañadas, L. Flaquer, Trad.) Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Della Pergola, S. (1976). *Anatomia dell'ebraismo italiano. Caratteristiche demografiche, economiche, sociali, religiose e politiche di una minoranza*. Roma: Carucci.
- Devoto, F. (2002). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Dias Duarte, L. F. (2006). Ethos privado e modernidade: o desafio das religiões entre indivíduo, família e congregação. En L. F. Dias Duarte, M. L. Heilborn, M. Lins de Barros, C. Peixoto (Coords.), *Família e religião* (pp. 55-88). Rio de Janeiro: Contra capa.
- Dias Duarte, L. F., y Menezes Aisengart, R. (2017). Transpersonal Ether: personhood, family and religion in modern societies. *Vibrant: Virtual Brazilian Anthropology*, 14(1), 1-17.
- Donati, P. (2015). Manifesto for a critical realist relational sociology. *International Review of Sociology: Revue Internationale de Sociologie*, 25(1), 86-109.
- Emirbayer, M. (1997). Manifesto for a Relational Sociology. *American Journal of Sociology*, 103(2), 281-317.
- Escobar, M., y Gómez Isla, J. (2015). La expresión de la identidad a través de la imagen: los archivos fotográficos de Miguel de Unamuno y Joaquín Turina. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (152), 23-46.

- Hervieu Léger, D. (1993). *La religión, hilo de memoria*. (M. Solana, Trad.) Barcelona: Herder editorial.
- Hirsch, M. (2008). The generation of postmemory. *Poetics Today*, 29(1), 103-128.
- Jedlowski, P. (1989). *Memoria, esperienza e modernità*. Milán: Franco.
- Jelin, E. (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lins de Barros, M. (1989). Memória e família. *Estudos históricos*, 2(3), 29-42.
- Molina, J. L. (2001). *El análisis de las redes sociales*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Moreira Leites, M. (2000). *Retratos de familia*. San Pablo: FAPESP.
- Pace, E. (1999) *Sociologia dell'islam*. Roma: Carocci.
- Pace, E. (2013). *Le religioni nell'Italia che cambia. Mappa e bussola*. Roma: Carocci.
- Pane, Riccardo (2011) *La chiesa armena. Storia, spiritualità, istituzioni*. Bologna: Edizioni Studio Domenicano.
- Park, J., y Howard Ecklund, E. (2007). Negotiating continuity: Family and Religious Socialization for Second Generation Asian Americans. *The Sociological Quarterly*, 48(1), 93-118.
- Portes, A. (1999). Capital Social: Sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna. En Carpio, J. & Novacovsky, I. (comps.), *De Igual a Igual. El desafío del Estado ante los nuevos problemas sociales* (pp. 243-266). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. (A. Neira, Trad.) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rose, G. (2007). *Visual methodologies*. Londres: Sage.
- Rouchou, J. (2008). *Noites de verão com cheiro de jasmim*. Río de Janeiro: FGV editora.
- Saraceno, C., y Naldini, M. (2007). *Sociologia della famiglia*. Bologna: Il Mulino.
- Zaros, A. (2015). Il tempo della memoria religiosa. Uno studio sulle dimensioni famigliari e comunitarie. *Plura: revista de estudos de religião*, 5, 153-165.
- Zaros, A. (2016). Retratos de una comunidad religiosa: sobre la memoria y las fotos familiares de la comunidad armenia en Padua. *Revista Cultura y Religión*, 10, 88-106

Redes interpersonales, sociorreligiosas y comunitarias: pensar los vínculos en familias pertenecientes a diferentes credos en Padua y en Buenos Aires

- Zaros, A. (2019). Familia y religión en Buenos Aires: el análisis reticular en una investigación cualitativa con foto elicitación. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales (Relmecs)*, 9(2), e060.
- Zerubavel, E. (2005). *Mappe del tempo. Memoria collettiva e costruzione sociale del passato*. Bologna: Il Mulino.



# Enfoques relacionales y reclasificaciones: ejercicios reflexivos sobre las investigaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas

*Alejandro Bialakowsky*

Relaciones. Todo giraba alrededor de ello.  
Alice Munro, *Las lunas de Júpiter*

## Introducción

¿Este es un libro relacional? ¿Cómo surgen, se despliegan y consolidan unas perspectivas atentas a las relaciones que componen el mundo, en el que esas mismas propuestas se insertan? ¿Qué supone plantear la importancia de lo relacional para la sociología y también para otras ciencias sociales y humanas a partir de una variedad de investigaciones con diferentes focos y preguntas, pero con una preocupación compartida sobre los modos de elaborar un estudio sobre lo social? En definitiva, ¿de qué se tratan las posturas relacionales? En este capítulo final, me interesa retomar estos interrogantes, que recorren los diez trabajos precedentes, con el objeto de detenerme en algunas dimensiones claves para ofrecer una reflexión teórica y analítica con pretensiones relacionales.

Como se desarrolla en el primer capítulo del libro y en apartados específicos de los capítulos siguientes, no es nuevo este llamado a un necesario “giro relacional” de la sociología y otras ciencias sociales y humanas. Desde la década de 1990, ha habido “manifiestos” (Donati, 2015; Emirbayer, 1997) que convocan a una ruptura con la sociología y otras ciencias sociales y humanas existentes. En estos textos, se busca una transformación decisiva de esas disciplinas, como señala el propio género elegido, vinculado clásicamente a las vanguardias, por ejemplo, políticas o estéticas. Así, este requerido abandono radical de posiciones dicotómicas y sustancialistas de la sociología y otras ciencias sociales y humanas abre distintos ámbitos de debate, que van



desde el ontológico (Alvaro, 2019) hasta las investigaciones empíricas (por ejemplo, en los trabajos del libro editado por Dépelteau y Powell [2013]).

No obstante, resulta evidente que tal ruptura no es un comienzo desde cero, dado que ya en las perspectivas clásicas de la sociología y otras ciencias sociales y humanas se encuentran críticas al sustancialismo y a sus dicotomías, focalizadas en las propias relaciones sociales. Por ende, este llamado a un enfoque relacional implica, según cada propuesta, evaluar cuánto de relacional se puede rastrear —y, por tanto, “rescatar” — de las perspectivas previas<sup>1</sup>. En otros términos, al reclasificar como “relacional” un incipiente presente y un necesario futuro, se precisa, también, reclasificar diferentes aspectos (ciertos textos, conceptos, preguntas, etc.) de las elaboraciones previas de la sociología y otras ciencias sociales y humanas, a partir de la definición que se adopte de lo relacional. En este juego entre la relectura crítica y la propuesta novedosa, los trabajos de este libro buscan incidir en el amplio campo de la sociología y las ciencias sociales y humanas.

Ahora bien, antes de abocarme a estas cuestiones, vale señalar que, en realidad, se debe cuestionar la forma singular de la denominación “relacional”; más bien, se tratarían de “sociologías y otras ciencias sociales y humanas relacionales” en plural<sup>2</sup>. Al igual que respecto del “giro pragmatista”, no es posible dar una definición única de “lo relacional”. Esto implicaría sustancializar el carácter relacional de esas

<sup>1</sup> Esto se puede observar con claridad en los distintos capítulos de *The Palgrave Handbook of Relational Sociology*, editados también por Dépelteau (2018). Allí, desde miradas relacionales, se discuten perspectivas como las de Tarde, Durkheim, Mead, Simmel, Bourdieu o Luhmann.

<sup>2</sup> Si bien mis investigaciones están vinculadas de forma especial con la sociología y la teoría sociológica, los capítulos de este libro exceden esos límites disciplinares al abrir debates y elaboraciones que trazan puntos de contacto, fronteras porosas y estimulantes combinaciones novedosas entre los más diversos campos de saber. Por este motivo, en este texto no resulta relevante detenerse en esas diferencias disciplinares. Sin embargo, he considerado pertinente nombrar a la sociología junto a otras ciencias sociales y humanas, dado que las reflexiones aquí plasmadas no pueden deslindarse de mi trayectoria de investigación en esa disciplina. Estas reflexiones tal vez requerirían ser reformuladas en algunos matices si se conectaran a otro ámbito de saber.

sociologías y otras ciencias sociales y humanas, solo comprensible a partir de sus dinámicos y múltiples entramados de vínculos, interacciones, procesos y transformaciones. Esa figura plural es fundamental para este libro. No hay una sola perspectiva desde la cual partan todos los capítulos. Por el contrario, las autoras y los autores someten a reflexiones profundas sus propias investigaciones (pasadas y en curso), en un despliegue heterogéneamente productivo sobre cómo estudiar lo social con pretensiones relacionales.

Para dar una respuesta introductoria a la primera pregunta (¿este es un libro relacional?), cabe destacar que la elaboración de esta compilación tuvo un viso fuertemente relacional, ya que es el resultado de un *workshop* anual organizado por el IDICSO de la Universidad del Salvador, en el que se realizó una reunión por capítulo (con presentación y debate posterior). Ese *workshop* “relacional” reunió a investigadoras e investigadores con diversas trayectorias y tradiciones disciplinares, en diferentes momentos de su carrera académica (mientras realizaban sus tesis doctorales, sus formaciones posdoctorales o sus proyectos de investigación de carrera del Conicet). Esas intensas interacciones estaban conectadas a otras interacciones previas, en las que aparecían de forma insistente algunos temas, autores o preguntas, por ejemplo, en las Jornadas anuales del IDICSO y en los pasillos, comidas y asados de fin de año de la Facultad de Ciencias Sociales, así como también —luego del *workshop*— en los intercambios y reescrituras de los primeros borradores. Por lo tanto, este libro es un emergente colectivo de ese entramado relacional que, situado en una institución, la atraviesa y la excede.

Este carácter colectivo relacional se ubica en un provechoso espacio intermedio entre otros tipos de compilaciones: no se trata de una convocatoria a colaboraciones por una afinidad temática sin vínculos entre sus autores, ni es el fruto de un equipo que condensa continuadas reuniones sobre avances de investigación o insumos bibliográficos. La figura intermedia del *workshop* nos ha empujado a un ejercicio reflexivo acerca de qué define a los trabajos de las participantes y los participantes de este libro: por más que suene redundante o circular, la respuesta que encontramos fue que la relación que nos atraviesa es una preocupación, justamente, por estudiar las relaciones, por unas

sociologías y otras ciencias sociales y humanas relacionales. Ahora bien, tal ejercicio no queda en una mera declaración de intenciones que pudiese ser simpática o atractiva, sino que cada uno de los capítulos lo hace propio. Así, como retomo más adelante, en ellos se plasma una vuelta reflexiva sobre una investigación ya realizada o por hacer (en la mayoría de los casos, esa “gran investigación” que es la tesis doctoral), a partir de la cual se discuten perspectivas legitimadas en un campo y abordajes metodológicos, en la búsqueda de arriesgar innovaciones conceptuales y analíticas que permitan captar ciertos fenómenos que, sin una mirada relacional, quedarían opacados o simplificados. Consideramos que este esfuerzo por unas propuestas relacionales realiza una contribución a las sociologías y otras ciencias sociales y humanas tanto de las más diversas latitudes del mundo como, en particular, de la Argentina y otros países hispanoparlantes, donde hoy se observa un fuerte despliegue de los interrogantes tratados en este libro.

En este capítulo retomo los textos del libro para destacar ciertas líneas de contacto en sus trabajos reflexivos y creativos sobre sus investigaciones que me habilitan a trazar un conjunto de aportes a aquellos estudios que también se interesen en lo relacional, es decir, que se inscriban en el amplio y poroso ámbito de las sociologías y otras ciencias sociales y humanas relacionales. A partir de estos aportes, realizo algunas propuestas teórico-analíticas vinculadas a un estudio de los procesos de reclasificación social y reclasificación sociológica y de otras ciencias sociales y humanas, con el objetivo de repensar, de forma emergente y problemática, esa cualidad reflexiva de esas disciplinas relacionales en la discusión y reelaboración de encrucijadas teóricas y epocales.

### **Reflexionar la investigación relacional desde su pluralidad**

Este libro se compone de once capítulos, además de este último. Para abordarlos, primero, marco algunos elementos salientes de cada trabajo. Así, hilvano sus esfuerzos por trazar una mirada relacional con sus argumentos y desarrollos principales. Luego, a partir de una propuesta de la relación entre reclasificaciones sociales en general y reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas, delinea ciertos puntos de contacto entre ellos en torno a dos ejes claves: la

reflexividad (sobre la propia investigación y el vínculo con lo investigado) y la relación entre investigación empírica y teorías (la discusión de marcos teóricos previos, la innovación conceptual, el abordaje metodológico relacional y la conexión entre encrucijadas teóricas y epocales). Por supuesto, los puntos retomados —y los cruces entre sí— no agotan los aportes de cada capítulo a lo relacional, dado que en ellos puede encontrarse tanto una mayor profundidad sobre esos puntos como otras cuestiones no tratadas aquí, que quedarán a la espera de siguientes lecturas y debates.

#### *Aportes destacados de los capítulos para un abordaje relacional*

Pablo Forni y Luciana Castronouvo señalan cómo, en el marco del IDICSO, el esfuerzo por comprender diferentes procesos complejos, a partir de las relaciones que establecen los actores, condujo a reflexionar sobre los momentos decisivos de la génesis de una suerte de “giro relacional” actual, que propondría una salida a la dicotomía entre “agencia” y “estructura”, la cual, sin terminar de resolverse, había obsesionado también a la generación de teóricos de las décadas de 1970 y 1980 (por ejemplo, Habermas, Giddens, Luhmann o Bourdieu). En primer lugar, destacan los antecedentes de la Escuela de Nueva York de White —cercano a la teoría de redes de Granovetter y de Burt— y de Tilly —con su “realismo relacional” crítico de la dicotomía entre agencia y estructura—. En segundo lugar, abordan los manifiestos de Emirbayer —con su propuesta de la *trans-acción*, distinta de la auto-acción y la inter-acción de sustancias— y el posterior de Donati —focalizado en la emergencia y los niveles de las relaciones, al inspirarse en el realismo crítico y la morfogénesis social de Archer—. Por último, retoman las propuestas de Crossley (2011) —sobre las redes y las interacciones—, de Fuhse (2015) —acerca de los eventos comunicacionales— y de Dépelteau, para quien, como afirma Vandenberghe (2018) en su obituario, “la sociología relacional fue una forma de vida”. Muchas de estas perspectivas son retomadas a lo largo del libro, en especial, la de Donati.

Vale la pena destacar la relevancia de la obra de Archer para estas propuestas, al menos de forma explícita en Donati (Archer y Donati, 2015) y en Dépelteau (2008). No se trata solo de reconocer el carác-

ter seminal de la obra de Archer, sino también de rescatar que forma parte de otro “giro” paralelo al “relacional”, el “pragmatista” (Bialakowsky, Sasín, Nougues, y Zapico, 2017; Nardacchione y Tovillas, 2017), junto a, entre otros, Boltanski, Latour y Honneth. La reivindicación del primer pragmatismo estadounidense y de unas “sociologías pragmatistas” se vincula, justamente, a una crítica a las dicotomías en la teoría social, en tanto metodología que pretende resolver problemas prácticos, atenta a las relaciones entre creencias, experiencias y efectos prácticos y a la formación de los grupos (no dados por sentado), para proponer su intervención político-práctica como un ensanchamiento del mundo en común. En efecto, Forni y Castronouvo no solo despliegan con presteza el carácter múltiple del debate sobre las posibilidades de unas sociologías y otras ciencias sociales y humanas relacionales, sino que también abren un diálogo con los pragmatismos para reflexionar sobre las interacciones y los procesos dinámicos en relaciones prácticas, ni preconstituidas, ni indeterminadas, con un horizonte colaborativo y crítico.

María del Pilar Álvarez parte de una dislocación entre su objeto de investigación (los movimientos sociales transnacionales y sus acciones colectivas) y los conceptos y las teorías sobre él: ese objeto de estudio “siempre” ha sido relacional, a diferencia de las perspectivas que lo han abordado. Así, desarrolla un profundo y detallado rastreo de las limitaciones y los alcances de ciertas perspectivas claves para comprender tal objeto a partir de las relaciones —“dinámicas”, “mutantes” y “reales”— que lo constituyen, sin recaer en las dicotomías de, por ejemplo, la agencia y la estructura. En principio, recorre dos paradigmas fundamentales de los movimientos sociales y la acción colectiva desde la década de 1970: el estadounidense de la “movilización de recursos” y el europeo de los “nuevos movimientos sociales”. Allí, rescata conceptos relacionales en variadas propuestas (por ejemplo, respecto del estadounidense, las de Mc Adam y Tarrow, y acerca del europeo, Touraine), a la vez que destaca un pasaje hacia miradas más relacionales, en especial, de Tilly (para el estadounidense) y de Melucci (para el europeo).

Ahora bien, a continuación señala cómo ese pasaje relacional no ha ocurrido en la misma medida en los estudios sobre los movimien-

tos sociales transnacionales —por caso, los de Sikkink, ni los aportes del mencionado Tarrow ni los de Della Porta—. Ese es el “vacío” que viene a llenar el capítulo al elaborar, a partir de los conceptos “rescatados” de esos dos paradigmas, un marco teórico que se focaliza en las relacionales multidimensionales entre movimientos locales, redes sumergidas, sistemas de acción multipolares, organizaciones mediadoras, repertorios, demandas, movimientos transnacionales, Estados y comunidad internacional. A través de estas relaciones, se definen los actores sociales en juego y sus prácticas; quienes, también a partir de esas mismas complejas relaciones, buscan y consiguen modificarlas con sus acciones colectivas. Se puede observar cómo Álvarez traza un paralelo con su recorrido de investigación sobre los movimientos transnacionales, en especial, el de las “mujeres de confort”, esclavizadas sexualmente durante el avance imperialista de Japón en la Segunda Guerra Mundial. A lo largo de su trayectoria, su propia mirada es cada vez más relacional, ya que pone en diálogo dos “paradigmas” teóricos para enfrentarse, con un creativo marco teórico emergente, al desafío de la incompletitud previa de su área de investigación, en un contexto epocal en el cual los vínculos entre lo local y lo transnacional resultan fundamentales.

María Brignardello reflexiona intensamente sobre los “desvíos y bifurcaciones” de sus tesis de posgrado (maestría y doctorado), tanto respecto de los cambios entre sus focos de investigación como acerca de los debates, conceptos y teorías que fue cuestionando a la par de esos cambios. Al igual que en el capítulo previo, la autora destaca que se trata de un movimiento hacia una perspectiva más relacional que, en este caso, pone en juego una “doble relación” entre el desplazamiento del objeto de estudio y los conceptos y análisis que se van desplegando sobre él. Tal desplazamiento se dio, acerca de la ruralidad vitivinícola de Mendoza, desde el productor y la producción hacia la familia y la reproducción social. Esto supuso abandonar los modelos duales de producción agraria (pública) y familia occidental (privada doméstica) —en consonancia, entre otras, con las propuestas de Jelin, Villena Fiengo, Thornton y Fricke—, para elaborar un “modelo de organización social familiar” que comprenda la heterogeneidad de las familias —no reducidas a un “hogar” doméstico, ni a roles presta-

blecidos que subestiman el cuidado— y que también aborde las complejas relaciones —ni fijas ni dicotómicas— entre lo rural y lo urbano.

De esta manera, en diálogo con los “manifiestos relacionales”, Brignardello discute a la vez con las miradas clásicas de dos relaciones: entre la (re)producción y la “agricultura familiar” y entre el campo y la ciudad. Sobre esta última, enmarcada especialmente en la oposición/distinción entre comunidad y sociedad, realiza un extenso recorrido desde clásicos de la sociología y otras ciencias sociales y humanas (Tönnies, Durkheim, Weber, Marx, Sorokin, Wirth, Redfield) hasta las propuestas contemporáneas sobre América Latina, las cuales rompen con las fronteras rígidas entre los dos ámbitos y analizan su reconfiguración conjunta, “en relación” —en diálogo con estudios sobre la temática, como los de Camarero y Crovetto—. A partir de este recorrido, elabora un modelo de organización social familiar que permita comprender el cambio social, al ubicar a la familia en un nivel relacional “meso” entre las agencias individuales y los cambios macroestructurales, como espacio de negociación y conflicto de “creación continua de variaciones y variabilidad”. Su ejercicio autorreflexivo es una pregunta por cómo se han realizado y modificado las propias investigaciones. Así, la autora señala que no puede escindirse este desplazamiento relacional (del objeto y de la teoría) de uno metodológico —a partir de sugerencias tales como las de Forni, Yin y Vasilachis—, es decir, no se puede eludir la pregunta acerca de la necesidad, también, de una metodología relacional para una investigación de este estilo.

Luciana Castronouvo retoma su tesis doctoral sobre migrantes bolivianos en el sector de la construcción en el área metropolitana de Buenos Aires, en situaciones de vulnerabilidad difíciles de superar, para repensar las posibilidades relacionales tanto de los conceptos de “red” y de “capital social” como de la combinación de abordajes metodológicos. Para ello, postula el concepto de “trayectorias socio-laborales” como aquel que pudo articular, durante su investigación, ambas búsquedas en una mirada relacional, no atrapada en la dicotomía entre la estructura y la agencia, que dé cuenta de los distintos niveles de análisis (macro, meso y micro). De esta manera, en principio, realiza un recorrido crítico sobre los conceptos de “red” y de “capital social” —en perspectivas como las de Bourdieu, Burt, Coleman, Lom-

nitz, Powell, Portes y Putnam —. Estos conceptos no pueden analizarse por separado, dado que los cruces entre ambos son ineludibles, ya sea por las preguntas que intentan responder (por ejemplo, los recursos, vínculos o la confianza puestos en juego en redes de reciprocidad y acumulados en diferentes tipos de capital social), ya sea porque algunos autores emblemáticos dan cuenta de ambas cuestiones a la vez (por ejemplo, Granovetter).

En ese marco, la autora combina ambos conceptos prestando atención a su dinamismo y sus temporalidades, al focalizarse en la movilidad de y por diferentes redes cambiantes con distintos tipos de capitales sociales, en el “entramado” de interacciones entre procesos de solidaridad étnico-nacional y de aprendizaje y las características de un mercado laboral. Así, afirma que la “migración es una red en sí misma” —en diálogo, además de las perspectivas mencionadas, con aquellas contemporáneas, como las de Massey y de Cederberg—, dada la emergencia de redes y comunidades “transnacionales” de migrantes, *embedded* (incrustadas) en sus orígenes y destinos (preocupación cercana a la de Álvarez), en especial, respecto de la informalidad laboral y la segregación urbana. Destaca que esto ha sido estudiado de forma limitada desde el capital social, en tanto herramienta que permitiría superar situaciones de vulnerabilidad, justamente, por su falta de perspectiva relacional. Por último, al igual que en el capítulo de Brignardello, se detiene en una reflexión metodológica que habilite a aunar abordajes cuantitativos y cualitativos (en los que se incluye la conocida “teoría fundamentada” de Glaser y Strauss). Es significativa la forma a través de la cual Castronovo elabora el mencionado concepto de trayectorias sociolaborales, que le permite no solo combinar las nociones de red y de capital social de la forma señalada, sino también articularlas con un abordaje metodológico complejo y relacional, que vincula lo cuantitativo con lo cualitativo, lo micro con lo macro.

Pablo de Grande despliega el marco teórico relacional que elaboró para su tesis doctoral, resultado de aquello que el autor denomina de forma sugerente como el contexto de un “caso teórico”, en el cual un problema de investigación requiere de una novedosa combinación teórica, no disponible en la bibliografía existente, un interrogante que se encuentra en muchos de los capítulos. Así, en su capítulo, plantea



dos líneas de discusión combinadas. Por un lado, traza una propuesta acerca del vínculo entre teoría e investigación empírica, con una mirada cercana a cierto pragmatismo de la “abducción”, desde la cual se puede pensar la emergencia de nuevos conceptos y teorías a partir de los usos y necesidades de la investigación, esto es, ni como inducción meramente empírica ni como deducción meramente abstracta —en diálogo con miradas como las de Deleuze, Foucault, Metz y Rule y John—. Por el otro, presenta un complejo “andamiaje teórico” acerca de tres niveles de análisis de lo social simultáneos y articulados (la estructuración, la interacción y la subjetivación) libres de escalas, ya que pueden ser tanto micro, meso o macro. Esta elaboración se entrama con su búsqueda de una perspectiva relacional que reponga la importancia de las interacciones —las redes y los lazos interpersonales— y su incidencia (¿cómo y cuánto?), para este estudio, respecto de su vínculo con los procesos de estructuración (del capital económico y cultural) y de subjetivación (de representación de los grados de “libertad individual”).

De esta manera, realiza un vasto recorrido dentro de la sociología y otras ciencias sociales y humanas por los aportes, y limitaciones, sobre y entre cada uno de esos niveles de análisis por parte de algunos de sus clásicos —Marx, Weber, Elias o Goffman, entre otros— y contemporáneos —Bourdieu, Hochschild, Olin Wright Scott, etc.—, con el objetivo de evitar los reduccionismos en uno u otro nivel. Así, respecto de la estructuración, se focaliza en las formas estables de “estratificación social”; sobre la interacción, se centra en las relaciones cotidianas y las redes interpersonales; y, acerca de la subjetivación, desde el “yo individual” se interesa especialmente en un estudio de las emociones y las representaciones. En este contexto, su reflexión sobre esta propuesta como “caso teórico” le da una mayor espesura relacional a su abordaje, ya que incluye el propio lugar de investigador (sus necesidades, sus lecturas previas, sus esfuerzos) en el marco de relaciones no lineales, sino complejas y prácticas (“con cierto grado de libertad”), entre investigaciones empíricas y la construcción de marcos teóricos que sean también relacionales.

Camila Lorenzo propone, para su tesis doctoral, una sofisticada “amalgama” teórico-analítica que fusiona, recombina y cruza especia-

lidades y fragmentos de campos disciplinares disímiles (sociología, estudios rurales, educación, geografía, entre otros), en especial, entre los conceptos de “redes” y “capital social” —en sintonía con Castrounouvo, por ejemplo, respecto de autores como Bourdieu, Coleman, Nussbaumer y Cowan Ros, Portes, Putnam, Trigilia y Woolcock—. En un contexto temporal “posneoliberal” de intervención estatal para el desarrollo —término tomado de Sader—, elabora esa “amalgama” para dar cuenta de heterogéneas territorialidades rurales —en consonancia, entre otras perspectivas, con las de Raffestin y Lopes de Souza, y con cercanía al texto de Brignardello, aunque en la provincia de Buenos Aires—. En tales territorialidades se despliegan complejas redes de relaciones entre actores y mediadores heterogéneos: los Centros Educativos para la Producción Total ubicados en la cuenca deprimida del río Salado en la provincia de Buenos Aires, el Estado Argentino, los pobladores rurales, ONG, empresas, etc. Por estas redes, circulan diferentes recursos (materiales y simbólicos) para promover el “capital social” y la mejora de la calidad de vida de esas zonas.

Cabe destacar su creativa elaboración de una clasificación de cuatro tipos de redes de promoción del capital social para comprender heterogéneas y concretas conexiones y territorializaciones: administrativas, de aprendizaje, productivas y socioespaciales. Para su delimitación, son decisivas las relaciones entre lo micro y lo macro (por ejemplo, la posición ambigua de la mediación organizacional) y, en especial, las relaciones de poder en la distribución y circulación de recursos (horizontales o verticales), conectadas a formas del capital social (de vínculo o puente). Esta construcción tipológica se enmarca dentro de un singular abordaje metodológico cualitativo, atento tanto a la complejidad del objeto abordado (y, de allí, la relevancia de esa tipología) como al “rol del investigador en el análisis reticular” —en diálogo con Bourdieu y Burawoy—, esto es, una reflexividad sobre las relaciones emergentes y el curso no lineal de las investigaciones, en las cuales la interacción con el objeto de estudio es parte de la transformación del abordaje de ese objeto y del propio investigador.

Para su tesis doctoral, Tomás Nougues se plantea analizar, mediante el provechoso concepto de “relación de deuda”, nuevas formas de las políticas públicas —en particular, argentinas— emergentes a par-

tir de las transformaciones y tecnologías de gobiernos neoliberales, al recuperar debates clásicos del marxismo y otros contemporáneos tales como los de Foucault, Lazzarato, Mader, Sassen, Soederberg y Wilkis. El peso cada vez mayor del capital financiero y, en especial, de las microfinanzas (sobre todo, para el consumo de bienes y servicios) supone que el crédito se vuelve una relación social fundamental en la vida de la mayoría de las personas. Esta relación de poder asimétrica entre acreedor y deudor ha extendido su alcance de dos formas vinculadas: ha llegado a los sectores más empobrecidos y —clave para el capítulo— se ha vuelto también un nuevo modo de intervención del Estado sobre tales sectores con “políticas sociales de endeudamiento”, en las cuales el mismo Estado es el acreedor, no solo un facilitador del crédito. Así, la propuesta de un abordaje relacional es doble: en general, sobre la relación de deuda; y, en particular, respecto de cómo se configuran ciertas políticas públicas basadas en ese vínculo.

En cuanto proceso general, el autor marca que se trata de una relación de poder multidimensional: material, al extender la “frontera” de la valorización del capital (una explotación secundaria de los sectores empobrecidos e informales que necesitan los créditos incluso para subsistir); moral, como “dispositivo de control” que modela subjetividades mediante una “ética” de autorresponsabilidad, con un compromiso para devolver el crédito (o sentir culpa por no hacerlo), lo cual regula el uso del dinero y del consumo; performativo, que supone adquirir para la vida cotidiana capacidades e instrumentos de contabilidad y cálculo mediante una “educación financiera”. De esta manera, tal multidimensionalidad de las relaciones de deuda resulta sumamente productiva para abordar las políticas sociales de endeudamiento como mecanismo de seguridad social para aquellas personas que no acceden al sistema formal de crédito. Así, se observan las consecuencias multidimensionales de esta nueva forma de las relaciones “neoliberales”, que se extiende más allá de los programas partidarios así denominados: transferir el costo del programa al beneficiario, delegarle la responsabilidad de su cumplimiento y, con ello, individualizar el riesgo (con la carga moral y performativa que ello implica).

Jimena Ramos Berrondo reflexiona acerca de su recorrido de investigación que la ha acercado a una perspectiva relacional. Con dete-

nimiento, va enlazando los distintos momentos de sus tesis de maestría y de doctorado en México y en la Argentina al explayarse en cómo y dónde fueron realizadas, los nexos con sus informantes, directores de tesis y colegas, y los desplazamientos de sus lecturas, intereses, objetos de estudio y enfoque. Así, despliega un logrado énfasis en una reflexión que se podría denominar “autobiográfica intelectual”. Ese despliegue se anuda a, justamente, el movimiento —en consonancia con los capítulos de Álvarez y de Brignardello— hacia una mirada cada vez más relacional sobre los vínculos que se establecen en las interacciones tanto del investigador con lo investigado como entre los dirigentes campesinos, los funcionarios y técnicos de la Secretaría de Agricultura Familiar en la Argentina durante las últimas décadas.

Por un lado, da cuenta de la necesidad de una “conversión de la mirada” —noción inspirada en Becker, Bourdieu y Wright Mills—, desde una perspectiva normativa hacia una interpretativa de las trayectorias biográficas de funcionarios, técnicos y dirigentes campesinos. Se requiere una “sensibilidad teórica” para abordar la multiplicidad de interacciones de colaboración, tensión, disputa tácita o abierta, en las cuales la mutua desconfianza entre esos actores no impide el trabajo conjunto, en diálogo con propuestas como las de Bailey, Bourdieu, Gledhill, Long, Quirós y Nuijten. Esto supone analizar las distintas posiciones desde las que un dirigente campesino reconstruye (por ejemplo, cuando pasa a ser funcionario, o viceversa) sus lealtades, legitimidades y su biografía individual y colectiva (del movimiento y la organización a la que pertenece, que puede tener más o menos base territorial e historia previa a las políticas de la Secretaría). Por otro lado, entrama su propia trayectoria de investigación en las relaciones que establece con sus informantes clave, a veces gracias a situaciones azarosas (“serendipia”), sobre todo a partir de la confianza (tema que también es fundamental en su comprensión de los vínculos entre funcionarios y dirigentes), en consonancia con sugerencias como las de Forni. En un momento de fuerte reflexividad, señala que sus vínculos con los dirigentes campesinos pudieron haber supuesto una mirada favorable de ellos en detrimento de los funcionarios y técnicos.

Marcelo Salas retoma, desde un abordaje relacional, la perspectiva neoinstitucional sobre el comportamiento organizacional —en es-

pecial, las propuestas de DiMaggio y Powell y de Meyer y Rowan—. Tras discutir los aportes clásicos a la cuestión (Weber, Merton, Parsons, entre otros), señala cómo esta perspectiva se centra en los procesos culturales y cognitivos construidos intersubjetivamente en la interacción dentro de y entre instituciones, que implican guiones y prescripciones, significados y abstracciones, los cuales —al darse por sentados— se vuelven fines en sí mismos para las instituciones. Así, a la par de un proceso de profesionalización técnica de sus burocracias, emergen “mitos racionalizados” que brindan legitimidad, ya que están disponibles para justificar el orden institucional como “racionalmente efectivo”, sin lo cual las conductas organizacionales pueden ser puestas en duda y calificarse como “negligentes”, “irracionales” o “innecesarias”. Mediante esta aguda mirada relacional e interaccional, resulta posible destacar un proceso de “isomorfismo” del diseño de las políticas sociales de lucha contra la pobreza en América Latina, en particular, de transferencia condicionada de ingresos en la Argentina, Brasil, Chile y México.

Estas políticas buscaban generar redes de contención social compensatorias frente al ajuste neoliberal, cuestión rastreada en diversos estudios como los de Barrientos, Esping Andersen, Lo Vuolo o Merklen. Tales redes supuestamente “combatían” la reproducción intergeneracional de la pobreza al obligar a acumular “capital humano” (por ejemplo, mediante capacitaciones), en interesante debate con Lorenzo y Nougués. Según el autor, su isomorfismo surge de las relaciones interaccionales entre instituciones estatales y organismos internacionales, los cuales ocuparon un rol central (pero no explicativo) para generar interdependencias técnicas y de intercambio de experiencias. Esto redundó en que compartieran lenguajes, conceptos específicos, herramientas metodológicas y “paquetes de control de gestión” para evaluar resultados e impactos. Este complejo juego permite rastrear tanto el isomorfismo general de estas políticas como la forma singular que adopta cada caso, según una suerte de “historias relacionales” de las interacciones de y entre las organizaciones: la mirada tecnocrática (de la “evidencia empírica” y el “programa profesional”) frente al “clientelismo” en el Progres-a-oportunidades (México); el entramado entre un debate previo sobre el “derecho a un ingreso mínimo” y las

posteriores exigencias tecnocráticas en el Bolsa Família (Brasil); el origen oculto del Programa puente - Chile Solidario en la “adopción pionera y coercitiva” de este tipo de políticas en la dictadura de ese país; y el mimetismo con las organizaciones internacionales financiadoras para la supervivencia institucional del Programa Familias por la inclusión social (Argentina).

Hernán Toppi despliega un preciso y sugerente análisis relacional y secuencial —basado en elaboraciones como las de Anderson, Cobb y Elder, Cox y Morgenstern, Tamayo Sáez y Tsebelis—. Su análisis busca comprender las transformaciones del *statu quo* político de una determinada sociedad nacional, en este caso, respecto de los derechos políticos de las mujeres en la Argentina —con cercanías a los capítulos de Álvarez y Brignardello, que discuten cuestiones de género, y a los de Lorenzo, Nougués, Ramos Berrondo y Salas, que debaten políticas públicas—. Investiga cómo, en contextos plurales, actúan e interactúan, es decir, se relacionan, dos tipos de actores: los sociales, situados en la arena general de la sociedad con herramientas informales —por ejemplo, movimientos sociales con sus intervenciones en la opinión pública—; y aquellos políticos, situados en su arena y con herramientas institucionalizadas para tomar decisiones, ubicados en el gobierno o en el parlamento. Estos actores interpretan de forma múltiple ese *statu quo* al elaborar agendas respectivas según el vínculo entre sus objetivos buscados y los resultados esperados: si ambos coinciden, buscarán sostener el *statu quo* y vetar cualquier cambio; en caso de disyunción, perseguirán una modificación de lo existente. Al tratarse de un modelo secuencial, estas relaciones e interacciones están temporalizadas en diferentes etapas, por ejemplo, contexto nacional e internacional, preferencias de los actores, demandas y soluciones alternativas a cierto “problema”, reacciones del sistema político, implementación institucional de una reforma, resultados.

Para el autor resulta fundamental dar cuenta de cómo los actores construyen intersubjetivamente un “problema” que debe ser resuelto, en caso de promover una transformación del *statu quo*. A partir de ello, buscan la mayor adhesión posible en distintas alianzas para enfrentar los vetos y la negación del problema. En esta investigación puntual, el autor aborda tres procesos de transformación de los derechos políti-

cos de las mujeres en la Argentina — en diálogo con estudios como los de Archenti y Tula, Gallo y Giacobone, Marx, Borner y Caminotti, Torre o Valobra —: voto femenino, cuotas de género y paridad de género para acceder a cargos representativos. Realiza este estudio rastreando el complejo y sucesivo entramado interaccional de actores que promueven, en diferentes contextos epocales favorables o adversos, esta mejora sustancial de la democracia (cabe destacar el análisis de los argumentos a favor y en contra en los debates parlamentarios). A su vez, esta mirada relacional se detiene, justamente, en el vínculo sinuoso en el tiempo entre derechos formales (posibilidad de acceso a cargos representativos) y derechos reales (acceso efectivo), para lo cual es clave la reconfiguración sucesiva de los resultados históricos de cada implementación anterior y de su reinterpretación política.

Por último, Agustina Zaros aborda las redes intrafamiliares y de comunidades socioreligiosas para investigar la transmisión de creencias y prácticas religiosas en familias cristianas, musulmanas y judías en Buenos Aires (Argentina) y en Padua (Italia). Estas redes en movimiento se eslabonan entre sí al entrecruzarse en una memoria que se reconstruye desde el presente, atravesada por la migración, la diáspora, los conflictos étnicos y la asimilación — en consonancia con perspectivas como las de Carsten, Carvalho, Dias Duarte y Menezes Aisengart, Hervieu Léger, Hirsch, Jedloswki y Jelin—. El enfoque relacional del capítulo se muestra con fuerza en la metodología propuesta para estudiar la memoria habitada por las prácticas religiosas, la cual enhebra los hilos del pasado y del presente familiar y religioso (intrafamiliar y extrafamiliar de las comunidades de pertenencia). Así, en el marco de etnografías con observaciones participantes en las comunidades analizadas (por ejemplo, en sus fiestas más importantes), esta metodología se destaca por la “foto-elicitación” de álbumes familiares — en la línea de Lins, Moreira Leites y Rose —, esto es, entrevistas a partir de esas “representaciones materiales” de la pertenencia familiar y su memoria, que pasan de generación en generación, con sus visibilidades e invisibilidades.

Con esos datos recabados, la autora elabora esclarecedores gráficos que muestran las diferentes redes familiares intergeneracionales globales y según cada religión: estas visualizaciones permiten ob-

servar cómo cada miembro de la familia puede ser un nodo mayor o menor de relaciones, lo cual señala tanto sus distintas posiciones como los entramados específicos de cada grupo. De esta manera, en el análisis de esas redes, se focaliza en la complejidad de las relaciones familiares y religiosas atravesadas por la migración —en sintonía con los trabajos de Brignardello y Castronouvo—. Esta complejidad implica diferentes formas de reelaborar los vínculos en y entre los territorios de “origen” y de “destino”, por ejemplo, en la reconstrucción de los relatos de generaciones migrantes previas, o con la reafirmación de la identidad religiosa frente al “peligro de la asimilación”. Así, la reconfirmación religiosa puede darse mediante la actualización de los lazos familiares, y viceversa. Esto ocurre sobre todo en situaciones de migración, en las cuales se intensifica la importancia del entramado entre redes familiares y socioreligiosas, que también pueden conectarse a comunidades culturales o étnicas, sostenido en gran medida en relaciones de confianza, reciprocidad y solidaridad.

*El abordaje relacional a través del problema de las reclasificaciones sociales y las reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas*

Como se fue señalando en el apartado previo, los once capítulos de este libro realizan numerosos aportes a las sociologías y otras ciencias sociales y humanas relacionales. Así, he ido marcando tanto las singulares propuestas de cada uno de ellos, vinculadas a las investigaciones de cada autora o autor, como algunos puntos de contacto y preocupaciones compartidas. Respecto al primer capítulo, este brinda un marco general de debate, sin conectarse directamente con alguna investigación en particular. Además de rastrear la génesis de un “giro relacional”, da cuenta de la centralidad que ocupa en ese giro la búsqueda por eludir la dicotomía entre agencia y estructura al focalizarse en las relaciones entre ambas.

Esta cuestión aparece insistentemente a lo largo del libro: se destaca una insatisfacción con la mayoría de las perspectivas disponibles —o al menos con partes de ellas— acerca de tales relaciones entre agencia y estructura. Como ya se dijo, esa búsqueda fue una de las grandes preocupaciones de la teoría sociológica contemporánea desde la década de



1970, en especial, a partir de la relevancia que adquirió el “problema del sentido” (Bialakowsky, 2017b). No obstante, este diagnóstico de insatisfacción, incluso acerca de las teorías más importantes de la década de 1980, es compartido por el giro pragmatista, sobre el cual me he detenido en el apartado anterior, por ejemplo, en las críticas de Archer (1997) a las propuestas de Giddens o Habermas. Al haberse tratado en el primer capítulo, no me detendré en especial en esa preocupación común, sino que me interesa desplegar otros tópicos.

A su vez, hay una serie de temáticas transversales a distintos capítulos: las migraciones, los vínculos transnacionales, el género, la familia, las políticas públicas o las relaciones entre lo rural y lo urbano. Muchos de los esfuerzos de los trabajos se dirigen a repensar esas cuestiones desde miradas relacionales, las cuales reconfiguran cómo se definen y cómo pueden ser investigadas. Asimismo, se señala cómo esos objetos resultan ser un prisma privilegiado tanto para ser abordados con perspectivas relacionales como para dar cuenta de encrucijadas claves de las formas sociales contemporáneas con sus conflictos y desafíos. Así, diversos conceptos desplegados a partir de diferentes perspectivas son revisitados, puestos a prueba y alterados, tales como los de “capital social”, “redes”, “movimientos sociales”, “actores”, “interacción”, “subjetivación”, “tecnologías de gobierno” o “instituciones”. En esta heterogeneidad teórico-analítica se vislumbra cómo enfoques plurales comparten una preocupación decisiva por un abordaje relacional. En esa dirección he ido marcando algunos de esos posibles diálogos entre los capítulos sobre temáticas y conceptos particulares. Ahora bien, en este apartado me dedico a reconstruir, a partir del problema de las reclasificaciones sociales en general y de las reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas, dos ejes combinados que surcan de manera decisiva esas elaboraciones: la reflexividad y la relación entre teorías e investigaciones empíricas.

En la mayoría de los capítulos, irrumpe una marca personal de reflexión sobre la propia investigación, aunque esta no aparezca de igual modo en cada uno de ellos. Así, en principio, hay trabajos en los que la trayectoria de investigación del autor o autora se vuelve el hilo conductor, al ir destacando transformaciones a partir de ciertas lecturas, experiencias y hallazgos de investigación o preocupaciones

intelectuales e, incluso, políticas. Este entretejido entre preguntas de investigación e investigador vuelve necesario, justamente, (auto) comprender a este “sujeto de investigación” en movimiento mediante sus cambiantes relaciones con lo que investiga, con las formas en que lo investiga y con otras personas y obras que han —y siguen— investigando cuestiones cercanas a sus preocupaciones.

Con mayor o menor irrupción “autobiográfica”, en estos capítulos tiene lugar una suerte de juego entre mostrar “el detrás de escena”, al ahondar en los momentos más complejos de la investigación, de duda, de incertidumbre, de necesidad de modificar aquello que se venía “dando por supuesto”, y construir un recorrido inteligible a partir de un momento posterior de reflexión, el cual se inserta, por ejemplo, tras haber finalizado un estudio de la envergadura de una tesis doctoral, con sus continuidades y rupturas hacia atrás, con una tesis de maestría, y hacia adelante, en el posdoctorado. Este último ejercicio de trazar el recorrido inteligible de nuestras más o menos sinuosas trayectorias aparece vinculado a un desplazamiento hacia lo relacional, esto es, a una modificación en esa dirección de nuestra perspectiva y, en especial, de sus mismas relaciones con lo investigado.

Esto también ocurre en aquellos capítulos que, sin marcar de forma explícita un desplazamiento en la trayectoria, sí lo hacen respecto de sus herramientas teóricas, metodologías y modos de análisis de sus objetos de estudio. Por ende, se confirma esa intuición que ha guiado el *workshop* “relacional” y, luego, la elaboración del libro: las sociologías y otras ciencias sociales y humanas relaciones no son solo un interés compartido, sino que profundizar y trabajar en ellas —o en un enfoque cercano al poroso ámbito que se puede denominar de esa manera— nos permite realizar un ejercicio reflexivo colectivo sobre nuestras propias investigaciones (Garro-Gil, 2017). En otras palabras, se trata de la posibilidad de consolidar un espacio de discusión en el que densificar nuestras interacciones nos conduzca también a densificar las reflexiones sobre nuestras indagaciones, como consecuencia de salir de cierta fragmentación que muchas veces puede ocurrir en un instituto de investigación y más allá de él.

Aquí, considero que puede realizarse un aporte al problema de las reclasificaciones sociales y, en especial, de los procesos de reclasifi-

cación sociológica y de otras ciencias sociales y humanas. Detenerse en los modos en que, con atributos positivos y negativos, reclasificamos nuestros objetos de estudio y otras perspectivas, nos autorreclasificamos y somos reclasificados por otros supone comprender las relaciones dinámicas de constante reclasificación que se despliegan en las investigaciones sociológicas y también en otras ciencias sociales y humanas. Estos trabajos se ven atravesados por la particularidad de reclasificarse a sí mismos como relacionales. Es cierto que, de alguna manera, eso estaba implicado en la convocatoria, primero, del *workshop*, y luego, en la confección y en los intercambios respecto de los capítulos. Sin embargo, este punto de partida no necesariamente conducía a los profundos ejercicios reflexivos de reconstrucción bajo esa clave de trayectorias, marcos teóricos, metodologías o análisis.

Ese esfuerzo de reclasificación no se limitó a agregar una palabra aquí o allá, o simplemente a aludir indirectamente a lo relacional, sino que su intensidad muestra que excede esta convocatoria en trabajos previos —y posteriores—, conformando esta suerte de “giro relacional” en el que el libro se incluye. En cada uno de los capítulos, queda claro que reclasificarse como “relacional” es un arduo proceso que debe tomarse en serio durante la investigación y la escritura. Creo que esto responde a que las miradas relacionales, como son entendidas en esta obra, conducen a la reflexividad, ya que nos obligan a comprender las relaciones en distintos tiempos y espacios en que se ve involucrada nuestra investigación; esas relaciones la definen de modo tal que, si nos enfocamos en ellas, podemos reclasificar hasta nuestra propia trayectoria. Sin embargo, tal proceso reclasificadorio no debe pensarse como una elaboración posterior, que se puede haber dado para conformar el libro: de manera más o menos explícita, este fue teniendo lugar en el curso de las investigaciones aquí reunidas y, justamente, los capítulos lo reconstruyen de diversas maneras.

A su vez, estos procesos reclasificatorios nos señalan cómo se van modificando las relaciones entre las teorías existentes, las pesquisas empíricas llevadas a cabo y las necesarias transformaciones teóricas y metodológicas para poder realizarlas. Incluso, De Grande propone el concepto de “caso teórico” para dar cuenta de la situación en la cual, de una u otra manera, se posicionan los trabajos aquí retomados: una inda-

gación empírica que por su objeto requiere plantear un marco teórico que no se encuentra disponible en las teorías existentes, o más no sea se halla solo de forma fragmentaria, con algunos aportes de una u otra perspectiva. Se podría afirmar que en este proceso se ve involucrado todo estudio que mantiene lineamientos pragmáticos (Swedberg, 2012) y relacionales. Inspirada en el famoso lema de la “imaginación sociológica” y las propuestas de los clásicos (Mouzelis, 2003), también una perspectiva más canónica como la de Bourdieu (Cristiano, 2019) indica cómo las investigaciones empíricas exigen innovar en los presupuestos y conceptos fundamentales de la sociología y de otras ciencias sociales y humanas. En los capítulos, se puede rastrear el compromiso por producir modificaciones y reapropiaciones de ciertos conceptos, modelos o análisis previos para formular novedosas herramientas de estudio. Estos “casos teóricos”, “amalgamas” o “marcos teóricos” se confeccionan a partir de estrategias que buscan tanto que sus conceptos sean relacionales como que sus objetos de estudio sean definidos por sus relaciones, al punto de que las relaciones mismas se vuelven el foco de abordaje.

Como ya se ha mostrado en el apartado anterior, se pueden señalar diversas estrategias al respecto que, según cada capítulo, se combinan o se subordinan entre sí. Primero, se reconstruyen debates con distinta extensión temporal y profundidad que, en algunos casos, llegan hasta los comienzos de las disciplinas, abarcando distintas proporciones de un campo de discusión. Segundo, se efectúan balances de las limitaciones y los alcances de algunos conceptos claves. Tercero, se entrelazan distintas corrientes teóricas en nuevos conceptos, tipologías o esquemas más acordes a los interrogantes del trabajo. Cuarto, se modifican los objetos estudiados, ya sea al desplazarse hacia otros, ya sea al redefinirlos en conexión con los emergentes cambios de las perspectivas teórico-analíticas utilizadas. Por último, se da cuenta del desafío metodológico implicado en una investigación relacional que requiere replantear una serie de herramientas de ese cuño (Prandini, 2015). Este replanteo inaugura un sugerente ámbito para pensar las dificultades que conlleva un punto de vista que se pretende relacional, dado que las preguntas metodológicas se ubican en el espacio de articulación entre las “teorías” y los “análisis”.

Tales diferentes estrategias reconfiguran las relaciones entre las herramientas teórico-metodológicas y las indagaciones empíricas.

Más allá de que en ciertos capítulos se puedan destacar más unas que las otras, esta reconfiguración implica reelaborar las definiciones disponibles de esas relaciones en trabajos previos, esto es, las formas sedimentadas y legitimadas de realizar nuestra actividad. Afirmar que estamos lidiando con esos nexos (disponibles, examinables, alterables y alterados) se vuelve fundamental para el presente libro. Al reclasificarse como “relacionales”, estas elaboraciones que conjugan problemas teórico-metodológicos, conceptos y análisis empíricos — para decirlo a grandes rasgos, “teoría” y “empiría” — se detienen especialmente en los modos en que reconfiguran los vínculos entre las diversas facetas de la investigación.

Por supuesto, esas conexiones no son lineales ni predeterminadas. Desde el abordaje que se pretende en esta obra, resultan inestables, dinámicas, puestas en cuestión y a prueba, dado que están abiertas a las interacciones que se despliegan en el complejo derrotero, situado espacio-temporalmente, de los estudios sociológicos y de otras ciencias sociales y humanas. Entonces, no es casual que se aúnen con la reflexividad anteriormente mencionada respecto de las trayectorias de las autoras y los autores de este libro, o sobre los desplazamientos de sus perspectivas y objetos de estudio. Así, estas sociologías y otras ciencias sociales y humanas relacionales prestan particular atención a reconstruir de forma crítica — con inventiva y, por tanto, de manera reflexiva— sus presupuestos, conceptos o esquemas a partir de sus vínculos con los esfuerzos por delimitar y desentrañar sus preocupaciones analíticas. Esto supone comprender la instancia teórica de la sociología y de otras ciencias sociales y humanas como un proceso práctico en permanente transformación, dadas las relaciones que lo atraviesan, las cuales no necesariamente se circunscriben a un referente empírico inmediato, sino que también pueden tratarse de debates, tensiones y conflictos propios (Alexander, 1982), entramados en ciertas encrucijadas teóricas y epocales.

De nuevo, creo que para afrontar estas cuestiones resulta útil una consideración sobre las reclasificaciones sociales y las reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas. Como ya se afirmó anteriormente, (auto)reclasificarse como investigador relacional y, junto a ello, buscar reclasificar como tales los planteos teóricos

vinculados a determinadas formas de la investigación empírica (metodología, objeto, dimensiones de ese objeto, etc.) trae aparejado un balance de las cualidades relacionales de otras perspectivas sobre lo estudiado. Esto implica una serie de preguntas: ¿qué tan relacional eran la sociología y otras ciencias sociales y humanas previas a nosotros?, ¿cómo podemos realizar tal balance?, ¿cómo insertar esa evaluación en nuestra propuesta? Se trataría, entonces, de dividir cierta historia de la sociología y otras ciencias sociales y humanas, o la porción de ella que atañe a nuestro trabajo, al reclasificar sus distintas elaboraciones —ya (re)clasificadas de otras maneras por trabajos previos— como “relacionales”, “parcialmente relacionales”, “no relacionales”, etc. Esto supone brindar un atributo positivo a lo relacional y uno negativo a lo no relacional: la propia investigación recuperaría aquello positivo al conectarlo con otros debates teóricos e inquietudes empíricas. Estas inquietudes se desplazarían, a su vez, como ya se dijo, al reclasificarse de modo relacional, con lo cual las relaciones mismas se vuelven el foco de análisis.

Los capítulos realizan con esmero este recorrido reclasificador que, vale decirlo, aunque sea algo redundante, conlleva una mirada reflexiva y aguda acerca de la postura de cada estudio respecto de las producciones previas del campo de saber en el que se incluye. Tal ejercicio plural mediante el despliegue de diferentes estrategias es uno de los aspectos más interesante de este libro, ya que nos permite captar múltiples formas de reclasificación, tanto de ciertos objetos de estudio como de las propias sociologías y otras ciencias sociales y humanas. En conjunto, estas variadas formas son parte de la configuración del giro relacional que se puede vislumbrar en la actualidad. Considero que este aspecto se ve fortalecido por el juego desarrollado por los textos entre la continuidad y la ruptura con lo “heredado”. Más allá de las limitaciones que podamos encontrar en las propuestas clásicas y no tan clásicas de la sociología y otras ciencias sociales y humanas, desde lo que se puede denominar los esfuerzos “fundacionales” de la disciplina, es posible rastrear una aspiración por comprender las relaciones sociales —por ejemplo, en cuanto a Marx (Fish, 2013)—, entre “individuos”, “grupos”, “instituciones” o “regiones”, e incluso con la “naturaleza”.

Si nos enfocamos en el problema de las reclasificaciones sociales, esta aspiración también adopta un cariz reflexivo (Bialakowsky, 2017a). Aun en las perspectivas clásicas, ya se encuentran deliberaciones respecto de los vínculos entre las postulaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas con las distintas instancias sociales mencionadas, es decir, sobre las conexiones entre reclasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas. Las producciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas reclasifican aquello que ya está reclasificado por esos “individuos”, “grupos”, “redes”, “instituciones”, “partes funcionales”, “regiones”, entre otros, a la vez que estos reclasifican lo elaborado por las propias disciplinas (no hay un vacío clasificatorio desde el que partir; siempre se encuentran otras reclasificaciones preexistentes y simultáneas). De esta manera, las preguntas acerca de qué y cómo está compuesto lo social en una época determinada (su dimensión tipológica-histórica) y en torno a la simetría o asimetría de las relaciones entre esos “componentes” en términos de dominación o estratificación (su dimensión jerárquica) se ven moduladas por dos niveles. El primero alude a lo “representacional-práctico”, si las reclasificaciones las realizan esos propios componentes de manera práctica y, a veces, tácita. El segundo refiere a lo “epistemológico-político”, si las efectúan producciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas, atentas a sus propias conexiones con las reclasificaciones sociales en general, ya sea de distanciamiento crítico, ya sea de adopción, ya sea de conflicto o mutua contribución, esto es, distintas posturas sobre las posibilidades y vías de intervención sobre lo social y sus tensiones, en particular, aquellas enlazadas a relaciones de dominación.

Este entramado que, si bien con ambigüedades y obstáculos, tiene antecedentes en las primeras postulaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas resulta una de las aspiraciones que las miradas con pretensiones relacionales pueden fortalecer y continuar de modo complejo. Esto ha ocurrido en diversas producciones teórico-analíticas en distintas latitudes y ámbitos. Tal propósito se encuentra en este libro, sobre todo en cuanto al nivel epistemológico-político, a las interacciones relacionales entre reclasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas. Es

cierto que de manera más explícita se trabaja sobre el aspecto epistemológico (teórico y metodológico) de esos vínculos, mientras que el político resulta más sutil, aunque no por ello menor. No me refiero a la pregunta por la política (sus dinámicas, sus movimientos, sus acciones, sus organizaciones, sus instituciones, sus programas), que es uno de los tópicos más transversales a los capítulos, sino a interrogarse respecto de cómo las reflexiones de este libro inciden —o no, o si podrían hacerlo— en esa política o en otras instancias sociales abordadas en los textos. Considero que esta forma más explícita de lo epistemológico es consecuencia de que la discusión sobre lo relacional, al menos en esta obra, se dirige en primer lugar hacia otras perspectivas sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas con el objetivo de presentar una reclasificación elocuente de sí mismas, en las direcciones que ya señalé. Se despliega aquí una fuerza persuasiva que cabe destacar. Para brindar un acercamiento de mayor profundidad a esta más sutil faceta política, vale detenerse en los modos en que, desde el problema de las reclasificaciones, se vinculan las encrucijadas teóricas y epocales en una propuesta plural y polifónica de lo relacional.

Con sus dimensiones tipológico-histórica y jerárquica, el nivel epistemológico-político de las reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas muestra cómo en determinado momento se vinculan ciertas encrucijadas teóricas de las disciplinas con aquellas de la época en general. A partir de —y frente a— los modos prácticos en que se producen y (auto)representan las distintas instancias de lo social, las elaboraciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas efectúan reclasificaciones que reinterpretan, con mayor o menor distancia —pero siempre con algún tipo de distancia—, una doble encrucijada. Por un lado, se trata del estado de situación de la disciplina (en términos de formularios, el célebre “estado del arte”), en especial, de sus debates teóricos y metodológicos fundamentales (presupuestos, conceptos, análisis consagrados, herramientas metodológicas). Por el otro, se encuentran las características, los dilemas, los conflictos y los posibles futuros de cierta época de la que forma parte esa producción sociológica y de otras ciencias sociales y humanas. Las cualidades relacionales de este juego entre encrucijadas teóricas y epocales son intensas y emergen en el curso de las investigacio-



nes, no se encuentran predefinidas. A la vez que, con una propuesta teórica y metodológica, asientan una posición en una intersección de debates (en este libro esto se hace de modo explícito), las reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas apuntan a dar, mediante sus análisis, unas definiciones de su época que estén en consonancia con las elaboraciones teóricas que ofrecen, aunque esa consonancia no se ajuste “perfectamente”, sino que está atravesada por tensiones. En esa consonancia tensa, se incluye también la factibilidad y la modalidad de intervenir, más no sea como discurso crítico, en esa época analizada con ciertas herramientas teóricas. Este es, justamente, el sutil, dinámico y vital entramado epistemológico-político de nuestras reclasificaciones.

A modo de cierre, considero provechoso plantear algunos interrogantes respecto de esta cuestión, aunque no se respondan cabalmente en este capítulo, sino que queden abiertos para futuras producciones. ¿Cuáles son las conexiones de unas posturas que se asumen y se reclasifican como relacionales con nuestra época, con las formas contemporáneas de lo social? ¿Cómo se vinculan, a su vez, con las potencialidades de incidir sobre conflictos decisivos de nuestro tiempo, en especial, respecto de ciertas relaciones de dominación? En los textos de esta obra, se observan preocupaciones que hilvanan algunas respuestas, las cuales en varios casos se combinan: los vínculos transnacionales, con su entramado local-nacional de migraciones étnico-nacionales o religiosas (que pueden ser minorías y vivir en condiciones de vulnerabilidad), así como también de movimientos sociales y de sus acciones políticas de búsqueda de memoria y justicia, o de las prácticas de organismos internacionales de financiamiento; las formas relacionales de las políticas públicas “neoliberales” y “bienestaristas” dirigidas hacia sectores empobrecidos de la sociedad, organizaciones productivas agrarias y educativas o derechos políticos de las mujeres; la conexión de niveles teórico-analíticos para abordar la libertad individual y grupal; y la redefinición de las relaciones familiares con una perspectiva de género; entre otras.

Todas estas preocupaciones reclasificadas de modo relacional (su investigador/a, su perspectiva teórica, su metodología, la reformulación de su objeto) plasman un mundo vincular de profunda actuali-

dad, en el que se desarrollan complejos análisis que, lejos de una mirada “inocente” o “despolitizada”, indagan los dilemas, disputas y consecuencias más trágicas de nuestra época. Dadas sus pretensiones relacionales, estas propuestas no pueden dejarse a sí mismas afuera de los vínculos que implica analizar y, por ende, reclasificar un determinado problema de investigación. ¿Cuál es, entonces, el nivel epistemológico-político aportado por el libro, en conjunto y en las singularidades de cada texto? A mi entender, se trata del carácter reflexivo que se despliega de forma honda y sugestiva, el cual, como he señalado, resulta una virtud de estas elaboraciones, una cualidad clave de las sociologías y otras ciencias sociales y humanas relacionales y una de las aspiraciones fundamentales de esas producciones desde sus comienzos. Así, estos ejercicios reflexivos apuntan tanto al interior de las lecturas académicas y sus debates como a quienes se sientan atraídos por las preocupaciones que se abordan en los trabajos, ya sea por estar involucrados en ellas, ya sea por el interés que despierten las reflexiones sobre lo social en general.

## Conclusiones

En este capítulo final he buscado concretar un doble propósito. Por una parte, al marcar las singularidades de cada contribución y los posibles diálogos entre textos, realicé una retrospectiva de algunos puntos salientes de los capítulos previos que conforman un entramado plural de sociologías y otras ciencias sociales y humanas relacionales. Por la otra, desde el problema de las reclasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas, articulé esa retrospectiva en dos ejes compartidos por los planteos: la reflexividad del investigador/a y su vínculo con lo investigado, así como también la especial atención sobre la conexión entre postulados teórico-metodológicos e investigaciones empíricas. Considero que esos dos ejes articulados son fundamentales para los aportes a una suerte de “giro relacional” contemporáneo — tal como señala el primer capítulo que enmarca esta obra —, en el cual estas producciones se incluyen y pretenden incidir.

El multidimensional problema de las reclasificaciones me permitió desglosar esos dos ejes para indicar algunos de sus relieves significa-

tivos, dada su inventiva, su complejidad y, también, sus interrogantes abiertos que continuarán interactuando con futuros trabajos. De esta manera, destaqué cómo este “girar en torno a lo relacional” implica arduos procesos de reclasificación relacional sobre una serie de cuestiones: las conexiones de quien investiga —incluso de su trayectoria y “autobiografía” — con sus objetos de estudio desplazados y alterados; la historia de las teorías sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas vinculadas —por momentos, de forma tensa y, por ende, en cuestión y por hacerse— a ciertas preocupaciones analíticas (preguntas, conceptos, esquemas, pesquisas canonizadas y herramientas metodológicas); y los nexos entre reclasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas, en especial, respecto de su nivel epistemológico-político, que permite detenerse en las reelaboraciones de las encrucijadas teóricas y epocales a las que nos enfrentamos hoy.

En definitiva, además de los innovadores modos de tratar temas, conceptos, herramientas metodológicas y otras cuestiones mencionadas, los esfuerzos de este libro se orientan por un horizonte de transformaciones de la sociología y otras ciencias sociales y humanas. Al recuperar diversas porciones de su pasado y de su actualidad, este horizonte permite desplazarse hacia una indagación reflexiva de las relaciones constitutivas de lo social y, entre ellas, las que atraviesan a los mismos procesos de investigación. Allí incluyo mi propuesta sobre el problema de las reclasificaciones sociales y las reclasificaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas que, a la par de las que se plasman en esta obra, puede colaborar en la reconfiguración de las formas de comprender y comprendernos dentro de nuestras disciplinas.

## Referencias bibliográficas

- Alexander, J. (1982). *Theoretical Logic in Sociology, Volume One. Positivism, presuppositions, and currents controversies*. California: University of California Press.
- Alvaro, D. (2019). Deconstrucción de la sociología. Una tentativa metodológica. En De Marinis, P. (Comp.), *Exploraciones en teoría social. Ensayos de imaginación metodológica* (pp. 69-87), Buenos Aires: IIGG-CLACSO.
- Archer, M. (1997). *Cultura y teoría social* (H. Pons, Trad.). Buenos Aires: Nueva visión.
- Archer, M., y Donati, P. (2015). *The relational subject*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bialakowsky, A. (2017a). El abordaje problemático como metodología para la investigación en teoría sociológica y el análisis de las clasificaciones sociales. *Revista Cinta de Moebio*, 59, 116-128.
- Bialakowsky, A. (2017b). La temporalidad y la contingencia en el “giro del sentido” propuesto por las perspectivas teóricas de Giddens, Bourdieu, Habermas y Luhmann. *Revista Sociológica*, 91, 1-32.
- Bialakowsky, A., Sasín, M., Nougués, T., y Zapico, M. (2017). ¿Teorías sin teoría? Tras las huellas del primer pragmatismo en las perspectivas de Archer, Boltanski, Honneth y Latour. *Revista Miríada*, 9(13), 15-44.
- Cristiano, J. (2019). El arte de la teoría. La escritura de Bourdieu como estrategia de construcción teórica. *Question*, 64, 1-17.
- Crossley, N. (2010). *Towards relational sociology*. Oxon: Routledge.
- Dépelteau, F. (2008). Relational thinking: A critique of codeterministic theories of structure and agency. *Sociological theory*, 26(1), 51-73.
- Dépelteau, F. (Ed.) (2018). *The Palgrave handbook of relational sociology*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Dépelteau, F. y Powell, C. (Eds.) (2013). *Applying relational sociology: relations, networks, and society*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Donati, P. (2015). Manifiesto for a critical realist relational sociology. *International Review of Sociology*, 25(1), 1-24.
- Emirbayer, M. (1997). Manifiesto for a Relational Sociology. *American Journal of Sociology*, 103(2), 281-317.

- Fish, K. (2013). Relational sociology and historical materialism: three conversation starters. En C. Powell y F. Dépelteau (Eds.), *Conceptualizing Relational Sociology* (pp. 27-44). Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Fuhse, J. (2015). Theorizing social networks: The relational sociology of and around Harrison White. *International Review of Sociology*, 25(1), 15-44.
- Garro-Gil, N. (2017). Relación, razón relacional y reflexividad: tres conceptos fundamentales de la sociología relacional. *Revista mexicana de sociología*, 79(3), 633-660.
- Mouzelis, N. (2003). *Sociological theory: what went wrong?: diagnosis and remedies*. Londres: Routledge.
- Munro, A. (2010). *Las lunas de Júpiter* (E. Pérez Moreno, Trad.). Barcelona: De Bolsillo.
- Nardacchione, G., y Tovillas, P. (2017). Otra controvertida relación maestro-discípulo. Pierre Bourdieu & Luc Boltanski. *Cuestiones de sociología*, 16, 1-19.
- Prandini, R. (2015). Relational sociology: a well-defined sociological paradigm or a challenging 'relational turn' in sociology? *International Review of Sociology*, 25(1), 1-14.
- Swedberg, R. (2012). Theorizing in sociology and social science: turning to the context of discovery, *Theory and Society*, 41(1), 1-40.
- Vandenberghe, F. (2018). Relational Sociology as a Form of Life: In memoriam François Dépelteau (1963-2018). *Canadian review of sociology*, 55(4), 635-638.

## SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

**MARÍA DEL PILAR ÁLVAREZ** es Licenciada en Ciencia Política y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), así como también Magíster en Estudios del Este de Asia y Corea por la Universidad Yonsei (Corea del Sur). Estudió idioma coreano en la Universidad Kyung Hee, Ewha Womans, el Korean Literature Translation Institute, y chino en el Instituto Sin Heng y la Asociación Chino Argentina. Ha realizado varias estancias de investigación en Corea, China y Taiwán en diferentes oportunidades. Recibió becas y financiamiento para proyectos de investigación de UCLA, CONICET, NIIED, Korea Foundation, Taiwan Fellowship Program, Shanghai Normal University, Academy of Korean Studies, entre otras instituciones. Ha publicado varios artículos académicos en revistas indizadas y libros sobre políticas de memoria, derechos humanos, redes y movimientos sociales transnacionales en Corea del Sur y el Este de Asia. Actualmente se desempeña como Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y como Profesora Titular de grado y doctorado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador (USAL). Desde 2020, coordina la Diplomatura en Estudios Coreanos de la USAL. Es además Profesora Adjunta en la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) y Profesora Invitada de grado y maestría en la Universidad T. Di Tella (UTDT).

Desde la obtención de la beca posdoctoral del CONICET, ha trabajado sobre las particularidades de las redes transnacionales (RT) de defensa en el Este de Asia desde el campo de estudios de la sociedad civil en política internacional. Es así como, en 2014, inició un recorrido empírico-conceptual que la llevó a la necesidad de incorporar categorías analíticas de los teóricos de los *nuevos movimientos sociales* que no habían sido consideradas por los académicos de las RT a nivel internacional. Si bien en sus publicaciones recientes no incorporó de manera directa una perspectiva relacional de la acción colectiva, a través de autores como Melucci ha sugerido estudiar la construcción de las RT entendidas como un proceso de acción colectiva a deconstruir y no como un simple punto de partida. Tomando como sustento empírico

su investigación sobre el movimiento social de las “mujeres de confort” en China, Corea del Sur y Taiwán, en su capítulo presenta una relectura relacional de las principales teorías de los movimientos sociales y las RT desarrolladas a partir de los años 70.

mdelpilar.alvarez@usal.edu.ar

**ALEJANDRO BIALAKOWSKY** es Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Realizó una estancia postdoctoral en el Max Weber Kolleg de la Universidad de Erfurt, Alemania. Es Profesor Adjunto Regular de Sociología Sistemática en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Es Profesor Titular de Teoría Sociológica Contemporánea en la Carrera de Sociología de la Universidad del Salvador. También es Profesor de otros cursos de grado y postgrado sobre teoría sociológica y social clásica y contemporánea. Es Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Su tema de investigación es “El problema de las clasificaciones sociales en las perspectivas de Archer, Boltanski, Latour y Honneth. Hacia un abordaje multidimensional de la teoría sociológica contemporánea”. Se desempeña como director y miembro de proyectos de investigación sobre las mismas temáticas, en particular, como director del proyecto “Clasificaciones sociales, desigualdades y relaciones globales en la teoría sociológica contemporánea”, con sede en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador.

En el capítulo final, retoma los trabajos de todo el libro para destacar ciertas líneas de contacto que surcan sus creativas elaboraciones, en las cuales cada autora o autor reflexiona sobre sus propias investigaciones (pasadas o en curso). Esto le permite trazar un conjunto de aportes para aquellos estudios que también se interesen en lo relacional, es decir, que se inscriban en el amplio y poroso ámbito de las “sociologías y ciencias sociales y humanas relacionales”. A partir de estos aportes, delinea algunas propuestas teórico-analíticas vinculadas a un estudio de las relaciones entre los procesos de reclasificación social en general y los procesos de reclasificación específicos de las sociolo-

gías y ciencias sociales y humanas. El objetivo de estas propuestas es repensar, de forma emergente y problemática, la cualidad reflexiva de los enfoques relacionales de esas disciplinas en la discusión y reelaboración de encrucijadas teóricas y epocales.

alejbialakowsk@gmail.com

**MARÍA BRIGNARDELLO** es Licenciada en Sociología, Universidad Nacional de Cuyo (UNCu), Magíster en Estudios Sociales Agrarios, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO sede Argentina) y Doctoranda en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). Es Docente Adjunta de Sociología Rural, Licenciatura en Sociología, Universidad del Salvador (USAL). También es Docente Adjunta de Intervención Social con Comunidades, Licenciatura en Servicio Social, Universidad del Salvador (USAL). Se desempeña como integrante del Consejo Editorial de la revista *Miríada. Investigación en Ciencias Sociales*, del Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales (IDICSO), Facultad de Ciencias Sociales, USAL. Es Tutora del Taller de Tesis II en Maestría Políticas Públicas y Desarrollo, FLACSO virtual. Sus principales temas de investigación se vinculan al estudio de actividades agrarias, principalmente la pequeña y mediana producción familiar en la viticultura de Mendoza. También ha llevado adelante investigaciones ligadas a la producción tabacalera, el comercio justo y las ferias de comercialización, la organización del trabajo agrícola, las instituciones de investigación y desarrollo del agro, entre otras.

Su capítulo forma parte de las reflexiones vinculadas a su tesis doctoral “Comprender la ruralidad mendocina del siglo XXI. La reproducción social de los modos de organización social familiar vitivinícolas”, que se encuentra en julio del año 2020 en curso. Durante su desarrollo, la temática de la tesis se desplazó desde cuestiones productivo-económicas hacia las dinámicas y configuraciones familiares. En ese marco, la tesis mostró la potencia de la perspectiva relacional al permitir visibilizar lazos entre las estructuras objetivas como el trabajo, los ingresos y las características productivas y económicas de la explotación vitivinícola, con otras dimensiones vinculadas al mundo subjetivo, como los roles al interior del ámbito familiar-doméstico.

maria.brignardello@gmail.com



**LUCIANA CASTRONUOVO** es Licenciada en Sociología por la Universidad del Salvador y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Es Docente titular de Metodología de Investigación en carreras de grado y posgrado en diferentes universidades (USAL, UBA y FLACSO). Ha sido becaria doctoral del CONICET y ha desarrollado diferentes investigaciones en el Instituto de Investigación en Ciencias Sociales - IDICSO. Asimismo, ha coordinado y formado parte de proyectos de investigación financiados por agencias nacionales —CONICET, Ministerio de Salud— e internacionales (International Development Research Centre-IDRC Canadá, UNICEF, entre otras).

Desde diferentes investigaciones y en el trabajo de investigación de su tesis doctoral ha abordado fenómenos vinculados a estudios sobre organizaciones comunitarias, trayectorias laborales y estrategias de supervivencia de hogares en situación de pobreza desde una perspectiva relacional. Más recientemente, en áreas de estudio diferentes, como las políticas públicas o las prácticas de alimentación en sectores populares, también incluye una perspectiva relacional que da cuenta de la transversalidad de este enfoque y posibilidad de aplicación en diversas áreas. Su capítulo reflexiona sobre la pertinencia de la perspectiva relacional para el estudio de las trayectorias laborales de migrantes laborales bolivianos en el Área metropolitana de Buenos Aires. Este trabajo es producto de su tesis doctoral. El capítulo que escribió junto a PABLO FORNI reflexiona sobre los alcances y significados de una perspectiva relacional a partir de la revisión de aportes teóricos de autores que han sido poco explorados en el ámbito local.

luciana.castronuovo@gmail.com

**PABLO DE GRANDE** es Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Ciencias Sociales y Humanidades por la Universidad de Quilmes. Es Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y trabaja en temáticas vinculadas con sociabilidad, cuidados e infancia en el Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (IDICSO) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador. Es colaborador del Centro de Estudios Desigualdades, Sujetos e Instituciones (CEDESI) de la Univer-

sidad de San Martín. Mientras que la crianza y el cuidado doméstico son campos de extensa intervención estatal en el último siglo, la Ciencia Social ha hecho escasos esfuerzos en describir las condiciones concretas de las interacciones y condiciones cotidianas de vida de bebés, niños y adolescentes. Su investigación en este campo busca dar cuenta de las múltiples relaciones entre las estructuras familiares, los arreglos de cuidado y las experiencias infantiles, en vistas de reponer los efectos de sentido y las distribuciones sociales y espaciales de estas etapas vitales.

En su tesis de doctorado, argumentó sobre la importancia de considerar la interacción en los efectos condicionantes de la estructura social sobre las representaciones subjetivas. La aplicación de la perspectiva relacional, que es transversal a todo el volumen, demanda en las prácticas de investigación transformaciones en los modelos teóricos, en los procesos de producción de la información, en el análisis y en la presentación de resultados. En el apartado que presenta en este libro, desarrolla el modelo teórico que produjo a partir de esa investigación, con la intención de nutrir el diálogo sobre la relación entre teoría, relaciones e investigación social.

pablodg@gmail.com

**PABLO FORNI** es Licenciado en Sociología (USAL), MA y PhD en Sociología (University of Notre Dame). Es profesor en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador desde hace más de veinte años (cursos de Teoría Social, Metodología de la Investigación y Seminarios de tesis). Asimismo, se desempeña como investigador independiente del CONICET y Director del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador. Fue profesor visitante en universidades de Latinoamérica, Estados Unidos, Europa y Asia. Es fundador y director de la revista académica *Miríada. Investigación en Ciencias Sociales* editada desde el IDICSO en la USAL. Sus áreas de investigación incluyen las organizaciones de la sociedad civil, los movimientos sociales y la metodología cualitativa de investigación.

Desde el trabajo de investigación de su tesis doctoral se encuentra interesado en recolectar y analizar redes interorganizacionales e interpersonales en organizaciones comunitarias o de base. Posteriormente investigó sobre el capital social y los procesos de mejoramiento

urbano, así como sobre los procesos isomórficos en la institucionalización de la sociedad civil. Más recientemente se interesó en rastrear las redes sociotécnicas presentes en los pronósticos estacionales para la agricultura y en la producción de yerba mate orgánica. Podría decirse que de un modo u otro, sus diferentes investigaciones se encuentran atravesadas por una perspectiva relacional que se encuentra más allá de la dicotomía entre agencia y estructura. El capítulo que escribió junto a LUCIANA CASTRONUOVO para este libro significó revisar y repensar diferentes perspectivas relacionales que explícita o tácitamente han estado presentes en sus investigaciones.

pforni0@gmail.com

**CAMILA LORENZO** es Licenciada en Sociología (USAL), Magíster en Estudios Sociales Agrarios (FLACSO-Argentina) y Doctoranda en Ciencias Sociales (FLACSO-Argentina). Es Investigadora del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales - IDICSO/USAL. Se desempeña como docente en nivel terciario y universitario. Los principales temas de investigación se vinculan a las redes, capital social y desarrollo local en el ámbito rural. Su agenda de investigación actual parte del análisis de las redes de promoción del capital social y su vinculación con la educación rural, a partir del caso de los Centros Educativos para la Producción Total (CEPT) de la provincia de Buenos Aires. Realizó su primer acercamiento a los CEPT en el marco de su tesis de licenciatura en los años 2009 y 2010, analizando una experiencia educativa concreta. En el trabajo de investigación de su tesis doctoral se complejiza teóricamente el proyecto y, a su vez, se incorporan instituciones heterogéneas para alcanzar una comprensión densa del caso en su contexto.

El capítulo de este libro constituye una parte de este proyecto ampliado y forma parte de su tesis doctoral. Específicamente, se presenta la perspectiva relacional, desglosando las distintas dimensiones — metodológicas, temporales y espaciales— en las cuales se asienta el proyecto de investigación. Esta perspectiva permitió revelar el modo en que la ruralidad bonaerense —con sus habitantes, instituciones, pueblos, parajes, producciones y paisajes—, se conecta con estructuras más amplias que se expresan en el espacio-local de forma disímil.

camilalorenzo@hotmail.com

**TOMÁS NOUGUÉS** es Licenciado en Sociología (USAL) y Candidato a Doctor en Sociología (IDAES-UNSAM). Es becario doctoral del CONICET, radicado en CIS-IDES. Se desempeña como docente adjunto de las cátedras de Teoría Sociológica Clásica y Teoría Sociológica Contemporánea en la Facultad de Ciencias Sociales de la USAL. Dentro de esa misma Universidad, formó parte de un equipo de investigación sobre los procesos de organización popular en el marco de la economía popular en el IDICSO bajo la dirección del Dr. Pablo Forni. Su agenda de investigación se centra en abordar los vínculos entre las políticas asistenciales y el mundo de las finanzas. En ese marco, se dedica a estudiar el proceso de financiarización de las políticas socioasistenciales de Argentina y los fenómenos de organización popular en torno a formas alternativas de producción y organización laboral, como es el caso de la economía popular.

Su capítulo se encuentra inscripto en el marco de su proyecto de tesis doctoral “Entre la deuda y la inclusión. Un análisis de las transformaciones de la política asistencial de Argentina (1983-2019)”. La tesis da cuenta de las transformaciones acontecidas en el ámbito de la política asistencial nacional, reconstruyendo la financiarización de la política asistencial y distinguiendo etapas en función de la relación establecida entre los programas sociales y el mundo de las finanzas. En ese marco, se analiza el surgimiento de lo que denomina políticas sociales de endeudamiento, que son programas sociales que utilizan el crédito como satisfactor de las necesidades sociales de los sectores populares. El capítulo se centra en un aspecto inexplorado del proceso de financiarización de la política social: el establecimiento de una relación de deuda entre el Estado-acreedor y el destinatario-deudor, producto de la utilización del crédito como instrumento de la asistencia social. Por eso, se dedica a desplegar las implicancias de la relación de deuda que se establece entre el Estado, posicionado como acreedor, frente a los destinatarios, devenidos en deudores. La adopción de una perspectiva relacional permite focalizarse en las modalidades de relación entre la cara asistencial del Estado y los ciudadanos que acuden a ella.

tominougues@gmail.com

**JIMENA RAMOS BERRONDO** es Licenciada en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Iberoamericana de México, Magíster en Diseño y Gestión de Políticas y Programas Sociales y Doctora en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede Argentina. Actualmente es becaria postdoctoral de CONICET del Centro de Estudios de Investigaciones Laborales (CEIL) y realiza una estancia de investigación en la United Arab Emirates University (UAEU) en Al Ain. En la Universidad del Salvador (USAL) se desempeñó como miembro del equipo de edición de la revista académica *Miríada. Investigación en Ciencias Sociales* y fue profesora de las cátedras de Políticas Sociales, Políticas Públicas, Metodología de las Ciencias Sociales y Taller de tesis. Su agenda de investigación actual incluye un análisis relacional e histórico de las políticas enfocadas a los sujetos rurales subalternos en Argentina, donde se busca explicar los sentidos que diversos actores otorgan a categorías como la agricultura familiar y el desarrollo rural, así como los lenguajes (estudios, marcos jurídicos), objetos (unidades burocráticas, espacios de representación política) y prácticas (trabajo político, rutinas burocráticas) que se producen en torno a ellas.

Su capítulo propone una reflexión sobre la hechura de su tesis doctoral a la luz de las críticas que recibió por parte de los evaluadores en la defensa, ahondando en la forma en que construyó su objeto de estudio y los principales desafíos presentados durante el trabajo de campo. Este trabajo se relaciona con otras publicaciones tanto sobre los modos en que inciden las trayectorias biográficas de los funcionarios en los programas que promueven como acerca del rol de los dirigentes campesinos en cuanto mediadores entre los agentes estatales y la población rural. En todos estos trabajos el desafío de pensar relacionamente consiste en analizar las tramas organizacionales que configuran estas políticas, tomando en cuenta la diversidad de sujetos e identidades que las componen y la manera en que el contexto socio-político incide en sus discursos y prácticas.

jimenaramosberrondo@gmail.com

**MARCELO SALAS** es Licenciado en Sociología (USAL), Magíster en Investigación en Sociología (Universidad de Barcelona) y Doctor en

Ciencias Sociales (FLACSO-Argentina). En la actualidad se desempeña como director de la Escuela de Sociología de la Universidad del Salvador, donde también es docente de grado y posgrado e investigador del IDICSO. Ha sido becario CONICET, del Programa ALBAN de la Unión Europea y del Ministerio de Educación de la Nación. Asimismo, ha participado en consultorías de proyectos y programas sociales. Es secretario de redacción de la revista académica *Miríada. Investigación en Ciencias Sociales* editada desde el IDICSO. Sus áreas de investigación incluyen procesos de institucionalización e isomorfismos en políticas y programas sociales y en organizaciones de la sociedad civil. En la actualidad investiga sobre procesos de innovación social basados en acciones y/o interacciones sociales desinteresadas.

Su capítulo surge del trabajo de su tesis de doctorado. Desde allí, propone un marco teórico relacional para el análisis de la generación de políticas públicas. En particular, trabaja los postulados sociológicos del neoinstitucionalismo para abordar cuatro programas de transferencia condicionadas de ingreso, un tipo específico de programa social muy extendido en América Latina. La perspectiva relacional le permitió abordar los casos desde una postura poco frecuente para el análisis de las políticas públicas, buscando enfocarse desde la intersubjetividad, es decir, pensar a los programas de transferencias condicionadas como resultados de un proceso de interacción social. Así, el contexto y el espacio del diseño de cada uno de estos programas constituyeron un escenario para observar las tensiones sujeto / estructura, en el que se estudiaron instituciones, funcionarios y regulaciones. Se trata de ámbitos que permiten abordar un *continuum*, donde se observaron procesos tenues y agudos de cambio organizacional.

marcelo.salas@usal.edu.ar

**HERNÁN PABLO TOPPI** es Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires), Magíster en Políticas Públicas (Universidad Torcuato Di Tella) y Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Actualmente se desempeña como profesor e investigador en tres universidades: la Universidad de Buenos Aires, la Universidad del Salvador y la Universidad Nacional de San Isidro. Sus intereses de investigación se relacionan con el estudio de los partidos y los sis-

temas de partidos, del cambio institucional y de la representación de género en América Latina y Europa.

Dentro de esta última línea de trabajo, se inserta el capítulo presentado en esta obra. Allí, se estudian tres procesos de cambio normativo en lo que hace a los derechos políticos de las mujeres en la Argentina (el derecho al voto y la introducción primero de las cuotas de género y luego de la paridad). Se indica que todos estos momentos, los cuales implicaron un cambio en el *statu quo* para la expresión y participación política de las mujeres, deben estudiarse desde una perspectiva relacional. Esto se debe a que su concreción no dependió de la voluntad de un único actor, sino que han involucrado propuestas, acciones y decisiones de actores pertenecientes a diferentes ámbitos de la vida social y política, quienes a pesar de desenvolverse en diferentes arenas, lograron coordinarse en pos de alcanzar el objetivo común planteado (siempre relacionado con el alcance de mejores condiciones políticas para el género femenino). Una lección que se desprende de este capítulo, producto de la incorporación de la perspectiva relacional, es la de pensar a las reformas bajo estudio desde el potencial transformador que puede tener la acción social coordinada de actores diferentes pero con intereses comunes (como puede ocurrir entre las organizaciones civiles y los partidos políticos, o los/las mismos/as ciudadanos/as y los/las representantes)

hernan.toppi@usal.edu.ar

**AGUSTINA ADELA ZAROS** es Licenciada en Comunicación Social por la Universidad de Rosario (UNR), Magíster en Comunicación y Cultura por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Padua (UNIPD). Actualmente es investigadora postdoctoral en Shanghai University (SHU) y fue becaria postdoctoral del CEIL-CONICET. Es docente de Metodología de la Investigación en Ciencias Sociales en la Maestría y el Doctorado en RR. II., del doctorado en Ciencias Política en la Universidad del Salvador (USAL) y participa del grupo de investigación IDISCO en la misma institución. Se interesa por los temas de memoria, socialización religiosa y familia, la metodología cualitativa y la sociología visual. Desde 2019, estudia el fenómeno religioso en China, principalmente en Shanghai.

Su capítulo propone una relectura que pone en diálogo, a través de un abordaje relacional, su trabajo de investigación doctoral sobre las creencias y prácticas religiosas en familias judías, musulmanas y católicas en el norte de Italia con una investigación posterior en Buenos Aires que mantuvo los mismos objetivos de indagar sobre la transmisión religiosa en familias de diferentes credos. De esta manera, la articulación desde las relaciones interpersonales y las redes destaca a la familia y el proceso migratorio como estructuradores de vínculos de pertenencias, interacciones y relaciones sociales que se articulan con la descendencia familiar y religiosa.

azaros@shu.edu.cn



